

A black and white photograph of a woman with styled hair, wearing a white sleeveless dress and a multi-strand necklace. She is looking out of a window. Outside the window, a vintage car is parked on a driveway. The text 'El día que vendrá' is written in red, and 'Rhidian Brook' is written in black below it.

El día que vendrá

Rhidian Brook

Lectulandia

¿Quién es de verdad el enemigo? Finalizada la segunda guerra mundial, Hamburgo ha sido ocupada por los británicos. El coronel Lewis Morgan y su familia se instalan en una de las mansiones requisadas a los alemanes. La integridad y el deseo de confraternización del coronel hacen que llegue a un acuerdo con los ocupantes de la casa, la familia Lubert, compuesta por un arquitecto viudo y su hija adolescente, para que ambas familias puedan convivir en armonía.

Este es el punto de partida de *El día que vendrá*, donde no solo se divide una casa —los Morgan en el primer piso, los Lubert en el segundo— sino que los personajes han creado compartimentos estancos dentro de sí mismos para poner a raya sus traumas y sobrevivir. Cuando esa frontera se desmorone, los sentimientos largo tiempo contenidos no tardarán en resurgir.

Villa Lubert es el microcosmos que refleja las fronteras, el recelo, la sospecha que se cernió sobre la Alemania ocupada por los aliados tras la segunda guerra mundial, pero también la redención y el perdón.

Basándose en hecho que pertenecen a la historia de su propia familia, el autor logra crear una historia que cautiva, que mantiene al lector pegado a las páginas, sin que eso reste profundidad a los personajes o al trasfondo histórico y político de la novela.

**Lectulandia**

Rhidian Brook

# **El día que vendrá**

**ePub r1.1**

**Mangeloso 28.06.14**

Título original: *The aftermath*  
Rhidian Brook, 2013  
Traducción: Aurora Echevarría  
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso  
Corrección de erratas: Bisky  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Dedico este libro a Walter, Anthea, Colin, Sheila y Kim Brook*

*Y tu pueblo será llamado «reparador de muros caídos».*

*Isaías 58:12*

*No parece tener ningún sentido..., una sola familia en un lugar de estas  
dimensiones.*

*EVELYN WAUGH,*

*Retorno a Brideshead*

*Septiembre de 1946*

—La Bestia está aquí. La he visto. Berti también la ha visto. Y Dietmar. Con el pelaje negro como un elegante abrigo de señora. Y unos dientes como teclas de piano. Tenemos que matarla. Si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo hará? ¿Los tommies? ¿Los yanquis? ¿Los ruskis? ¿Los franceses? Ellos no querrán, están demasiado ocupados buscando otras cosas. Quieren esto y lo de más allá. Son como perros peleándose por un hueso sin carne. Tenemos que hacerlo nosotros. Atrapar a la Bestia antes de que ella nos atrape. Entonces todo irá mejor.

Ozi se colocó bien el casco mientras conducía a los demás niños por el devastado paisaje de la ciudad bombardeada por los tommies. Llevaba un casco protector inglés que había robado de la parte trasera de un camión cerca del Alster. No resultaba tan elegante como los estadounidenses o incluso los rusos que tenía en su colección, pero era el que le encajaba mejor, y cuando se lo ponía decía palabrotas con mayor soltura, como el sargento británico que había visto gritar a los prisioneros en la estación Dammtor de Hamburgo: «¡Eh! Las putas manos arriba. ¡He dicho que arriba, joder! ¡Donde yo las pueda ver! ¡Putos teutones de los cojones!». Por un instante esos hombres no levantaron las manos; no porque no entendieran la orden, sino porque se sentían demasiado débiles por falta de comida. ¡Putos teutones de los cojones! Del cuello para abajo, la ropa de Ozi seguía una moda híbrida y estrafalaria en la que los harapos se mezclaban con prendas caras: el batín de un dandi, la rebeca de una solterona, la camisa sin cuello de un abuelo, los pantalones enrollados de un guardia de asalto con la corbata de un oficinista a modo de cinturón y los zapatos, destrozados por las puntas, de un jefe de estación muerto hacía mucho.

Los niños salvajes —con el blanco de los ojos, muy abiertos a causa del miedo, resaltando en sus rostros sucios— seguían a su cabecilla por el pedregal. Zigzagueando por las morrenas de ladrillos llegaron a un claro donde el cohete cónico del chapitel de una iglesia yacía de lado en el suelo. Ozi levantó una mano para detener a los demás y se metió la otra en el bolsillo del batín buscando su Luger. Olisqueó el aire.

—Está ahí dentro. La huelo. ¿Y vosotros?

Los salvajes olisquearon como conejos nerviosos. Ozi se apretó contra el chapitel amputado y se acercó poco a poco a su extremo abierto, con el revólver en la mano guiándolo como una varilla de zahorí. Se detuvo y dio unos golpecitos en el cono, dando a entender que la Bestia seguramente estaba dentro. De pronto, algo salió del interior como un rayo produciendo un destello negro. Los salvajes retrocedieron, pero Ozi dio un paso hacia delante, se plantó con las piernas abiertas y, cerrando un ojo

para apuntar, disparó.

—¡Muere, Bestia!

La descarga quedó amortiguada en la atmósfera baja y bochornosa, y un rebote metálico tintineante lanzó de vuelta el mensaje de que había errado el tiro.

—¿La has alcanzado?

Ozi bajó el arma y se la guardó en el cinturón.

—La capturaremos otro día. Vamos a buscar algo de comer.

—Hemos encontrado una casa para usted. Creo que sería de su gusto, señor.

El capitán Wilkins apagó el cigarrillo y puso un dedo amarillento en el mapa de Hamburgo que había clavado en la pared detrás de su escritorio. Trazó una línea que se extendía en dirección oeste desde la cabeza de alfiler que señalaba su cuartel general provisional, lejos de los bombardeados distritos de Hammerbrook y Sankt Georg, por encima de Sankt Pauli y Altona, hacia el viejo barrio de pescadores de Blankenese, donde el Elba viraba hacia arriba y desembocaba en el mar del Norte. En el mapa, arrancado de una guía alemana de antes de la guerra, no se advertía que esas conurbaciones se habían convertido en una ciudad fantasma de cenizas y escombros.

—Hay un palacio colosal junto al río. Aquí. —El dedo de Wilkins describió un círculo alrededor del último recodo de la Elbchaussee, la carretera que corría paralela al gran río—. Creo que será de su gusto, señor.

Aquellas palabras pertenecían a otro mundo: un mundo de excesos y de confort civil. En los últimos meses sus gustos se habían reducido a una lista de necesidades básicas e inmediatas: dos mil quinientas calorías al día, tabaco y una fuente de calor. «Un palacio colosal junto al río» le parecía la exigencia de un rey frívolo.

—¿Señor?

Lewis había vuelto a «desconectar», absorto en el parlamento turbulento que se daba en el interior de su cabeza, donde cada vez más a menudo se sorprendía inmerso en una discusión acalorada con sus colegas.

—¿No vive nadie en él?

Wilkins no estaba seguro de cómo responder. Su coronel era un hombre de excelente reputación con un historial de guerra ejemplar, aunque parecía tener ciertas rarezas y una forma particular de ver las cosas. El joven capitán optó por recitar lo que había leído en el manual: «Esas personas carecen de principios morales. Entrañan un peligro para nosotros y para sí mismos. Necesitan saber quién está al mando. Necesitan una mano firme pero justa que las guíe».

Lewis asintió y con un ademán indicó al capitán que continuara, ahorrándose las palabras. El frío y las calorías le habían enseñado a racionarlas.

—La casa pertenece a una familia llamada Lubert. Lu-bert, acabado en «t». La mujer murió durante los bombardeos. Venía de una familia de peces gordos del ramo

de la alimentación. Tenían contactos con los astilleros Blohm y Voss. También eran dueños de una serie de molinos de harina. Herr Lubert era arquitecto. Aún no lo han declarado fuera de sospecha pero probablemente es blanco o, en el peor de los casos, de un tono gris aceptable; no se le conocen contactos nazis directos.

—Pan.

—¿Señor?

Lewis no había comido en todo el día y, sin pensar, había saltado de «molinos de harina» a pan; el pan que imaginó era de pronto más real que el capitán que estaba de pie junto al mapa al otro lado del escritorio.

—Continúe..., la familia. —Hizo un esfuerzo por fingir que escuchaba, asintiendo e inclinando el mentón en actitud inquisitiva.

—La mujer de Lubert murió en el cuarenta y tres —prosiguió Wilkins—, durante la tormenta de fuego. Dejó una hija, Frieda, de quince años. Tienen algunos empleados: una doncella, un cocinero y un jardinero. El jardinero es un manitas en toda regla..., un antiguo soldado de la Wehrmacht. La familia tiene parientes que podrían acogerlos en sus casas. Y podemos evacuar al servicio, si usted no lo quiere. Aunque están bastante limpios.

El procedimiento mediante el cual los filtradores de almas del Departamento de Inteligencia del Consejo de Control evaluaban la condición de limpio era el *Fragebogen* o cuestionario: ciento treinta y tres preguntas concebidas para determinar el grado de colaboracionismo de un ciudadano alemán con el régimen. A partir de él eran clasificados en tres grupos según un código de colores —negro, gris y blanco, con tonos intermedios— y despachados en consecuencia.

—Están esperando el aviso. Solo es cuestión de ir a ver la casa y echarlos de ella. No creo que se lleve una decepción, señor.

—¿Cree usted que ellos se llevarán una decepción, capitán?

—¿Quiénes?

—Los Lubert. Cuando los echemos.

—No pueden permitirse el lujo de la decepción, señor. Son alemanes.

—Por supuesto. Qué necio soy.

Lewis lo dejó ahí. Más preguntas como esa y el joven y eficiente oficial con su brillante cinturón y sus polainas impecables se encargaría de mandarlo a un psiquiátrico.

Pasó del excesivo calor del cuartel general del destacamento militar británico al frío prematuro de un día de finales de septiembre. Exhaló vaho mientras se ponía los guantes de cabritilla que el capitán McLeod, el oficial de caballería estadounidense, le había dado en el pasillo del Ayuntamiento de Bremen el día que los Aliados anunciaron las líneas divisorias de la nueva Alemania. «Parece ser que les ha tocado la peor parte —había dicho al leer la misiva—. Los franceses se quedan con el vino,

nosotros con las vistas y ustedes con las ruinas». Lewis llevaba tanto tiempo viviendo entre ruinas que había dejado de verlas. Su uniforme era la indumentaria adecuada para un gobernador en esa nueva Alemania cuatripartita, una especie de muftí institucionalizado que, en medio de la desorientación y la nueva reglamentación de posguerra, pasaba inadvertido.

Tenía mucho aprecio a los guantes estadounidenses, pero era su abrigo de piel de borrego del frente ruso lo que más satisfacción le proporcionaba; su procedencia podía remontarse a través de los estadounidenses hasta llegar a un teniente de la Luftwaffe, que lo había obtenido a su vez de un coronel del Ejército Rojo capturado. Si el tiempo seguía así, pronto se lo pondría.

Fue un alivio separarse de Wilkins. El joven oficial pertenecía a la nueva brigada de funcionarios civiles que formaban el Consejo de Control Aliado en Alemania, una fuerza sobredimensionada de hombres provistos de tablillas con sujetapapeles que se veían a sí mismos como los arquitectos de la reconstrucción. Pocos de ellos habían visto algo de acción —o a un alemán siquiera—, y eso les permitía pronunciar y teorizar sobre sus decisiones con confianza. Wilkins no tardaría en ser nombrado comandante.

Lewis sacó del abrigo una pitillera de plata y la abrió; el sol se reflejó en la superficie lisa y pulida. La limpiaba con frecuencia. Era el único tesoro material que llevaba consigo, el regalo de despedida que le había hecho Rachael tres años atrás frente a la puerta de la última casa de verdad en que había vivido, en Amersham. «Piensa en mí cuando fumes» fueron sus instrucciones, y eso había procurado hacer él cincuenta o sesenta veces al día durante tres años; un pequeño ritual para mantener viva la llama del amor. Encendía un cigarrillo y pensaba en esa llama. Con la distancia y el tiempo había sido fácil conseguir que pareciera más ardiente de lo que era. El recuerdo de sus relaciones sexuales y de la tersura aceitunada del cuerpo curvilíneo de su mujer —cada vez más terso y curvilíneo a medida que avanzaba la guerra— lo había sostenido a través de los meses fríos y solitarios. Pero estaba tan acostumbrado a esa versión sucedánea e imaginada de su mujer que la inminente perspectiva de tocarla y olerla de verdad lo llenaba de inquietud.

Un elegante Mercedes 540K negro con un banderín británico en el capó se detuvo frente a los escalones del cuartel general. La bandera del Reino Unido en el retrovisor era lo único que parecía fuera de lugar. Pese a lo que iba asociado, a Lewis le gustaba ese vehículo, sus líneas y el suave ronroneo de su motor. Estaba equipado como un transatlántico y la esmerada conducción de su chófer, herr Schroeder, no hacía sino aumentar la impresión de ir a bordo de un barco. Sin embargo, no había suficientes insignias británicas para desgermanizar ese coche. Los militares británicos estaban hechos para los bulbosos y vacilantes Austin 16, no para esas máquinas de brutal belleza y con ansias de conquistar el mundo.

Lewis bajó los escalones e hizo al chófer casi un saludo militar.

Schroeder, un hombre flaco y sin afeitar que iba con una gorra y una capa negras, se apeó de un salto y rodeó rápidamente el coche hasta la portezuela trasera del otro lado. Se inclinó en dirección a Lewis y, haciendo un ostentoso ademán con la capa, la abrió.

—El asiento delantero ya me va bien, herr Schroeder.

Schroeder pareció agitarse ante la autodegradación de Lewis.

—*Nein, herr Kommandant.*

—De verdad. *Sehr gut* —repitió Lewis.

—*Bitte, herr Oberst.*

Schroeder cerró la portezuela trasera de golpe y levantó la mano, resistiéndose aún a que Lewis moviera un dedo.

Lewis retrocedió, siguiéndole la corriente, pero la actitud deferente del alemán lo deprimía; eran los movimientos de un hombre derrotado aferrándose a su jefe. Una vez instalado en el interior del vehículo, Lewis le entregó el pedazo de papel en el que Wilkins había garabateado la dirección de la casa que tal vez sería su hogar en un futuro inmediato. El chófer lo leyó con los ojos entrecerrados y asintió.

Se vieron obligados a zigzaguear entre los cráteres producidos por las bombas en la carretera adoquinada y los ríos de gente que caminaba aturdida y lánguidamente sin un rumbo claro, acarreando los restos de sus viejas vidas en paquetes, sacos, cajones de embalaje y cajas de cartón, y una pesada, casi palpable inquietud. Era como si los hubieran arrojado de nuevo a la época de los recolectores nómadas.

Sobre la escena flotaba el fantasma de un ruido ensordecedor. Algo que no era de este mundo había destruido ese lugar, dejando un rompecabezas con el que era imposible reconstruir el viejo panorama; no había vuelta atrás ni modo de recuperarlo. Se trataba de la *Stunde Null*. La hora cero. Esa gente comenzaba otra vez desde el principio y se las arreglaba para vivir de la nada. Dos mujeres tiraban de un carro lleno de muebles empujándolo mientras por su lado pasaba un hombre con un maletín como si buscara la oficina donde había trabajado en otro tiempo, sin mirar siquiera las ruinas que lo rodeaban, como si esa arquitectura apocalíptica fuera el orden natural de las cosas.

Una ciudad destruida se extendía hasta donde alcanzaba la vista, y el montón de cascotes alcanzaba el primer piso de los edificios que todavía se mantenían en pie. Costaba creer que hubiera sido un lugar donde la gente leía periódicos, horneaba bizcochos y pensaba qué cuadros colgar en el salón. A un lado de la carretera se veía la fachada de una iglesia, con el cielo por vidrieras y el viento por feligreses. En el otro lado se erguían bloques de pisos, intactos a excepción de las fachadas, que habían saltado por los aires dejando a la vista las habitaciones y los muebles del interior, como casas de muñecas gigantes. En una de esas habitaciones, ajena a los

elementos y a las miradas curiosas, había una mujer cepillando amorosamente el pelo de una niña frente a un tocador.

Carretera adelante se veían mujeres y niños alrededor de montículos de escombros buscando algo que comer o tratando de rescatar fragmentos de su pasado. Unas cruces negras señalaban los lugares donde había cadáveres esperando a ser enterrados. En todas partes sobresalían del suelo las extrañas chimeneas de una ciudad subterránea, echando humo negro al cielo.

—¿Conejos? —preguntó Lewis, viendo aparecer criaturas de hoyos invisibles.

—*Trümmerkinder!* —exclamó Schroeder con rabia repentina.

Y Lewis vio que las criaturas que asomaban eran «niños de los escombros» a los que el coche hacía salir de sus agujeros.

—*Ungeziefer!* —escupió Schroeder con innecesaria vehemencia cuando tres de ellos (era difícil saber si eran niños o niñas) corrieron delante del coche. Les dio un bocinazo de advertencia, pero la mole negra del Mercedes que se acercaba no los arredró. Se quedaron donde estaban obligando al coche a detenerse.

—*Weg! Schnell!* —gritó Schroeder, con las venas del cuello palpitándole de intensa rabia. Volvió a tocar el claxon, pero uno de los niños, vestido con bata y gorro de cosaco, echó a correr sin miedo al lado de Lewis, se subió de un salto al estribo y empezó a dar golpecitos en la ventanilla.

—¿Qué tienes, tommy? ¿Un puto sandwich? ¿Cholates?

—*Steig aus! Sofort!* —Schroeder salpicó de saliva la cara de Lewis cuando se inclinó delante de él y levantó un puño hacia el niño.

Mientras, los otros dos niños se habían subido al capó y trataban de arrancar el emblema de cromo triangular del Mercedes.

Schroeder se volvió y se bajó del coche. Se abalanzó hacia los niños mientras estos trataban de escabullirse y logró agarrar la cola de un vestido de noche. Tiró hacia sí del golfillo y, sujetándolo con una mano por el cuello, empezó a darle una tunda con la otra.

—¡Schroeder! —Era la primera vez que Lewis levantaba la voz en meses y se le quebró a causa de la sorpresa.

Schroeder no pareció oírle y siguió pegando al niño con inquina.

—¡Basta! —Lewis se bajó del coche para intervenir, y los demás niños retrocedieron por miedo a recibir también.

Esta vez el chófer lo oyó y se detuvo, con una extraña mezcla de vergüenza y santurronería. Soltó al niño y regresó al coche, murmurando y jadeando por el esfuerzo.

Lewis llamó a los niños.

—*Hierbleiben!*

El chico mayor se acercó al coche de nuevo y sus compañeros lo siguieron con

timidez. Estaban llegando otros salvajes para recoger chatarra, niños camuflados por la mugre. De cerca despedían el hediondo aliento del hambre. Todos tendieron la mano hacia ese bondadoso dios británico que pasaba en su carro negro. Lewis alargó el brazo para coger la mochila. En ella tenía una tableta de chocolate y una naranja. Le ofreció el chocolate al chico mayor.

—*Verteil!* —le ordenó.

Luego le dio la naranja a la más pequeña del grupo, una niña de unos cinco o seis años, los mismos que había durado la guerra, y le repitió la orden de que la compartiera. Pero la niña dio un mordisco a la naranja con piel y todo, como si fuera una manzana. Lewis intentó indicarle que era preciso pelarla, pero la niña protegió el regalo, temiendo que tuviera que devolverlo.

Lo rodearon más niños con la mano tendida, entre ellos uno con una sola pierna que se apoyaba en un palo de golf.

—¡Cholates, tommy! —gritaban—. ¡Cholates, tommy!

Lewis no tenía más comida que repartir, aunque sí algo más valioso. Sacó diez Players de la pitillera y se los dio al chico mayor, cuyos ojos se desorbitaron al ver y palpar aquel tesoro. Lewis sabía que esa transacción era ilegal —estaba no solo confraternizando con los alemanes sino también alentando el mercado negro—, pero le traía sin cuidado; con esos diez Players podrían comprar a algún campesino algo para comer. Las leyes y los reglamentos impuestos por el nuevo orden habían sido forjados por hombres sentados ante escritorios, en un ámbito de miedo y venganza y por el momento —y hasta algún momento incierto en el futuro— él era la ley en ese particular pedazo de tierra.

Stefan Lubert se detuvo frente a los últimos miembros de su servicio doméstico —el jardinero cojo, Richard; la doncella sin aliento, Heike, y la tozuda cocinera desde hacía treinta años, Greta— y les dio las últimas instrucciones. Heike lloraba.

—Sean respetuosos y sírvanlo como si me sirvieran a mí. Y eso va por usted, Heike, y por todos; si les propone continuar a su servicio no tengan escrúpulos en aceptar. No me ofenderé. Al contrario, me alegrará saber que siguen aquí y cuidan de todo.

Se inclinó hacia delante y secó una lágrima de la redonda mejilla de Heike.

—Vamos, basta de lágrimas. Agradézcan que no sean rusos. Puede que los británicos sean incultos, pero no son crueles.

—¿Quiere que sirva refrescos, herr Lubert? —logró preguntar Heike.

—Por supuesto. Debemos ser corteses.

—No tenemos galletas —señaló Greta—. Solo bizcocho.

—Estupendo. Prepare té, no café. Aunque no nos queda café, así que no hay alternativa. Y sírvanselo en la biblioteca. Aquí hay demasiada luz.

Lubert había esperado que el oficial llegara en un día gris y lúgubre, pero el sol de principios de otoño entraba a raudales a través de la vidriera art déco que decoraba la alta ventana, situada frente al balcón interior conocido como la galería de los trovadores, y se derramaba sobre el suelo del salón, volviéndolo todo aún más acogedor.

—¿Dónde está Frieda?

—En su habitación, señor —respondió Heike.

Lubert intentó cobrar ánimo. Hacía un año que había terminado la guerra, pero su hija aún no se había rendido. Había que contener como fuera ese pequeño golpe de Estado. Subió cansinamente las escaleras. Se detuvo frente a la puerta del dormitorio de Frieda y la llamó por su nombre. Esperó una respuesta que sabía que no llegaría y entró. La encontró tumbada en la cama, con las piernas ligeramente levantadas por encima del colchón. Sobre los pies sostenía un libro en equilibrio: un ejemplar dedicado de *La montaña mágica* de Thomas Mann que su mujer, Claudia, le había regalado en su treinta cumpleaños. Lejos de reaccionar ante la presencia de su padre, Frieda siguió concentrada en sus esfuerzos de mantener las piernas en el aire. Estas empezaban a temblar por el esfuerzo. ¿Cuánto tiempo llevaba en esa posición? ¿Uno, dos, cinco minutos? Se puso a respirar con furia por la nariz, tratando de disimular el esfuerzo, negándose a dar muestras de debilidad. Poseía una fuerza impresionante pero sin alegría, otra de esas rutinas de las Mädel hitlerianas que había mantenido religiosamente desde la guerra.

Era todo fuerza carente de alegría.

Se puso colorada y en la frente se le formó una diadema de gotas de sudor. Cuando empezaron a balanceársele las piernas de un lado a otro, no las dejó caer sino que las bajó de forma controlada, como si lo hicieran por voluntad propia.

—Deberías probar con Shakespeare, o quizá con el atlas. Con ellos medirías mejor tus fuerzas. —Aunque las bromas de Lubert solían rebotar con velocidad redoblada, el humor seguía siendo su arma preferida contra los feroces y malhumorados estados de ánimo de su hija.

—Los libros no importan.

—Va a venir el oficial inglés.

Frieda se incorporó de golpe sin ayuda de los brazos. Balanceó atléticamente las piernas hasta apoyarlas en el suelo y se secó el sudor sobre el pelo trenzado. A Lubert le dolía ver la desagradable y desafiante expresión que había adoptado su rostro en los últimos años. Frieda se quedó mirando a su padre.

—Me gustaría que bajaras a saludarlo —dijo él.

—¿Por qué?

—Porque...

—Porque vas a entregar la casa de mamá sin rechistar.

—Freddie, no hables así. Ven conmigo, por favor. Hazlo por *Mutti*.

—Ella no se iría. Jamás lo permitiría.

—Ven.

—No. Pídemelo.

—Me gustaría que vinieras conmigo.

—¡Pedigüeño!

Incapaz de sostener la mirada de su hija, Lubert dio media vuelta y se alejó con el corazón palpitándole con fuerza. Al llegar al pie de las escaleras se vio reflejado en el espejo. Estaba pálido y demacrado, y su nariz había perdido algo de definición, aunque esperaba que eso ayudara. Se había puesto su traje más apolillado. Sabía que tendría que renunciar a su casa; era una de las más hermosas de la Elbchaussee y más de lo que cualquier oficial británico de rango medio con sueños de grandeza podría resistir, pero era importante causar la impresión adecuada. Había oído hablar de cómo las fuerzas aliadas habían robado toda clase de tesoros desde la rendición, y los británicos ignorantes e imperialistas tenían fama de abusar de la cultura de los pueblos —le preocupaban sobre todo los cuadros de Fernand Léger y las tallas de Emil Nolde que colgaban en las habitaciones principales—, pero al mismo tiempo presentía que si conseguía comportarse como era debido, el oficial británico se formaría una opinión favorable de él y se mostraría menos inclinado a abusar de sus posesiones. Atizó las cenizas de la lumbre de la noche anterior y las reordenó para que se viera que habían quemado muebles. Luego se quitó la chaqueta, se aflojó la corbata y adoptó una postura entre circunspecta y respetuosa, con las manos a los costados y una pierna un poco ladeada. Tenía un aspecto demasiado despreocupado e informal, demasiado seguro de sí mismo; en pocas palabras, demasiado parecido a como en realidad se sentía. Se puso de nuevo la chaqueta, se apretó el nudo de la corbata, se alisó el pelo y se irguió, con las manos sumisamente juntas delante de los pantalones. Así estaba mejor: el porte de un hombre preparado para entregar su casa sin rencor.

Lewis y Schroeder no hablaron durante el resto del trayecto. Lewis veía cómo movía los labios mientras volvía mentalmente al encuentro con los niños salvajes y recitaba silenciosas imprecaciones llenas de indignación y cólera, pero prefirió no decir una palabra más sobre el asunto. El coche no tardó en llegar al linde de la ciudad y límite de todo lo que los británicos y los estadounidenses habían bombardeado de manera sistemática durante tres años. La carretera era llana, con plátanos a ambos lados y casas enteras detrás de altos setos y verjas. Era la Elbchaussee, y esos eran los hogares de los banqueros y los comerciantes que habían convertido a los ricos de Hamburgo, su puerto y sus barrios de clase obrera en un blanco tan deseable para la jefatura de bombardeo. Aquellas residencias eran más

suntuosas, modernas e imponentes que las que Lewis había visto en las afueras de Londres, o que cualquier casa en la que había esperado vivir alguna vez.

La Villa Lubert era la última casa de la calle antes de que esta se alejara del río Elba, y cuando Lewis la vio por primera vez se preguntó si el capitán Wilkins se había equivocado. Se erguía al final de una larga avenida flanqueada por álamos, una vistosa estructura blanca construida en un estilo grandioso, con pórticos y un amplio balcón semicircular con columnas. La planta baja de la casa se alzaba varios palmos del suelo, y la dividía una imponente escalera de piedra que conducía a un balcón de poca altura. Columnas rodeadas de glicinia sostenían un balcón superior desde el que los residentes podían contemplar el curso del Elba a unos cien metros de distancia. La deslumbrante elegancia y las dimensiones de la casa sorprendieron a Lewis. No acababa de ser un palacio, pero aun así era una residencia más apropiada para un general o un canciller que para un coronel que ha pasado por todos los rangos y nunca ha tenido una casa de propiedad.

Cuando el Mercedes se adentraba en el camino circular, Lewis alcanzó a ver tres figuras formando una guardia de honor: dos mujeres y un hombre que se imaginó que era el jardinero. Otra figura —un caballero alto con un traje holgado— bajó por las escaleras para salirle al encuentro. Schroeder condujo despacio y detuvo el Mercedes justo enfrente del comité de bienvenida. Sin esperar a que el chófer le abriera la portezuela Lewis bajó y se acercó al hombre que supuso que era Lubert. Estaba iniciando un saludo militar pero, en el último instante, reorientó la mano para estrechar la de su anfitrión.

—*Guten Abend* —dijo—. Soy el coronel Lewis Morgan.

—Bienvenido, *herr Oberst*. Por favor, podemos hablar en inglés.

Lubert le estrechó la mano con cordial firmeza. Aun a través de los guantes, Lewis notó que la mano de Lubert estaba más caliente que la suya. Saludó con la cabeza a las dos mujeres y al jardinero. Las criadas hicieron una reverencia, y la más joven lo miró con curiosidad, como si fuera un miembro de alguna tribu perdida. Parecía divertida, por su acento o tal vez por su extraño uniforme, y Lewis le devolvió la sonrisa.

—Y este es Richard.

El jardinero dio un taconazo y alargó un brazo.

Lewis le estrechó la mano callosa y dejó que el brazo palanca del hombre le moviera el suyo hacia arriba y hacia abajo como un pistón.

—Pase, por favor —lo invitó Lubert.

Lewis dejó a Schroeder en el asiento del conductor con las piernas apoyadas en el estribo del Mercedes, todavía malhumorado por la reprimenda, y subió las escaleras detrás de Lubert.

En el interior se revelaba la verdadera entidad de la casa. A Lewis no le gustó

mucho el estilo —los muebles angulares y futuristas, y las complejas y poco elegantes obras de arte eran demasiado modernas, demasiado extravagantes para su gusto—, pero la calidad de la construcción y la maestría del diseño eran superiores a todo lo que había visto jamás en un hogar inglés, incluido el de los Bayliss-Hillier, que vivían en una mansión de Amersham que Rachael codiciaba por considerarla el *súmmum* de la perfección. Mientras Lubert le enseñaba la casa, señalando gentilmente la función de las distintas estancias y contando la historia de la vivienda, Lewis empezó a imaginar el momento en que Rachael entraría por primera vez en ella, cómo abarcaría con la mirada la luz, las líneas limpias de esas habitaciones, abriendo mucho los ojos ante la grandeza de todo aquello: los asientos empotrados bajo la ventana de mármol, el piano de cola, el montaplatos, las dependencias del servicio, la biblioteca, el salón para fumadores, las obras de arte, y mientras se lo imaginaba le inundó un inesperado y repentino deseo de que esa casa pudiera compensar de algún modo los años de privaciones y de distancia que la guerra había interpuesto entre ambos.

—¿Tiene hijos? —le preguntó Lubert mientras subían las escaleras que conducían a los dormitorios.

—Sí, un hijo. Edmund. —Pronunció el nombre como si se lo recordara a sí mismo.

—Entonces tal vez a Edmund le guste esta habitación.

Lubert le hizo pasar a una habitación que estaba llena de juguetes, sobre todo de niña. Al fondo había un caballo de balancín de madera con los ojos negros saltones y una muñeca de porcelana encaramada sobre la silla de amazona. Al pie de una pequeña cama con dosel había una casa de muñecas del tamaño de una caseta para perro y construida a imitación de una vivienda urbana georgiana. Sobre el tejado había varias muñecas de tamaño medio, con las piernas colgando sobre la parte superior de los dormitorios, como una hilera de gigantes de porcelana acucillados en el hogar de otro.

—¿A su hijo no le importará jugar con juguetes de niñas? —le preguntó Lubert.

Lewis no estaba seguro de lo que le gustaría a Edmund, pues tenía diez años la última vez que lo vio, pero pocos niños pondrían objeciones a un espacio como aquel, lleno de semejantes tesoros.

—Por supuesto que no.

En cada habitación en la que entraba y con cada información personal que recibía —«Desde aquí nos gustaba contemplar los barcos», «Aquí jugábamos a las cartas»—, aumentaba su incomodidad, como si Lubert amontonara ascuas ardientes sobre su cabeza. Habría preferido cierta hostilidad, o al menos una resistencia frágil y silenciosa, cualquier cosa que pudiera endurecerlo para hacer más fácil su tarea, pero esa visita guiada tan cortés y casi pintoresca solo empeoró las cosas. Antes de llegar

al dormitorio principal, el octavo de esa planta, con su alta y estrecha cama estilo francés y un viejo óleo de las agujas verdes de una ciudad medieval que colgaba justo encima de la cabecera, se sentía muy mal.

—Mi ciudad alemana favorita —dijo Lubert cuando sorprendió a Lewis mirando las agujas, intentando desentrañar lo que veía—. Lübeck. Vaya a visitarla si tiene ocasión.

Lewis la miró pero no se detuvo. Se acercó a las puertas acristaladas y contempló el jardín y el río Elba al fondo.

—A Claudia, mi mujer, le gustaba sentarse aquí fuera en verano. —Lubert abrió las puertas que daban al balcón y salió—. El Elba —declaró describiendo un arco de ciento ochenta grados con el brazo para abarcar la vista de un extremo a otro.

Era un auténtico río europeo, más ancho y de curso más lento que cualquiera de los que había en Inglaterra, y su punto más ancho estaba allí, en la curva, alcanzando casi un kilómetro de una orilla a otra. Ese río y las mercancías que transportaba habían permitido construir esa casa y casi todas las que bordeaban la orilla del norte.

—Fluye hasta nuestro Nordsee. ¿Su mar del Norte? —le preguntó Lubert.

—Es el mismo mar a fin de cuentas —respondió Lewis.

A Lubert pareció gustarle esa frase, pues la repitió.

—El mismo mar, así es.

Otros quizá habrían visto en su comportamiento un intento de hacer que Lewis se sintiera mal, o habrían detectado en su pose erguida toda la altivez y la arrogancia de una raza que había buscado la destrucción del mundo y que ahora tenía que apechugar con las consecuencias, pero él no lo percibió así. En Lubert vio a un hombre privilegiado y culto humillándose a sí mismo y aferrándose al último reducto de civismo a fin de minimizar los daños a una vida destrozada. Lewis sabía que esa actuación era un intento de ganarse su aceptación o de suavizar de algún modo el golpe, tal vez incluso de persuadirlo para que cambiara de opinión, pero no podía censurarlo por intentarlo ni era capaz de reunir la rabia suficiente para hacerse pasar por el hombre resuelto y distante que requería la situación.

—Tiene una casa maravillosa, herr Lubert —dijo.

Lubert se inclinó en señal de agradecimiento.

—Es más de lo que mi familia y yo necesitamos —continuó Lewis—. Y, sin duda, mucho más del nivel al que estamos acostumbrados.

Lubert esperó a que terminara de hablar, con los ojos brillantes, intuyendo una retirada sorpresa.

Lewis miró hacia el gran río que fluía hacia su «mar compartido», el mar por el que en esos momentos viajaba su propia familia que tanto tiempo había permanecido separada de él.

—Quisiera proponerle otro acuerdo.

—«Se dispone a conocer a personas desconocidas en un país enemigo desconocido. Debe evitar a los alemanes. No debe caminar a su lado, ni estrecharles la mano, ni entrar en sus casas. No debe jugar con ellos ni asistir a ningún acto social al que ellos asistan. No intente ser amable; se considera una debilidad. Ponga a los alemanes en su sitio. No dé muestras de odio; los alemanes se sentirán halagados. Manifieste en todo momento una brusquedad y un distanciamiento frío, correcto y digno. No debe confraternizar...» —Edmund repitió la palabra—: ¿Confraternizar? ¿Qué significa eso? ¿Mamá?

Rachael había empezado a divagar al llegar a la parte de «frío, correcto y digno» y se imaginaba a sí misma mostrando esas cualidades a alemanes desconocidos. Edmund estaba leyendo «Viajando a Alemania», el folleto informativo oficial que se entregaba a todas las familias británicas destinadas a Alemania como parte del equipaje, junto con bolsas de caramelos y revistas. Pedirle a su hijo que leyera en voz alta se había convertido en una táctica; una forma sencilla de alentarle a aprender acerca del mundo exterior que al mismo tiempo le daba un respiro para pensar.

—¿Mmm?

—Dice que no debemos confraternizar con los alemanes. ¿Qué significa?

—Significa... ser cordiales. Significa que no debemos entablar relaciones con ellos.

Edmund consideró sus palabras.

—¿Ni siquiera si nos caen bien?

—No tendremos nada que ver con los alemanes, Ed. No te hará falta ser amigo de ellos.

Pero la curiosidad de Edmund era como una hidra, en cuanto Rachael cortó la cabeza de la última pregunta aparecieron otras tres en su lugar.

—¿Alemania será una nueva colonia?

—Algo así.

Cuánto había necesitado a Lewis en los tres últimos años para responder las constantes preguntas. La mente brillante y curiosa de Edmund requería algo con lo que contrastar, una caja de resonancia. Con Lewis lejos y con su antiguo ser temporalmente ausente sin permiso, la mayoría de las preguntas de Ed se habían topado con distraídos y absortos gestos de la cabeza. De hecho, Edmund estaba tan acostumbrado a las reacciones retardadas de su madre que lo repetía todo dos veces, como si se dirigiera a una tía vieja y sorda a la que había que seguir la corriente.

—¿Tendrán que aprender inglés?

—Imagino que sí, Ed. Sigue leyendo.

—«Cuando conozca a los alemanes es muy posible que crea que son como

nosotros. Lo son, solo que hay pocos del tipo enjuto y fuerte, y predominan los corpulentos, gruesos y rubios, tanto hombres como mujeres, sobre todo en el norte. Pero no lo son tanto como parecen». —Edmund asintió aliviado. Sin embargo la siguiente parte lo desconcertó—. «Los alemanes son muy aficionados a la música. Beethoven, Wagner y Bach son alemanes». —Dejó de leer, confuso—. ¿Es cierto eso? ¿Bach era alemán?

Bach era alemán, pero Rachael apenas se vio con ánimos de admitirlo. Las cosas hermosas pertenecían sin duda al bando de los ángeles.

—Alemania era distinta entonces —dijo—. Continúa. Es interesante...

El folleto despertó en Rachael una emoción primitiva y alentadora. Se veía a sí misma afirmando su mensaje fundamental: a la hora de la verdad, los alemanes son malos. Esa noción les había servido para aguantar hasta el final de la guerra, creando un consenso que evitó que echaran la culpa a nadie más. A Alemania se la podía responsabilizar de casi todo lo que había ido mal en el mundo: las malas cosechas, el precio del pan, la moralidad laxa de la juventud, el descenso en la asistencia a la iglesia. Por un tiempo Rachael había estado de acuerdo con todo ello y le había servido para explicar sus pequeñas insatisfacciones domésticas.

Pero un día de primavera de 1942 la descarga rezagada de una bomba no arrojada en el momento previsto procedente de un Heinkel He-111 que regresaba de lanzar un ataque aéreo contra las refinerías de Milford Haven mató a su hijo de catorce años, Michael, derruyó la casa de su hermana y la obligó a arrojararse al suelo de la sala de estar como una muñeca de trapo. Aunque ella salió de entre las ruinas ilesa, una metralla espiritual se alojó en lo más profundo de su ser, fuera del alcance de los cirujanos, envenenando sus pensamientos y ofuscándole la mente. Esa bomba absurda destruyó su fe en la bondad esencial de la vida y la lanzó al éter como si fuera polvo, dejando en su cabeza un pitido que aumentó de intensidad al terminar la guerra.

Aunque su reducido círculo de conocidos la había superado en pérdidas (a los Blake les habían matado dos hijos en el desembarco aliado en Normandía; George Davies había regresado de un campo de prisioneros de guerra y descubierto que su mujer y sus hijos habían muerto en un ataque aéreo contra Cardiff), Rachael no halló consuelo en la desgracia ajena. El dolor era algo personal e intransferible y lo generalizado del sufrimiento no lo hacía menguar.

No obstante, culpar a los alemanes solo proporcionaba un alivio temporal. Tras la explosión ella había mirado al cielo a través de los edificios sin tejado de los que todavía se elevaba una columna de humo y se había imaginado a los aviadores riéndose mientras volaban de regreso a Alemania; pero culpar a unos hombres que cumplían con su deber le había dejado un vacío. Por un instante había pensado en la responsabilidad de su superior, si bien le pareció que albergar semejante pensamiento

era degradante para la memoria de su hijo.

Al cabo de unas semanas, a medida que recuperaba la sensibilidad, se descubrió incapaz de rezar, algo que siempre había hecho, y así llegó la inesperada pregunta de si existía realmente Dios. De pronto ese Dios que ella siempre había creído que estaba de su parte parecía tan lejano e inalcanzable como un Führer. Su respuesta no era la furiosa angustia del que cree (para gritar a Dios tenía que tener fe), sino más bien el silencio del que se pregunta si realmente ha creído alguna vez. Las palabras del reverendo Pring, que «lo que aprendamos del dolor nos haga crecer», solo sirvieron para intensificar la extraña sensación de ausencia divina. Cuando el sacerdote trató de tranquilizarla recordándole que ellos creían en un Dios que también había perdido a un hijo, ella respondió con repentina brusquedad que «Él al menos se había resarcido al cabo de tres días». El sorprendido cura dejó esas palabras suspendidas en el aire antes de replicar, en la cadencia más alentadora, que todos los que creían en esa resurrección compartían la misma esperanza. Rachael hizo un gesto de negación. Había visto el cuerpo destrozado de su hijo arrancado de debajo de las vigas, su inocente rostro blanco de polvo y muerte. No habría resurrección para Michael.

En una época de austeridad la autocompasión era un bien que había que racionar, algo que nadie debía mostrar en público. Sin embargo, la sensación que tenía Rachael de que le había tocado vivir una mala guerra, y de que pertenecía más al bando del ofendido que del ofensor, no disminuyó. Sin un Dios al que echar la culpa volvió la mirada al mundo en busca de un culpable, y encontró uno. No era el que esperaba, y al principio intentó ahuyentar la idea pensando que solo era una prueba más de sus «nervios frágiles», como había dictaminado el doctor Mayfield. Lewis, que había tenido una buena guerra, una guerra heroica, se encontraba a kilómetros de distancia, entrenando a reclutas en Wiltshire, cuando aquello ocurrió; aunque había sido idea suya que cambiaran Amersham por la seguridad del oeste, «más allá del alcance y el interés de la Luftwaffe», y había insistido en que los chicos fueran con ella, él no podía prever esa descarga rezagada de un avión alemán cuyos tripulantes solo querían regresar cuanto antes a su casa. Sin embargo el dolor, avivado junto con otros resentimientos inexpresables, puede dar rienda suelta a una multitud de incisivos pensamientos que, una vez desatados, es muy difícil controlar. El rostro de Lewis adquiría mayores dimensiones a medida que la recriminación de ella se afianzaba, y su ausencia solo servía para aumentar su culpabilidad. Si Rachael culpaba a alguien era a él.

—¿Mamá? ¿Con quién estás hablando ahora? —le preguntó Edmund.

De nuevo, el ensimismamiento la había llevado lejos, y una vez más el pobre Edmund, su hijo menor y único superviviente, la hacía volver a la realidad. Al ser la queja un tabú, todo permanecía en su interior, en el reino de lo privado, tan alejada

estaba del mundo que a veces perdía la noción del tiempo y el espacio. Trató de orientarse de nuevo.

—Con nadie, Ed. Solo estaba pensando... —respondió—. Pensaba en que tengo otro cromo para ti.

Buscó en su bolso el paquete de Wills y encendió el cigarrillo que, según el doctor Mayfield, le sentaría «bien para los nervios». Luego tendió el cromo del paquete a Edmund, que lo cogió con entusiasmo y enseguida lo rechazó.

—Ya lo tengo.

Rachael lo miró. Era una ilustración de cómo proteger una ventana de una explosión.

—Los cromos de esa marca con toda esa información de la guerra son aburridos —dijo Edmund—. ¿No puedes cambiar de marca?

—Tu padre tendrá cromos nuevos. Creo que sigue fumando Players.

Rachael dejó caer la ceniza en el cenicero y se sacudió la falda de tweed. Era la primera vez en más de un año que se vestía pensando en Lewis; la primera vez, de hecho, desde su breve y peculiar encuentro de tres días tras la victoria aliada en Europa, cuando ella había tenido la sensación de ser la única persona en toda Gran Bretaña incapaz de divertirse. Llevaba el traje de tweed que él le había dicho que le sentaba «de maravilla», lo que no era nada propio de él, así como el perfume Je Reviens de Worth («una bomba») que él había comprado en Francia. Después de años de abrigos confeccionados con cortinas y de labios pintados con jugo de remolacha, su atuendo parecía casi ostentoso.

Al verse reflejada en la ventanilla del vagón, Rachel se fijó en la mujer y en la niña, de unos diez años, sentadas frente a ella, que leían, respectivamente, un folleto y un tebeo. La mujer parecía desaprobarla con la mirada.

—Creo que esto es importante, Lucy —le dijo a la niña—. Es un mensaje del primer ministro Attlee. —Y leyó en alto del folleto—: «Los alemanes verán a las esposas británicas como representantes del Imperio británico, y en base a su conducta y la de sus hijos, antes que a la de las fuerzas armadas, juzgarán a los británicos y el estilo de vida británico». Debemos recordarlo.

Aunque miró a su hija mientras lo decía, Rachael tuvo la sensación de que las palabras iban dirigidas a ella. Sin duda, esa esposa británica ejemplar había llegado a la conclusión de que la señora distraída, ensimismada y demasiado elegante que tenía enfrente, que murmuraba para sí sin apenas advertir la presencia de su hijo, debía de ser una esposa egoísta, una mala madre y la peor clase de persona para representar a su país.

—Después de la explosión de la bomba hubo un intervalo durante el cual todo permaneció inmóvil... —Edmund guardó silencio un momento para crear el efecto

adecuado—. Y a continuación el sonido y el aire fueron absorbidos, y mi madre se vio arrojada... nueve metros.

Edmund era un niño de once años que vivía un momento emocionante: estaba cruzando el mar del Norte a bordo de un antiguo buque de transporte de tropas alemán para reunirse con su padre, un héroe de la guerra vivo, y vivir en un país donde había existido el régimen más poderoso y perverso de la historia; mejor aún, era un niño armado de historias bélicas que superaban fácilmente las de cualquiera.

La bomba que había matado al hermano de Edmund también había arrojado a su madre por los aires unos tres o seis metros —nueve, si tenía ante sí el público adecuado— hasta el otro extremo de la sala de estar de su tía. A raíz del incidente le había quedado un leve temblor y el llanto fácil (lloraba por nada, ya fuera al escuchar una pieza de música clásica en la radio o ver un pájaro cojeando en el jardín), pero él le perdonaba esas rarezas. Era evidente que las habían originado tanto la muerte de Michael como el hecho de que ella se hubiera salvado de milagro. Su forma de esquivar la muerte había proporcionado a Edmund un sentimiento de orgullo y una buena historia que adornar.

Y en esos momentos estaba adornándola ante lo que consideró que era un «público de nueve metros», compuesto por una niña de unos trece años con un lunar, un niño pelirrojo que aparentaba tener once y un chico mayor, de unos dieciséis, con una chaqueta sport de espiguilla. Si bien las diferencias de clase habían sido temporalmente neutralizadas por la emoción del viaje, era imposible dejar de hacer conjeturas sobre el lugar que cada uno ocupaba en esa nueva sociedad, y antes siquiera de que ellos revelaran el rango de sus padres, Edmund había adivinado que, al menos en lo referente a la clase social, él era igual que Pelirrojo y Lunar, y casi sin duda superior a Espiguilla, que estaba sentado aparte, fingiendo que no le interesaba la historia de la supervivencia de su madre mientras sacudía la ceniza de un cigarrillo y se echaba hacia atrás el cabello fijado con Brylcreem.

Pese a la ostentosa indiferencia del chico, Edmund advirtió que su historia lo atraía. Acababa de contar el momento en que la bomba alcanzaba la casa, con «el estruendo» del impacto, la extraña sensación de «temblor» que su madre había intentado explicarle. Su relato era exacto en muchos aspectos, menos en el «bum, bum, bum» del cañoneo antiaéreo, que no había existido en realidad en la ciudad rural galesa de Narberth. Tampoco sintió la necesidad de mencionar que él se encontraba en una granja vecina el día que había estallado la bomba.

—¿Nueve metros? Eso es casi... tres veces la longitud de este camarote. — Pelirrojo describió con una rotación de la cabeza el arco imaginario recorrido por la Madre Voladora y corroboró su aterrizaje más allá de la terraza con una exclamación.

Como si quisiera eludir cualquier duda, Edmund concluyó la historia con el irrefutable hecho de la muerte de Michael, en cuyos detalles no hacía falta entrar:

—Mi hermano no tuvo tanta suerte.

Tras haberse ganado el respeto de su audiencia con el relato de «Cómo desafié mi madre la muerte», Edmund obtuvo su compasión con el de «Y mi hermano murió».

Se decía que todo el mundo tenía una «historia de bombas», pero Edmund no había encontrado a nadie que pudiera superar la suya. Esperó a ver si alguno de los tres daba un paso. Pelirrojo se aclaró la voz y mencionó tímidamente a un primo suyo que había muerto mientras veía *Lo que el viento se llevó* en el cine Alhambra de Bromley junto con otras diez personas, aunque no lo conocía mucho. Espiguilla guardó silencio, si bien por su expresión satisfecha Edmund dio por hecho que se disponía a superar su historia con otra: ¿una muerte por una bomba teledirigida? ¿Un piloto alemán atrapado en un árbol? No importaba. Si hacía falta él tenía otra historia en la manga.

Sacó su baraja.

—¿Sabéis construir un castillo? —preguntó.

Esparcíó las cartas sobre la mesa extensible y las colocó formando una pirámide. El vaivén del barco hacía más difícil el reto.

—Nosotros tenemos que compartir el camarote con otra familia —dijo Lunar—. Mi padre solo es capitán. —Ella ya se había fijado en la amplitud de los aposentos de Edmund, acorde con el rango de su padre—. Pero mi madre espera que pronto lo nombren comandante para que nos den una casa mejor en Alemania. ¿Qué rango tiene tu padre?

Edmund lanzó una mirada a Espiguilla para asegurarse de que escuchaba. Era una forma fácil y modesta de jugar su mejor mano. «Cómo desafié mi madre la muerte» siempre tenía éxito, pero «Cómo fue condecorado mi padre» era su escalera real.

—Cuando comenzó la guerra solo era capitán. Pero enseguida lo nombraron comandante, le dieron una medalla y volvieron a ascenderlo. Pasó del grado de comandante al de coronel saltándose el de teniente coronel.

—¿Qué hizo para que se la dieran? —Espiguilla estaba muy interesado, y Edmund reparó en su acento de aspirante a instituto de secundaria selectivo. Por muchas clases de elocución que tomara nunca podría disimularlo.

Sin necesidad de que lo alentaran, Edmund les contó cómo su padre se había tirado al río Ems para salvar a dos zapadores atrapados en un camión, y cómo, para conseguirlo, había tenido que esquivar las atenciones de un francotirador alemán. No era la primera vez que contaba esa historia, y había aprendido a guardar unos minutos de silencio justo antes de la parte en que su padre, después de desaparecer bajo las aguas y liberar a los hombres atrapados, lograba salir de nuevo y eliminar al francotirador con una granada. Siguió un silencio asombrado hasta que Espiguilla preguntó:

—¿Qué medalla le dieron?

—La OMM. La Orden al Mérito Militar.

—Organicé un Marrón Monumental, querrás decir. —Espiguilla soltó una risotada, y con ella la duda se coló en la habitación como el agua en un camión que cae a un río.

Edmund notó cómo se hundía su historia. Lunar restauró cierta unidad con una afirmación con la que todos se mostraron de acuerdo:

—El único alemán bueno es el alemán muerto.

Edmund y Pelirrojo asintieron mientras Lunar hacía más observaciones sobre la verdadera naturaleza de los alemanes, tal como había aprendido de su abuela.

—Mi abuela decía que si los miras a los ojos, ves al diablo...

Pelirrojo también había llevado a cabo sus investigaciones.

—No podemos hablar con ellos ni sonreírles siquiera. Y deben hacernos el saludo militar y obedecernos en todo.

—Y no podemos confraternizar —añadió Edmund, satisfecho de utilizar esa nueva palabra.

Espiguilla encendió un cigarrillo e hizo un gesto de negación. Edmund admiraba en secreto cómo exhalaba el humo por la nariz y no se creía nada de lo que decían los otros.

—Escucha. No tenéis ni idea. Solo necesitáis saber una cosa sobre Alemania... —Espiguilla sostuvo en alto el cigarrillo—. Con uno de lo que decís puedes comprar un montón de pan. Con cien, puedes conseguir una bicicleta. Si tienes los suficientes puedes vivir como un rey.

Y con estas palabras dio exageradamente una calada y les echó el humo, obligándolos a parpadear a todos menos a Edmund, que mantuvo los ojos abiertos el tiempo suficiente para ver cómo se derrumbaba su castillo de naipes.

En el salón del barco se habían reunido las esposas de los hombres que ya estaban en Alemania. Se había hecho un gran esfuerzo para ocultar los antecedentes de la embarcación; todo rastro de que en otro tiempo había transportado a las Waffen SS a los puertos recién conquistados de Oslo y Bergen se había ocultado bajo una capa de pintura color crema y lima, y bajo alegres banderitas. Solo los pasajeros de mirada más penetrante habrían advertido una vieja pintada en la barandilla de la cubierta anunciando al mundo que el soldado raso Tobias Messer habían permanecido allí el tiempo suficiente para grabar su nombre para la posteridad.

El *Empire Halladale* era el barco de la Operación Reencuentro y llevaba a bordo a los representantes de un poder todavía grande a escala mundial, una nación que incluso en tiempos difíciles era capaz de proporcionar incentivos a sus ciudadanos. Por lo que se refería a la «carga», era un buen momento para irse de Gran Bretaña y alejarse de Pete Patata y el Doctor Zanahoria, las medias color carne y la frugalidad

incesante. Ese pequeño rincón flotante del imperio parecía burlarse de todo eso y sugerir un futuro de magnificencia.

Rachael estaba sentada con las esposas de tres oficiales, comparando los inventarios de sus hogares. Por tratarse de la esposa de un coronel su lista tenía tres páginas. La de la señora Burnham (esposa de comandante) tenía dos y media, y las de las señoras Eliot y Thompson (casadas con capitanes) solo dos. Era una prueba del milagro de la burocracia británica, que incluso en esos tiempos de bancarrota encontrara en su interior descompuesto y quebrado los medios para decidir que la esposa de un capitán no precisaba un juego de té de cuatro servicios, la esposa de un comandante necesitaba una vajilla completa, y solo a las esposas de oficiales de mando les correspondía una licorera para oporto.

Rachael era la «esposa de más alto rango» del grupo, aunque cedió encantada el papel a la señora Burnham, que era una líder nata. Esa mujer glamurosa y segura de sí misma era aguda, ordinaria y sabihonda, pero infundió un aire tan conspirativo a la reunión que logró que todas tuvieran la sensación de que ir a Alemania era una aventura, una oportunidad que no podían dejar escapar. La señora Thompson, una mujer esnob y concisa, no perdía detalle de lo que decía. Solo la señora Eliot parecía estar a disgusto. Se había mareado en cuanto el barco había partido de Tilbury y su tez hacía juego con el verde grisáceo de las tazas y los platitos.

—¿Se encuentra mejor? —le preguntó Rachael.

—El té está ayudando.

—Aproveche —dijo la señora Burnham—. Puede que los alemanes sean expertos en café, pero no tienen ni idea de preparar un té.

Ya había revisado su lista y advertido la ausencia de condimentos, servilletas y copas, y se volvió hacia Rachael.

—¿Está todo allí?

Rachael tenía pocas quejas, pero el doble ascenso de Lewis le había otorgado nuevos y desconocidos derechos, y se vio obligada a demostrar que era de alta cuna.

—Habría estado bien tener copas de jerez.

La señora Burnham se quejó medio en broma:

—¡Bueno, no sé qué decir! ¡La mujer del gobernador debe tener copas de jerez, de lo contrario, se harán preguntas en la Cámara de los Comunes!

Todas se rieron, y Rachael se alegró de que alguien le hiciera reír. La señora Burnham había puesto palabras a lo que ella sentía pero no podía expresar. Todo lo apagado, constreñido y rígido quedaría atrás en la gris y calcinada Inglaterra. Quizá en Inglaterra la señora Burnham habría sido tachada de vulgar y presuntuosa, pero allí, libre del protocolo y en un territorio desconocido, podía hablar con la confianza sin trabas de un explorador del Nuevo Mundo.

Con la pregunta de la sensata señora Eliot el ambiente reinante dio un giro.

—¿Es cierto que no hay suficientes casas en condiciones a causa de los bombardeos? George no supo decirme con seguridad dónde viviríamos la última vez que me escribió.

La señora Burnham rechazó las dudas.

—Han empezado a requisar casas. Habrá sitio de sobras.

—He oído decir que las casas están bien construidas —interrumpió la señora Thompson—. Sobre todo las cocinas.

—No es la cocina lo que me preocupa —replicó la señora Burnham—, sino el dormitorio. Cuento con que la cama sea grande y cómoda.

Mientras se reía, Rachael advirtió que se le dibujaba un rubor en el cuello como un broche lascivo. Pero la señora Eliot seguía preocupada por la escasez de casas.

—¿Y ellas adónde irán?

—¿Quiénes?

—Las familias alemanas..., las que viven en las casas que están requisando.

—A cuarteles —respondió la señora Burnham, disparando como si la palabra fuera un perdigón.

—¿Cuarteles?

—Sí, cuarteles.

La señora Eliot trató de imaginar los cuarteles y las familias alemanas viviendo en ellos.

—Qué horrible.

—No creo que debamos compadecerlos —replicó Rachael con sorprendente pasión.

—Tiene razón —aplaudió la señora Burnham—. No les queda más remedio que trasladarse y hacernos sitio. Es lo mínimo que pueden hacer.

—Yo también lo creo —coincidió la señora Thompson.

Una vez llegaron a esta conclusión por mayoría, aparcaron el desagradable tema de las familias alemanas y su alojamiento. Las mujeres empezaron a charlar unas con otras, y la señora Burnham se volvió hacia Rachael y bajó la voz hasta adoptar un tono confidencial.

—Bueno, ¿cuándo fue la última vez que vio a su marido? —El rubor de la señora Burnham parecía brillar y Rachael percibió el olor de su piel bajo el empalagoso disfraz del perfume, un olor dulzón con un toque especiado.

—Pasé tres días con él con motivo de la celebración de la victoria.

—Entonces tendrán que ponerse al día.

—Me temo que estos últimos años me he acostumbrado a tener la cama para mí sola. —Rachael se sorprendió al oírse admitirlo, pero esa mujer vivaz y pechugona parecía exigir franqueza.

En realidad Lewis se había convertido para ella en una quimera: mitad hombre,

mitad idea. En el pasado habían tenido relaciones íntimas, por supuesto. Aunque nunca había sido un tema del que hablaran; sencillamente ocurría. Era algo natural y poco complicado, y resultaba agradable y equitativo para ambas partes, estaba segura. Pese a ello, no lo recordaba, ni siquiera se lo imaginaba, y eso hacía que la pregunta de la señora Burnham le resultara de lo más preocupante. Rachael se dirigía a una tierra hostil para emprender una nueva e incierta vida, pero la mayor incertidumbre no provenía del enemigo sino de su marido. Había pasado más de un año desde que habían «tenido un momento» (como a él le gustaba llamarlo de recién casados) o «hecho el amor» (como ella había aventurado, disfrutando de la discreta profundidad de esa expresión), pero ese acto le parecía ahora impreciso y crepuscular, un abrazo perdido en la decepción del final de la guerra.

—Bueno, no sé usted pero yo tengo intención de recuperar los años perdidos — dijo la señora Burnham, y con eso dio una profunda e insinuante calada a su cigarrillo, se inclinó y echó otro terrón de azúcar en su té.

Aunque hacía cinco años que Rachael no tomaba el té con azúcar, cogió dos terrones y los dejó caer en su taza.

### 3

Lewis observó a los soldados británicos congregados en el andén de la estación Dammtor de Hamburgo. Casi todos estaban allí para reencontrarse con sus esposas y, para algunos, el tren procedente de Cuxhaven pondría fin a una separación que había durado meses, incluso años.

En su caso habían transcurrido diecisiete meses desde aquellos tres días extrañamente desalentadores de las celebraciones de la victoria en Londres; diecisiete meses desde que había visto a Rachael en carne y hueso, había olido su aliento a hebreo y la había oído tocar el piano. Ya no tendría que recurrir a la fotografía — tomada un caluroso día de julio en una playa de Pembrokeshire— que llevaba detrás de la tira elástica de la pitillera. En esa foto se la veía en la plenitud del verano: el holgado vestido de flores, la cabeza ladeada con despreocupación...; incluso en blanco y negro las mejillas parecían ruborizadas. Carente de grandes dotes visuales, él se había sorprendido de la cantidad de imágenes y recuerdos que había sido capaz de evocar durante el tiempo que habían permanecido separados. No se trataba tanto de la estilizada y afectada perfección del cine romántico como de los momentos íntimos e improvisados que el cine no podía o no se permitía mostrar. A menudo había retrocedido hasta el día que había presentado a Rachael a su familia —su hermana Kate, atónita ante el acierto de su elección, la había aprobado de inmediato — y el espontáneo baño de medianoche que se habían dado desnudos en Carmarthen Bay, con las viscosas algas lamiéndoles la piel.

La inminente presencia de su mujer ponía en peligro todo eso, y mientras fumaba allí de pie empezó a pensar en la persona que bajaría del tren. ¿Qué tal sería la auténtica Rachael comparada con la Rachael tan admirada y fácil de llevar en el bolsillo que le había sonreído a lo largo de toda la guerra, en todo momento y circunstancias?

Lewis guardó su imagen detrás de la tira elástica, sobre la foto más pequeña de Michael, y cerró la pitillera. Dio una última calada al cigarrillo y lo tiró a las vías. Por encima de él, en el marco sin cristales del techo de la estación, los pájaros construían sus nidos donde podían. Una repentina exclamación de deleite hizo que bajara la vista a sus pies, donde un hombre demacrado de unos sesenta años había recogido la colilla todavía encendida de las vías e inspeccionaba el tabaco, murmurando una y otra vez: «Danke, danke, danke». En circunstancias normales, el entusiasta gracias del hombre por ese minúsculo regalo imprevisto habría sonado a sarcasmo, pero en la *Stunde Null* una colilla tirada era como maná caído de un cielo olvidado de Dios. La compasión y la repugnancia forcejearon en sus entrañas, y una vez más ganó la compasión. Sacó tres cigarrillos de su pitillera de plata, se agachó y se los ofreció al hombre. Por un instante este los miró con atención, sin atreverse a cogerlos por si

eran un espejismo.

—*Nimm Sie! Schnell!* —dijo Lewis, consciente de que la mayoría de los soldados allí reunidos verían con malos ojos su benevolencia.

El hombre cogió los cigarrillos y cerró la palma de la mano antes de guardárselos dentro del abrigo.

Al erguirse, Lewis vio a dos hombres acercándose por el andén. Uno era el capitán Wilkins, sin duda animado ante la perspectiva de ver a una esposa a la que constante y desvergonzadamente llamaba «mi pétalo». Lewis, a quien le costaba expresar con palabras su afecto ante la misma Rachael, y no digamos ante los demás, admiraba en secreto el ostentoso enamoramiento de su subordinado. Wilkins se mostraba totalmente inocente al respecto y contaba intimidades como un joven amante incapaz de contenerse. Una vez incluso les leyó un poema que había compuesto, «A mi pétalo», con el verso «Te regaré, flor mía, y te inundaré de amor».

El hombre que lo acompañaba llevaba en la charretera la corona de comandante. Tenía un aspecto poco inglés, tirando a exótico, con el cabello negro sedoso y unos ojos bonitos aunque vigilantes, y Lewis sintió de inmediato la necesidad de perfeccionar su estilo.

—Señor, este es el comandante Burnham —dijo Wilkins—, de la Sección de Inteligencia. Está aquí para distinguir los negros de los blancos y los grises.

En lugar de hacer un saludo militar Burnham le estrechó la mano a Lewis. Los de Inteligencia tenían su propia jerarquía y en cuanto podían se abstenían de mostrar deferencia a los militares de carrera, a quienes no consideraban bien dotados para reconstruir un estado en ruinas. Lewis no se ofendió, pero en los movimientos eficientes y en las declaraciones precisas de Burnham enseguida percibió que era un hombre con una misión.

Mientras Burnham miraba con ferocidad al mendigo demacrado, Wilkins se apresuró a llenar el silencio.

—Ayer mismo encontramos una casa para el comandante. No queda lejos de la suya, señor. En la Elbchaussee. —El subordinado de Lewis, que era cada vez más consciente de sus actitudes poco convencionales, sus gustos y aversiones, así como de su tendencia a decir lo que pensaba, intuyó un enfrentamiento—. Serán casi vecinos —añadió.

Burnham seguía absorto en el mendigo, que había subido al andén y les tendía la mano, esperando sin duda que los amigos del coronel fueran tan generosos como él. Pero el comandante le dijo en un alemán impecable:

—Si no te largas me encargaré de que te detengan.

El hombre levantó las manos y retrocedió en una actitud excesivamente servil, tan rápido como se lo permitieron las piernas.

Burnham hizo una mueca.

—Cómo huele esa gente.

—Es lo que hace una dieta de novecientas calorías al día —respondió Lewis.

—Al menos molestan menos cuando tienen hambre —dijo Burnham, sonriendo sin alegría.

—Bien visto —dijo Wilkins, intentando suavizar las cosas.

Burnham asintió mientras fijaba en Lewis una mirada interrogativa y experta. El resonante silbato del tren que se aproximaba evitó a Lewis tener que decirle que estaba equivocado. Equivocado por completo.

—¿Por qué corren esos niños detrás de nosotros?

Edmund estaba inclinado sobre la ventanilla medio abierta del vagón. Fuera, hordas de niños alemanes corrían con una mano tendida al lado del tren, que había aminorado la marcha lo suficiente para avanzar a su mismo ritmo. Los niños gritaban los nombres de la santísima trinidad —«Cholate, pitillos, sandvich»—, pero los pasajeros del tren no estaban familiarizados con el aceptado y esperado ritual de arrojar provisiones, y no hubo premios.

—Quizá quieren ver qué aspecto tenemos —fue todo lo que musitó Rachael—. Ya casi hemos llegado.

—¿Son alemanes?

—Sí. Vamos, ponte el abrigo.

—No parecen muy alemanes.

Rachael le enderezó la corbata, se humedeció un dedo con la lengua para frotarle una mancha en la mejilla y le alisó el cabello.

—Mírate. ¿Qué pensará tu padre?

Alrededor había más mozos de estación que pasajeros, listos para llevar el equipaje de los recién llegados y dejarlos libres para buscar a maridos y progenitores. Después de dar su maleta a un impaciente anciano de aspecto gris, Rachael se apeó del tren y se vio inmersa en una bulliciosa riada de tweed, sombreros, polvos y barras de labios que fluía hacia los hombres que esperaban. Vio a parejas abrazándose en medio del vapor. Tal como había prometido, la esposa del comandante ya estaba recuperando el tiempo perdido. Se acercó a su marido, le agarró la barbilla y lo besó con la boca abierta. Fue un acto descarado, y Rachael se estremeció de ávida excitación. Ella jamás besaría de ese modo a Lewis en público; incluso en su juventud le habría parecido demasiado subido de tono.

Lo vio antes de que él la viera a ella —apartado de la multitud y observando, con una expresión un poco asustada, vulnerable— y, exactamente como en las historias de *Woman's Own*, el corazón le dio un vuelco, notó el pulso en la garganta y se le aceleró la respiración. Por un instante sintió un intenso afecto, pero se desvaneció al darse cuenta de que él la veía y solo se le dilataban un instante los ojos antes de

sonreír a Edmund, que corría a su encuentro. Lewis lo saludó alborotándole el cabello recién peinado mientras hacía una observación nerviosa sobre el paso del tiempo.

—Mírate. Como una habichuela.

—Hola, papá.

Lewis continuó mirando a Edmund, mudo de asombro ante unos cambios que siempre parecían tan sorprendentes a los adultos y tan prosaicos a los niños, hasta que no pudo seguir utilizando a su hijo como excusa; entonces se volvió hacia Rachael y le dio un beso rápido que aterrizó entre los labios y la mejilla.

—¿Habéis tenido un buen viaje?

—Cruzar la frontera ha resultado algo complicado.

—Vamos a tomar un té. Si tenemos suerte habrá *strudel*.

—Los alemanes no saben preparar el té —intervino Edmund, intentando complacerlo.

Lewis se rio. Era uno de los pocos tópicos sobre los alemanes que era cierto.

—Están mejorando.

Edmund tenía los ojos como platos, asimilando todo lo que lo rodeaba. De pronto se animó con algo que ocurría al otro lado de las vías.

—¿Qué están haciendo?

—Santo cielo —susurró Rachael.

Dos niños sujetaban a un chico suspendido boca abajo de un puente frente a un tren que se acercaba. El chico tenía un palo de golf en las manos y por un momento pareció que la locomotora iba a arrollarlo, pero el tren pasó por debajo de él, a varios metros de distancia, y mientras lo hacía él golpeó los pedazos de carbón de la parte superior del tónder para que las mujeres que esperaban junto a las vías los recogieran en sus faldas.

—¿Eso está permitido? —preguntó Edmund, lleno de admiración.

—Oficialmente no —respondió Lewis.

—¿No vais a detenerlos?

Lewis guiñó un ojo a su hijo con complicidad.

—No veo ningún barco. —Y con esas palabras condujo a su familia hacia la salida antes de que surgieran más preguntas difíciles.

El hotel más elegante de Hamburgo, el Atlantic, había sobrevivido a la guerra y era un oasis de derroche en medio de un desierto de frugalidad. Esa impresión se veía reforzada por el patio con palmeras del salón principal, entre las cuales tocaban los músicos para una clientela británica que tomaba el té y que durante unas horas sería capaz de olvidar los años grises e imaginar que se encontraba en el más pintoresco de los destinos. Lewis confiaba en que la marchita grandeza, el té, los sonidos antifonales del tintineo de la cubertería y la gruesa alfombra crearan el ambiente de

confort y seguridad que requería la difícil noticia que se disponía a dar. Pero no se quedó satisfecho con la música. Los músicos del hotel solían interpretar las alegres melodías populares preferidas por los ingleses, en cambio los intérpretes de aquel día, un pianista y una cantante, se estaban volcando de lleno en una canción melancólica en alemán que era el contrapunto de la melodía que Lewis esperaba. Las noticias difíciles requerían una banda sonora alegre; interpretar lo que interpretasen tenía que cambiar.

Rachael reconoció al instante la pieza como un *lied* de Schubert y se entregó a su profunda corriente. El *strudel* quedó intacto ante ella mientras se alimentaba de la música, escuchando con una concentración intensa y única en la sala. Edmund, a su lado, engulló el *strudel* mientras disparaba pregunta tras pregunta a su padre. Llevaban toda una guerra guardadas y necesitaban una respuesta inmediata. Lewis fumó e hizo lo posible por responder al tiempo que esperaba el momento adecuado para pedir que cambiaran la música.

—¿Es ahora una colonia Alemania?

—No exactamente. Con el tiempo la devolveremos..., cuando la hayamos arreglado.

—¿Nos ha tocado la mejor parte?

—Dicen que los estadounidenses se han quedado con las vistas, los franceses con el vino y nosotros con las ruinas.

—No parece justo.

—Bueno, nosotros creamos las ruinas.

—¿Qué hay de los rusos?

—¿Los rusos? Bueno, ellos se han quedado con las granjas. Pero eso es otra historia. ¿Qué tal el *strudel*, cariño?

Lewis advirtió que Rachael se secaba rápidamente una lágrima. Partió un pedazo de *strudel* con el tenedor para disimular, aunque era demasiado tarde.

—Mamá está llorando otra vez.

Era como si Edmund hubiera lanzado sobre la mesa una bengala de señales, iluminando los últimos diecisiete meses para que los viera su padre. El resplandor mostró a Lewis más de lo que quería saber o de lo que estaba preparado para afrontar. Ese breve resumen de la historia reciente de Rachael era el ápice de algo que había esperado que los médicos, el tiempo y la distancia lograsen curar.

—No seas bobo, Ed —dijo Rachael—. Solo es la música. Sabes que la música triste siempre me hace llorar.

Al acabar la cantante y no recibir ningún aplauso, Lewis vio la oportunidad de despejar la melancolía. Rachael adivinó enseguida lo que se proponía.

—Por favor, no...

—Necesitamos algo más alegre, ¿no te parece?

Rachael cedió con un gesto de decepción, y en cuanto él se fue se volvió hacia Edmund.

—Por favor, no le digas esas cosas a tu padre. Solo conseguirás preocuparlo.

—Lo siento.

Lewis susurró su petición a la cantante y Rachael advirtió la sonrisa dolida y tensa de la mujer; quizá fuera una intérprete de fama internacional, parte de una orquesta diezmada que se veía obligada a satisfacer los requisitos de clientes incultos. Mientras Lewis regresaba, el pianista tocó los primeros acordes de «Run, Rabbit, Run» y la cantante pasó de las profundidades del anhelo existencial alemán a la superficial frivolidad inglesa sin alterarse.

—Eso está mejor —dijo Lewis—. Este país necesita una nueva canción.

Con el renovado ambiente creado por esa melodía, Lewis se vio incapaz de esperar un cigarrillo más y decidió acabar de una vez. No tenía dotes de vendedor y sus tentativas solían mostrar una desmesurada dependencia de los superlativos «más maravilloso» y «más fantástico», y de los adverbios enfáticos «realmente» y «de verdad».

—Tengo noticias sobre nuestra nueva casa. Es realmente un lugar de lo más maravilloso. Mucho más grande que la de Amersham. Más incluso que la de la tía Clara. Hay una sala de billar. Un piano de cola. —Guardó silencio un momento para dejar que Rachael se lo imaginara—. Y unas vistas maravillosas del río Elba. Y está llena de cuadros interesantes..., de artistas bastante famosos, creo. ¿Qué más? Ah, sí. Hay un montaplatos.

—¿Para montar los platos? —preguntó Edmund.

—Y tenemos servicio: una doncella, una cocinera y un jardinero.

—Pero ¿quién monta los platos?

Fue un alivio reír. Hasta Rachael se rio del comentario.

—Pronto lo verás...

—¿Hablan nuestro idioma? —preguntó Rachael, introduciéndose en la conversación.

—La mayoría de los alemanes saben unas cuantas palabras. Y enseguida lo pillaréis.

Lewis guardó silencio. Había ensayado mentalmente ese momento varias veces. ¿Debía apelar a su lado humano y hacer que sintieran compasión hacia los Lubert, como había sentido él? ¿Hacerles ver que eran personas como ellos? ¿O aferrarse a los hechos materiales, a saber, que era una casa lo bastante grande para alojar a veinte personas y que sería egoísta echar a los propietarios? Fuera como fuese, trataba de envolver una bomba en algodón.

—La casa pertenece a herr Lubert. Es arquitecto. Un hombre civilizado. Su mujer murió durante la guerra. Tiene una hija, no mucho mayor que tú, Ed. Se llama Frieda,

creo. De cualquier modo, la casa es..., bueno, enorme. Lo bastante grande para alojar a veinte personas. Y en el piso de arriba hay un apartamento totalmente independiente...

Rachael inspiró con pesadez y cambió de postura.

—El caso es que la casa es lo bastante grande para todos. Ellos vivirán en las dependencias del piso superior y nosotros tendremos el resto de la casa para nosotros.

Rachael no estaba segura de haber oído bien.

—¿Viviremos con ellos? —le preguntó.

—Apenas nos enteraremos de que están. Solo son dos. Pueden utilizar otra entrada para estar totalmente independientes. Allí tienen todo lo que necesitan.

—¿Viviremos con alemanes? —le preguntó Edmund.

—No exactamente. Aunque sí, compartiremos una casa. Es como si fuera un edificio de pisos y ellos vivieran en la planta de arriba.

Rachael necesitaba hacer algo, de modo que se sirvió té sin ganas y sin mirar siquiera. Volcó la jarrita de leche y Lewis, alegrándose de ocuparse en algo práctico, extendió una servilleta sobre la mesa y llamó al camarero.

—Pero no lo entiendo —dijo Rachael—. ¿Es lo que hacen las demás familias?

—Ninguna ha requisado una casa como esa. No es lo mismo.

A Rachael eso no le cabía en la cabeza. Le traía sin cuidado lo suntuosa que fuera, lo repleta de habitaciones que estuviera o la exquisitez de las obras de arte o del piano que había; aunque hubiera sido un palacio con alas independientes y edificaciones anexas seguiría sin haber espacio para los alemanes en él. Buscó un cigarrillo en su bolso. Estaba resuelta a no dejar que Lewis le ofreciera fuego, como solía hacer; pero él ya había sacado el mechero estilo estadounidense, e inclinándose hacia ella, ahuecó la mano junto a la de Rachael, temblorosa, y se lo encendió.

—Espera a verla. Es una casa maravillosa.

Lewis siempre había tenido en mente un ataque en dos flancos. Si el enfoque blando no resultaba convincente, los abofetearía con la desigualdad y les mostraría lo peor que Hamburgo podía ofrecer. Dio instrucciones a Schroeder de seguirlo con el Austin 16 y el equipaje mientras daba un pequeño rodeo por las ruinas para que «*frau und sohn* entendieran mejor la situación».

Lewis esquivó con cuidado excesivo los cráteres causados por las bombas en la carretera, pero durante los primeros minutos la emocionada reacción de Edmund ante el Mercedes impidió que pronunciara su sermón correctivo. Sentado entre su madre y él, el niño se quedó sin aliento y prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo ante la suprema hazaña de ingeniería que representaba aquel coche. De la misma manera que se había quedado perplejo al saber que Bach era alemán, la belleza pura de esa bestia anuló todo sentimiento de superioridad.

—Puede ir a más de doscientos.

—Son kilómetros por hora.

—¿Podemos probarlo?

—No creo que estas carreteras nos lo permitan, Ed. —Y a continuación Lewis les ofreció la primera de sus estadísticas mortales—: ¿Sabías que arrojamos más bombas sobre Hamburgo en un fin de semana que las que los alemanes lanzaron sobre Londres a lo largo de toda la guerra? —Se lo dijo a Edmund, pero quería que Rachael también lo oyera, que lo asimilara en toda su crudeza; que eliminara los prejuicios y la autocompasión. Casi de inmediato, aparecieron las ruinas de Hamburgo, y si al principio no eran muy diferentes de las imágenes que recordaban de Londres, Coventry o Bristol, la magnitud del desastre aumentó a medida que avanzaban. No había ninguna construcción en pie ni delante ni detrás ni a los lados, solo cascotes y ríos de gente desplazándose a un lado de la carretera.

—Pero ellos empezaron, ¿no, papá?

Lewis asintió. Por supuesto que empezaron ellos. Empezaron cuando un hechicero revolvió sus quejas en una olla; empezaron con cada brazo que levantaron y cada brazalete que se pusieron, con cada mitin al que acudieron, cada carretera que construyeron y cada declaración que aplaudieron; empezaron con cada tienda que destruyeron, cada avión que lanzaron y cada bomba que arrojaron. Empezaron ellos. Pero ¿dónde estaban? ¿Dónde estaba ahora la raza superior que engullía continentes? No podían ser esos trogloditas patéticamente vestidos y débiles que se arrastraban a un lado de la carretera en ruinas.

—No parecen alemanes, papá.

—No.

Rachael seguía sin responder.

—¿Ves esas cruces negras? Señalan los cadáveres sepultados entre las ruinas. Todavía hay más de un millón de civiles alemanes sin localizar.

Lewis miró a Rachael para ver si asimilaba algo de lo que decía, pero su expresión era resueltamente inexpresiva.

Pon la cara que quieras, pensó Lewis. Pronto lo verás.

Dejaron atrás a varias familias que llevaban los restos de toda una vida en un carro.

—¿Adónde va toda esa gente? —preguntó Edmund.

—Son desplazados que regresan a la ciudad o gente a la que han echado de sus casas para hacernos sitio a nosotros.

—Mamá dice que viven en cuarteles.

—Así es. Sin embargo, no hay suficientes para todos. Estamos construyendo un nuevo campamento cada mes. —En algún momento tendría que enseñarles cómo eran los campos de desplazados.

—¿Son como los campos que vimos en *Illustrated News*?

—No, son distintos.

—Pero se lo merecen, ¿no? Por lo que hicieron en aquellos campos.

Lewis tuvo que contener su irritación y tomar aire. Él no podía saberlo.

—¿Papá?

Por ambos lados de la carretera transitaba gente con una expresión concentrada solo en lo inmediato, en el pan de cada día, en librarse de un mal mayor, pero Lewis no podía ir más lejos en su defensa. También debía ser justo...

—Sí, algunos se lo merecen, Ed.

Y al oírlo Rachael ofreció las únicas palabras que pronunciaría durante ese breve trayecto:

—Por supuesto que se lo merecen.

Cuando el extraño convoy —un encorvado y desvencijado Austin británico detrás de un Mercedes alemán de aspecto victorioso— se detuvo en el camino de grava, Stefan Lubert miró el reloj y bajó los escalones para recibir a los nuevos ocupantes. Se puso bien la chaqueta e hizo un esfuerzo por parecer digno, humilde y agradecido al mismo tiempo, una difícil combinación para un hombre de su temperamento. A su lado Heike y Greta formaban en fila, listas para ofrecer sus servicios a la familia. Él percibía sus nervios y las oyó comentar entre susurros:

—No son tan feos como otros ingleses.

—Me gusta cómo van vestidos.

—Mira al pobre señor, poniendo al mal tiempo buena cara.

—La esposa es guapa...

—No tanto como nuestra señora.

Greta era condescendiente con la memoria de su señora, ya que Claudia no había sido guapa. Atractiva, elegante, grácil, aguileña, pero guapa no. Mientras que, tal como había observado Heike espontáneamente, frau Morgan sí lo era; su rostro pétreo y serio no podía ocultarlo. Cabello castaño oscuro, grandes ojos almendrados, pequeños labios gruesos, figura menuda pero rellena, tez aceitunada. ¿De dónde era? De Inglaterra seguro que no. Debía de ser de origen celta, o incluso español.

—No parece contenta.

—A lo mejor está acostumbrada a vivir en un castillo.

El coronel se acercó y estrechó la mano de Lubert con efusión.

—Frieda quería saludarlos, pero no se encuentra bien —dijo Lubert—. Espero que disculpen su ausencia.

—No faltaba más —respondió Lewis, e hizo una indicación a Rachael para que se acercara—. Esta es mi mujer..., frau Morgan.

Lubert le tendió una mano, pero Rachael no correspondió el gesto.

—Encantado —dijo él, retirando la mano y utilizando el movimiento del brazo para invitarlos a pasar y hacer las presentaciones—. Este es el personal de servicio. Heike y Greta. Y a Richard lo habrán visto en la puerta. Se los encomiendo.

Heike hizo una reverencia enérgica y Greta apenas se movió.

Lubert advirtió que Rachael todavía no había hablado. Quizá las ruinas la habían sumido en un estado catatónico.

—Y Edmund —dijo Lewis, llamando a su hijo para que se acercara—: ¡Ed!

En su excitación, el chico se había adentrado en los jardines, donde corría con los brazos abiertos como un avión, imitando los ruidos de la guerra. Lo hacía sin pensar. Como para demostrar que no le importaba, Lubert se rio. Rachael se sintió avergonzada y lo llamó.

—¡Ed! ¡Basta! Ven a saludar.

Lubert se sorprendió al oír su voz. ¡Habla!

Edmund se acercó para saludar a Lubert y al servicio. Heike se rio de sus payasadas.

—Encantado —dijo el chico.

—Bienvenido a su nuevo hogar —respondió Lubert—. Espero que le guste.

Lewis no había exagerado, pensó Rachael. La casa era maravillosa. Más bien se había quedado corto, probablemente porque desconocía lo que la hacía tan especial, aunque también porque no se sentía del todo a gusto en medio de su suntuosidad. Lewis carecía de todas las pretensiones sociales y aspiraciones materiales que movilizaban a sus colegas, una cualidad que Rachael, más concienciada desde el punto de vista social, siempre había aprobado, pero que de pronto, sin saber muy bien por qué, la irritó. Mientras herr Lubert los conducía por la casa se encontró atrapada entre la necesidad de demostrar que reconocía la excelencia y apreciaba la cultura, y la de comunicar sus recelos. Habitación tras habitación, parecía aumentar el sentimiento de inferioridad y de desubicación de Rachael. Fuera lo que fuese lo que herr Lubert dijera, todo lo que ella oía era: «Sois bien recibidos pero esta sigue siendo mi casa». Cuando llegaron al balcón con vistas al río Rachael ya había tenido suficiente. Lubert se ofreció a enseñarles su apartamento, situado en la parte superior de la casa, pero ella interrumpió la visita diciendo que estaba cansada a causa del viaje. La conmoción de sus nuevas circunstancias le había sacudido de encima la fatiga, pero ya no podía seguir soportando la presencia de ese alemán cortés y —¿o era producto de su imaginación?— un poco impertinente que hablaba inglés con una cadencia perfecta y sin los ridículos balbuceos de la pronunciación aprendida. Rachael casi había esperado que la ausencia de un idioma en común hiciera las cosas más simples; no obstante, la desenvoltura de ese hombre lo complicaría todo a menos que ella marcara los límites de manera clara y firme.

Cuando más tarde Lewis fue al cuarto de Edmund para arroparlo, se encontró a su hijo tumbado en el suelo. Había arrastrado la casa de muñecas hasta el centro de la habitación y Lewis se fijó en que la había reorganizado para crear una réplica de la Villa Lubert, poniendo muebles en el tejado donde ahora vivía la familia alemana y colocando muñecos del tamaño de un dedo en sus respectivos espacios: dos muñecos, uno masculino y otro femenino, representaban a Lubert y a su hija; y otros tres a él mismo, a Lewis y a Rachael.

—Es hora de dormir, Ed.

El chico se levantó del suelo y se subió a la cama con dosel.

Hacía mucho tiempo que Lewis no acostaba a su hijo y no estaba muy seguro de los pasos que debía seguir. ¿Habría que contarle un cuento? ¿Charlar un poco? ¿Rezar una oración? Lo tapó bien con la manta, justo por encima de su soldado de trapo, Cuthbert, que tenía sobre el pecho. Le entraron ganas de acariciarle el rostro y apartarle un mechón del ojo, pero le faltó confianza en sí mismo, de modo que le dio unas palmaditas al soldado de trapo.

—¿Te gusta esta casa?

—Es grande —respondió Edmund.

—¿Crees que te gustará?

Ed asintió.

—¿Por qué no ha bajado la niña a saludar?

—Creo que no se encuentra muy bien. La conocerás pronto. Quizá podáis jugar juntos.

—¿Estaría permitido?

—Por supuesto. Una vez que nos hayamos instalado.

Edmund guardó silencio un momento, como si quisiera decir algo más, pero su padre ya había apagado la lamparita de la mesilla de noche.

—Buenas noches, Ed.

—Buenas noches, papá.

Y con esas palabras Lewis salió de la habitación. Edmund pensó que tal vez era mejor no mencionar el encuentro de una hora antes, cuando había deambulado por el rellano de la escalera que conducía al piso superior, donde estaba el apartamento de los Lubert.

Solo quería echar un vistazo al piso superior, nada más. Tras subir el primer tramo de las escaleras y llegar a la curva se había encontrado a la niña, con una coleta rubia, los brazos extendidos con una mano apoyada en cada pared y las piernas suspendidas en el aire frente a ella, como si hiciera una acrobacia sobre un caballo.

«Hola —había dicho él. Intrigado, se había quedado mirándola y preguntándose si era Frieda. Ella parecía totalmente sana y fuerte, no tenía aspecto de enferma—.

¿Eres Frieda?»

Pero la niña se había limitado a mirarlo, manteniendo las piernas en posición horizontal. Luego, muy despacio, había empezado a abrirlas dejando ver las bragas. Edmund se había quedado hipnotizado, incapaz de apartar la mirada. No sabría decir cuánto tiempo permaneció boquiabierto —le pareció que varios minutos—, pero solo reaccionó cuando la niña de pronto le bufó —exactamente como un gato— y él retrocedió por las escaleras sin apartar un momento los ojos de ella, por si de pronto se abalanzaba sobre él.

Lubert se despertó de un mal sueño y se encontró en una habitación desconocida, en una casa que ya no era la suya. En los primeros segundos de incertidumbre no supo con certeza dónde estaba; mientras buscaba pistas sensoriales, acudió a su mente una confusión de recuerdos geográficos y temporales que lo trasladaron a una cama individual en la casa de verano de su abuela, en la isla de Sylt, la misma cama donde una vez había hecho el amor con Claudia mientras abajo, en la cocina, sus hermanas preparaban langosta y cangrejos para cenar. Con qué astucia los jóvenes amantes habían aprovechado el ruido de las cáscaras al romperse para disimular los crujidos de la cabecera de la cama y sus gritos de éxtasis.

Lubert abrió los ojos, y la luz que entraba a través de la cortina entreabierta rompió la ilusión; no estaba en su cama (otro hombre y otra mujer yacían ahora en ella) sino en la habitación que había utilizado su viejo chófer, Friedrich, antes de que la guerra lo obligara a reducir el personal doméstico; la misma habitación que Claudia había utilizado a partir de entonces como una prolongación de su vestidor siempre desbordante. Lubert seguía en su hogar pero ya no mandaba en él; la señora de la casa había fallecido y él ya no volvería a acariciarla ni a olerla. Sin embargo podía olerla, si no a ella al menos un recuerdo de un momento compartido con ella. El edredón de seda debajo del cual yacía en esos momentos pertenecía a la casa de verano de Sylt, antes de que la Luftwaffe confiscara todas las casas de la isla con el fin de utilizarlas como bases para sus hidroaviones; se había impregnado del olor a mar y ese olor había provocado la vívida asociación. Se tapó hasta la nariz con el edredón, e inhalando su olor se dejó transportar de nuevo al día en que él y su prometida de mejillas encendidas bajaron por las escaleras para dar cuenta de la comida preparada por sus hermanas; el olor a pescado salado y a hierbas de Claudia todavía en los nudillos mezclándose con el de la *bouillabaise*, y Claudia sonriéndole desde el otro lado de la mesa mientras él se olía con disimulo los dedos buscando una prueba de su pasión. Mientras Lubert se abandonaba a ese recuerdo, le llegó de debajo del edredón el olor de su propia excitación, invitándolo a evocar de nuevo aquella escena.

Cuando terminó no sintió remordimientos sino más bien una especie de

humillación, porque eso era todo lo que tenía ahora, reminiscencias editadas y reeditadas para obtener un efecto rápido y mecánico. Se incorporó y notó sobre el vientre el tibio semen ya enfriándose. Malgastado. Castrado de propósito. Era en ese legado, más que en las ruinas, la destrucción material o las atrocidades, en lo que más pensaba Lubert: el truncamiento y el reajuste de unas relaciones que en otro tiempo habían parecido inquebrantables, un millón de amantes perdiendo al amor de su vida y viéndose obligados a volver a empezar. Por supuesto, para algunos, los que no eran felices en su matrimonio, los que estaban unidos en un yugo desigual, la interrupción había supuesto una oportunidad. Según decían bromeando los obreros de la fábrica, la escasez de varones alemanes los beneficiaba. Sencillamente había más mujeres donde elegir y más mujeres eligiendo. Era la «nueva» economía de la oferta y la demanda. Pero Lubert no quería elegir ni que lo eligieran; la mujer que había elegido —y que lo había elegido a él— seguía estando, incluso muerta, más presente que cualquier relación posible.

Se secó la mano con la camisa de dormir y se levantó de la cama para correr del todo la cortina. La habitación seguía atestada de pertenencias que con celeridad habían trasladado del dormitorio principal y del estudio tras el inesperado indulto concedido por el coronel. Eran las cosas que Lubert siempre había imaginado que cogería primero en caso de incendio: su taller de arquitectura y sus utensilios, las flores prensadas del día de su boda y dos de los objetos más valiosos y apreciados de la casa, el autorretrato de Léger y la doncella desnuda de Von Carolsfeld. Sin embargo, lejos de experimentar un sentimiento de pérdida, le había invadido una inesperada euforia al verse obligado a reducir sus pertenencias; una sensación de estar casi desnudo, lo bastante ligero de equipaje para ir a cualquier parte.

Se acercó a la ventana y miró hacia el otro lado del césped iluminado. La luna, que no estaba llena, brillaba en el frío y despejado cielo purpúreo, si bien la luz que se proyectaba sobre el jardín procedía del dormitorio principal, donde sin duda el amable y honesto oficial británico y su esposa, atractiva aunque llena de fuego contenido, volvían a conocerse tras una larga separación. Lubert procuró no pensar en ello pero solo logró que acudiera a su mente aún con más nitidez una escena: estaban en la que había sido su cama; quizá habían dejado la luz encendida para ver mejor lo que se habían perdido; habían hablado largo y tendido antes de hacer el amor, o bien habían hecho el amor y luego habían hablado y hecho de nuevo el amor. ¿Estaban tumbados encima de la cama sin taparse, como Claudia y él siempre preferían, o eran amantes silenciosos y furtivos que se escondían debajo de las sábanas?

La luz del dormitorio de abajo se apagó, y el balcón, el jardín y los árboles se sumieron en la negrura dejando el firmamento más estrellado. Dando por sentado que los ocupantes de su antigua cama habían concluido los rituales del reencuentro, Lubert se apartó de la ventana y se deslizó de nuevo bajo el edredón con olor salado

de su cama individual.

Rachael estaba sentada ante el nuevo tocador de su nuevo dormitorio cepillándose el cabello. Justo encima de ella, en alguna parte del piso superior, se imaginó a herr Lubert preparándose para acostarse y riéndose de la grosería y la ineptitud de «esa mujer» para reconocer al artista de uno de los cuadros que había señalado en la sala de billar... ¿Quién era? ¿Léger? Nunca había oído hablar de él.

No quería moverse del taburete en forma de riñón del tocador. Si contaba con la condescendencia de un hombre en el piso superior, también contaba con la aprobación (y las expectativas) del que tenía detrás. En el espejo vio a Lewis en pijama, sentado en la estrecha y alta cama observándola, y alcanzó a percibir su mezcla de excitación e irritación. A Lewis le desagradaba cualquier forma de descortesía, y si aún no le había dicho nada tal vez era porque esperaba «tener un momento». Rachael dejó de cepillarse el cabello; no quería dar mensajes erróneos. El esperado momento de su reencuentro físico había llegado pero ella no estaba preparada para entregarse a él.

—¿No te gusta la casa? —preguntó Lewis.

El tono era bastante suave, aunque tratándose de él, era casi una confrontación.

—Preferiría que no viviera aquí el dueño.

Rachael observó a Lewis coger la pitillera, sacar un cigarrillo y encenderlo. Un reflejo de lucha: munición para la batalla; un terreno traicionero que cruzar: encender.

—Podrías haber sido un poco más amable con él —dijo.

De nuevo era razonable, pues ella se había mostrado poco amable. Sin embargo, no necesitaba motivos para volverse contra él. Su risa sonó más histérica de lo que se sentía, si bien la elección de las palabras fue calculada. Una discusión pospondría el sexo para otra ocasión.

—¿Cómo? ¿Y fingir que todos nos llevamos la mar de bien? ¿Que estamos en el mismo bando?

—Lo estamos —repuso Lewis—. Estamos en el mismo bando.

Rachael se levantó y se acercó a la estrecha cama, despegándose el camisón de los pechos. Ahuecó las almohadas para sentarse erguida. Ya tenía en la mesilla de noche el libro que estaba leyendo —*Cita con la muerte*, de Agatha Christie—: la ruta de huida si él persistía.

Tal vez percibiendo que se le escapaba la oportunidad, él preguntó:

—¿Vamos a... tener un momento?

—¿Es necesario? ¿Ahora?

—No, no es necesario.

—Me refiero a que es un poco extraño con ellos aquí arriba. Han sido tres días muy largos.

—No importa. Estás cansada.

Tal vez si él la hubiera tomado por sorpresa, sin avisarla, ella se habría dejado llevar; quizá así era como solía ocurrir entre ambos.

Ella cogió el libro.

—¿Es cierto que has llorado todos los días?

Rachael se puso tensa. Él quería hablar.

—No sé por qué ha dicho eso Ed.

—Pero ¿es cierto?

—Mayfield dice que todavía tengo los nervios frágiles.

—¿Qué hay de Pring? ¿Habéis hablado?

—He dejado de ir a la iglesia.

Reconocer ese hecho le produjo una sensación agradable, extrañamente satisfactoria. Sin embargo, no se justificó. Para Lewis, que tenía poca *angst* (el curioso nuevo término que había utilizado Mayfield), era una cuestión práctica. Lo que quería decir en realidad era: ¿has estado con gente o te has aislado? Sin duda él no deduciría de la respuesta que su Dios no existía porque había permitido que una bomba extraviada aterrizara en el preciso momento en que Michael bajaba las escaleras respondiendo a su llamada.

Rachael notó una presión en las compuertas. Se había contenido durante los pasados días, pero se acercaba.

—Para ti no es un problema —dijo—. No estabas allí. No parece sentirlo como yo lo siento.

—No he tenido mucho tiempo para los sentimientos —replicó Lewis. Sincero pero poco acertado.

—Pero ¿por qué no lo sientes? —Ella le ahorró tener que expresarlo en palabras—. De acuerdo, tienes tu trabajo. Tienes un país que reconstruir... —Y, dicho eso, las aguas de la presa empezaron a desbordarse—. ¡El país que mató a mi... precioso hijo!

Esos sollozos que llegaban cada vez que recordaba a Michael se parecían a los que la habían embargado de niña; le sacudían todo el diafragma y la obligaban a recobrar el aliento abruptamente. Lewis le pasó la mano por la espalda, pero no podía entrar en su alcoba de dolor.

—Y pretendes que viva aquí con esa gente.

—Todos los que vivimos bajo este techo hemos experimentado una pérdida.

—No me importa. No me importa si el resto del mundo ha perdido un hijo. El dolor es el mismo. No estoy de acuerdo con esa...

—Nadie lo está. Pero tenemos que hacer lo mejor...

—Lo mejor. ¡Siempre lo mejor! Pareces más preocupado por las necesidades de nuestros enemigos.

—Rach, por favor. Ya no son nuestros enemigos. Han sido totalmente aplastados. Hay que reconstruirlo todo.

Rachael se dio unos golpecitos en el esternón y se detuvo entre dos sollozos para tomar aire.

—¿Puedes reconstruir esto? —preguntó, casi deseando que él estuviera a la altura de ese desafío y anhelando al mismo tiempo que saliera de la habitación y la dejara sola con su desolación.

Frieda acabó sus ejercicios matinales con el balón medicinal y empezó a vestirse para ir al colegio. Como no tenía uniforme (no había habido clases desde la Catástrofe), optó por ponerse la falda de los desfiles de las Mädel con una blusa blanca y las zapatillas de gimnasia, una pequeña provocación frente a las autoridades y un motivo de irritación para su padre, que le había pedido que guardara la ropa del antiguo régimen. Desde su humillante retirada a las habitaciones superiores de la casa, ella se mostraba aún más inclinada a desafiarlo. Él la alentaba para que hiciera más acogedora su nueva habitación, diciendo que parecía «una pequeña espartana», y le sugería que colgara cuadros y subiera el caballito de balancín de su antiguo cuarto, pero a ella le gustaba tal como estaba. Disfrutaba viéndose como una niña espartana que se había visto arrancada de las comodidades del hogar familiar para acabar entre los escombros de un país en ruinas donde debía aprender a sobrevivir. La única decoración que se había permitido era un bordado enmarcado hecho por su madre; representaba tres figuras: un hombre con una regla plegable de arquitecto, una mujer con un ramo de flores y una niña cogida de la mano, de pie frente a una casa junto a un río con un velero rojo en el horizonte. Su madre se lo había regalado cuando cumplió once años, en julio de 1942, el mismo día que los británicos empezaron a bombardear Hamburgo.

Al menos el traslado al piso superior le había dado la oportunidad de desprenderse de los viejos juguetes y de esos libros ingleses que su padre se había empeñado en que leyera durante los ataques aéreos —*Alicia en el País de las Maravillas, El príncipe feliz, Robinson Crusoe*—, para intentar distraerla del zumbido de los bombarderos y el kakakak de las armas de la Heimwehr al responder el fuego. «La imaginación es nuestra única defensa», le gustaba decir a él. Pero las historias nunca le devolverían a su madre.

Frieda dejó el balón medicinal en el centro del aro de gimnasia y se acuclilló sobre el orinal. Cuando terminó, lo sacó al rellano. Bajó con él a su antiguo cuarto situado en la «zona británica», donde encontró a su víctima jugando con la casa de muñecas que había sido suya. Observó a través de la puerta abierta cómo representaba una escena entre una muñeca y un muñeco en el desván de la casa y, aunque no comprendió del todo el diálogo, por el modo en que los colocaba vio con claridad a quiénes encarnaban.

—El niño juega con muñecas —dijo en el idioma de Edmund, y se rio.

Él levantó la cabeza y vio a Frieda en el umbral con el orinal en las manos, y se preguntó si quería iniciar alguna clase de intercambio cultural.

—Hola —dijo, luego probó el saludo recién aprendido—: *Guten Tag, fräulein Lubert*.

Frieda sostuvo en alto el orinal como diciendo «Para ti» y lo depositó en el suelo, en mitad de la habitación. Luego sonrió de forma extraña, retrocedió y cerró la puerta al salir, dejando su dorado y caliente regalo a los pies de ese Príncipe Feliz.

Al ir al colegio Frieda se cruzó con varias *Trümmerfrauen* vestidas con gruesas batas y pañuelos que se dirigían a la ciudad, donde se abrían paso a través de los montones de escombros, cascotes y ladrillos buscando material reutilizable que cambiar por un cuenco de sopa, una barra de pan y unos vales para comida, si tenían suerte. Muchas llevaban palas, y dos de ellas bromearon, felices de tener trabajo. Frieda preferiría estar con ellas. No había ido a clase con regularidad desde el verano de 1943, cuando los bombarderos británicos destruyeron casi todas las escuelas de la ciudad. No obstante, ahora los británicos habían reabierto el viejo ayuntamiento y dividido una gran estancia en «aulas» por medio de tabiques de madera contrachapada. Como el barrio estaba a rebosar de refugiados, había más niños que espacio, lo que significaba que muchos tenían que acucillarse sobre el frío suelo. A pesar de esas dificultades y de una falta de suministros básicos —bolígrafos, papel y libros de texto—, los británicos habían convertido en una prioridad la educación de los niños alemanes. Estaban obsesionados con ella. Después de despiojarlos, se dispusieron a reorganizar sus mentes: enseñarles que el Führer (a quien llamaban despectivamente por su nombre de pila) y el nacionalsocialismo eran males que era preciso erradicar de la faz de la tierra. Hablaban de democracia, y les hacían preguntas para establecer qué sabían y qué no sabían los niños, y se quedaron atónitos ante su ignorancia. Aunque el profesor, el señor Groves, llamaba a cada alumno por su nombre de pila e intentaba hacerse el simpático sentándose en mitad del aula en lugar de permanecer de pie en la parte delantera, a Frieda las clases le parecían humillantes. Había decidido no responder ninguna de las preguntas que le hicieran, aunque supiera la respuesta.

Al acercarse al ayuntamiento vio que las puertas estaban cerradas y que había varios niños apiñados debajo de un aviso que habían colgado en la pared de ladrillo. En el aviso, escrito en alemán, se leía: «Colegio cerrado por orden del CCA». Cerca pululaban varios policías militares británicos, y había tres camiones militares con cubierta de lona aparcados a lo largo de la barandilla. Un capitán se dirigió a los niños en alemán.

—Los que tengáis menos de trece años podéis volver a casa; los que tengáis más y seáis lo bastante fuertes, podéis ayudar a recoger escombros. Se os pagará con vales de comestibles, se os dará de comer y se os traerá de vuelta aquí antes del anochecer.

Se oyó una aclamación, y todos los niños de esa edad —y muchos que saltaba a la vista que no la tenían— empezaron a dirigirse hacia los camiones con destino a las ruinas. La perspectiva de disfrutar de una comida ese día y tal vez el siguiente era demasiado atractiva para resistirse. Aunque Frieda había desayunado bastante

copiosamente y volvería a comer a su regreso, prefería salir a quedarse en el ayuntamiento; siguió a la hambrienta horda y subió a la parte trasera de uno de los camiones. El chico que estaba sentado a su lado tenía unos catorce años y era un veterano de la operación de recogida de escombros. Mientras los llevaban dando tumbos al barrio occidental de Altona, se jactó de sus hazañas.

—No está mal, ¿sabes? Encontré un collar y lo cambié por un pollo. Y te dan bastante bien de comer. En el último turno nos dieron pan y sopa con salchichas.

—¿Eran salchichas de verdad? —le preguntó otro chico—. Normalmente es comida para perro. O algo peor.

—¡Una salchicha de verdad! —exclamó el chico—. *Bierwurst, Bratwurst, Rindswurst, Jagdwurst, Knipp, Pinkel, Landjäger...* —Nombró muy despacio cada tipo de salchicha con reverencia y nostalgia, construyendo toda una charcutería en el aire, y los ojos ya saltones de los niños se salieron de las órbitas en espera de semejante banquete.

Veinte minutos después bajaron de un salto de debajo de la lona y se encontraron en medio de las ruinas de Altona, parte de las cuales habían sido tan aplanadas que se alcanzaba a ver Sankt Pauli, y los viejos almacenes y canales milagrosamente intactos de Kehrwieder y Wandrahm. Un ejército de mujeres había formado una cadena humana y se pasaban los cascotes de mano en mano; algunas de ellas pusieron mala cara al ver a los niños acercarse.

—Mira, esas pequeñas ratas vienen a robarnos las raciones.

Frieda ocupó su lugar en la cadena. La persona que le pasaba los ladrillos era un joven de unos diecisiete años que parecía estar por encima de la agitación de los que lo rodeaban. Tenía una energía lánguida y una fuerza natural, e iba bien vestido, con una cazadora azul con todos los botones. Mientras los cogía ella se sorprendió cantando distraída la melodía de una vieja canción de las Mädel («Seguiremos marchando, aunque todo se rompa en pedazos, porque hoy Alemania nos oye, y mañana, el mundo entero. Y si por culpa de la Gran Guerra el mundo está en ruinas, ¿por qué demonios debería importarnos? ¡Volveremos a construirlo!»).

Cuando llegó al tercer verso, notó la mano caliente de él en la muñeca.

—¡Ten cuidado! —la interrumpió, sin apartar la vista de los guardias británicos—. Algunos de ellos podrían reconocer lo que estás cantando.

—Me da igual —replicó ella. Y al decir eso al atractivo joven con botones experimentó una sensación de poder y liberación.

Él la midió con la mirada.

—No eres demasiado joven para que te fusilen, ¿sabes? ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis —mintió ella.

A solo unos pasos de distancia, dos reclutas británicos hacían bromas y fumaban mientras supervisaban sin gran interés el trabajo.

—Son tan estúpidos —dijo ella—. Se comportan como si fueran los dueños del lugar.

Él se rio.

—Somos nosotros los que hacemos el trabajo mientras ellos se quedan ahí parados, divirtiéndose. Eso nos convierte en estúpidos.

Frieda se sonrojó; él había pillado su inexperiencia. Siguió pasando ladrillos y se mordió la lengua. La proximidad del joven era agradable. Le llegó el olor con un toque de beicon de su sudor y admiró sus brazos nervudos y sin vello. Cada vez que le pasaba un ladrillo ella veía una mancha de nacimiento o cicatriz en la parte inferior de su brazo. Tenía la forma del número 88. Cuando él advirtió que ella la miraba, se detuvo para arremangarse.

—¡Eh, rubia! —El grito repentino de uno de los reclutas sobresaltó a Frieda—. ¡No se pare! *Schnell!*

El joven volvió a abotonarse la manga y siguió trabajando. Al cabo de un rato la sorprendió mirándolo con una expresión indecisa pero interrogante.

—Me llamo Albert —dijo—. ¿Y tú?

—Frieda.

—Frieda —repitió él.

A ella nunca le había gustado su nombre ni su diminutivo, Freddie, pero en los labios del chico sonó de otro modo, más grandioso.

—Me gusta. Es un buen nombre alemán —continuó él.

Su admiración la envolvió como un edredón.

—Significa... dama —dijo Frieda.

Al oír esas palabras él le estrechó la mano galantemente.

—Y no dudo que lo eres —dijo—. Una auténtica dama alemana.

Un poco más arriba de la hilera se alzó un grito —«¡Cuerpo!»—; todos se detuvieron y miraron hacia la mujer que había gritado y que en esos momentos se mantenía a distancia de su descubrimiento. Otras mujeres se reunieron con ella y se pusieron a sacar ladrillos, hasta que dejaron al descubierto un brazo esquelético que sobresalía de las ruinas, con la mano doblada hacia un lado en un ángulo suplicante. Las mujeres empezaron a sacar ladrillos con más apremio, como si se tratara de una carrera contrarreloj para salvar a un posible superviviente; unos segundos después lograron desenterrar el resto del esqueleto, y otro encima, entre las piernas del primero, más pequeño, en posición de coito. El carácter íntimo del hallazgo arqueológico tuvo un efecto silenciador en las mujeres que miraban.

Frieda se apartó de la hilera y se acercó para mirar mejor. Contempló a los amantes muertos fundidos en un último abrazo, pero en lugar de la repugnancia que mostraban los demás, sintió una peculiar atracción.

—Ya está bien. Apartaos. ¡No estáis en un maldito cine!

Dos tommies se acercaron y se llevaron de allí a los mirones, luego volvieron para mirarlo por sí mismos. Uno de ellos se colocó con un pie a cada lado del pequeño hoyo que hacía las veces de tumba de la pareja y bajó la mirada.

—No es una forma desagradable de largarse —le dijo a su compañero—. Un último polvo antes de que se apaguen las luces.

—Parece que todavía se estén divirtiendo —replicó el compañero, y se rieron hasta que se dieron cuenta de que había público observándolos—. ¡Vamos, volved al trabajo!

Frieda no podía moverse. Tenía la mirada clavada en las sortijas de oro que llevaban los amantes en los dedos. Ellos al menos habían muerto juntos y al mismo tiempo. No como sus padres. El tommy que seguía con un pie a cada lado del foso también había visto las sortijas. Se inclinó y se las quitó, partiendo uno de los dedos con las prisas; luego las sostuvo en alto para comprobar los quilates antes de entregarle una a su compañero.

—Vosotros no podéis llevároslas —dijo antes de guardarse la sortija en el bolsillo. Luego gritó a las mujeres en alemán—: ¡Meted esos huesos en bolsas!

Frieda regresó con los ojos llorosos a su puesto en la cadena, al lado de Albert. Las lágrimas no se debían tanto a la compasión por la pareja fallecida como a un desbordante desprecio hacia la gente que había provocado su final; y a la muerte de su propia madre, cuyo cuerpo nunca se había encontrado.

—Quiero más luz aquí dentro. Me gustaría que trasladara esas plantas. ¿Heike? Las plantas. —Rachael señaló la incordiante vegetación que llenaba una de las ventanas saledizas y que, en su opinión, impedía que entrara la luz que tanto anhelaba después de los meses lúgubres que había aguantado en interiores de techos bajos en su país. Con excepción de los invernaderos, y de la omnipresente aspidistra, Rachael nunca había visto tantas plantas en la parte principal de una casa. Tal vez en Alemania fuera el colmo del buen gusto llenar de arbustos una habitación, pero ella no podía vivir con ellos.

Heike se acercó a la primera planta, una yuca verde y de aspecto ceroso, casi de plástico, y se agachó para levantarla. No obstante, antes hacerlo titubeó y miró a Rachael señalando con un dedo tembloroso la puerta, para asegurarse de que eso era lo que quería la señora.

—Sí. Déjelas en la otra habitación. Gracias.

Rachael compensaba su falta de alemán exagerando la pronunciación, lo que hizo sonreír a la criada. Mientras esta se llevaba la planta de la habitación, se rio y luego se ruborizó a causa de su propia risa. Tal vez era más una reacción nerviosa que un acto subversivo, pero a Rachael la irritó, como si su petición fuera la prueba de alguna rareza extranjera.

Hacía sus primeras proclamas territoriales en su nuevo hogar, expresándolas con una claridad cortante que el primer ministro Attlee sin duda habría aprobado. Y si el desconocimiento del idioma y la falta de experiencia en el trato con empleados domésticos hacían que pareciera más brusca de lo que pretendía, era importante que se impusiera desde el principio y marcara los límites según los cuales vivirían bajo el mismo techo. Pero por más que el ejército británico les proveyera de vajilla y cristalería, y reorganizaran el mobiliario, nada podía cambiar el hecho de que vivía en casa ajena, que se movía en el espacio de otra persona. En todo caso, las modificaciones que ella promovía —el traslado de las plantas, la tela que recatadamente cubría la escultura desnuda del vestíbulo, el cambio de las sillas del comedor por las de la cocina de mimbre, más cómodas— solo servían para consolidar aún más el carácter de la casa. Mientras se paseaba por las habitaciones, a Rachael le parecía oírla susurrar desde las paredes con burlona condescendencia: «Este no es tu sitio y nunca lo será».

Ese aplomo parecía haber impregnado a los empleados domésticos, los cuales, pese a su aparente respeto, las inclinaciones y los gestos de asentimiento mecánicos, la veían —ella no tenía ninguna duda— como una impostora. Era a la vez ingenua y advenediza, sobre todo para la muda y cautelosa Greta, que había servido a la familia Lubert durante más tiempo y cuya lealtad se remontaba a mucho tiempo atrás. Las miradas fulminantes y decepcionadas que le lanzaba a Rachael eran como las de un sirviente de la realeza que haya visto desfilar a varias reinas que nunca han estado a la altura de la primera. Para Rachael, la casa seguía bajo los auspicios o el hechizo de su anterior señora, cuya presencia se manifestaba sobre todo en el aspecto y el comportamiento de los empleados domésticos, que con sus titubeos y sus indecisas respuestas ante las instrucciones que ella impartía apenas lograban ocultar su verdadera actitud: «Nuestra señora jamás habría hecho eso así».

Después del primer recorrido por la casa Rachael se había encontrado librando una pequeña batalla con la casa. No se trataba solo de las plantas; los muebles y la mayoría de los accesorios y artefactos también le resultaban odiosos. Sabía que se hallaba en presencia de objetos exquisitos, pero no eran de un estilo que le gustara o ambicionara siquiera; y si bien apreciaba el espacio y las dimensiones de las habitaciones, se sentía más intimidada que liberada por el mobiliario minimalista. Quería luz y espacio pero necesitaba confort e intimidad. Si le hubieran pedido que lo describiera, habría utilizado la palabra «moderno» en un sentido peyorativo. Las sillas, por ejemplo, parecían haber sido despojadas de su función más básica, ya que no eran blandas, ni cómodas ni bonitas, cualidades que creía necesarias en una silla. Lo mismo ocurría con los aparadores, las lámparas y las mesas. No había nada hermoso, frívolo o acogedor en ninguno de ellos. Todo lo que se encontraba dentro de esa casa tenía un aspecto ingenioso, frío y mecánico. Había demasiadas cosas que

ofendían la vista de una galesa de clase media criada entre mobiliario victoriano de madera oscura, chimeneas de carbón, pianos de cola, y prudentes e inofensivos grabados de castillos y dibujos botánicos. Solo el salón, con su piano Bösendorfer de ébano y la otomana, se parecía remotamente a la clase de estancia en la que ella querría sentarse; si pudiera retirar la extraña silla de la esquina y reemplazarla quizá por el sencillo aunque mazacote sofá de dos plazas del dormitorio principal, tal vez empezaría a sentirse más a gusto en ella.

Rachael la miró con más detenimiento: una butaca reclinable de cuero con el marco de cromo. ¿Fue concebida para sentarse en ella? Parecía haberse sometido a una dura operación. Tal vez no fuera una silla sino un artefacto. O ambas cosas; quizá esa era la cuestión. Fuera cual fuese la idea que había detrás de ella, no le gustaba.

—Debería probarla.

Se volvió y vio a herr Lubert, inexplicablemente vestido con el mono azul marino de un mecánico y con un gran llavero en la mano. Tenía un aspecto desaliñado, con el pelo tan despeinado que le salía disparado hacia arriba y hacia un lado como si hubiera dormido sobre él cuando estaba mojado. Lewis siempre utilizaba gomina y lo llevaba tan pulcro e inmaculado como una prenda más del uniforme; el estilo desenvuelto y juvenil de Lubert, en cambio, parecía el de un desertor o un artista que se esfuerza por rebelarse.

—Es una Mies van der Rohe. De la Casa de la Construcción.

Rachael se quedó tan desconcertada por su aspecto —su indumentaria, su pelo, su actitud relajada— que no lo oyó.

—Me refiero a la butaca —explicó Lubert—. Vale la pena que la pruebe. Se supone que es una de las más cómodas que se han inventado nunca.

—Pues no lo parece —replicó Rachael—. Más bien... todo lo contrario.

Lubert sonrió algo jactancioso y con excesiva familiaridad.

—Bueno, es una observación interesante. El que la diseñó se propuso rechazar los «adornos innecesarios». ¿Se llaman así?

Rachael todavía se preguntaba cómo debía comportarse en semejante situación. ¿Cuál era la actitud apropiada? ¿Qué pensaba ella de esa respuesta? ¿Por qué llevaba él un mono azul? Y su inglés... Hablaba inglés con tanta naturalidad que ella tenía que recordarse a sí misma que era alemán y no confraternizar bajo ningún concepto con él, a no ser que se tratara de asuntos prácticos imprescindibles. Pero seguía siendo él quien hablaba siempre.

—Formó parte de la escuela Bauhaus. Pretendían simplificar las cosas. Devolverles su funcionalidad. Esa era la filosofía.

—¿Es preciso una filosofía para construir una silla cómoda? —le preguntó Rachael sorprendiéndose a sí misma y advirtiéndole que era lo bastante cortante para detener esa conversación desagradablemente larga.

A Lubert se le iluminó el rostro.

—¡Pero si de eso se trata! ¡Detrás de cada artefacto, de cada objeto, hay una filosofía!

Ella tenía que poner fin a ese diálogo. Estaba sentando un pésimo precedente para las futuras interacciones. Los cuidadosos límites que tenía previsto poner —y que, de hecho, había empezado a poner— ya estaban siendo transgredidos.

Herr Lubert le ofreció el llavero.

—Como señora de la casa le corresponde a usted tenerlo. Son las llaves de todas las habitaciones con una etiqueta que indica cuál es cada una de ellas.

Rachael las tomó. «Señora de la casa». No tenía la sensación de serlo, ni se creía capaz de desempeñar ese papel de forma convincente.

—Espero que haya descansado, frau Morgan —añadió.

Rachael percibió una confianza inapropiada en esas palabras banales y decidió imponerse.

—Herr Lubert, quiero dejarlo claro desde el principio. No me siento cómoda con el arreglo de tener que compartir la casa con usted, y creo que lo correcto es que nos comuniquemos solo sobre lo imprescindible. Debemos ser educados, por supuesto, pero no resulta apropiado que... finjamos cordialidad cuando... no nos ayuda... en nuestra situación. Debemos trazar unas líneas de demarcación bien claras.

Lubert asintió ante su autoritaria intervención aunque no pareció ni remotamente convencido, y ella vio estupefacta cómo seguía sonriendo de la forma más despreocupada.

—Haré lo posible por no mostrarme demasiado cordial, frau Morgan.

Y, dicho eso, hizo una inclinación y salió.

—*Guten Morgen, alle.*

—*Guten Morgen, herr gobernador. Guten Morgen, herr Oberst.*

—*Es ist... kalt.* —Lewis se abrazó a sí mismo y se dio unas palmaditas con las manos enguantadas.

Todo el mundo se mostró de acuerdo. Hacía mucho *kalt*.

Lewis había empezado a hacer un esfuerzo por no saludar a cualquier alemán que se encontrara en las puertas del cuartel general —una antigua biblioteca requisada— del barrio de Pinneberg. Aquel día había más personas que de costumbre. Se notaba que se aproximaba el invierno por el vaho que se formaba al respirar, y la multitud que solía mostrarse dócil y sumisa parecía inquieta; el cambio de estación se acercaba, y comenzaba a ser urgente la necesidad de encontrar una cama en uno de los campos para los desplazados.

Él daba los buenos días inclinando la cabeza hacia las mujeres, sonriendo a los niños y haciendo un saludo militar a los hombres. Los niños reían bobamente y las

mujeres hacían una reverencia mientras que los hombres le devolvían el saludo militar y agitaban los papeles con que esperaban conseguir una cama y un techo. Así, Lewis trataba de infundir tranquilidad y dar la impresión de que estaban volviendo a la normalidad, aunque el hediondo aliento a hambre que había identificado el comandante Burnham con tanta crueldad, y ante el cual Lewis había aprendido a no hacer muecas, constituía un punzante recordatorio de que, un año después de la ocupación, todavía no habían conseguido satisfacer las necesidades más fundamentales de la gente.

Una vez dentro del perímetro, Lewis tomó mentalmente nota de pedir que retiraran la alambrada que rodeaba sus oficinas. No sabía muy bien de qué o de quiénes los protegía, pero el Consejo de Control Aliado parecía creer que necesitaban protegerse de una serie de bestias: los hombres lobo, los legendarios *refuseniks* militantes de la victoria aliada; los niños salvajes que buscaban comida entre la basura; las mujeres alemanas infectadas y depredadoras que rondaban a los hombres. Además, corría el rumor de que se habían escapado animales del bombardeado Tierpark Hagenbeck y que la mayoría de ellos seguían en los barrios periféricos de Hamburgo. En todo caso, la fea tela metálica con que se habían rodeado las autoridades convertía a los británicos en animales de zoo y a los indigentes en visitantes boquiabiertos que hacían muecas a las nerviosas y extrañas criaturas que había detrás de la valla.

El capitán Wilkins se encontraba sentado ante su escritorio, oculto tras un folleto.

—Buenos días, Wilkins.

—Buenos días, señor.

—¿Qué está leyendo?

—Se titula *El carácter alemán* y lo ha escrito el brigadier W. E. van Cutsem. Los del Consejo de Control Aliado insisten en que nos familiaricemos de nuevo con él. Hacen hincapié en que lleguemos a entender los rasgos más peligrosos de la personalidad alemana antes de ponerlo todo en marcha. Cutsem sostiene un argumento interesante. Escuche: «Puede que no haya muestras evidentes de odio, pero sigue latente bajo la superficie, listo para salir con toda su ferocidad y crudeza. Sean cautelosos; son personas que no saben cuándo están vencidas».

Lewis seguía de pie, posponiendo la sensación de castración que parecía sobrevenirle cada vez que se sentaba detrás de un escritorio. Miró a su subordinado con una exasperación apenas contenida.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, Wilkins?

—Pronto hará cuatro meses, señor.

—¿Y con cuántos alemanes ha hablado?

—No se nos permite hablar con ellos, señor...

—Pero habrá conversado con alguno. O lo habrá observado. Seguro que conoce a

alguno.

—A un par, señor.

—¿Y qué experimenta cuando se los encuentra?

—¿Señor?

—¿Le dan miedo? ¿Nota su odio? ¿Los mira y piensa que están a tiro de pistola de una insurrección? ¿Que solo esperan una señal para derrocarnos?

—Es difícil decirlo, señor.

—Inténtelo. ¿Ha visto la gente que hay en las puertas? ¿Al mirar a esos niños abandonados, a esas personas sin hogar esqueléticas, macilentas y hediondas que se doblegan, adulan y mendigan comida y cobijo, piensa: Por Dios, debo recordar a esa gente que ha sido derrotada?

Wilkins trató de murmurar algo, pero Lewis no esperaba una respuesta.

—¿Sabe, Wilkins? No he conocido a ningún alemán que tenga dificultades en creer que ha sido derrotado. Creo que todos, sin excepción, lo han aceptado de buen grado y con cierto alivio. La verdadera diferencia entre ellos y nosotros es que ellos están total y absolutamente jodidos, y lo saben. Somos nosotros los que estamos tardando demasiado en hacernos a la idea.

—Señor. —Wilkins dejó en la mesa el folleto conflictivo y cogió unos papeles menos controvertidos. Parecía casi dolido. Ese día había en el tono de su superior una aspereza poco propia de él.

Lewis levantó de inmediato una mano para disculparse. Había hablado muy en serio pero con un énfasis excesivo, impregnado de la irritabilidad y la decepción que había acumulado desde la llegada de Rachael a Hamburgo. No había dormido bien y aunque se decía a sí mismo —y a Rachael— que era por compartir lecho después de haberse acostumbrado a estirar los pies en los fríos recovecos de las camas de los hoteles requisados, lo cierto era que el reencuentro no había sido como había esperado. Había contado con que ella se adaptara al nuevo entorno con el mismo entusiasmo que había mostrado en su primer hogar, la lúgubre y deprimente vivienda alquilada en Shrivensham. En el pasado había sabido cambiar de circunstancias con agilidad, pero allí parecía casi desmotivada. Todo le repelía, incluido él. La muerte de Michael la había afectado más de lo que él esperaba, y no solo había juzgado mal su sentimiento de pérdida sino que había empeorado las cosas pronunciando palabras que no debía y guardando luego silencio. Si en la oficina hacía gala de elocuencia, sentimiento y convicción, en presencia de Rachael experimentaba una ineptitud estrangulada. Y en las dos semanas que llevaban allí no habían «tenido un momento».

Por supuesto, a Wilkins no le interesaba ni tenía la culpa.

—Le aconsejo que salga más, Wilkins. Que conozca gente. Es el mejor antídoto contra todas esas sandeces teóricas. No ayuda mucho que el cuartel general esté aquí, pero es preciso que vea las condiciones reales a unos cuantos kilómetros al este.

Confraternice. Es una orden.

—Señor...

Llamaron a la puerta, y apareció en el umbral la cabeza risueña y redonda del capitán Barker. Contempló la escena, y al percibir algo en el ambiente, optó por mantener el resto del cuerpo en el pasillo.

—Señor, las mujeres están listas.

—Muy bien, Barker. Gracias. ¿Cuántas son?

—He reducido las candidatas a tres, señor.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—He elegido a las más guapas, señor.

Lewis se permitió una sonrisa. Quizá la zona británica se había convertido en una Meca para los inadaptados —colonialistas sobrantes de la India, políticos oportunistas, funcionarios fracasados y policías ociosos—, pero de vez en cuando se colaba una joya. Y Barker, que trabajaba con ahínco en todo lo que emprendía manteniendo siempre el más delicado tacto, lo era; no andaba tras las pequeñas victorias ni eludía el fracaso en otro ámbito; decía que había ido a Alemania para cambiar las cosas y parecía desprovisto de presunción o de la afectación con que llegaban tantos miembros de la nueva raza de oficiales. Semejante integridad relucía entre el estiércol, infundiendo a Lewis la esperanza de tener algo con lo que trabajar.

—¿Hablan bien nuestro idioma?

Barker miró hacia atrás, indicándole por señas que las mujeres podían oírlos.

—Todas lo hablan con soltura —respondió—. Para reducir la lista les he pedido que enumeraran todos los equipos de fútbol ingleses que conocieran. Una de ellas ha nombrado el Crewe Alexandra.

—¿Cree que en Inteligencia utilizan métodos de reclutamiento tan sofisticados?

—Por supuesto que no, señor. Inteligencia elegiría a las feas.

Crewe Alexandra fue la primera. Lewis se levantó cuando ella entró y la invitó a sentarse en la silla situada frente a su escritorio. Apartó los expedientes que le impedían verla. Con su sombrero de ala y su vestido de terciopelo parecía una sufragista aristócrata, un aspecto que de algún modo subrayaban sus enormes botas militares. Tenía un rostro anguloso y ancho, con las cejas pobladas y unos ojos lobunos y prodigiosos que observaron y traspasaron a Lewis al mismo tiempo. Él tuvo la extraña sensación de haberla visto antes en alguna parte, y aunque no era cierto se ruborizó, como si la sola idea fuera una prueba de una emoción más profunda e inapropiada. Recuperó la compostura y revisó el informe que Barker había tecleado con prisas.

—Ursula Paulus. Nacida el doce de marzo de mil novecientos dieciocho. ¿En Wismar?

—Sí. Así es.

Desde la guerra se había vuelto mucho más difícil calcular la edad de la gente. Las pérdidas, las separaciones, las privaciones y una dieta crónicamente pobre habían envejecido a todos, sobre todo a las mujeres. Las arrugas faciales formaban gruesos pliegues marchitos, y el cabello encanecía y clareaba, perdiendo el color y el vigor a causa del shock. Lewis percibió más experiencias vitales, más sabiduría y más dolor en su expresión que en la de una chica común y corriente de veintiocho años.

—¿Viene de la isla de Rügen?

—Sí.

—¿Cómo llegó a Hamburgo?

—Andando. —Bajó la vista hacia sus botas—. Lo siento, no he podido conseguir un calzado más adecuado.

—No voy a basar mi decisión en cuestiones de moda, frau Paulus. ¿Dónde ha aprendido a hablar inglés?

—Daba clases en una escuela primaria de la isla.

—¿No quiso quedarse en Rügen?

Ella meneó la cabeza y Lewis descifró el mensaje.

—Los rusos.

—No tratan bien a las mujeres alemanas.

—Eso es quedarse corto.

—¿Un... eufemismo? —preguntó ella, asegurándose de que era la palabra correcta.

Lewis asintió. Era lista, como les gustaba decir a los estadounidenses.

—¿Habla ruso?

—Un poco.

—Podría sernos útil. Si los soviéticos se salen con la suya podríamos acabar todos hablando ruso.

Lewis consultó de nuevo las notas de Barker.

—Sirvió en la base naval de Rostock durante la guerra. ¿Qué hacía?

—Era..., ustedes lo llaman estenógrafa.

—¿Qué hay de su marido? ¿Tiene trabajo?

—Murió al comienzo de la guerra.

—Lo siento..., aquí pone que está casada.

—Bueno, lo estoy... Hasta que me case de nuevo.

Lewis levantó una mano para disculparse.

—Entiendo. Su difunto marido sirvió en la Luftwaffe.

—Difunto... ¿quiere decir fallecido?

—Sí.

—Así es. Murió en Francia. En las primeras semanas de la guerra.

—Lo siento. —Lewis levantó la palma de una mano y movió la pierna con

impaciencia—. Bien, frau Paulus. Hay cientos de mujeres alemanas solicitando el puesto de intérprete. ¿Por qué debería elegirla a usted?

Ursula le sonrió de un modo curioso.

—Una chica tiene que combatir el frío.

Lewis sonrió al oír su respuesta sincera. Comprobó rápidamente algo en los expedientes de las otras dos mujeres, pero fue un gesto simbólico. Ya estaba decidido. Tendría que entrevistar a las otras candidatas, si bien eso no cambiaría la decisión que acababa de tomar. Ya fuera por la necesidad acuciante de seguir adelante o por su reacción alérgica a permanecer sentado frente a su escritorio, frau Paulus lo había conquistado antes incluso de que hubiera evaluado su dominio del idioma o su idoneidad para el empleo. Necesitaba rodearse de personas que irradiaran una gracia tan sumisa. Y quería saber más de esas botas: su procedencia, las carreteras por las que habían viajado, las experiencias que habían vivido. Se veía a sí mismo —más tarde, tal vez en su coche— preguntándole por ellas, y a ella contándole cómo había caminado desde la isla de Rügen hasta Hamburgo para escapar de los rusos. Introdujo una mano en una de las cajas llenas de cuestionarios que acababan de llegar, cogió uno y se lo entregó.

—Es obligatorio que lo rellene. Le pido disculpas por la estupidez de algunas de las preguntas. —Luego sacó algo más de un cajón: un fajo de vales del ejército británico. Arrancó dos y se los entregó—. Utilícelos para comprarse unos zapatos nuevos.

Ella los cogió con cautela, como si no estuviera muy segura de las intenciones del coronel; tal vez fuera una prueba.

—Por favor —dijo él alentándola—. La intérprete de un gobernador debe vestir de forma adecuada.

Al oír esas palabras Ursula perdió la compostura; suspiró como si llevara largo rato conteniendo la respiración, luego le cogió la mano y, sosteniéndosela entre las suyas, le dio las gracias, primero espontáneamente en alemán y después, recordando las circunstancias, en el idioma de su empleador:

—Gracias, coronel. Gracias.

*Tommy, ruski, yanqui y franchute. Tommy, ruski, yanqui y franchute.  
Cada día se quedan con nuestras cosas  
y cada día olemos el pestazo  
a tommy, ruski, yanqui y franchute.  
¡Tommy, ruski, yanqui y franchute!*

Los salvajes cantaban esa cancioncilla, al principio en voz baja y luego más fuerte hasta que casi vomitaban la palabra «franchute». Cantaban no tanto por rebeldía

como por la necesidad de distraerse del frío cada vez más intenso. En esa ocasión la canción decayó a la segunda repetición.

Ozi, que estaba sentado encima de una maleta, arrojó al fuego un himnario. Mientras el color de las llamas oscilaba entre el verde, el azul y el naranja, los salvajes se acercaron más al borde del cráter donde ardía la fogata para que les llegara su débil calor. Ozi reflexionaba sobre lo que se disponía a decir. Estaban cansados de ir siempre de un lugar a otro, pero no les quedaba otra.

La iglesia abandonada había sido su hogar desde que se habían marchado del Tierpark Hagenbeck, donde habían vivido tres meses sin ser descubiertos en la cueva bajo el artificial peñasco del mono de piedra. Las casas de Dios en ruinas eran refugios seguros, pero tenían sus limitaciones. La Christuskirche presentaba un boquete en el tejado allí donde había caído una bomba, y un cráter del tamaño de un coche en el coro y el presbiterio. El gran hoyo era el lugar más lógico para hacer un fuego y habían sido tan despilfarradores con los bancos de madera que desde la ola de frío se habían dedicado a quemar libros, empezando por los textos sagrados que tenían a su alrededor. Los libros servían para prender el fuego aunque no eran un buen combustible, ya que ardían rápida e intensamente pero despedían poco calor. Dietmar había regresado llevando en una carreta *Las obras completas de Walter Scott* que había encontrado en la vieja biblioteca de la universidad, si bien en unas pocas horas habían acabado con todos los volúmenes. ¡Un millón de palabras para dar calor a cinco niños durante una sola noche! Ya no quedaba nada por quemar. Ozi observó cómo las últimas páginas de alabanzas se desintegraban en partículas negras que se elevaban hacia la bóveda y decidió actuar. Dio unas palmadas.

—Escuchad. Mañana bajaremos a la Elbchaussee. Por ahí hay casas junto al río donde viven los jefazos tommies. Casas con césped que llegan hasta la orilla y con un cuarto de baño por persona. Los tommies se quedan con todas las casas bonitas pero no las llenan todas. A veces ponen fuera de la casa el letrero de «Requisada» y se queda vacía hasta que llega la familia tommy. Y en ocasiones no llega nadie y la casa sigue vacía, y se olvidan de que no vive nadie en ella. Berti ha encontrado una casa y dice que podemos instalarnos allí.

—Me gusta estar en la casa de Dios —replicó Otto—. Aquí estamos seguros y nadie nos dice lo que tenemos que hacer.

—No podemos quedarnos más tiempo aquí —insistió Ozi—. No me dejas dormir con tus tiriteras. Saldremos a buscar la casa de algún banquero gordo que tenga sillas, camas y grifos dorados. Cada uno tendremos nuestro cuarto de baño. Las bañeras son lo bastante grandes para que el agua te cubra hasta las rodillas. No es como Hammerbrook, donde oíamos al viejo Langermaid tirarse pedos en la bañera de la habitación de al lado. Y cuando hayamos encontrado una casa, iremos a estafar a todos esos refugiados de Polonia y Prusia que hay en los campos de desplazados.

Esos cabrones están tan desesperados que son capaces de cualquier cosa. Todos buscan papeles, trabajo y comida. Podemos hacer buenos negocios con ellos. Muy pronto seremos millonarios y compraremos nuestra propia mansión junto al río.

—¿Y si no encontramos una casa vacía? —preguntó Otto.

—Entonces nos conformaremos con las sobras de la mesa de los tommies. —Ozi inspiró con impaciencia—: ¿Ernst? ¿Te apuntas?

Ernst asintió.

—¿Siegfried?

Siegfried levantó una mano.

—Dietmar, ¿te apuntas?

Dietmar no escuchaba. Recorría con los dedos las filigranas de un retablo que se había caído y partido en dos, y que describía la vida de Jesús en cuatro escenas: la natividad, el bautismo, la crucifixión y la resurrección. Acarició el granito blanco tallado intentando descifrar la historia que contaba la fría piedra. Llevaba un chaleco salvavidas hinchado con un silbato y una linterna colgando, y utilizó la linterna para examinar con más detenimiento la talla. La pieza se había desprendido del altar con la explosión y se había estrellado contra el suelo, rajándose por la mitad. Ozi necesitaba la aprobación de Dietmar. Pese a tener el cerebro gravemente dañado por el fuego, y ser dado a las divagaciones repetitivas y tortuosas, Dietmar era útil. Aparentaba más años que los demás y sabía moverse por la ciudad.

—¿Didi?

Dietmar seguía absorto en el artefacto religioso.

—¿Qué se supone que es? —preguntó, deslizando un dedo por la figura de Jesús.

—Este es Jesús el Cristo —respondió Otto—. El salvador del mundo.

Se hizo un silencio entre reverencial e incierto. Dietmar apuntó la débil luz sobre la escena del bautismo.

—¿Por qué tiene un pájaro sobre la cabeza? —Empezó a balancearse acucillado—. ¿Qué hace ahí?

Dietmar tenía que recibir una respuesta y era importante que Ozi, en su papel de cabecilla, se la diera. Ozi miró la paloma que se cernía sobre el salvador sumergido a medias mientras confusos fragmentos de historias que su madre le había metido en la cabeza se combinaban para formar una respuesta.

—Jesús vivía en un barco lleno de animales. Pero en realidad le gustaban los pájaros. Sobre todo los gorriones.

Dietmar había llegado al Jesús en la cruz y se perturbó mucho.

—¿Por qué lo están matando? —preguntó—. ¿Por qué lo están matando?

—¡Cálmate, Didi! No es real.

—¿Por qué lo están matando? ¿Por qué?

—Era judío —dijo Siegfried.

—Era judío. Era judío —repitió Dietmar, y por un instante eso pareció aplacarlo —. Era judío. Hablaba con los animales. Vivía en un barco.

—Mi padre me puso un nombre alemán en lugar de uno cristiano —dijo Siegfried —. Decía que los cristianos son débiles.

—¿Los tommies son cristianos? —preguntó Ernst.

—Los tommies creen en la democracia. Y en el rey de Vindsor —dijo Ozi categóricamente, queriendo zanjar el asunto.

—¿Cómo vamos a confiar en un tommy? Tan pronto nos matan como nos regalan cholates —dijo Siegfried.

—¡Basta de cháchara! —exclamó Ozi con voz ronca a causa de la frustración.

El humo y el polvo que había inhalado durante la tormenta de fuego le habían dejado los pulmones debilitados y una voz ronca extrañamente susurrante. Los tommies habían arrasado su casa y quemado la de sus vecinos, pero inhalar el polvo de los muertos vaporizados le había proporcionado una ventaja inesperada: un gruñido áspero que aterraba tanto a los niños, que lo obedecían, y que divertía u horrorizaba tanto a los adultos, que le daban cosas. Se puso de pie encima de su maleta.

—Sé mejor que nadie los daños que nos causaron los Heavy Angels de los tommies cuando desataron sobre nosotros la gran tormenta de fuego. Lo vi, y casi se me cocieron los ojos en las cuencas mientras miraba. Es una película que tengo en la cabeza y no necesito ir al Einplatz y pagar para verla. Todavía veo las paredes de las casas derrumbándose con los cuadros aún colgados, un piano volando por los aires y partiéndose con un ruido estremecedor, y páginas de libros. Todo está en mi cabeza. A veces las imágenes aparecen en pleno día sin que yo se lo haya pedido. Pero no quiero esa película. Ahora hay otras, como *Enrique V* y *El mago de Oz*. Y los tommies no son tan malos. Ya sé que conducen grandes coches inservibles. Pero poseen cosas buenas que compartir. Ya no tenemos que fingir que estamos contentos, como antes. Ni levantarnos, sentarnos y hacer el saludo militar cada cuatro segundos. Ahora puedes decir lo que te da la gana sin que ningún tipo te vuele la cabeza o te denuncie. Esto se llama democracia. Y los tommies hacen chistes de todo, hasta de los huevos del Führer.

Ernst se rio con ganas, pero los demás se miraron. Incluso a esas alturas les parecía una blasfemia desmesurada.

Ozi se bajó de la maleta y se mantuvo erguido.

—Yo no pienso quedarme aquí. Vámonos.

—No quiero ir —dijo Otto—. Me gusta la casa de Dios.

—Mira, Otto —dijo Ozi—, puedes quedarte, si quieres, pero vamos a conseguir una mansión con un maldito cuarto de baño y una maldita cama tan blanda que creerás que estás en el cielo. Estoy harto de hoyos en el suelo. Estoy harto de zoos. Y

de iglesias. Dentro de nada estaremos viviendo como el mismo káiser.

Otto estaba a punto de dejarse llevar por la profecía de Ozi, quien saltó sobre las últimas brasas del fuego para apagarlas.

—¿Quién se viene conmigo?

El primero en levantarse fue Ernst.

Siegfried se encasquetó el sombrero y dijo:

—Vamos, a por el maldito baño.

Finalmente, Dietmar levantó la vista del retablo y completó la nueva liturgia:

—Vamos, a por el maldito baño.

A medida que el otoño daba paso al invierno, a Rachael le pareció que los días se acortaban de un modo interminable. Con Lewis el día entero concentrado en su trabajo y un servicio doméstico a cargo de todos los quehaceres que ella realizaba normalmente, tenía pocas ocupaciones y mucho tiempo para atenderlas. Como si hubiera contado con ello, Lewis la había animado a volver a tocar el piano. «Echo de menos oírte», le dijo, y añadió que «le sentaría bien». Él siempre había mostrado un sincero entusiasmo por su forma de interpretar y, con una lealtad ciega, la consideraba mejor de lo que era; pero Rachael sabía que lo que en realidad quería él era distraerla de «preocupaciones inútiles». De modo que todas las mañanas, mientras Edmund tomaba clases particulares con herr Koenig, el profesor que Lewis había encontrado en uno de los campos de refugiados, ella iba al salón y tocaba el Bösendorfer.

Tener a su disposición un instrumento tan maravilloso debería haber sido una gran ayuda, aunque no era tan sencillo. Rachael no tocaba el piano desde la muerte de Michael. Su hijo mayor había sido un alumno muy aventajado y ella asociaba el piano sobre todo con él. Michael siempre revoloteaba alrededor del viejo Norbeck vertical (comprado con gran esfuerzo por Lewis con su mísero sueldo de subalterno), pidiéndole una y otra vez que tocara y cantara la escalofriante composición del *El rey de los elfos* de Schubert, con su nota imperiosa, amenazadora, y su trágico arco dramático, la historia del niño enfermo que le pide a su padre que cabalgue más deprisa porque está convencido de que viene el rey de los elfos para reclamar su vida.

Rachael había empezado con algo ligero que se sabía de memoria, *La muchacha de los cabellos de lino*, de Debussy. Pero al llegar a la mitad de la pieza se detuvo. Los armónicos eran excesivos. Apoyó la frente en el borde de la tapa e intentó serenarse. Necesitaba música nueva. ¿Cómo lo había expresado Lewis ese primer día en el hotel Atlantic? «Este país necesita una nueva canción». Introdujo la mano dentro del taburete del piano en busca de melodías que no pudieran asociarse con nada. Estaba lleno de hojas de partituras sueltas: un preludio de Bach (demasiado conocido), un nocturno engañosamente peliagudo de Chopin (demasiado melancólico) e incluso su sonata favorita de Beethoven, la última (demasiado difícil). En la parte superior de cada partitura se veía una firma en tinta: «C. Lubert». Si la anterior señora de la casa había tocado todas las partituras que llevaban su nombre, debía de haber sido más que una intérprete de salón, porque solo alguien con una técnica formidable abordaría esas piezas como un pasatiempo. La idea despertó la curiosidad de Rachael, así como una respuesta competitiva; enseguida se imaginó a Claudia Lubert sentada frente al piano, tocando (cómo no) la compleja y etérea Sonata n.º 32 de Beethoven ante una sala llena de lo que suponía que constituía la alta

sociedad alemana: bohemios, artistas, poetas y arquitectos, junto con militares de botas altas. Por supuesto, en esa imagen idealizada, la rival fantasma era perfecta: Claudia Lubert era una brillante y refinada intérprete, todo equilibrio, pasión y dominio de sí misma. Y la humildad personificada al recibir los extasiados aplausos. Todos los detalles de la escena estaban allí, menos el rostro de la heroína.

Rachael se decidió por una composición corta de Schumann titulada *Warum?* No la conocía, pero tenía una gran facilidad para improvisar y aprendía rápido. El desvencijado piano vertical de sus padres había sido para ella un medio de transporte veloz y gratuito para alejarse de los mundos provincianos. Podría haber hecho del piano su vocación, pero el matrimonio, los hijos y la guerra habían limitado sus progresos y, aparte de acompañar las canciones de cumpleaños y los villancicos, solo daba algún que otro concierto en las fiestas. Esa pieza parecía interesante. Era lo bastante lenta y liviana para encontrar una forma fácil de entrar en ella, y una vez fue más allá de simplemente entenderla descubrió una composición con océanos de profundidad en sus pausas y una atracción anhelante en su melodía. Era como cruzar un lago pequeño aunque muy profundo, y ella se sumergió en la pieza, tocándola una y otra vez, como una colegiala aplicada preparándose con prisa para un examen, resuelta a aprobarlo, y perdiéndose al final en ella. Por primera vez en meses sintió el significado de las cosas corriendo por sus venas. Había descubierto una medicina inesperada; tocar no solo la distraía de preocupaciones inútiles sino que lograba olvidarse de sí misma.

Una tarde de la primera semana de noviembre Rachael se disponía a practicar su hora diaria al piano antes de que Lewis volviera a casa. Al acercarse al salón oyó a alguien tocar muy mal su «nueva melodía». Cuando entró encontró a herr Lubert, con su mono azul, encorvado sobre las teclas, tocando la pieza de Schubert con la intensa concentración de quien pretende compensar su falta de talento con determinación. Tocaba lenta y pesadamente, excediéndose en el uso del ruidoso pedal. Y su rostro por lo general atractivo parecía embobado a causa del esfuerzo.

—¿Herr Lubert?

Se estaba esforzando tanto para no equivocarse que al principio no la oyó.

Rachael se acercó a la tapa levantada, donde no pudiera no verla, y repitió su nombre, esta vez más fuerte.

—¡Herr Lubert!

Lubert dio un respingo y levantó sus manos culpables a modo de disculpa. Arrastró el taburete por el suelo de roble mientras se levantaba con brusquedad y cerró la tapa sobre el teclado.

—*Bitte verzeihen, Sie mir, frau Morgan.* —Era la primera vez que ella lo oía hablar alemán—. Debería haber pedido permiso. Le pido disculpas, frau Morgan.

Rachael no sabía muy bien qué decir, y en los segundos de silencio que siguieron se arregló el pelo con timidez.

—Siempre practicaba media hora —continuó él—. Es un viejo hábito..., muere tarde.

Ella pensó en corregirlo, pero no quería darle alas. Sin embargo, Lubert añadió con tono de confianza.

—Toco muy mal. Por más que practico lo hago fatal, lo sé. Pero me ayuda... No toco para mejorar. Solo para... recordar y olvidar. He oído decir que usted toca muy bien. Su hijo dice que es una excelente intérprete.

Incluso en sus escasos y tensos intercambios verbales, ella había advertido cómo herr Lubert le echaba anzuelos con preguntas e intentaba que ella los mordiera, y, aunque Rachael quería responderle, se retiró a su posición inicial, detrás de las líneas de su tratado original.

—Creía que habíamos acordado ciertos límites, herr Lubert.

—Sí. Lo siento. Me proponía preguntárselo. Pero hoy he vuelto temprano de la fábrica. Ha habido una manifestación. Necesitaba olvidar los incidentes del día si bien he terminado olvidándome de mí mismo. Lo siento, frau Morgan. —Y la miró con una frente arrugada que ella no supo decir si era impertinente o inquisitiva.

Él volvió a llenar su silencio indeciso.

—«Morgan». Me preguntaba si es un apellido común en Inglaterra.

—Es galés —respondió ella, mordiendo el anzuelo.

—Gales —reflexionó él—. He oído decir que es un país pequeño pero muy bonito.

—Era lo bastante grande para que lo bombardearan.

Qué molesto era verse atrapada en ese papel, uno de tantos papeles que se encontraba a sí misma desempeñando a regañadientes ante la gente: la Madre Afligida, la Esposa Distante y ahora la Inquilina Seca. Ese último era el que más le costaba, y Lubert no parecía creérselo ni advertirlo siquiera, pues pasó por alto la observación con un gesto afirmativo de la cabeza, dejando que ella se ruborizara de su propia frase despectiva y de la elegancia con que él la había encajado.

—Hablaré con el coronel Morgan para que le deje utilizar el piano —dijo ella con el tono más conciliador que fue capaz de adoptar.

—Gracias, frau Morgan... Se lo agradecería mucho. —Y sonrió con lo que parecía ser sincero agradecimiento.

—Veo que su mujer tocaba —dijo Rachael, señalando las firmas en las partituras.

—Claudia tenía muchas cualidades. Ella... —Lubert se interrumpió. Al mencionar a su mujer se le trababa la lengua. Bajó la guardia y su insolente arrogancia se desvaneció—. No tenía oído musical. La pianista era su madre.

Rachael recibió la noticia con alivio, pero al desbaratar la ilusión de la brillante

esposa de Lubert, su curiosidad no hizo sino aumentar. El modo en que él hablaba de ella, la expresión de sus ojos, el titubeo entre las palabras...

—Me preguntaba qué quiere decir el título de esta pieza... *Var-um*? ¿Significa «¿Por qué?»? —La pronunciación, al igual que la pregunta, era una concesión. Hasta entonces Rachael se había negado con obstinación a convertir la «w» de los nativos en una «v».

—No hay una traducción exacta. Significa «¿Por qué?», pero creo que es más bien: «¿Por qué ha pasado esto?». «¿Cuál es el motivo?»

—Es... preciosa.

—Es... sublime.

Rachael asintió. Era divina. De algún modo, «lo sumo». Pero como un viajero que de pronto se da cuenta de que se ha adentrado demasiado en un territorio desconocido por una carretera que no aparece en el mapa, consultó su brújula interna y se detuvo.

—Hablaré con el coronel Morgan. —Y con esas palabras hizo una pequeña inclinación y salió de la habitación.

Edmund deslizó una mano por el lomo de los libros de la biblioteca, mundos enteros en la punta de sus dedos. No buscaba un libro para leer —por el momento le bastaba con tocarlos—; solo estaba haciéndose una idea de la magnitud de su nuevo patio de recreo. Con sus espaciosas y arcanas habitaciones, el mobiliario de ciencia ficción y los encuentros impredecibles, la casa le proporcionaba todas las historias y aventuras que necesitaba. En realidad más que un hogar era un decorado orgánico y viviente para un drama en el que él interpretaba el papel principal; mientras su madre se movía como un suplente nervioso, Edmund, con su secuaz Cuthbert, iba de una habitación a otra como el protagonista de un misterio que estaba destinado a resolver.

Frieda era la evidente antagonista en ese escenario, y sus actos, lejos de repelerlo, solo aumentaban su atracción. La imagen de ese encuentro inicial en las escaleras — el destello de algo que no entendió pero que quería ver mejor— lo condujo al pie de la escalera de los Lubert con la esperanza de conseguirlo. El regalo de su orinal lleno parecía una advertencia y al mismo tiempo una invitación. Debería haberlo horrorizado y prevenido de un peligro (se preguntaba si debía informar a sus padres de la conducta de la niña), pero sabía que lo estaba llevando a un lugar interesante, como un puente desvencijado que se extiende sobre un precipicio y comunica con una selva densa y exótica llena de olores y sonidos secretos. Incluso la orina que llenaba el recipiente de Delft había despedido un olor misterioso, y había producido un intrigante ruido al arrojarla al retrete.

—¿Estás buscando algún libro en particular? —Herr Lubert entró en la habitación, todavía con el mono azul, para dirigirse al salón.

Si Frieda era el adversario de Edmund, el risueño herr Lubert era

sorprendentemente su aliado. No parecía poseer ninguna de las cualidades alemanas descritas con tanta autoridad en la guía. Él no era altivo ni orgulloso, sino afable y seguro de sí mismo; lejos de ser serio o taciturno, traslucía cierta ligereza de espíritu; y su expresión —ojos centelleantes, fosas de la nariz ensanchadas y boca curvada hacia arriba— siempre estaba al borde de la risa. De hecho, en las pasadas semanas Edmund había descubierto que ese alemán le caía bien; su interés parecía sincero cuando quería saberlo todo sobre Gales («¿Cómo es ese país?»), la vida durante la guerra («¿Estuvo mucho tiempo fuera su padre?») o incluso si su madre se estaba adaptando («Espero que aquí se sienta como en casa»). Y sabía cosas. La última vez que se lo había encontrado en el pasillo, herr Lubert le había comentado que los soldaditos de plomo con guerrera roja con los que estaba jugando habían tomado como modelo a las tropas enviadas por el rey anglo-alemán Jorge III para luchar contra los estadounidenses rebeldes.

—Solo miraba —dijo Edmund—. ¿Están escritos todos en alemán?

—La mayoría. Pero hay alguno en inglés, sobre todo los libros infantiles. Puedes leer cualquiera de ellos. Y si buscas bien encontrarás una habitación secreta.

Herr Lubert adoptó un aire conspirativo y, mirando por encima del hombro por si veía aparecer a una criada o a la madre, deslizó un dedo por el segundo estante y lo detuvo en un libro del centro. Lo sacó y le enseñó la cubierta a Edmund. Era un dibujo a carboncillo de cuatro figuras sentadas en un carro desvencijado escapando de algún problema invisible y se titulaba *Vom Winde verweht*.

—*Lo que el viento se llevó*. Era el libro favorito de mi mujer. —Guardó silencio, y por un instante se puso triste y reflexivo. A Edmund le recordó a su madre cuando se ensimismaba, si bien herr Lubert enseguida se recobró y continuó—: Vimos la película al comienzo de la guerra. A ella no le gustó tanto como el libro. Discutimos sobre ello. Pero a mí me encantó. Clark Gable diciendo «Me importa un bledo».

Edmund no conocía la frase, aunque le gustó que Lubert pudiera imitar el acento estadounidense y decir «bledo» con tanto placer y estilo.

—¿Has visto esa película?

—Mi madre sí —respondió Edmund—. La vio con mi tía.

—Es muy emocionante. Tu madre me recuerda un poco a la actriz, Vivien Leigh. En fin, mira este hueco. —Señaló el espacio vacío que había dejado en el estante, introdujo una mano en él y sacó una caja de colores llena de puros cubanos. Luego la devolvió a su sitio y volvió a colocar el libro—. No se lo digas a nadie. Ni siquiera mi mujer lo conocía. Los hombres necesitamos tener nuestros secretos.

Más tarde Edmund ayudó a su madre a examinar la vajilla que por fin había llegado, con un mes de retraso, y a colocarla sobre la mesa del comedor, como una maqueta

de una ciudad futurista. Había terminado de contar los platos verde salvia —había doce—, en un alemán seguro y correcto, lo que impresionó y desconcertó a su madre. Ella iba por la mitad de la cubertería, aliviada por que hubiera llegado y no tener que utilizar la que herr Lubert le había ofrecido mientras tanto, aunque había que reconocer que era de plata de ley.

—Mamá, ¿cómo es Vivien Leigh?

—¿Vivien Leigh?

—¿Es guapa?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque herr Lubert dijo que te parecías a ella.

Edmund lo dijo con la esperanza de ablandar la actitud de su madre hacia el antiguo señor de la casa, pero solo consiguió que ella se ruborizara y le picaran los ojos. Quizá Vivian Leigh era fea.

—¿Cuándo, o mejor dicho, por qué has estado hablando con herr Lubert?

—Solo estuvo... enseñándome cosas.

—¿Qué cosas?

—Hummm..., unos juegos y libros.

—No debes hablar con él, Edmund. Solo crearás dificultades si te tomas demasiadas confianzas.

—Pero parece muy agradable... Él...

—Que alguien parezca agradable no significa que lo sea —replicó Rachael—. Debes tener cuidado y no hablar demasiado con él ni con su hija. Solo alimentarás el resentimiento.

Edmund asintió. No tenía ninguna intención de mencionar sus parlamentos viscerales con Frieda. Si a su madre le inquietaba la afabilidad de herr Lubert, las bromas de su hija enseñándole la ropa interior y ofreciéndole el orinal lleno sin duda le provocarían un infarto.

—¿Puedo salir al jardín a jugar?

—Está bien, pero no vayas muy lejos. Y ponte el jersey. Fuera hace frío.

Al salir Edmund chocó con Heike, que había procurado ir de un piso a otro con pasos de fantasma para no llamar la atención.

—*Guten Morgen, kleine Mädchen* —dijo él mientras ella pasaba por su lado con prisas, probando una combinación de palabras recién aprendidas. Le gustaban esas palabras alemanas; eran honestas, precisas y, si se ensartaban unas con otras, tenían una musicalidad percutiva.

Heike hizo una reverencia antes de continuar subiendo las escaleras, como si algo la divirtiera.

Edmund entró en la galería acristalada y salió por las puertas acristaladas. Cruzó

corriendo el césped hacia los exuberantes rododendros de hoja perenne que constituían el límite natural de la finca. La planta medía casi el triple que él y era lo bastante grande para que en su interior existiera todo un mundo, una maraña de pasadizos que se entrecruzaban unos con otros. Las flores tardías habían dejado atrás la lozanía y se aproximaban a su muerte anual, pero todavía eran lo bastante vistosas para evocar una selva creíble y Edmund se adentró en la maleza como un Pizarro o un Cortés, apartando las ramas con un sable imaginario, ensimismado en su fantasía, hasta que llegó a una valla de tela metálica, el límite artificial de la propiedad.

Ante él se extendía un prado accidentado con el río a un lado, que le recordó tanto su aislamiento como la proximidad de las brutales consecuencias de la guerra. El campo estaba cubierto de rastros intercalados con tramos de tierra desnuda. Al fondo había varios establos y gallineros que habían sido convertidos en barracas. Junto a ellas alcanzó a ver unas figuras; parecían niños apiñados alrededor de una pequeña fogata. Y en mitad del prado se veía un burro escuálido e inmóvil con la tripa hinchada.

Edmund saltó la valla y cruzó el campo para examinar más de cerca el animal, que permaneció totalmente quieto, sin alterarse y con la cola flácida. Tenía el cuello lleno de llagas y apenas podía sostener la cabeza; se le marcaban tanto los huesos que parecía que iban a atravesarle la gastada piel. «Pobre burro», pensó, lloroso ante el lamentable estado y la expresión de impotencia de la criatura. Luego se sorprendió de sus lágrimas. No había derramado ninguna ni siquiera por su hermano, y allí estaba llorando por la más insignificante de las bestias, y para colmo alemana, aunque no estaba seguro de que los animales tuvieran nacionalidad. Se llevó una mano al bolsillo y sacó un terrón de azúcar que había robado de la cocina mientras Greta estaba en el piso de arriba. Lo sostuvo debajo de la boca del burro, pero ni siquiera el azúcar lo hizo reaccionar.

—*Mein Mittagessen!*

Edmund se volvió hacia el sonido y se enfrentó con el furioso espectro de un chico con un gorro de cosaco ruso y un batín que se acercaba y le hablaba en alemán con voz ronca y áspera. Otros niños lo seguían unos metros atrás.

—*Finger weg!* —le gritó el chico.

El tono era agresivo, pero Edmund no se sintió amenazado; había algo cómico y afectado en su actitud, como si hiciera un poco de teatro delante de su grupo.

—*Das ist mein Mittagessen!* —repitió el chico, y Edmund apartó la mano de debajo de la boca del burro.

Los otros niños se acercaron y se detuvieron al lado del cabecilla del gorro disparatado que daba vueltas alrededor de Edmund, olfateando el aire. Los niños iban vestidos con una serie de prendas que parecían sacadas del camerino de una compañía de teatro de variedades. Edmund tuvo la impresión de que llamaba la

atención con su ropa corriente —mocasines marrones, calcetines de lana hasta la rodilla, pantalones grises cortos, camisa y jersey de cuello en pico—, y el grupo empezó a dar vueltas alrededor de él tocándolo. Uno de ellos, un niño con un chaleco salvavidas hinchado, incluso se agachó para tocar las brillantes punteras de su calzado, luego le hincó el dedo en las costillas, como la avanzadilla de una civilización antigua enviada para establecer contacto con una criatura del futuro y determinar si es de carne y hueso.

—*Englisch?* —preguntó el cabecilla.

—Sí —respondió Edmund, y todos se detuvieron al oír el sonido de su respuesta monosilábica.

—¡Sí! —repitió el cabecilla del gorro disparatado, tratando de imitar la nítida pronunciación de Edmund.

—¡Sí! —repitieron los niños salvajes.

—¡Putra madre, capitán! —exclamó de pronto el chico.

Edmund se quedó atónito al oírlo utilizar con tanto desparpajo palabras que sabía que estaban prohibidas. Le entraron ganas de reír pero se contuvo.

—Maldita sea hijo de puta gilipollas. —El chico continuó lanzando improperios como si fueran granadas. Luego señaló a Edmund para que contestara o le corrigiera incluso la pronunciación—. Ahora tú, tommy... Di: «Maldita sea». Tú.

—Maldita sea —dijo Edmund, disfrutando mientras lo decía y con la reacción que suscitaba.

Del grupo se elevó un coro de «maldita sea», seguido de un concentrado intento por parte del cabecilla de pronunciarlo con exactitud.

—¡Maldita... sea! Maldita sea. ¡Más «maldita sea», *bitte!*

—Maldita sea —repitió Edmund—. ¡Maldita sea y... joder y... mierda y cabrón!

—¡Joder *und* mierda! ¡Joder *und* mierda! ¡*Und* cabrón!

Edmund asintió, aprobando la pronunciación. El intercambio cultural parecía ir sobre ruedas y todos se relajaron. El cabecilla sonreía de placer, pero el niño del chaleco salvavidas quería algo más que soltar palabrotas y siguió rodeando a Edmund, acariciando su jersey de lana Shetland con una sonrisa codiciosa y murmurando palabras que este no podía oír.

—¡Didi! —le gritó el Salvavidas. Y lo señaló e hizo un gesto para que retrocediera—. *Lass ihn in Ruhe!*

Pero Salvavidas no lo oyó o no podía parar, porque empezó a tirar del jersey de Edmund, y aunque este trató de soltarse y apartarlo, el chico continuó agarrándolo con su escuálida y desesperada mano, deformando el jersey. No muy seguro de qué hacer, Edmund sujetó al chico por los hombros y la parte posterior del chaleco salvavidas, y lo levantó del suelo con una facilidad que lo sorprendió e inspiró a la vez. Durante unos segundos lo sostuvo en el aire, dándole vueltas, antes de dejarlo

caer y apartarlo en un solo movimiento. En cuanto Salvavidas aterrizó en el suelo, se precipitó de nuevo hacia Edmund con un pequeño gorgojeo y, curvando los dedos en forma de garras, empezó a arañarle la cara con sus uñas sucias y cuarteadas. Los otros niños formaron un anfiteatro alrededor de ellos y los animaban, aclamaban y hasta gruñían. Salvavidas agarró a Edmund por el cuello y trató de sujetarle la cabeza con el brazo, aunque no tenía fuerza, solo una energía nerviosa que enseguida se disipó, y Edmund no tardó en colocarse encima de él e inmovilizarlo contra el suelo, apretándole el pecho con la rodilla. Salvavidas se retorció y escurrió mientras escupía, pero no logró alcanzar a Edmund. Alrededor de ellos las burlas aumentaron convirtiéndose en un frenesí de gritos: «Bring ihn um». Y Edmund se dio cuenta de que esos tres niños no animaban a uno de los suyos sino a él, exigiéndole con sus vítores y sus gestos de apuñalar que acabara con él. Salvavidas dejó de forcejear. Agotado o resignado, se quedó allí tendido, preparado para aceptar lo que Edmund quisiera hacer con él. «Bring ihn um», gritaban los niños, y Edmund supo lo que esas palabras significaban sin necesidad de que se las tradujeran. El cabecilla dio un paso hacia delante y le ofreció un palo para que impartiera con él el golpe final. Edmund lo cogió por cortesía pero no tenía intención de utilizarlo. Se limitó a levantar la rodilla del niño asustado y retroceder mientras él se escabullía a cuatro patas en medio de las burlas de sus supuestos amigos.

El cabecilla miró a Edmund con divertida admiración mientras se sacudía el polvo de los pantalones.

—Tommy bueno —dijo—. Tommy jodidamente bueno. *Ich heisse Ozi.*

Edmund le tendió una mano.

—Edmund.

Ozi se quedó mirando la mano pero no la estrechó; se limitó a escudriñar y luego entabló conversación con alguien más.

—*Mutti. Er ist in Ordnung. Er ist ein guter Tommy. Er wird mir helfen.*

Ladeó la cabeza como si esperara respuesta, una especie de sanción de un espíritu guía, y cuando pareció que la había recibido, asintió. Se volvió hacia Edmund.

—Tommy bueno, consigue pitillos. —Y, dando caladas a un cigarrillo imaginario, se señaló el pecho—. Pitillos —repitió, y se frotó el estómago señalando los establos donde ardía la hoguera y pululaban más figuras—. Tú traes. *Das ist mein Haus.* — Luego, mirando hacia el límite de setos de la Villa Lubert, le preguntó—: *Ist das dein Haus?*

Edmund, que no tenía idioma para explicar las complejidades de su condición de propietario, asintió y respondió en su idioma inventado.

—*Das ist mi casa.*

Lewis solo escuchaba a medias cuando Rachael sacó el tema de Lubert durante la

cena.

—¿Crees que deberíamos dejar que practique? No estoy segura. Me preocupa que eso complique la situación.

—¿Por qué iba a complicarla? —le preguntó él.

—No lo sé. Podría dar un mensaje equivocado. No quiero ser mezquina, pero si permitimos algo así acabaremos permitiéndolo todo. Tal vez sea más prudente que no salgamos de nuestras respectivas habitaciones. Cada cosa en su sitio. No lo sé.

«No lo sé» era el sufijo y el prefijo de cualquier pensamiento de Rachael. Esa indecisión se había convertido en algo característico en ella. Sin embargo, Lewis no ayudaba. ¿La escuchaba siquiera? Veía que estaba preocupado. Preocupado por los ocupados. Su mente se dividía en dos zonas, y la más amplia y mucho más interesante era la zona de trabajo, con sus subdivisiones necesitadas. Lewis estaba bien siempre y cuando en la otra zona —la doméstica, habitada por ella, Edmund, los Lubert y el servicio— ella se ocupara de todo con la mínima colaboración de él. Ella debería preguntarle qué tal le había ido el día, sabía que era más importante que ese dilema; pero en ese momento quería que él participara en su terreno, por pequeño que fuera.

—¿Y bien?

—Tú verás, cariño. Yo no creo que haya ningún peligro en ello.

Rachael lo miró. ¿Se mostraba simplemente como el hombre acomodaticio de siempre? Al darse cuenta de que le daba largas, ella insistió:

—¿Cuándo crees que sería un buen momento? ¿Por las mañanas, antes de ir a trabajar? ¿O por las tardes? Por las noches quizá no es apropiado.

Lewis dejó el cuchillo y el tenedor para darle a entender que estaba reflexionando.

—Deja que toque media hora cuando a ti te vaya bien.

Rachael sabía lo que él estaba haciendo. Jugaba un partido de tenis con un contrincante que necesitaba entrenar y no sufrir una derrota. Él podría haberle devuelto la pelota con malos modos, pero quería que ella siguiera jugando, de modo que se la tiraba bien, devolviéndole limpiamente el saque en la parte adecuada de la cancha, dejándole espacio para contestar. Era la forma que él tenía de no jugar.

Rachael se preguntó por qué era tan difícil. Había dejado a Lubert con la impresión de que ella no tenía inconveniente en que tocara el piano. No lo tenía, ¿no? Y sabía perfectamente que a Lewis no le importaría. Podría haberle dado permiso allí mismo, junto al piano, sin consultárselo siquiera a su marido; ¿por qué darle tantas vueltas? ¿Por qué esperaba que él le resolviera sus conflictos triviales sobre pianos y plantas cuando estaba ocupándose de gente que necesitaba comida y ropa? Ella sabía que no era razonable, pero no podía evitarlo.

—Muy bien. Le comunicaré a herr Lubert que puede tocar... por las tardes. A las

cuatro. Durante media hora. Una hora. —El solo hecho de decirlo fue como un gigantesco logro.

—Bien —repuso Lewis con cierto alivio—. Entonces ya está solucionado.

Siguieron comiendo los tres en silencio durante un rato. Lewis acabó primero y, dejando el cuchillo y el tenedor como las agujas del reloj en la posición de las seis, se limpió la boca con una servilleta de tela de damasco.

—Me alegra ver que has estado imprimiendo tu personalidad en esta casa —comentó, dando unas palmaditas a los brazos de su silla—. Estas sillas son mejores que las de cuero. —Hizo crujir el mimbre en señal de apreciación.

En realidad ella apenas había cambiado nada, pero no replicó.

—¿Qué tal te va con el servicio? —continuó él, de un modo conciliador demasiado obvio.

—Siguen mirándome como si no entendieran una palabra de lo que digo.

—¿Por qué no tomas clase tú también con el profesor de Ed y aprendes algunas nociones?

—Creo que me entienden perfectamente. Solo que prefieren no hacerlo. A veces tengo la sensación de que todos se ríen de mí.

Lewis no hizo comentario alguno. Se volvió hacia Edmund, que empujaba los guisantes por el plato.

—¿Y qué tal te va a ti con herr Koenig? *Sehr gut?*

Rachael se sirvió un vaso de agua para apagar su irritación, luego empezó a amontonar los platos, olvidando por un momento que ya no le correspondía a ella hacerlo.

Edmund, que había terminado de comer, representaba sus propias batallas; los guisantes aterrizaron en la salsa, donde formaban una cabeza de playa antes de seguir avanzando hacia el puré de patatas del interior.

—*Sehr gut, Vater.*

Lewis se rio.

—Solo llevas un mes y ya tienes mejor pronunciación que yo.

—¿Por qué estoy aprendiendo alemán si no se nos permite hablar con ellos? —le preguntó Edmund.

—Puedes hablar con ellos, Ed. De hecho, te animo a que lo hagas. Cuanto mejor nos entendamos antes arreglaremos las cosas.

—¿Cuánto tiempo tardarán en arreglarse las cosas?

Esta vez Lewis miró a Rachael. Necesitaba calibrar cuidadosamente su respuesta.

—Los optimistas creen que diez años. Los pesimistas, cincuenta.

—Seguro que tú opinas que cinco —replicó ella.

Lewis esbozó una sonrisa; su esposa lo conocía demasiado bien.

—Bueno, Ed, ¿ya has conseguido hablar con Frieda?

Edmund meneó la cabeza.

—Es un poco mayor que yo.

—Quizá podríamos jugar todos juntos a la canasta o al cribbage una noche. O ir a ver una película en el Ace.

Heike entró en la habitación con una bandeja para recoger los platos. Se movía con su nerviosismo habitual, tratando de entrar y salir lo más deprisa posible, como una golondrina robando semillas bajo la mirada de un campesino.

—Buenísimo, *fräulein Heike* —dijo Lewis en alemán.

—Tú estás buenísimo, *fräulein Heike* —repitió Edmund, también en alemán, sin darse cuenta de su error.

Heike contuvo una risita, se inclinó y recogió los platos, deteniéndose en el de Rachael, que no había comido más que la mitad de su ración.

—*Sind Sie fertig, frau Morgan?*

Rachael hizo un gesto para que lo retirara.

Edmund observó cómo la doncella se dirigía al montaplatos. Dio un tirón a la cuerda y una mano invisible bajó los platos a la cocina.

Rachael esperó a que Heike saliera de la habitación para hablar.

—¿Lo ves? Ha vuelto a sonreír con sorna.

—Solo son los nervios. Está aterrada por si comete un error y pierde el empleo. Hoy día cualquier alemán con empleo tiene el alma en vilo.

—¿Por qué insistes en defenderlos continuamente?

Lewis se encogió de hombros, lo que, tratándose de él, era un gesto casi de desesperación. Sacó la pitillera, la abrió y ofreció un cigarrillo a Rachael.

A ella le apetecía fumar pero lo rehusó.

—Fumaré uno de los míos después.

Lewis dio unos golpecitos al extremo del cigarrillo antes de llevárselo a los labios. Luego lo encendió, dio una profunda calada y exhaló el humo por la nariz relajadamente.

Las chirriantes poleas del montaplatos anunciaron la llegada del postre.

—¿Sube hasta el piso de los Lubert? —preguntó Edmund.

—No quiero que juegues con él, Ed —dijo Rachael—. No es un juguete.

Él asintió.

—¿Tendremos criados cuando volvamos a Inglaterra..., como la tía Clara? —preguntó.

—Hoy día hay que ser muy rico para permitirse tener servicio —respondió Lewis.

—Pero herr Lubert tiene criados y trabaja en una fábrica.

—Solo será hasta que lo declaren limpio. Entonces podrá volver a trabajar como arquitecto.

—¿Limpio? —preguntó Rachael.

—De... afiliación nazi.

—¿Aún no lo han hecho?

—Estoy seguro de que es solo una formalidad.

—Pensé que al menos lo habrías comprobado.

—Lubert está limpio. Por eso no te preocupes.

—Pero no lo sabes.

—Barker comprobó su historial. Yo jamás habría permitido que se quedara aquí si tuviera la más mínima sospecha. Rachael..., por favor.

Edmund decidió aprovechar para retirarse. Era una de esas conversaciones donde los adultos necesitan que los niños se quiten de en medio.

—¿Puedo levantarme de la mesa? —preguntó.

—Sí, claro —respondió Rachael.

Edmund le dio un beso; su padre le alborotó el cabello.

—No hagas nada que yo no haría —le dijo.

Mientras salía Edmund oyó cómo sus padres reanudaban la disputa no resuelta, y cómo sus voces se alzaban y descendían con aquellos forzados sonidos del ruego y la justificación que a menudo emitían. La discusión entre sus padres le ofrecía una tapadera perfecta. Bajó por las escaleras hasta su habitación para recoger a Cuthbert, buscó un lápiz y un papel en el escritorio y se los llevó al montaplatos del rellano del primer piso, que estaba justo al lado del dormitorio de sus padres. Levantó la puerta corredera y quedó a la vista la cuerda que colgaba en el hueco que se extendía entre los tres niveles de la casa. Tiró de ella y acto seguido el montaplatos subió procedente de la cocina. Dejó a Cuthbert en la plataforma, garabateó una nota y la puso bajo el gorro de piel de oso del granadero.

—Localice todo el azúcar que pueda, capitán, y regrese a la base.

—¿Está seguro de que está permitido, señor?

—Haga lo que le digo, Cuthbert. Así me gusta. Nos reuniremos a las veinte horas en el sótano. Permanezca atento por si hay un adulto por el camino.

—Sí, coronel.

Edmund tiró de la cuerda y al cabo de unos segundos Cuthbert bajó. Edmund cerró la puerta corredera y bajó de puntillas las escaleras hasta la cocina, con cuidado de no salirse de la alfombra que cubría los peldaños para amortiguar sus pasos.

En la cocina encontró a Heike extendiendo una masa con un rodillo mientras canturreaba una canción que sonaba por la radio; la cantaba en inglés una mujer de voz ronca que parecía extranjera y Heike disfrutaba mucho imitándola.

—*Guten Abend, fräulein Heike.*

La doncella dio un grito al ver irrumpir a Edmund y, reaccionando como si la hubieran pillado escuchando transmisiones del enemigo, apagó la radio y se limpió

las manos con el delantal.

—*Guten Abend, herr Edmund.*

El niño fue derecho al montaplatos. Abrió la puerta corredera, cogió la nota que había debajo de Cuthbert y se la entregó a Heike. Ella la miró y leyó en alto:

—*Zucker?*

—*Bitte.*

Heike fingió que lo desaprobaba pero le siguió la corriente, encantada. Se dirigió a la despensa y regresó con tres terrones. Los puso en un plato y, entendiendo el juego, lo dejó en el montaplatos junto al soldado de tela. A continuación Edmund dio órdenes a Cuthbert.

—Lleve estos suministros a la base, capitán.

—Sí, coronel.

Tiró de la cuerda, cerró la puerta y subió corriendo las escaleras para recibir al héroe que regresaba, no sin antes dar las gracias a Heike. Sin embargo, cuando llegó al montaplatos del primer piso y abrió la puerta, la plataforma no estaba allí. Tiró de nuevo de la cuerda y esperó, pero no hubo ningún movimiento. Volvió a tirar de ella y esperó. Nada. Se aventuró a introducir la cabeza en el hueco y mirar hacia abajo. No había más que negrura. Luego volvió la cabeza hacia arriba y vio la parte inferior del montaplatos un piso más arriba, en el apartamento de herr Lubert. Tal vez lo había interceptado y se creía que el azúcar era para él. No importaba. Edmund se alegraba de que lo tuvieran los Lubert. Necesitaban calorías. Retiró la cabeza del hueco, tiró de la cuerda una vez más y esta vez hubo movimiento: el montaplatos empezó a descender. La cuerda vibraba y la plataforma chirrió mientras bajaba muy despacio. Cuando se detuvo frente a él, Edmund advirtió enseguida que pasaba algo: a Cuthbert le faltaba la cabeza. Cogió el torso decapitado de la plataforma y lo examinó. Del agujero donde había estado la cabeza colgaban jirones de lana blanca y relleno amarillo. Quizá se había encallado con el montaplatos —siempre había estado un poco suelta— y había caído al hueco. Pero eso parecía contradecir las leyes de la física. Entonces Edmund se dio cuenta de que había desaparecido el azúcar.

Lewis se quitó la ropa despacio esperando un gesto o alguna señal de Rachael que le indicara que esa noche harían el amor. Estaba en el vestidor con los pantalones puestos y se desabrochó la camisa, botón por botón, deteniéndose para examinar un puño, como si hubiera algún hilo suelto, a fin de prolongar los segundos y dejarle tiempo a Rachael para pedirselo. Hubo una época en que esa sutil danza no era necesaria, pues ella lo propiciaba tanto como él y reclamárselo era fácil; de pronto todo ese asunto requería habilidad para interpretar y comprender los matices de un dialecto que Lewis no había hablado durante más de un año.

Se quitó la camisa y se quedó desnudo de cintura para arriba. Casi nunca hacían

el amor una vez que se habían cambiado de ropa. Si se daba demasiada prisa en ponerse el pijama, ella lo tomaría como una indicación para dejarlo correr por esa noche. Había que aprovechar la oportunidad mientras se desvestían, o un poco antes, cuando uno de ellos —normalmente él— proponía tener un momento. De ahí que hacer el amor en invierno supusiera más esfuerzo. Rachael era friolera y al cabo de tantos años de matrimonio no se entretenía mucho en cambiarse; aunque la habitación estaba bien caldeada —de hecho, toda la casa se mantenía a una temperatura que no se correspondía con el frío del exterior—, Lewis tenía que actuar antes de que el aire se enfriara demasiado. Su defensa de la doncella y luego el tema del pasado incierto de Lubert la habían contrariado, pero él estaba resuelto. Había que poner fin a esa sequía. Tenía que tomar medidas.

Ella estaba sentada con su camisola frente al tocador, recogiendo el cabello con una mano mientras se desmaquillaba con la otra. Lewis observaba cómo hacía sus habituales abluciones, torturado por la delicadeza de sus brazos desnudos y de sus pequeños hombros rectos.

—¿Vamos a...? —Le falló la voz.

Al abrir uno de los pequeños cajones del tocador Rachael encontró un collar de granates que tintineó cuando lo acercó a la luz de la mesilla de noche.

—Debe de ser de... ella. —Se llevó las frías piedras al cuello y luego las sostuvo en la palma de la mano, apreciando lo que pesaban—. Son preciosas.

—¿Cariño? ¿Vamos a hacer...? —preguntó él con más determinación e ímpetu que de costumbre. ¿Acaso no habían hecho votos de honrar sus respectivos cuerpos? Él estaba dispuesto a utilizar este argumento si ella lo rechazaba.

Rachael se puso el collar y tiró un algodón sucio a la papelera.

—¿Tienes uno de esos... como se llame?

Su expresión era neutral, sin dar muestras de deseo ni de aversión. Pero fue suficiente. Él enseguida notó que se excitaba. Debilitado por la expectativa, buscó en el botiquín los profilácticos reglamentarios que junto con tabaco repartían a los soldados por toda Alemania, a fin de saciar sus apetitos y adicciones.

Lewis vio cómo Rachael se ponía de pie y se deslizaba entre las sábanas con su camisola. En sus movimientos todavía no había indicios de excitación o preparación, pero a él no le importó. Arrancó un preservativo de una tira de seis y se acercó a la cama, notando ya los pantalones tirantes a causa de la erección. Se sentó en la cama de espaldas a ella, esperando que no lo hubiera visto, y se quitó los calcetines intentando calmarse.

Rachael se inclinó hacia el lado de él para coger su pitillera plateada de la mesilla de noche.

—¿Pensabas en mí cuando fumabas? —le preguntó.

—Sesenta veces al día.

—No tienes por qué decirlo.

—Es cierto. Lo calculé. Estuvimos separados durante treinta y dos mil cigarrillos.

—¿Y en qué pensabas?

Él le respondió con sinceridad.

—Sobre todo en este momento.

Rachael lo miró sorprendida.

—¿Ya estás listo?

Él rasgó con los dientes el envoltorio plateado, sacó el condón y lo dejó sobre la almohada mientras se quitaba los pantalones y los calzoncillos. Rachael devolvió la pitillera a la mesilla y se sentó para quitarse la camisola por la cabeza y los hombros. Incluso ese movimiento mecánico vislumbrado a medias le pareció exquisito a él, que se deslizó entre las sábanas sin dejar de esconderse, sintiéndose vulnerable y cohibido. Ella se tendió de lado, con la cabeza apoyada en el codo, y lo miró. Una vez desnudos, toda la confianza y el aplomo de él pasaban a poder de ella. Era como si él descendiera de coronel a soldado raso mientras ella ascendía a mariscal de campo.

Rachael cogió la funda de goma.

—¿Lo hago yo?

Lewis no pudo contestar. Asintió, pero mientras ella lo buscaba por debajo de la sábana él le interceptó la mano y la atrajo hacia sí para besarla. Quería ir más despacio, era necesario que fuera más despacio. Se besaron, aunque ella mantuvo los labios apretados, sin abrirlos. Se apartó para reanudar su tarea y retiró la sábana para enfundarlo. Lewis se echó hacia atrás para dejarla hacer, tratando de concentrarse en el techo, con sus onduladas cornisas, todo con tal de evitar llegar demasiado pronto. Sin embargo, incluso los movimientos mecánicos del primer roce frío de ella fueron demasiado para él y eyaculó, emitiendo un jadeo de placer, alivio y desesperación, todo en uno.

—¡Ah! Demasiado pronto. Lo siento.

—No importa.

—Lo siento —repitió él.

—Te has bajado en Fratton.

—Apenas he salido de Waterloo.

La manifiesta falta de decepción de Rachael no hizo más que intensificar la de Lewis. Estaba enfadado consigo mismo. Su disciplina y su paciencia innatas lo habían abandonado cuando más las necesitaba. Y la mención de Fratton (la última estación antes de Portsmouth) solo le recordó una época en que el deseo siempre había podido más que el sentido común de ambos.

Cogió la toalla que tenía al lado y se limpió.

—Ha pasado tanto tiempo. No estoy acostumbrado a...

—No te preocupes. —Rachael le acarició el rostro, alisándole la frente.

—Yo...

—Chist. Es totalmente comprensible.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy bien. Pero tengo frío. —E, incorporándose, sacó el camisón de debajo de la almohada y se lo puso.

Lewis se sentó en el borde de la cama y apoyó los pies en el suelo mientras notaba cómo la decepción se desvanecía. Incluso esa satisfacción truncada era mejor que nada. El alivio había disuelto la irritación cólica que había reprimido durante las pasadas semanas. Antes de ponerse el pijama y deslizarse de nuevo entre las sábanas con las luces apagadas, había regresado mentalmente a la zona donde más seguro y eficiente se sentía: las necesidades menos complicadas de un millar de alemanes sin rostro y la rehabilitación de un país.

Mucho después de que Lewis se hubiera dormido Rachael seguía despierta, tumbada como siempre sobre el costado izquierdo, escuchando los latidos de su corazón. Miraba con atención el centelleante collar de granates que había dejado formando un montón sobre la mesilla de noche y que reflejaba la luz que entraba a través de la cortina medio corrida. Decidió devolvérselo a Lubert lo antes posible, más movida por la curiosidad que por el decoro. El hecho era que quería saber más sobre la mujer que lo había llevado. El collar había desencadenado en su mente una secuencia de chispeantes escenas de las que frau Lubert era la protagonista. Y si bien se mostraba grácil y elegante en cada viñeta, seguía teniendo un rostro impreciso y genérico, poco más que un compuesto de elegancia cosmopolita. Rachael quería poner rostro a esa figura. Casi necesitaba tener una imagen mental para quitársela de la cabeza. Tal vez Lubert lo resolviera enseñándole una fotografía. Dándoselas de justa y amable ella sería capaz de zanjar un asunto que la había incordiado desde su llegada a la casa.

—Entonces, ¿dónde vives? —le preguntó Albert a Frieda.

Estaban haciendo cola para subir al camión después de un largo turno recogiendo los cascotes de un colegio derruido de Sankt Pauli. Frieda había trabajado con ahínco y mantenido la cabeza gacha durante todo el día. Gracias a Albert, lo que había empezado siendo un castigo humillante se había convertido en algo que esperar con ilusión..., incluso agradable.

—En la Elbchaussee, cerca de Jenischpark.

—¿En una de las grandes mansiones?

Ella asintió, no muy segura de si eso era bueno o malo.

—¿Entonces vienes de una familia rica?

Frieda se encogió de hombros.

—Ya no.

—Pero ¿todavía vives en tu casa?

Ella asintió de nuevo, avergonzada ante esa clase de interrogatorio; le aterraba tener que contar sus circunstancias actuales.

—Yo no vivo muy lejos de ti —añadió él.

—¿Dónde vives? —preguntó ella, aliviada de que su posición social no lo hubiera desalentado.

—Si quieres te llevaré.

Entre los recogedores de escombros que iban en la parte trasera del camión había hamburgueses de clase media y un remanente de mano de obra llegada del este. Las mujeres, con el cabello recogido en turbantes tirantes y los abrigos desmesuradamente grandes de sus difuntos maridos, parecían pescaderas de Landungsbrücken. También eran igual de mordaces. Había tan pocos hombres que pasaban inadvertidos y, exceptuando a Albert, eran de mediana edad. Todos ellos, fuera cual fuese su anterior posición, aferraban los vales de comida que recibían en pago por una jornada de trabajo, que se había convertido en el único objeto de su ambición.

Frieda y Albert estaban sentados juntos, pierna con pierna, escuchando el coro de quejas que los rodeaban. Las protestas de aquel día las encabezaba un hombre de aspecto exhausto que quería que todo el mundo se enterara de cuál era su verdadera profesión.

—Es imposible combatir el frío haciendo este trabajo. Primero el calor nos hace sudar y luego el sudor se enfría y se vuelve pringoso

—Al menos nos pagan —replicó una de las mujeres.

—Soy dentista. Tengo una profesión. Yo no valgo para esta clase de trabajo.

—¿Qué tiene de especial arrancar dientes? —respondió la señora—: Magda está casada con un general, y yo trabajaba para la radio en la sala de conciertos.

El dentista, cuyo rostro estaba ceniciento a causa del polvo y la decepción, tenía intención de quejarse pero no de discutir. Discutir requería energía.

—Solo lo digo, eso es todo —murmuró.

A continuación un hombre corpulento y calvo cuyo cabello se confundía con su barba incipiente se llevó una mano al bolsillo y sacó unas cuantas piruletas, los caramelos de colores con un palito que habían llegado con los británicos. Los ofreció como si fueran un ramo de tulipanes atrofiados.

—No son muy buenos para los piños postizos, ¿eh, Steytler? Pero sí para combatir el aliento a podrido y aliviar las punzadas de hambre. Puedes hacerlo durar una hora si quieres. —Se lo metió en la boca e hizo alarde de disfrutarlo.

—Entonces compártalos —dijo la mujer del general, hablando con la autoridad de quien está acostumbrado a salirse con la suya.

—Tienen un precio —replicó el prusiano fanfarrón.

Magda meneó la cabeza.

—¿No tiene vergüenza?

—Tengo una familia que mantener. Estos vales no sirven de mucho. Ni siquiera tengo para pagar la luz. Todo el dinero que pongo en el contador tendría que gastarlo en comida.

—Es mejor estar a oscuras que pasar hambre —replicó la antigua locutora.

—No pasaría hambre si estuviera dispuesto a sisar de vez en cuando. Hasta el obispo de Colonia está diciendo que no hay nada malo en robar carbón siempre que sea para sobrevivir. Es el undécimo mandamiento.

—Nos están obligando a comportarnos como delincuentes —repuso el dentista.

—Ya nos ven como delincuentes.

—Yo no soy un delincuente. Y tengo la conciencia limpia —continuó el dentista.

—Bueno, en esto estamos todos de acuerdo —terció el prusiano—. No pueden meternos a todos a la cárcel.

—Guárdese para ese el *mea culpa* —replicó el dentista—. Yo solo soy culpable de haber cumplido con mi deber. Los dientes y los huecos son iguales sea de quien sea la boca. Tengo que respetar el juramento hipocrático.

Todos se rieron.

Frieda quiso poner en su sitio a ese necio y se disponía a hablar cuando Albert volvió a ponerle una mano en el brazo, del mismo modo que cuando había tarareado la canción de las Mädel delante de los tommies mientras estos fumaban y hacían bromas. La miró con complicidad. No vale la pena, parecía decir. Y ella experimentó la dulce emoción de que se estaba formando una pequeña alianza entre ambos.

—La marca... de tu brazo, ¿es de nacimiento?

—Aquí no —dijo él, mirándola con una expresión prohibitiva.

Sin previo aviso, se levantó y golpeó dos veces el lado del camión con el dorso de la mano para que se parara. El conductor lo complació y Albert y Frieda se bajaron. Estaban en el pueblo de Blankenese, a unos pocos kilómetros de la Villa Lubert, justo donde la Elbchaussee se apartaba del gran río. El sol se ponía sobre la ciudad de Stade al otro lado del río, proyectando sobre la tierra un intenso resplandor.

—No camines a mi lado —le dijo Albert, subiéndose las solapas de la chaqueta para taparse la cara—. Quédate al menos unos veinte pasos detrás de mí.

—¿Está muy lejos?

Albert echó a andar sin responder; avanzaba a un paso tan enérgico que Frieda empezó a pensar que intentaba dejarla atrás; continuamente tenía que correr para no perderlo de vista.

El pueblo de pescadores de Blankenese era único en esas tierras llanas porque tenía una colina empinada alrededor de la cual se apiñaban las viejas casas de campo y algunas nuevas villas, al estilo medieval. Antes de la guerra Frieda solía ir allí con su madre para ver pasar los barcos por el Elba desde un cobertizo para botes convertido en taberna donde ponían los himnos nacionales de cada carguero internacional que llegaba a Hamburgo. Aquel día no había más embarcaciones que un pesado crucero de la Marina británica; se avecinaban nubes de un negro grisáceo grávidas de nieve, listas para vestir el pueblo con ropas fantásticas.

Albert subió la colina con Frieda pisándole los talones; ella se preguntaba cuál era su casa. Al final él dejó la carretera y cruzó la verja de una *Strohdachhaus*. Recorrió el camino que conducía hasta la puerta delantera de una casa con tejado de paja, y miró a izquierda y derecha antes de dirigirse a la entrada lateral y mirar el interior por las ventanas con celosía de vidrio esmerilado. Mientras ella lo seguía por el camino empedrado, pensó en Hänsel y Gretel que se perdían en el bosque y descubrían la casa de chocolate. Mezclando los cuentos que conocía, concedió a Albert el papel de príncipe que la despertaba de un largo sueño y la rescataba de un padre que, por fortuna, resultaba no ser su padre.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí? —le preguntó cuando entró detrás de él.

—No mucho.

La casa estaba llena de alfombras, almohadones y cubrecamas. Albert trasladó un pesado kilim hasta un sillón y se sentó para desabrocharse las botas.

—Era de un médico del ejército. El comandante Scheibli. Está encerrado en un campo para desplazados, esperando su certificado de exculpación.

Frieda vio una fotografía de un médico sentado en un sidecar en alguna parte del desierto, con unas gafas cubiertas de polvo y una cruz roja en el casco. En el cuello llevaba la Cruz de Hierro.

—¿Conoces a un héroe de guerra? —le preguntó Frieda, cogiendo la fotografía para examinarla.

—No lo conozco. Solo he tomado prestada temporalmente su propiedad. Si los británicos pueden, ¿por qué no nosotros?

—Puede que lo metan en la cárcel. Si es un héroe.

—En cuanto los británicos averigüen que peleó con Rommel lo soltarán. De todos modos no puedo quedarme. Ya me ha visto demasiada gente entrar y salir. He encontrado otra casa, más cerca de la tuya. En Elbchaussee.

—Entonces seremos vecinos.

Albert asintió.

—¿Y... qué hizo tu familia para ser tan rica?

—Mi padre es arquitecto..., la familia de mi madre tenía vínculos con los astilleros.

A Albert se le iluminaron los ojos.

—¿Blohm y Voss?

Ella asintió.

—¿No les importa que deambules sola por ahí?

—Mi madre está muerta. Y... me trae sin cuidado lo que piense mi padre.

—¿No te estará buscando?

—Trabaja durante el día en la fábrica de Zeiss. Puedo entrar y salir cuando quiero.

Albert se quitó una bota y luego la otra. Se levantó y se dirigió al rincón de la cocina, donde buscó algo de combustible para encender la estufa. El cubo del carbón estaba vacío y no había leña en la cesta. Miró alrededor y sus ojos se posaron en un taburete de tres patas tallado a mano que había en la esquina. Se acercó y, golpeándolo tres veces contra el suelo de piedra, lo hizo pedazos.

—He estado esperando para quemarlo.

Metió las astillas en la estufa y encendió la llama. Luego llenó un cazo de agua y lo puso encima para que hirviera.

—¿Y cómo es que sigues viviendo en tu casa? Creía que los tommies se habían quedado con las mejores.

Frieda se mordió las uñas, luego le empezó a contar, con creciente animación y animosidad, cómo habían llegado a compartir su casa con la familia británica; la extraña decisión del coronel de permitir que se quedaran cuando podría —debería— haberlos echado; la mujer del coronel, que hablaba consigo misma y a quien le temblaba una mano, y su hijo que jugaba con su casa de muñecas e iba a todas partes con un soldado de trapo. Mientras describía esa situación, Frieda observó cómo se tensaba el cuerpo de Albert a medida que su interés se despertaba.

—¿Qué hace el coronel tommy?

—Es el gobernador de Pinneberg. No sé qué hace. No para en casa —replicó Frieda—. Es vergonzoso, pero conduce la misma clase de coche que utilizaba el Führer. —Añadió eso para impresionarlo, pero Albert parecía meditabundo, preocupado por esa información.

—¿Él es el gobernador? —preguntó de nuevo, dando vueltas por la habitación.

Ella asintió, sin saber aún si estaba encantado u horrorizado.

—Eso está bien, muy bien.

Frieda sintió una oleada de satisfacción. La humillación de la confiscación de pronto parecía tener un sentido. Albert le hacía creer que tenía mucho que ofrecerle. Él volvió a concentrarse en el cazo y probó el agua con el dedo. Luego se quitó toda la ropa menos los calzoncillos. No había nada superfluo en sus movimientos ni en su psique. A los ojos de Frieda era perfecto. Incluso su cicatriz en forma de 88.

—Aún no me has dicho qué es.

Él se la acarició y miró a Frieda.

—Es la marca del movimiento de resistencia. De los que aún no han aceptado la derrota.

Extendió el brazo para que ella la tocara. Frieda deslizó el dedo por el primer ocho y luego por el segundo, notando los bordes del tejido cicatrizado.

—¿Cómo te la hiciste?

Albert se acercó a un aparador y sacó un paquete de tabaco del cajón.

—Con esto. —Encendió un cigarrillo y después de dar una larga calada se lo ofreció a Frieda.

Ella lo cogió, se lo metió con torpeza en la boca e inhaló. Enseguida farfulló y tosió, y Albert se rio emitiendo un sonido inesperadamente agudo y entrecortado: la risa de un niño más que la de un hombre.

—¡Eso es demasiado! Hazlo despacio. Así. —Recuperó el cigarrillo y le enseñó a hacerlo—. Solo un poco —dijo devolviéndoselo.

Ella lo cogió de nuevo y lo sostuvo un instante en la mano, mirándolo. Pero en lugar de dar otra calada, lo levantó como un mago que se dispone a hacer un truco. Una vez captó la atención de él, dio la vuelta al cigarrillo apuntando el extremo encendido hacia la palma abierta de la otra mano. A continuación empezó a acercar el cigarrillo a la mano, como si quisiera apagarlo contra la palma.

Albert interrumpió su intento y recuperó el cigarrillo.

—Eso sería desperdiciar un buen cigarrillo.

Frieda notó que le saltaban las lágrimas. En un instante había dejado de ser su auténtica dama alemana para convertirse en una niña boba.

Albert sostuvo en alto las manos con los dorsos hacia ella.

—¿Los ves?

Frieda miró, sin saber cuál sería el siguiente paso.

—¿Qué ves?

Él se movió hacia ella para que pudiera ver la piel, los dedos y las uñas. Ella guardó silencio, temiendo dar una respuesta inmadura. Si quería complacerlo era mejor que estuviera callada. Detrás de las puertas cerradas, donde nadie lo veía, Albert dejaba de ser un joven receloso y vigilante y se volvía más poderoso. Algo de lo que reprimía en su interior empezó a salir.

—¿Ves las uñas? —Todavía tenía las uñas negras, como ella, después de todo un día cavando. Con el pulgar rascó por debajo de la uña del dedo corazón y sostuvo en alto lo que había caído para que ella lo viera: pequeñas motas de ceniza y polvo solidificadas—. El polvo de nuestra ciudad. Las cenizas de nuestra gente. Mira. —Le ofreció unas cuantas motas—. Los restos de una joven alemana. ¿Los ves? —Luego se rascó de la palma los «restos de una joven alemana», se la llevó a la boca y lamio el polvo que había en ella, y, mezclándolo con su saliva, se lo tragó. Rascó más polvo

y le tendió la palma a Frieda para que lo lamiera—. Las cenizas de los niños alemanes inocentes que nunca sabrán lo que nosotros sabemos ni verán lo que nosotros vemos. —Frieda le asió la mano y lamió las «cenizas de los niños alemanes inocentes», tomándolas en su interior.

Albert sujetó a Frieda por las muñecas. Tiró de las manos hacia sí y se las abrió, y le deslizó un dedo por la suave piel blanca del interior del brazo desde la palma hasta el codo.

—No podrás ayudar a Alemania si te haces daño. Viviendo donde vives puedes ser muy útil... a la causa. Necesitamos cosas que podamos vender en el mercado negro: cigarrillos, medicinas, joyas, ropa. Todo lo que sea de valor y pueda venderse. ¿Quieres ayudarnos?

Ella asintió.

—¿Ayudaros? ¿Quiénes sois?

—La resistencia. Pronto los conocerás.

—¿Hay muchos como tú?

De pronto él le alzó barbilla y la besó, metiéndole la lengua en la boca para que degustara el acre sabor de los escombros de su jornada de trabajo. Ella había besado y tocado antes —en la cargada atmósfera de la cabaña de un campamento de verano, donde a las Mädels y a los muchachos de las Juventudes Hitlerianas se los alentaba a compartir cuarto para explorar y descubrir «un goce pleno en la existencia»—, pero eso era diferente. El joven que había deslizado los dedos dentro de ella entonces era un crío, y varios de sus amigos habían insistido en mirar mientras ella yacía allí, sin sentir nada. A su lado Albert era un hombre.

—Debes averiguar algo sobre el coronel. Si es el gobernador, sabrá cosas.

Ella volvió a asentir.

Después de ese beso, iría incluso a la zona rusa si él se lo pidiera.

Él la atrajo hacia sí.

—Pero no debes hablarle a nadie de mí. ¿Entiendes? —La sujetaba con tanta fuerza que le hizo daño, y la expresión de su rostro la asustó.

—Sí.

—No existo. ¡Dilo!

—No... existes.

Entonces él aflojó la fuerza con que la agarraba y sonrió.

—Bien.

Se acercó al abrigo que colgaba del respaldo de la silla y sacó del bolsillo lo que parecía ser un tubo de pastillas. Se tragó una con un vaso de agua. Luego dio vueltas por la habitación y se sentó en el borde de la silla, moviendo las piernas con nerviosa energía. Parecía haber perdido toda la serenidad.

—¿Por qué te medicas?

—Me ayuda a estar despierto.

De pronto Albert parecía asustado y herido. Al principio Frieda no quiso creerlo; no encajaba con la idea que se había formado de él, le hacía menos hombre a sus ojos; pero también le provocó otra reacción. Alargó una mano para tocarle el rostro y alisarle el entrecejo, como su madre solía hacerle a ella cuando no podía conciliar el sueño con el estruendo de los bombarderos por temor a morir en una terrible explosión mientras dormía. «¿Qué pasa si me muero en mitad de un sueño?», le preguntaba. Y su madre siempre respondía: «Nadie te hará daño». Y se sorprendió a sí misma repitiéndole lo mismo a él mientras le acariciaba el rostro.

—Nadie te hará daño.

Al principio Albert titubeó, sin saber muy bien de qué modo recibir ese gesto, como una criatura a la que nadie ha tocado nunca de ese modo. Dejó que ella lo hiciera un par de veces, luego se apartó murmurando que iba a lavarse. Fuera lo que fuese lo que lo perturbaba, no era posible dominarlo por medio del contacto físico.

Los Morgan estaban sentados frente a la chimenea del vestíbulo jugando una partida de cribbage cuando herr Lubert apareció por las escaleras; lo seguía, unos pasos atrás, una avergonzada y renuente Frieda.

—Les ruego que disculpen la interrupción —dijo Lubert. Tenía una expresión severa.

Lewis se levantó.

—Herr Lubert. Precisamente hablábamos..., estábamos diciendo..., ¿verdad, cariño?, que deberían sentarse una noche con nosotros, para jugar una partida de algo y quizá ir a ver una película. ¿Ha ocurrido algo?

Lubert asintió y esperó a Frieda. Ella se detuvo un paso detrás de él, fuera de su visión periférica, obligándolo a volverse hacia ella.

—Hemos venido... Frieda ha venido... para disculparse.

Rachael clavó la mirada en la niña, que miraba al suelo, con un brazo recto al costado y el otro cruzado por encima, rascándose con nerviosismo.

—¿Por qué? —preguntó Lewis.

—Por esto. —Lubert sostuvo en alto la cabeza de Cuthbert.

—¡La ha encontrado! —exclamó Edmund.

—Frieda.

Lubert retrocedió medio paso y le cedió la palabra.

Después de un largo e incómodo silencio, que Rachael quiso llenar diciendo que, fuera lo que fuese, seguro que no era importante, Frieda habló.

—*Es tut mir leid.* —Las palabras apenas se oyeron.

—¡En su idioma! —replicó Lubert, con una actitud todavía incómoda y forzada.

—Lo siento.

Rachael se sorprendió al oír a Frieda hablar en su idioma, y además bien.

—Gracias, Frieda.

—Ahora a Edmund —insistió Lubert.

—Lo siento —dijo Frieda mirando a Edmund.

—No te preocupes —respondió él—. En realidad no importa.

—Con todo respeto, Edmund, sí que importa —dijo herr Lubert. Le tendió la cabeza de Cuthbert—. Te pertenece a ti.

—*Er gehört mir!* —gritó Frieda, y se volvió y abandonó la escena, subiendo los escalones de tres en tres.

—*Komm sofort zurück! Frieda!* —gritó Lubert. Y por un momento pareció que iba a salir corriendo detrás de ella.

—Herr Lubert, por favor —intervino Rachael—. Ya... ha hecho suficiente. Hemos aceptado sus disculpas.

—¡Ah! —Lubert alzó los brazos en un gesto de desesperación—. Mi hija está... llena de rabia y cólera. Lo... siento...

—Herr Lubert. Yo, mejor dicho, nosotros agradecemos y aceptamos las disculpas de Frieda —ofreció Lewis—. Debe de ser más duro para ella que para cualquiera de nosotros.

—Todas estas molestias... —dijo Lubert—. Tal vez deberíamos marcharnos de aquí... e irnos a vivir con mi cuñada..., en Kiel.

—No es necesario —dijo Rachael con firmeza—. ¿Por qué no me la da? —Le tendió una mano y Lubert le dio la cabeza cortada—. Tiene fácil arreglo.

Lubert se inclinó hacia ella. Luego dio un taconazo, sin proponérselo en realidad.

—Gracias, coronel. —Se volvió hacia Edmund y añadió—: Lo siento. Les aseguro que no volverá a pasar nada igual.

## 6

—¿Te gusta mi peinado? Sé sincera —le preguntó la señora Burnham, tuteándola.

—Sí.

—¿No crees que parezco un caniche?

—No, te sienta bien —respondió Rachael tuteándola a su vez.

—Hummm. ¿Qué quieres decir, Rachael Morgan? Ha sonado como un cumplido de esos que no sabes cómo tomarte. ¿Crees que soy una foca estúpida y consentida? No importa. Mi peluquera Renate dijo que era el último grito. «Ze Katharine Hepburn». Tiene la dentadura fatal y canta canciones populares estadounidenses con un acento ridículo, pero es una auténtica virtuosa con las horquillas y los rulos. Deberías darle una oportunidad.

—¿Eso crees?

Susan Burnham guardó silencio un momento y miró a Rachael con exagerada exasperación.

—Por supuesto. Mírate, eres un jardín mal cuidado. No sacas el mejor partido de ti. Y debes recordar que tenemos competencia. En esta ciudad hay dos mujeres alemanas por cada hombre. Necesitamos proteger a nuestros mariditos de sí mismos. ¡Que miren al frente!

Dicho eso, la señora Burnham realizó un sensual saludo militar y Rachael oyó el extraño sonido de su propia risa, una risa hechicera que no parecía provenir de ella y que Lewis siempre decía que era una de las razones por las que se había enamorado de ella.

Rachael se rio mucho más durante el trayecto de veinte minutos hasta el economato militar del centro de Hamburgo. Iban sentadas en el asiento trasero del coche en forma de escarabajo de la señora Burnham, uno de los nuevos Volkswagen que todo el mundo conducía y que ya se conocían como el «vehículo de la ocupación». Era tan incómodo como el banco de una iglesia y más estrepitoso que un biplano, de modo que tenían que gritar para hacerse oír por encima del ruido del motor situado en el maletero, pero les hacía sonreír.

Era más una expedición que una salida de compras. Susan Burnham bromeaba sobre todo, desde el coche («Una curiosa criatura puesta del revés, que parece una mariquita, pero me encanta»), hasta los más íntimos detalles conyugales («Nos hemos comportado como conejos desde que llegamos aquí»), faltándole poco para describir el acto sexual en sí.

—No sé qué es, pero hay algo en el aire. ¿No lo notas? Es diferente..., como si de pronto estuviera permitido desmelenarse. Es bastante liberador.

Pese a su manifiesta vulgaridad, Rachael no tenía inconveniente en concederle el beneficio de la duda. Era desvergonzada, pero tenía un corazón grande; si era lasciva,

también era sincera y solo decía en voz alta lo que los demás pensaban; y, aunque estaba resuelta a subir en la escala social, parecía igual de inclinada a apartarla de un puntapié. Además, nunca dejaba pasar ni una.

—¿Y vosotros? ¿Ya habéis recuperado el tiempo perdido?

Rachael miró al conductor, un joven no mucho mayor que Michael, con el mismo corte de pelo. Debían de arderle las orejas por debajo de la gorra de visera de conductor de tranvía que llevaba.

—No te preocupes por Erich. No entiende nada. ¿Verdad, Erich?

—*Bitte, frau Burnham?*

—Nada. Siga.

La señora Burnham se inclinó encima de Rachael y empezó a retocarse el pintalabios en el retrovisor, aplastando su amplio busto mientras se contorneaba para verse. Erich miró y desvió rápidamente la vista, retorciendo las manos sobre el volante.

—¿Y bien? ¿Qué tal os ha ido?

—Sin novedad.

—Vamos, Rachael Morgan. Eso no me sirve. La tía Susan necesita saber.

—La verdad...

—¿Nada?

—La verdad es que no. ¿Qué tal te va con el servicio?

—Oh, no, ni hablar. No escurrirás el bulto tan fácilmente. Eso no está bien, Rachael. ¿Has perdido el deseo?

Rachael simplemente no había hablado nunca de su vida sexual; ni siquiera el doctor Mayfield, con sus ideas tan modernas sobre las neurosis, las obsesiones y las libidos, había indagado sobre ese campo; ella siempre había dado por sentado que el sexo, como la religión, no era un tema que debiera tratarse, ni siquiera con la persona con la que uno se acostaba.

—¿Cuál es el problema exactamente?

Rachael hizo un gesto de negación mientras trataba de decidir cuál era el problema. Todo lo que podía recordar era el techo del dormitorio, con sus discretas cornisas y las pantallas de las lámparas en forma de ala de cisne, y a Lewis rasgando el envoltorio del profiláctico con los dientes.

—Si soy sincera apenas nos hemos visto. Está trabajando...

—... mucho. Ya, ya. Pero ¿acaso no lo están haciendo todos? Tienes que controlar la situación. No puedes limitarte a esperar que llegue el momento adecuado.

Rachael sintió un nudo en la garganta.

—Susan..., prefiero no hablar de ello.

—Sí, por supuesto. Es vergonzoso que lo que debería ser natural y satisfactorio resulte difícil e incómodo. Pero es importante. Tan importante como cualquier trabajo

que estén haciendo nuestros mariditos. En todo caso, los ayuda a llevar a cabo mejor su cometido.

—Debería ser algo íntimo.

—No estoy de acuerdo. Deberíamos hablar de ello más a menudo. Una vida sexual sana en un matrimonio afecta a más personas de las que te piensas. Si la gente hubiera dedicado el mismo tiempo y esfuerzo a su vida sexual que a intentar conquistar el mundo se habrían evitado muchas guerras. Estoy convencida de eso. Ese espantoso hombrecillo, Hitler, debería haberse buscado una esposa como está mandado, en lugar de irse con la ramera de su secretaria. Stalin iba con prostitutas. Mussolini tenía un montón de amantes..., aunque quién sabe. Al final la guerra la ganaron hombres casados que disfrutaban de una vida sexual regular..., ¡estoy segura!

La teoría de la señora Burnham hizo sonreír a Rachael, pero también desencadenó una secuencia de imágenes peculiares y no deseadas: Hitler en pijama, Stalin en brazos de una doncella caucasiana entrada en carnes, y Mussolini y su criada, hinchados y magullados, colgando boca abajo...

—¡Dentro de nada me estarás culpando de haber empezado una guerra!

—Mientras seamos amigas seguiré preguntando, hurgando y fisgoneando. Es mi deber. Keith me ha dicho que la semana que viene se reunirán con ese socialista harapiento. ¿Shaw? Imagino que Lewis también irá.

—Me comentó que tenía unos días difíciles por delante. No obstante, me habla muy poco de su trabajo. Prefiere dejarlo en la puerta.

—¿Ya has supervisado a su intérprete?

—¿Debería?

—Yo insistí en que Keith contratara a la más fea que pudiera encontrar, y, por Dios, es un auténtico adefesio. Asegúrate de invitar pronto a la de Lewis a tomar el té y mírala bien. Y si es mínimamente atractiva encárgate de que la despida.

Curiosamente, la idea de que otra mujer persiguiera a Lewis distaba de ser inquietante, porque si de algo estaba segura Rachael era de que él nunca caería en ese sentido.

—Has de tener la situación más controlada. Yo jamás dejaría que Keith se saliera por la tangente con una frase como «Tengo unos días difíciles por delante». ¿Qué es tan difícil que no pueda comprender yo? Insiste en que te proporcione información. No te des por satisfecha hasta que suelte prenda. Yo no paro hasta enterarme de todo lo que pasa. ¿Sabes? Casi todo lo que Keith sabe de técnicas de interrogatorio lo ha aprendido de mí.

—¿Le gusta su trabajo?

—Dicen que se le da muy bien. Tiene paciencia. Creo que eso es importante. Yo sería una interrogadora terrible.

—¿Se lo cuentas todo a él?

—Todo lo que necesita saber. —La señora Burnham le guiñó un ojo, luego cerró el pintalabios apretando los labios con un ruidito y se recostó en su lado del coche—. No te preocupes. Tus secretos están a salvo conmigo. Nunca consigue sonsacarme nada.

Eso no era muy tranquilizador. Rachael no había contado nada importante y sin embargo tenía la sensación de haber revelado demasiado —demasiado de Lewis— y abierto las puertas a toda clase de conjeturas.

—Nosotros no tenemos secretos. Estamos bien. Estaremos bien.

Al oírla Susan Burnham la miró como un adulto mira a un niño que acaba de anunciar que van a volar a la luna.

La tienda para las familias británicas —o el economato militar— se encontraba en un edificio de dos pisos bien cuidado e intacto situado cerca del Alster. Para llegar allí había que pasar por delante de la Ópera, con su auditorio bombardeado, y del cine Astra, que proyectaba *Henry V* con Lawrence Olivier en inglés por las tardes y *Heinrich V* con Lawrence Olivier en alemán por las noches. Incluso había dos carteles, uno al lado del otro, para demostrarlo.

—Una hora, Erich —dijo la señora Burnham mientras se detenían frente a la tienda—. *Zurück in einer Stunde*.

En la calle había varias mujeres alemanas con un letrero colgado del cuello. Al principio Rachael pensó que eran manifestantes, pero al acercarse a ellas vio que en cada letrero había una fotografía de un hombre —marido, hijo o hermano—, junto con una breve biografía, una dirección de contacto y una petición de cualquier clase de información acerca de la persona desaparecida. A Rachael le atrajo el rostro del primer letrero. Se llamaba Robert Schloss, había sido tesorero, y llevaba la inofensiva gorra de tela de un ordenanza y unas gafas con montura. Algo en la curvatura de su barbilla y en su expresión franca le recordaron a Michael. De pronto Rachael quiso saberlo todo acerca de herr Schloss. La dirección de contacto era...

—*Bitte?* —preguntó la mujer, esperanzada—. *Haben Sie ihn gesehen?*

Rachael levantó la cabeza del letrero y miró a la mujer. Llevaba un elegante sombrero sujeto con un pañuelo anudado por debajo de la barbilla, con el ala vuelta hacia arriba; le daba el aspecto de una pastora. Había en ella una esperanza desesperada y absurda, como si Rachael tuviera información sobre su marido desaparecido y hubiese ido allí expresamente para darle la buena noticia.

—*Haben Sie ihn gesehen?* —repitió.

Rachael notó cómo la señora Burnham le asía el codo mientras gritaba:

—¡Por supuesto que no! *Lassen Sie sie in Ruhe!* —Luego hizo señas a la afligida mujer para que siguiera andando al tiempo que le susurraba a Rachael—: Recuerda

que van detrás de nuestros hombres.

Después la condujo por delante de lo que normalmente habría sido la entrada principal del edificio hasta llegar a una discreta puerta lateral. A nadie se le ocurriría entrar por ella a menos que supiera qué era. Habían tapado el escaparate de la tienda para que no se viera lo que había a la venta.

—No quieren que los alemanes vean lo que hay dentro para que no se sientan más miserables de lo que ya están —comentó la señora Burnham—. Pero yo creo que eso solo empeora las cosas.

Rachael se mostró de acuerdo. Taparlo, en todo caso, era una provocación para el viandante. Lejos de ser un gesto sensible, ocultar las mercancías del interior era admitir que estaban más allá del alcance de la mayoría de la gente que pasaba por ahí y que, pese a los esfuerzos del Consejo de Control de afirmar lo contrario, en la zona funcionaba una doble economía: una para los lugareños y otra para los ocupantes.

—¿Sabes qué creo? —continuó la señora Burnham—. Creo que el Consejo de Control Aliado quiere que los alemanes nos tengan por más ricos de lo que somos en realidad. Es una cuestión de honor. Deben continuar considerando rico y poderoso al país ocupante.

Una vez en el interior de la tienda, la visión cínica parecía estar justificada. No era la vergüenza de los británicos ante sus riquezas, sino más bien la ausencia de ellas lo que los había llevado a tapar el escaparate. Si los alemanes hubieran visto el surtido de mercancías, se habrían quedado sorprendidos de lo mísero que era y tal vez se habrían alarmado al averiguar que el país que estaba dirigiendo el suyo apenas era capaz de preparar una comida decente.

—Lo único que hace soportable comprar aquí es saber que tengo más variedad que mi hermana en East Sheen. Han empezado a racionar el pan en Inglaterra, ¿puedes creerlo? ¡El pan! Ni siquiera lo hicieron durante la guerra.

Había ginebra, por supuesto. Estantes enteros de Gordon's, London Dry, Booth's. Ahí estaban presentes todas las marcas conocidas, lo que resultaba tranquilizador; al parecer su producción no se había visto afectada por los problemas que acosaban a los fabricantes de otros productos. Los artículos de primera necesidad quizá escasearan, pero los estimulantes e inhibidores de probada calidad del imperio continuaban fluyendo como petróleo de un pozo profundo. No era un fallo técnico. La ginebra, como sabían bien todos los gobernadores, los generales y los comisarios, podía dar un toque sofisticado a los puestos de avanzada más lúgubres y levantar el espíritu de los servidores de Gran Bretaña más desmoralizados. Su elaboración y su distribución eran una prioridad nacional.

La señora Burnham fue derecha al estante de la ginebra.

—Keith se queja de que la ginebra sin tónica sabe a parafina, aunque los mendigos no tienen manías. Sabe Dios cuándo volveremos a ver la tónica. Pero

mientras tengamos vermut lo mezclaremos con ginebra, mientras encontremos angostura tomaremos pink gins y mientras haya zumo de naranja prepararemos ginebra con naranjada: ¡ginebra, zumo y un chorrito de agua! Nunca hay quejas. Con estas mezclas sobreviviremos hasta que los encantadores tipos de la tónica vuelvan a dejarse ver. Hasta que llegue ese feliz día seremos creativos. ¡Fíjate en lo barata que está! ¡Cuatro chelines la botella! Está claro que quieren que alternemos y nos emborrachemos a más no poder. Bueno, pues los complaceremos. Además, creo que ya va siendo hora de que la mujer del gobernador organice su primera recepción. — Dicho esto, cogió cuatro botellas por el cuello y las metió en su bolsa.

Los administradores del economato militar ni siquiera se molestaban en exponer las mercancías de forma atractiva. Exponían los comestibles y las bebidas en hileras sin sacarlos de sus cajas, y allí se quedaban, amontonados. Rachael encontraba extrañamente sosegante esa falta de pretensiones. Nunca le había gustado comprar y le resultaba más llevadero hacerlo allí. Recorrer pasillos enteros llenos de un mismo producto facilitaba las cosas. Había algo casi futurista en ello. Y tener que pagar cada artículo con vales de las Fuerzas Armadas Británicas o con las falsas «monedas» octogonales arrancadas de un cartón no hacía sino aumentar la sensación de que todo era un juego.

A su alrededor las mujeres británicas —casi toda la clientela estaba integrada por mujeres— compraban con una histeria mal disimulada. Varias de ellas iban arregladas como si fueran al teatro. Rachael se había esmerado para esa salida, escogiendo un conjunto de lana un poco más elegante de lo necesario; de hecho, a los ojos de cualquier observador foráneo se confundía totalmente con la aglomeración de lana y nailon y el olor a perfume y polvos de talco. A pesar de ello se sentía fuera de lugar, y no se trataba solo de la desorientación o incluso de «la fragmentación del yo» que había diagnosticado el doctor Mayfield. Comprar siempre le provocaba la misma insatisfacción.

—¿Lista para subir al segundo piso?

La señora Burnham señaló a Rachael el ascensor que comunicaba el primer piso de comida y bebidas con el segundo de ropa y juguetes. Era un modelo de caja abierta, lo que permitía entrar o salir de él directamente. Rachael, que no había visto nunca nada igual, titubeó mientras se acercaba, temiendo verse atrapada en la tierra de nadie entre el ascensor que subía y el que bajaba. Ocupó su sitio junto a un niño que sonreía de oreja a oreja ante la emoción de comprar con su madre y hacía rodar las ruedas de un cochecito Dinky sobre la palma de una mano.

—Bonito coche —le dijo—. ¿De dónde lo has sacado?

—Del piso de arriba. Es un turismo Lagonda —respondió el niño con orgullo, sosteniendo en alto la miniatura para que Rachael la viera—. Y hoy me van a comprar un Auto Union Grand Prix. Aquí tienen todos los modelos nuevos.

Rachael, que no había pensado en Edmund ni una sola vez esa mañana, se lo imaginó en su clase con el esquelético y un tanto intimidante herr Koenig, y se reprendió en su fuero interno. Se había vuelto negligente y distraída, y, mientras trataba de autoconvencerse de que el espacio y la libertad que ella le concedía a Edmund compensaban la falta de afecto y de atención que tal vez sufría, lo cierto era que había permitido que se alejara demasiado y si no tenía cuidado lo perdería. Con repentino apremio se dirigió al segundo piso, compró un Lagonda y casi corrió hasta el coche que aguardaba.

—¡Cuidado con el hielo! —la advirtió la señora Burnham, antes de dirigirla hacia la parte delantera—: ¡Por el otro lado! ¡El motor está en el maletero!

Rachael entregó a Erich la pesada bolsa de papel llena de ginebra, whisky y tabaco, pero se quedó el regalo que había comprado a Edmund.

—¿Quieres que paremos en el Carlisle Club para tomar un café y comprar un número de *Woman's Own*?

—La verdad es que preferiría volver a... casa —dijo Rachael, sorprendiéndose a sí misma con la elección de la palabra.

—De acuerdo. Veamos ese palacio tuyo.

Al pasar por delante de la estación Dammtor vieron de nuevo a las mujeres de los letreros formando un embudo. Cientos de hombres muy abrigados, procedentes de distintos rincones del país, se dirigían en masa hacia allí. Las mujeres movían la cabeza con el cuello estirado, tratando de reconocer en el flujo de refugiados que salía de los trenes a sus seres queridos desaparecidos. Rachael vio a un hombre correr hacia una de las mujeres y abrazarla. Cayó de rodillas y besó la foto de sí mismo que le colgaba del cuello, luego se puso de pie y, cogiéndola por los muslos y las caderas, la levantó en el aire y le dio vueltas y vueltas.

—¡Vista al frente!

Pero si la señora Burnham creía haberla sorprendido nuevamente presa de una solidaridad poco patriótica, se equivocaba. Rachael no había caído en la trampa de la compasión sino en la envidia. Envidia de la pareja que se había reencontrado y daba vueltas. Si Lewis hubiera desaparecido, ¿se habría colgado ella un letrero y habría permanecido con un frío gélido en las estaciones de tren esperando a que apareciera? No estaba muy segura.

—*Ich heisse Edmund. Ich bin English.*

—*Engländer* —lo corrigió Esqueleto con delicadeza.

—*Engländer. Ich heisse Edmund. Ich bin Engländer.*

—Tu pronunciación es excelente.

Esqueleto temblaba, e intentó disimular juntando las manos y frotándose las con fuerza como hacen los curas. Edmund no se dejó engañar, pero por compasión y

respeto fingió no darse cuenta, al igual que fingía no advertir el olor a cera y goma laca que todo él desprendía. Pese a que la habitación estaba tan bien caldeada como todas las de la casa —de Hamburgo y probablemente de toda la zona británica—, Koenig no se quitaba el abrigo en toda la clase, como si quisiera retener el calor para más tarde o derretir un hielo glacial y profundo en su interior. Miró con codicia el pedazo de bizcocho y el vaso de leche que Heike había dejado para él. La doncella solía llevárselos cuando acababa la clase, pero ese día lo había hecho antes y los había dejado encima del escritorio, lo que había distraído a Koenig toda la mañana.

—¿Quiere comer ahora el bizcocho? —le preguntó Edmund—. *Kuchen*?

Muy bajito herr Koenig respondió en alemán:

—Cielos, sí. —Luego cambió de idioma y en voz audible añadió—: Gracias.

Edmund se levantó del escritorio para ir a buscar el plato del bizcocho y el vaso de leche, y los dejó frente al profesor. Herr Koenig cogió el vaso y lo bebió, deprisa pero con cuidado. Lo dejó en la mesa y, sacando la lengua con discreción, se lamió el bigote manchado de leche. Luego se comió el bizcocho con las dos manos, como un ratón melindroso, y pasó el índice por el fondo del vaso antes de deslizarlo por el plato, reuniendo todas las migas en un último bocado, como limaduras de hierro atraídas por un imán.

El padre de Edmund decía que Koenig había sido maestro en una escuela de Kiel y era un hombre con gran capacidad para todo —un verdadero erudito—, de modo que al niño le sorprendió su atuendo andrajoso y su menguada constitución física. Parecía demasiado viejo y escuálido para ser un maestro de escuela; había poco en su aspecto que sugiriera autoridad o erudición. Pero al cabo de unas pocas horas en su compañía Edmund empezó a entender la recomendación de su padre. Herr Koenig resultó ser tan apto en matemáticas como sabio en historia y literatura inglesas. Además, era cauto como una criatura del bosque. Del mismo modo que no había un gramo de grasa en su cuerpo, no había nada superfluo en su forma de hablar; parecía filtrar y purgar de impurezas todas las palabras antes de pronunciarlas. Eso sumado a cierto indicio de un pasado más respetable le infundía una modesta dignidad.

—Echaremos un vistazo al atlas.

El atlas marcaba el final de la clase y permitía a Koenig darle una lección de historia y geografía sintetizada en alemán. Edmund fue a buscar su viejo atlas Cassell y lo abrió en el mapa del mundo. Koenig le pidió que le dijera el color de los países que él señalara y empezó poniendo el dedo en Canadá.

—*Rosa*.

Estados Unidos.

—*Grün*.

Brasil.

—*Humm... gelb?*

—Correcto.

India.

—*Rosa*.

Ceilán.

—*Rosa*.

Australia.

—*Rosa*.

—*Warum sind sie rosa?* —le preguntó Koenig.

—¿Porque todos forman parte del Imperio británico?

—Correcto. Aprendes rápido.

—Mi padre dice que el Imperio británico ahora se reducirá a causa de la guerra. Dice que ya no nos queda dinero y que ahora los más poderosos son Estados Unidos y la Unión Soviética.

—Habrá muchos cambios en este atlas. Ya no será tan rosa como ahora.

Edmund se preguntó qué pensaba realmente herr Koenig de los británicos y de su imperio. ¿Se mostraba educado al señalar su extensión y su dominio? Podía haber sido casualidad, pero el dedo de Koenig había pasado por alto el marrón de Japón e Italia, y, lo más llamativo, el azul de Alemania, que incluso con sus fronteras recortadas y establecidas según los términos de Versalles, se hallaba en el centro del escenario, un potente eje en mitad de Europa. Era sorprendente que solo unos pocos países del mundo —Tanganica, Togo, Namibia— fueran del mismo color azul.

—¿Hitler envidiaba nuestro imperio?

El efecto de esa pregunta fue instantáneo; Koenig se puso rígido, irguió la espalda y tensó ruidosamente los cartílagos del cuello mientras realizaba un cálculo relámpago.

—No me está permitido hablar de esos temas.

Edmund lo entendió a medias.

—No pasa nada. Mi madre no está.

Koenig guardó silencio con aire desgraciado.

—¿Es porque está esperando que lo declaren lavado? —le preguntó Edmund.

—Querrás decir limpio —lo corrigió Koenig—. A los alemanes no les gusta hablar de ese período.

—Pero usted era maestro. No le pasará nada, ¿verdad? ¿Le darán su certificado blanco?

—Eso espero.

—¿Tendrá un *Persilschein*?

—¿Conoces esa palabra?

—Me la ha enseñado mi amigo.

—¿Un amigo alemán?

Edmund asintió.

—Dice que lo único que quieren los alemanes es obtener un *Persilschein*.

Koenig volvió a frotarse las manos como si tratara de arrancarse algo de ellas.

—Sí, para estar como la ropa blanca. Sin manchas.

—Algunas personas los están comprando en el mercado negro. Un certificado cuesta cuatrocientos cigarrillos.

—Estás muy bien informado sobre esos asuntos, jovencito.

—¿Cree que yo podría conseguir uno para usted?

Herr Koenig levantó las manos.

—*Nein*. Tengo que ir por los cauces... reglamentarios, como todos los demás.

Por supuesto. Koenig era maestro y los maestros tenían que cumplir las normas.

—¿Entonces volverá a ser maestro de escuela?

Por primera vez herr Koenig se puso nostálgico. Miró el atlas y la gran nación *grün* que había al otro lado del agua azul.

—Mi hermano me ha invitado a reunirme con él en Estados Unidos. Él emigró después de la Gran Guerra. Inventó una máquina para ordeñar vacas que era más veloz que las que había y ahora va por ahí en un Buick y vive en una casa junto a un lago en Wisconsin. Wisconsin es casi tan grande como Alemania. Me dice que en Estados Unidos todo es más grande. Las vacas. Las comidas. Los coches. Su Buick tiene un megáfono en el capó.

El propio Edmund estaba dispuesto a hacer el viaje.

—¿Entonces irá?

Herr Koenig seguía mirando el atlas. Puso un dedo en Wisconsin.

—Es demasiado tarde para mí.

—¿Por qué?

—Dentro de nada cumpliré sesenta años.

Para Edmund, todos los adultos mayores de cuarenta años pertenecían a una sola categoría indistintamente. No apreciaba la sutil diferencia entre las expectativas y las aspiraciones de un hombre de cuarenta y un años, que todavía estaba en buena forma física, y uno de cincuenta y nueve al borde del declive, los cambios en los niveles de energía y vitalidad, la aparición de achaques que limitan y determinan la vida de una persona. Si Koenig tenía la oportunidad de ir a Estados Unidos, ¿por qué era una barrera la edad?

—Pero tendrá los mismos años si se queda en Alemania.

Koenig sonrió, sin abrir la boca pero emitiendo pequeños silbidos a través de las fosas nasales.

—¿Es porque resulta demasiado caro?

—Todas estas preguntas. Son como un pequeño *Fragebogen*. No, mi hermano pagaría el pasaje.

—Entonces... ¿podría ir? —Edmund se emocionó indirectamente al imaginarse a su profesor rumbo a Estados Unidos, y ante la idea de participar en el lanzamiento de Koenig a través del Atlántico con destino a una nueva vida. Pero Koenig parecía haber llegado al final de una explicación segura. Cambió de postura en la silla y se irguió, reuniendo un poco más de autoridad.

—Es... complicado. —Koenig cerró el atlas, y con él la posibilidad de seguir indagando.

Edmund supo que sus preguntas tendrían que detenerse ahí. Una vez que un adulto utilizaba esa palabra, no había forma de continuar.

El reloj de mesa marcó las doce del mediodía y amortiguó la incomodidad del momento.

—Es la hora —dijo herr Koenig, aliviado—. Mañana examinaremos la población y los recursos. Así practicaremos con las cifras altas.

—Gracias, señor. Me encantaría.

Herr Koenig solía salir por la puerta lateral, pero se había amontonado la nieve delante de ella y Richard no había tenido tiempo para abrir un camino. En ausencia de los adultos, Edmund acompañó a la entrada principal a herr Koenig, quien se entretuvo un momento intentando sujetarse el sombrero a la cabeza con la bufanda con la misma meticulosidad que había mostrado al comerse el bizcocho. Una ráfaga de aire frío entró por la puerta abierta, esparciendo cristales de nieve polvo por el vestíbulo. Koenig le dijo que la cerrara inmediato para conservar el preciado calor del interior, pero un instinto lo impulsó a dejarla un poco abierta. El fuerte viento la habría cerrado de golpe detrás de Koenig, y no le parecía educado. La sostuvo entreabierta y, apoyándose en ella para contrarrestar la fuerza del viento, observó cómo se alejaba. Koenig caminaba deprisa, como un hombre que camina sobre hielo, procurando no detenerse para evitar resbalar; una mancha de un negro grisáceo cada vez más pequeña en un mundo de *Persilschein* blanco como la nieve.

Edmund subió corriendo las escaleras y se encaminó a la habitación de sus padres para buscar cigarrillos. Rebuscando en los bolsillos de su padre encontró su pitillera plateada. Estaba vacía —su padre aún no había trasladado a ella el suministro del cartón—, pero la atención de Edmund enseguida se desvió hacia las dos fotos que había detrás de la goma. La primera era de su madre sentada en un banco en Pembrokeshire, donde Michael y él habían intentado contener el mar mediante una presa de arena; la segunda, escondida detrás de ella, era una manoseada toma de Michael en el jardín de Amersham. Para él fue un sobresalto ver a su hermano muerto tan vivo, con su jersey trenzado de críquet y una divertida sonrisa burlona, como si compartiera una broma con el artífice de la foto, que debía de ser su madre. Edmund tuvo una vívida visión de lo que siguió: su madre secándose las mejillas con un pañuelo en el salón, su padre demasiado preocupado por todos los demás para prestar

atención a sus propias emociones y regresando enseguida al frente, y él tratando de impedir que las lágrimas que le habían anegado los ojos le cayeran por las mejillas porque no quería que sus primos las vieran. Edmund sintió de nuevo como si se llenara un vacío dentro de él, como si le sacaran agua del estómago, se la subieran por el pecho hasta la nariz y de ahí la empujaran a los ojos. Pero no por Michael sino por sí mismo. En la pitillera de su padre no había ninguna foto de él. ¿Por qué? Quizá llevaba una en la cartera. Tal vez no necesitaba una foto de él porque estaba vivo. ¿O tenía que morir de forma dramática para que figurara su foto en esa galería íntima? Edmund se imaginó a sí mismo muriendo en una combinación de maneras heroicas y hermosas —en un incendio, en una guerra, en una tormenta de nieve— mientras su madre aporreaba las notas entrecortadas de *El rey de los elfos* en segundo plano; a continuación su padre revolvía en una caja de zapatos hasta dar con una foto del pobre Edmund para recordarlo y la cortaba para que encajara en el interior de la pitillera de plata.

Edmund la cerró y la guardó de nuevo en el bolsillo de la chaqueta, inhalando el olor a carne y moho de su padre. Quería a su padre de un modo simple; también quería a su madre, pero sus sentimientos por ella eran un laberinto comparado con el sendero recto hacia el afecto que sentía por su padre. Era de algún modo más fácil querer a alguien que se hallaba ausente.

La pitillera se deslizó con todo su peso en el bolsillo forrado, de un modo tan perfecto, que repitió varias veces la acción. Luego reanudó la búsqueda de tabaco y revolvió en el neceser de su padre. Olía a jabón de brea y a eucalipto. Dentro había un peine de carey, una manopla húmeda y la condecoración de la Orden al Mérito Militar. Edmund cogió la cruz esmaltada en blanco y ribeteada de oro, y la examinó. ¿Qué hacía ahí dentro? Era un sacrilegio guardar una condecoración así en un lugar tan poco distinguido. Debería estar en una caja forrada de terciopelo o, mejor aún, prendida permanentemente en el abrigo de su padre, como hacían los soldados rusos incluso cuando iban a combatir. En el dorso estaba inscrita la fecha en que la recibió —mayo de 1945—, y había un grumo de jabón incrustado en la cinta roja y azul. Edmund lo arrancó y se llevó la medalla al pecho. Estaba a punto de distinguirse a sí mismo por su acción heroica cuando llegó un grito penetrante del piso de abajo y corrió a esconderse.

La señora Burnham se movía por la casa como un viento cálido y arremolinador, causando ondas y torbellinos en el ambiente y cambiando la temperatura. Rachael la seguía, lamentando haber dejado suelta una fuerza tan poderosa y rezando para que herr Lubert no hubiera vuelto a casa temprano.

—Empezaremos aquí —comenzó diciendo la señora Burnham, requisando la casa para sus propias fantasías—. Nos sacudiremos la nieve y entraremos en calor junto al

fuego mientras tomamos un ponche o unos pink gins. Los Thompson llegarán tarde. Su impuntualidad es congénita; es típico de la clase alta. Te sugiero que los convoques antes a ellos. Charlaremos de esto y aquello. Por supuesto, todos harán ruiditos educados sobre la casa mientras intentan ocultar con desesperación su envidia. Luego pasaremos todos juntos al... —lo dijo instintivamente, sabiendo adónde ir a continuación, y cruzó las puertas dobles—. ¡Santo cielo! ¡Hay toda una sala de billar! Y fíjate en esos cuadros. Imagino que no son tuyos. ¿Qué demonios es esto? —Miró el lienzo como si estuviera a punto de morderla—. Arte contemporáneo. Yo no entiendo de eso, pero Keith tiene buen ojo. Bueno, sigamos. Pasaremos... por aquí —cruzó las puertas del comedor, que ya estaban abiertas— y entraremos en el... Ah, esto ya es otra cosa. Aunque creo que he dejado la lista de invitados a medio confeccionar. En esta mesa caben por lo menos... ¿dieciséis comensales? Tal vez podrías decírselo también al mariscal del aire y a su mujer. Les va el lujo. Bien, a continuación se servirá la cena. ¿Cinco platos? Nada de *sauerkraut*, por favor. Sabe a pobreza y a taberna. Entonces todos nos embarcaremos en la inevitable discusión sobre la situación en nuestro país. Uno mencionará a los rusos. Bla, bla, bla. Otro mencionará la escasez de combustible. Bla, bla, bla. A la hora del postre, que traeré yo, todos empezaremos ya a acusar el efecto de la ginebra o lo que estemos bebiendo. Keith estará un poco colorado. Se pondrá a discutir con alguien y será el momento en que los hombres... ¡No! Quizá podríamos trastocar la costumbre y dejar que ellos se queden aquí mientras nosotras nos retiramos a... —Empujó la puerta arqueada y entró en la habitación más encantadora de la casa, tanto que no encontró palabras para elogiarla—. Hummm. Sí, servirá. Un piano. Excelente. Todos estaremos lo bastante borrachos para cantar algo de Gilbert y Sullivan, y dejaremos que Diana gorjee un poco y haremos como que tiene una voz prodigiosa. Me figuro que cantas, ¿verdad? Y tocas. Estupendo. Luego podríamos jugar a las adivinanzas. —Se detuvo para mirar por la ventana hacia la verja de entrada—. ¿Esa es la hija?

Frieda avanzaba con resolución por el camino. Sobre la nieve y con el pelo trenzado, parecía una niña sacada de un cuento de los hermanos Grimm, vulnerable a la bruja y al lobo.

—Hoy llega pronto.

—Tendría que hacerse algo con esas trenzas. Deberías mandarla a Renate.

Mientras Rachael observaba a Frieda sintió una punzada de remordimientos por no haberse dado cuenta antes. Se prometió ofrecerle una sesión de peluquería la próxima vez que la viera.

La señora Burnham entrecerró los ojos como si hiciera una última fotografía y luego se volvió hacia la habitación para dar por concluida la visita.

—En fin, supongo que podríamos tomar aquí la última antes de retirarnos... No, no... Ya lo tengo. Regresamos por aquí y... —Cruzó la segunda puerta que se abría a

la chimenea del vestíbulo y con un ademán florido finalizó allí el recorrido—: ¡Tachán! Volvemos a estar en el punto de partida. Este sí es el lugar idóneo para la última copa. Contemplaremos cómo se consumen las últimas brasas y... a las tres pasarán a recoger los coches. ¿Me he saltado algo?

—Has puesto el listón muy alto, Susan.

—Esto solo ha sido el ensayo general. La auténtica función será mucho mejor.

—No estoy segura de que sepa organizar algo con tanta... eficiencia.

—Tonterías. Eres una chica lista. Además, tienes servicio.

Rachael asintió, agradeciendo que no estuviera presente ningún empleado durante esa visita relámpago.

—Aunque antes has dicho que tenías problemas con él.

—Me cuesta delegar.

—Tienes que mostrarte firme. Demuéstrales que estás acostumbrada a tener criados. Si se dan cuenta de que no lo estás, se ofenderán.

—Creo que ya lo han hecho.

La puerta que daba a las cocinas estaba abierta y alcanzaron a oír ruido de pasos más abajo. Rachael la cerró.

—Sobre todo la cocinera —añadió.

—Es mejor dejarles claro desde el principio quién manda. Mejor para todos. — Susan Burnham continuó devorando la habitación con la mirada al tiempo que la catalogaba—. ¿Y la familia? ¿Cómo funciona el asunto? ¿Dónde demonios comen ellos?

—En el piso superior hay una cocina. Y tenemos un montaplatos.

—¿Tenéis trato con ellos?

—En realidad no. Aunque Ed ha tirado abajo algunas barreras.

—Yo que tú las mantendría a toda costa.

Rachael ya había decidido no mencionar el incidente con Cuthbert; Susan Burnham lo exageraría hasta convertirlo en un auténtico asesinato y en menos de una semana todo el barrio lo sabría.

—Ah, mira. —La señora Burnham se vio atraída hacia la pared que había sobre la chimenea—. Veo que lo han quitado.

Rachael siguió su mirada: un rectángulo de papel pintado descolorido, la huella de un cuadro ausente.

—¿A quién?

—Al Führer. Ahí es donde debieron de colgarlo. Las casas alemanas están llenas de esos rectángulos oscuros en las paredes. Solo que la mayoría de ellos son lo bastante listos para taparlos. No pongas esa cara. Todos los tenían. Keith lo llama «la mancha indeleble».

Rachael miró la mancha y se imaginó el retrato a la perfección. ¿Cómo no se

había fijado antes?

—Creo que hasta Keith dejaría pasar una tonalidad de gris con tal de vivir en un lugar como este.

—No creo que herr Lubert tuviera ningún contacto con el Partido Nazi. Por lo que sé.

—Bueno, claro. Eso es lo que dicen todos. —Miró la casa y alargó las manos para concluir su alegato.

—¿Crees que todo eso se consigue sin hacer concesiones? Una familia alemana rica y poderosa como la suya forzosamente tuvo algo que ver con el régimen.

A Rachael le dio la impresión de que esos juicios no provenían de la señora Burnham. Debía de haber tocado el tema con su marido.

—Estoy segura de que permaneció al margen.

—Vamos, Rachael. Puede que sea muy cristiano pensar bien de la gente, pero no debemos ser ingenuos en estas cuestiones.

Rachael no había sospechado de herr Lubert en ese sentido. De cualquier modo, si hubiera dado la razón a la señora Burnham, ella habría quedado como una estúpida, Lewis como un necio imprudente y su situación en la villa se habría vuelto insostenible.

—Puede que no todos sean culpables, Susan —dijo, citando esta vez a su marido—. Creo sinceramente que él no estuvo involucrado.

—Lo estuvieron todos, querida. La cuestión es cuánto.

—Tommies buenos. Tommies buenos cristianos. Me gusta el estilo de vida inglés. Me gusta el rey y la reina de Windsor. Me gusta la democracia. Estoy estudiando el dominio de Nueva Zelanda. Quiero vivir en el dominio. ¿Me ayudarás a ir, tommy?

—Largo, cabrito.

—Tommies buenos. Conozco Londres. Tenéis el río Ritz. ¡La central eléctrica de Bater-si!

—¡Qué cosas dices! Muévete. Largo. *Schnell!*

—Tú *sprechiedeutsch* bien, tommy.

—*Schnell!*

—Nada de ruskis ni de Stalin. Quiero el estilo de vida inglés.

—Deberías estar en el colegio. *Schule?*

—*Schule* no. No tengo *Haus*. Ni *Mutti*. Pitillos, tommy. Por favor. ¿Tienes para mí? Mi *Mutty* *ist* muerta.

—La mía también. Ahora vete al cuerno. Deja de incordiar.

—Ah... *Ich glaube, ich werde... ohnmächtig.*

—¡Ay! Vamos, anda. ¡No hagas eso!

Ozi cayó desmayado frente al guardia y su cuerpo aterrizó sobre la almohada de nieve recién caída haciendo un sonoro chasquido. Tendido allí con su abrigo de pieles parecía un zorro abatido por un tiro. El soldado que vigilaba la entrada del cuartel general británico permaneció en su puesto intentando adoptar un aire resuelto y miró al frente, ignorándolo. Sin embargo, una mujer que empujaba un cochecito lleno de patatas se detuvo frente al chico tumbado en la acera. Miró al impassible guardia y lo señaló con un movimiento de la barbilla.

—*Schämen Sie sich, Soldat!* —le dijo fulminándolo con la mirada.

Otros civiles alemanes se detuvieron a curiosear. El guardia, que no quería dar un espectáculo, apoyó el rifle en la pared de la caseta y, más bien acuclillado que arrodillado, para evitar mojarse los pantalones, se inclinó sobre Ozi y lo agarró por el cuello del abrigo hasta sentarlo en el suelo.

—Vamos, chiquillo. Despierta. —Lo abofeteó con sus guantes helados—. Mírate. ¿Cómo diablos vas vestido? Te pareces al cabrón de Noël Coward.

Ozi parpadeó e interpretó su ensayado delirio fingido.

—Señor Attlee. *Danke*. Rey Jorge. *Danke*. Guardia tommy. *Danke*. Pitillos. Pitillos para Ozi. Pitillos para pan. Tommies cristianos. Dan pitillos.

El soldado se sacó una cajetilla del bolsillo del pecho y dio ostentosamente unos golpecitos para sacar varios cigarrillos.

—Aquí tienes, chico —dijo ofreciéndole no uno ni dos, sino tres cigarrillos.

Satisfecho con su papel de relaciones públicas, el guardia se levantó casi

esperando un aplauso, pero cuando miró a su alrededor se dio cuenta de que no se había quedado nadie para presenciar su gesto.

—Ahora largo, cabrito.

A cambio de su delirante elogio a la cultura inglesa, Ozi había recibido tres cigarrillos y dos nuevas palabras para su repertorio ya cargado de expletivos: «largo» y «cabrito». Las repitió mientras se sacudía la ropa y echaba a andar con paso enérgico por el Ballindamm hacia el Alster, asiendo con fuerza los frutos de la caridad que con tanto esfuerzo había ganado. Para un mendigo y ladrón de su nivel era un botín miserable. Se había pasado todo el día buscando comida y suministros dentro y fuera de las tiendas y los hoteles requisados por los tommies que había alrededor de los lagos del Alster, repitiendo en vano el número de alabar la cultura inglesa y desmayarse. Las mujeres tommies que compraban en el economato militar parecían insensibles a los piropos, a su cabello y sus sombreros, y los cubos de basura situados detrás del hotel Atlantic que solían estar rebosantes habían sido acordonados. Cuando había mendigado sobras de comida en las escaleras del Victory Club —«Eh, yanqui, ¿qué estás haciendo aquí? Llévame a América, yanqui»—, un estadounidense lo había ahuyentado con un «¡Piérdete!».

Ozi se preguntó si quizá su ropa disuadía a los tommies. Ese día iba vestido de civil en toda regla: gorra de aviador forrada de piel, abrigo de pieles de mujer de alta sociedad con una bata de seda encima y botas de montar tres números más grandes. Había conseguido el abrigo en el reparto semanal del Ejército de Salvación, y en la Cruz Roja le habían dado las botas. Quizá iba demasiado bien vestido para suscitar compasión, pero con el frío que hacía y en las condiciones en que tenía el pecho no podía permitirse prescindir de ninguna prenda.

Ozi guardó los cigarrillos en su estuche para lápices. Tres cigarrillos en toda una jornada de trabajo. Podría cambiarlos por una barra de pan, aunque eso no bastaría para aplacar a Berti, que en los últimos tiempos se había vuelto muy exigente; ya no quería solo tabaco o medicamentos sino también papeles y pases, cosas que eran difíciles de conseguir, además de caras. Ozi tendría que ir a ver a herr Hokker en el Centro de Información y ofrecerle su reloj para obtener lo que Berti quería.

Casi todo lo que Ozi sabía de la cultura británica lo había averiguado durante sus visitas al bonito Centro de Información, construido justo al lado del Rathaus, en el corazón de la ciudad. El *Bürgermeister* Petersen lo había inaugurado a principios de ese verano con un gran discurso sobre la amistad y el saber. «*Die Brücke* (el puente) —había declamado— se ha construido para instruir a los visitantes alemanes sobre las principales instituciones y logros británicos». Constaba de una amplia sala de lectura, una galería de arte, una sala de proyección y una biblioteca con servicio de préstamo. El centro siempre estaba de bote en bote. Los alemanes parecían ávidos de toda clase de información sobre el mundo exterior que estuviera más allá de su propia

experiencia, y tenían curiosidad por saber algo sobre el estilo de vida británico. Pero si bien era cierto que estaban encantados de aprender los ríos británicos y los derechos de las mujeres, lo que realmente querían era un lugar bien caldeado para sentarse y donde conseguir un par de vales. Cualquiera alemán con sentido común lo sabía: los *die Brücken* eran lugares donde se intercambiaban mercancías tanto como cultura.

Ozi metió la mano en el suave bolsillo de su abrigo de pieles y comprobó si el reloj seguía allí. Era un Holdermann und Sohn, pero se alegraría de librarse de él. Lo había encontrado en el bolsillo de un desplazado que yacía muerto en una escalera de Altona. No parecía justo que el mecanismo del reloj siguiera funcionando mientras que el del hombre se había detenido; como las uñas que seguían creciendo mucho después de que el alma hubiera abandonado el cuerpo, era una deslealtad. Además, se adelantaba veinte minutos cada hora. El indicador de la fecha marcaba que era martes cuando en realidad era lunes; a ese ritmo sería 1950 antes de que acabara el mes.

Hacía un calor agobiante en el interior del centro, abarrotado de cuerpos. Ozi se desvaneció por un instante al notar el cambio de temperatura. No era fácil ver la obra expuesta en la sala debido a la aglomeración de gente que buscaba beneficiarse de los periódicos gratuitos y de la calefacción. Un póster del recién fundado Frauenclub para las mujeres anglo-alemanas anunciaba una conferencia sobre «Un viaje de El Cairo a Jerusalén impartido por la Sra. T. Harry» y la inminente visita del gran poeta inglés T. S. Eliot, «que daría una charla en alemán y en inglés sobre la unidad de la cultura europea». Ozi se detuvo para mirar la fotografía del poeta de mentón severo, no muy seguro de si era un hombre o una mujer. A su lado otro póster anunciaba un documental titulado *Inglaterra puede hacerlo* y una sesión de diapositivas sobre los pastines y la frontera anglo-afgana.

Hokker estaba sentado en su rincón habitual leyendo los periódicos ingleses, que estaban sujetos a unas cadenas o dentro de portafolios para impedir que la gente se los llevara. Hokker se pasaba la vida allí. No le hacía falta salir cuando el mundo iba a su encuentro. Él era el canal que podía proporcionar más mercancía ilegal que cualquier otro estraperlista de Hamburgo. Todos los riachuelos, arroyos y canales sucios desembocaban o fluían a través de él. Hokker te conseguía todo lo que querías, siempre que pagaras.

Ozi se abrió paso a empujones entre la multitud para llegar hasta él. Con su abrigo negro y un sombrero de fieltro, Hokker tenía todo el aspecto de un director de funeraria. Inclinando la cabeza sobre el periódico, seguía con un dedo la letra impresa. En la mesa de al lado estaba su sombrero, con un charco de nieve derretida en el ala.

—¡Hola, herr Hokker! ¿Qué pasa hoy en el país de los tommies?

Hokker no alzó la vista. Estaba absorto, moviendo los labios mientras leía en

inglés para sí.

—Ozi Leitman. Las cosas no van demasiado bien en el país de los tommies.

—¿No? ¿Qué ocurre?

—A los tommies no les gusta tener que pagar por esta ocupación. Los tommies se preguntan por qué los alemanes deberían comer cuando no tienen comida para ellos mismos.

A herr Hokker le gustaba exhibir su dominio del idioma así como su habilidad para traducirlo. Antes de llegar a un trato, Ozi siempre lograba persuadirlo para que le leyera algo; normalmente eso le rebajaba unos cuantos cigarrillos del precio.

—El invierno no está ayudando —añadió Hokker.

—Otto dice que durará mil años —aventuró Ozi—. Es un castigo por todo lo que hemos hecho. No florecerán los cerezos de Stade. No madurarán las manzanas en el huerto ni penetrará el sol a través de las cortinas. Nadie se bañará desnudo en el Alster. Solo habrá mil años de hielo y nieve. ¿Qué cree usted, herr Hokker?

—Eso parece. Todos los ríos de Alemania están helados, incluido el Rin.

Hokker se lamió el dedo con aires de grandeza y pasó las páginas del periódico.

—Mira esto. Somos famosos. En la página siete del *Daily Mirror* de Inglaterra sale una foto de Hamburgo.

Ozi se quedó mudo de asombro. En mitad del periódico inglés estaba la arrasada área residencial de Hammerbrook donde había vivido en el pasado. Allí era donde había visto las ventanas derretirse y las carreteras borbotear, y un viento termal invisible arrancar la ropa a una mujer. Todavía oía ese viento, como si todas las notas de un órgano de iglesia sonaran a la vez. Todavía veía cómo caían los copos rojos de ceniza y ardían los portales, como los aros de fuego a través de los cuales saltan los leones del circo. Sorbenstrasse. Mittelkanal. La gente pegada al asfalto derretido. ¡El pelo de *Mutti* en llamas! Los cerebros goteando de las narices y de las sienes partidas. Los cuerpos como maniquíes de sastre, encogidos a la mitad de su tamaño. «Bombenbrandschrumpfleisch», así era como lo llamaban. «Cuerposencogidosporelfuego».

—*Mutti*...

—¿Estás bien, chico?

Ozi cerró los ojos y volvió a abrirlos para hacer desaparecer esas imágenes. Miró una vez más la foto de su viejo barrio allanado. Superpuesto había un bosquejo de un nuevo complejo residencial.

—¿Lo van a rehacer para nosotros? —le preguntó.

—Es para que vivan en él los tommies. Van a echar a toda la gente para construirlo. El titular dice: «Ciento sesenta millones de libras al año. Para que los alemanes aprendan a no despreciarnos».

—¿Qué es eso? —le preguntó Ozi, señalando una viñeta. Representaba a una

pareja británica de pie frente a una casa en ruinas; el hombre decía: «Mudémonos a Alemania. He oído que hay bonitas mansiones allí».

—¿Qué pone?

—Es un chiste. Dicen que las cosas están mejor en Alemania que en Inglaterra.

—Los tommies están locos. Se lo toman todo a risa.

—Bueno, ¿y qué necesitas hoy, Ozi Leitman?

Ozi dejó el reloj sobre el *Daily Mirror* y Hokker lo hizo desaparecer como un mago debajo de su sombrero.

—¿Qué quieres a cambio?

—¿No va a mirarlo?

—Ya lo he hecho. Es un buen reloj. De una buena marca alemana.

—Necesito más medicamentos y un salvoconducto para un conductor de camión.

Hokker miró a Ozi.

—Me pides cosas difíciles. —Levantó el sombrero y miró el reloj. Luego lo cogió y se lo llevó a la oreja. Mientras no escuchara mucho rato, no lo advertiría.

—Era de mi padre —dijo Ozi.

Hokker lo miró con escepticismo.

—Ningún hombre de Hammerbrook tendría un reloj así.

—¿Puede conseguirme el salvoconducto?

Hokker se sacó algo de los dientes y lo examinó. Parecía grasa de beicon. Distraído, se lo metió de nuevo en la boca.

—El reloj no me sirve. Hoy día nadie quiere saber qué hora es. No cuenta para nada en esta hora cero. Todo está congelado. No hay tiempo para el tiempo.

—Tiene un valor.

Hokker introdujo una mano en el abrigo y dejó tres vales de comida encima del periódico.

Ozi meneó la cabeza. Llevaba todo el día sufriendo desaires de los tommies y ahora Hokker pretendía hacer lo mismo.

—Diez.

Hokker se rio y levantó el sombrero del reloj, dando a Ozi libertad para recuperarlo.

—Tres o nada.

Ozi miró los vales. Uno era para pan, otro para leche y huevos, y el tercero para margarina. Tendría que vérselas con Berti, inventarse otra excusa, pero mentalmente ya estaba preparando el desayuno que se comería al día siguiente.

Hokker empujó los tres vales hacia él.

—Tómalos. No puedes comerte un reloj.

Lewis se afeitaba frente al espejo y, para no despertar a Rachael, retiraba los restos

del pelo de la cuchilla con la uña en lugar de darle unos golpecitos contra el lavabo. Todos los cuartos de baño de la casa eran de mármol mostaza y dorado, y no conseguía acostumbrarse; cada vez que se afeitaba se sentía como un oficial del ejército indio permitiéndose la munificencia de un *nabab*. Ni siquiera pensar en su propia benevolencia al dejar que los nativos conservaran su propiedad lograba combatir la sensación de que solo era un oportunista más.

Cuando acabó de afeitarse se secó la cara con la toalla y se peinó. Detrás del vaso estaba la tira plateada de profilácticos poniendo en evidencia que solo habían utilizado uno en tres meses. Un ritmo a todas luces deprimente. Los había dejado allí con la vaga esperanza de que Rachael los viera mientras estaba en el baño y le entraran ganas de mejorar el récord. Era un camino ridículamente tortuoso para hacer el amor, y tan injusto como poco proclive a suscitar un cambio; pero él había perdido la seguridad en sí mismo, su aptitud para dirigirse a ella sin rodeos. (De hecho, al tratar de recordar momentos del pasado en los que se había mostrado abierto sobre tales cuestiones, solo acudía a su memoria el período del noviazgo, cuando le había dicho sin temor que sería la señora Morgan antes de que terminara el año). Lewis se decía que la pérdida del deseo sexual de ella era, junto con sus jaquecas y lo tarde que se levantaba por las mañanas, un síntoma más de su estado, que eufemísticamente resumía como su «depresión de posguerra», y que, con el tiempo, las cosas mejorarían. Al menos, eso esperaba; en realidad, estaba demasiado ocupado para considerar cualquier otro tratamiento.

Rachael dormía tendida de lado y se pasaba la noche chasqueando la lengua y los labios, y sufriendo tics faciales, tal vez a causa de un sueño. El doctor Mayfield había dicho que dormir era a la vez un síntoma y una cura para ella, pero Lewis preferiría que estuviera más activa. Si tenía una filosofía, era esta: ocupa tu tiempo.

La buena noticia era que Rachael volvía a salir y había quedado en hacer otra excursión a Hamburgo con Susan Burnham. Lewis había coincidido con la mujer del oficial de Inteligencia en una ocasión en el comedor del cuartel; pese a lo entrometida que era, tenía un gran sentido del humor y colaboraba en toda clase de actividades culturales y sociales, y Lewis agradecía cualquier motivo que sacara a Rachael de casa.

Decidió ponerse su abrigo del frente ruso; era una de las pocas prendas que ofrecían protección a su enjuto cuerpo contra la inquina de un invierno que ya batía récords. Habían llegado informes de que el mar del Norte se estaba helando en Cuxhaven y de que la gente había empezado a cruzar a pie el Báltico para escapar de la zona rusa. Miró el alijo de tabaco que guardaba en la cómoda; ¿estaba compensando la falta de satisfacción física fumando más? La reserva parecía haber menguado. Se llevó los sesenta de siempre, recordándose que debía reducir el consumo a veinte antes de Navidad, aunque solo fuera para ser solidario con las

personas de ahí fuera para quienes unos cigarrillos equivalían a un pan. Volvió a mirar a Rachael y pensó en darle un beso en la frente, pero se contuvo; salió de la habitación sin hacer ruido, dejándola con sus sueños y permitiéndose desear que él apareciera en uno de ellos.

Pese a la nieve el coche avanzaba con tanta estabilidad y precisión como un crucero de batalla surcando el océano. Al retirarse Schroeder a raíz de la reaparición de una vieja herida, Lewis debería haber buscado a alguien que lo reemplazara, pero no lo hizo porque disfrutaba demasiado conduciendo. El Mercedes se había convertido en un placer diario; un agradable claustro móvil desde el que podía contemplar el mundo con libertad. En cuanto se sentaba al volante la confusión de sus pensamientos se despejaba y recobraba la seguridad en sí mismo.

El aire era balsámico; habían desaparecido las nubes de nieve de color gris pizarra del día anterior y el cielo estaba tan azul y limpio como el uniforme de una enfermera jefe. El sol, situado en un ángulo bajo, arrancaba brillo a todo, mientras que la gruesa capa de nieve resultaba sosegante, tan blanca y oscilante como las sábanas blancas de un hospital. Era hermoso pero frustrante, pues daría al ministro una falsa impresión. En un día como ese estaría justificado que un visitante recién llegado creyera que Hamburgo estaba recuperándose de forma milagrosa. La nieve disimulaba el trauma cubriéndolo todo de un manto uniformador y confiriendo al metal irregular y al ladrillo desportillado una nueva capa esperanzadora. Era un mal día para hacer una visita dirigida a enseñar lo fea y gris que era la vida en medio de las ruinas alemanas.

Lewis cruzó las puertas giratorias del hotel Atlantic y pasó por delante de la recepción, donde un cuadro del duque de Wellington que colgaba detrás del conserje transformaba el edificio en una pequeña sala de Whitehall. El ministro apenas se percataría de que había salido de su país.

Ursula esperaba frente a la gran chimenea, entrando en calor. Con su blusa de punto, su falda con diseño de espiga y sus esarpines negros con tacón de cuña, se mostraba elegante y modesta a la vez. Se había peinado al estilo convencional de una intérprete del Consejo de Control Aliado —el cabello hacia atrás y por detrás de las orejas—, pero si con ello pretendía restar importancia a su belleza, solo conseguía realzarla: las cejas lobunas, el esbelto cuello de antílope. Lewis se sorprendió a sí mismo elogiándola con torpeza.

—... *Schön*. —No era la palabra adecuada pero había empezado a hablar antes de decidir cuál utilizar. «*Lieblich*» probablemente era mejor, aunque no podía esperar que ella tradujera y corrigiera un cumplido dirigido a su persona.

—Gracias.

—Lamento llegar tarde... *Die Strassen sind eisig*. ¿Se dice así? *Eisig*?

—Sí. Helado.

Desde que Edmund le había preguntado algo en un alemán claro y preciso, Lewis

había insistido en practicar cuanto pudiera con Ursula. La fluidez de su hijo era vergonzosa para él.

—Hoy no funcionan los tranvías.

—*Eine schlechte Reise?*

—No se preocupe. Voy muy abrigada y ha sido un paseo agradable. Aquí tiene el programa del día. —Ursula le entregó un itinerario mecanografiado. Él revisó el título completo del ministro Shaw en la parte superior—. ¿Hay algún error?

—No ...*Nein. Ist. Perfekt.* Pero es Kensington, no Kensingtown.

—¡Oh! —Ursula pareció sinceramente enfadada consigo misma. Leyó de nuevo la palabra en alto—: *Ken-zing-tonn*. Lo siento.

—No se preocupe. Es un error comprensible. Nadie reparará en él. *Ist der Minister schon hier?*

—Está en el salón.

—Esperemos que sea uno de los nuestros.

—¿De los nuestros?

—Quiero decir que espero que esté de nuestra parte. Que sea uno de los buenos.

Ursula se tocó la barbilla para indicarle que tenía algo en la suya.

—Tiene sangre.

Lewis se llevó un dedo y lo apartó manchado de sangre.

—Eso me pasa por intentar afeitarme sin jabón. Un pequeño gesto para ahorrar recursos. —Se humedeció el dedo con la lengua e intentó cerrar el corte con saliva—. ¿Sigue sangrando?

Ursula sacó un pañuelo de su bolso y se dispuso a pasárselo por el corte, pero se detuvo y esperó a que él le diera permiso para continuar. Lewis sacó el mentón, confiando en que no pasara ningún general o *Bürgermeister* en ese preciso momento.

—*Bitte.*

Ursula le limpió el corte como lo haría una madre, y aunque lo hizo con total naturalidad, Lewis se sonrojó. De cerca desprendía un olor a ropa limpia.

—Listo. Ahora está preparado para conocer al ministro de Kensington. —Retrocedió un paso al percibir su turbación.

—Gracias. *Auf in den Kampf!*

Ella asintió.

—*Auf in den Kampf!*

Y los dos juntos se dirigieron al salón principal «para librar batalla».

Había corros de dos o tres hombres envueltos en humo y el barullo de voces era intenso. Fue una reunión concurrida: el general Surtees se encontraba con otros altos mandos del Consejo de Control; también estaba allí el corpulento *Bürgermeister*, fumando un puro cubano como un Churchill alemán, y Vaughan Berry, el comisario,

había asistido con aire estresado y sumiso. Era fácil reconocer a Shaw; uno de los dos únicos hombres que no llevaba uniforme, iba acompañado de una camarilla atenta y pedigüeña, deseosa de sacar algo de él mientras pudieran.

Lewis le indicó a Ursula rápidamente quién era quién.

—El hombre delgado es el general Surtees. Mi máximo superior y por tanto el suyo.

—¿Uno de los nuestros?

Lewis sonrió. La joven aprendía rápido. Hizo un gesto de negación.

—¿Y el hombre con traje de banquero?

—Es el comisario.

Vaughan Berry era el otro hombre que vestía de paisano. A Lewis le caía bien. Se había hecho popular por haberse negado a llevar el uniforme azul marino del Consejo de Control porque le recordaba al vigilante encargado de dar la voz de alarma en caso de ataque aéreo.

—Uno de los nuestros.

—¿Y el hombre que está hablando con el ministro?

Lewis mostró cierta irritación. Era el comandante Burnham y, a juzgar por las apariencias, ya había empezado a presionar al ministro para subyugarlo. Lewis se enfadó consigo mismo por no haber llegado antes que él y haber evitado así que tuviera ocasión de contaminar el pensamiento del ministro. Shaw daba la impresión de estar intensamente concentrado en resolver un enigma difícil, con una mano en la barbilla pensativo y la cabeza ladeada en actitud comprensiva como si tratara de oír y recordar todo lo que se decía.

—El comandante Burnham. De Inteligencia.

—Uno de ellos —dijo Ursula, sin necesidad de preguntárselo.

Durante el desayuno Lewis se encontró sentado frente a Burnham y a un estadounidense, el general Ryan Caine, que se hallaba de visita en la ciudad para ver cómo se las arreglaban los británicos y para contarles cómo era la vida en la zona estadounidense. Caine llevaba el pelo cortado al rape, como parecían preferir incluso los generales de tres estrellas, lo que le daba un aire varonil y juvenil, mientras que las manchas de sol que tenía en la piel indicaban que había estado expuesto a climas más soleados y a una vida vivida con plenitud. Mostraba la actitud relajada como si estuviera disfrutando de su estancia en Alemania y la leve suficiencia de quien visita a unos primos más pobres que se esfuerzan por abrirse camino.

—¿No cree que ha llegado el momento de relajar las leyes contra la confraternización? He oído decir que el solo hecho de hablar con una mujer alemana en su zona equivale a solicitar sus servicios.

—Creo que por el momento los alemanes prefieren una separación clara.

—¿Sabe? En Frankfurt ya hay una administración pública aparte para la

celebración de los matrimonios entre militares estadounidenses y civiles alemanes. Bueno, esa es una manera sencilla de integrarse en una sociedad. —Caine no apartaba los ojos de Ursula—. Si alguna vez quiere pasar a una zona más amistosa, fräulein...

Lewis observó satisfecho cómo Ursula permanecía elegantemente impasible.

—En la zona británica hay muchos más problemas, general.

—Bueno, en eso tiene razón.

Un camarero llegó con el desayuno: salchichas, lonchas de beicon, tomates cortados por la mitad y asados, champiñones, cebolla, morcilla, hígado.

—Pero me alegra ver que, pese a estar sin blanca, no recortan gastos en hospitalidad —dijo Caine. Luego se puso serio—: ¿Cree que ha llegado el momento de devolver el timón a los alemanes? Hay que actuar rápido. Si no vamos con cuidado empezarán a pensar que los soviéticos ofrecen mejores perspectivas. Tenemos que ayudarles a poner en marcha sus negocios. Proporcionarles el capital que necesitan. Y luego devolverles el mando. Las herramientas... Están considerando darles a ellos y a toda Europa una ayuda enorme. Lo están discutiendo en Washington mientras hablamos. Todos necesitamos una Alemania fuerte.

—Pero antes necesitamos que Alemania esté limpia, general —terció Burnham.

Caine cortó en dos un pedazo de hígado y se lo llevó a la boca con el tenedor.

—Sí, por supuesto. Deshacernos de los hijos de puta. Disculpe, fräulein.

Con una pequeña sonrisa Ursula dio a entender que estaba más divertida que ofendida.

Lewis se había comido la mitad de un huevo y una loncha de beicon, pero la deriva que había tomado la conversación le había hecho un nudo en el estómago, encogiéndoselo. Estaba desesperado por decir algo. Recorrió la mesa con la mirada. De Billier hablaba con el mariscal Sholto pero estaban tan lejos que él no oía lo que decían. Sin embargo Shaw, que estaba sentado al otro lado de Ursula, sí oyó la conversación.

—Me ha gustado lo que ha dicho antes, comandante: «No se puede edificar sobre cimientos podridos».

A Lewis se le cayó el alma a los pies. Había oído esas mismas palabras en boca de Wilkins. Y Burnham jugaba ahora a una especie de juego del teléfono, tras haber dejado caer la idea durante la conversación que habían mantenido antes del desayuno. Así era como los prejuicios infundados se consolidaban en una opinión firme y pasaban a constituir una directriz.

—Los alemanes han conocido doce años de ignorancia y analfabetismo —dijo Burnham, alentado por el ministro—, y eso los ha convertido en animales. Solo podremos empezar a reconstruir su psique cuando hayamos establecido el imperio de la ley y reconstruido las infraestructuras básicas, pero hasta entonces tenemos que estar alerta. La amabilidad es un lujo que no podemos permitirnos.

Burnham parpadeó hacia Lewis.

—¿Cree que hay peligro de insurgencia? —le preguntó Shaw, llevando la conversación a un terreno en el que Lewis no quería entrar.

—El caos general y el movimiento masivo de los desplazados proporcionan a los nazis una cobertura perfecta para desaparecer y reaparecer, después de haberse reinventado a sí mismos como «inocentes».

—Cuentan con el cuestionario —señaló Caine.

—El cuestionario es útil, pero hay que perfeccionarlo..., indagar un poco más en el pasado de la gente para llegar a la verdad. Necesitamos más personal que se ocupe del trabajo atrasado. Pero también más inteligencia para descubrir a los verdaderos delincuentes. No es un simple caso de ovejas y cabras. Aquí las cabras son ovejas, y las ovejas, lobos. O mejor dicho, *Werwolf*.

La palabra atrajo la atención de todos los presentes.

—¿Los hay por aquí? —preguntó Caine.

—La semana pasada dos insurgentes atacaron un convoy. Volcaron un camión que transportaba ginebra.

—Saben dónde golpear —dijo Caine bromeando.

—¿Son insurgentes? —preguntó Lewis—. ¿O gente que busca comida?

—Los dos que capturamos parecían bastante bien nutridos —replicó Burnham—. Estaban convencidos de que Hitler seguía vivo y coleando, y que regresaría para derrotarnos de manera aplastante. Cuando les señalé que el Führer estaba muerto, uno de ellos me pidió que lo demostrara, alegando que los rusos nunca habían encontrado el cadáver.

—¡Enseñadme el cadáver! —exclamó Caine—. ¡Como si el Führer fuera Jesucristo!

—El valor del *Werwolf* como propaganda supera con creces a sus hazañas, ministro —dijo Lewis, resuelto a acabar con ese mito y a encauzar de nuevo la conversación a los asuntos que importaban.

Pero Burnham los había llevado a todos a donde quería.

—Los dos tenían tatuado el ochenta y ocho —continuó—, en la cara interna del brazo.

—¿Ochenta y ocho? —preguntó Caine.

—Es un código. La octava letra del alfabeto.

Shaw contó en alto.

—H. ¿HH?

Burnham asintió. Quería que lo dijera Shaw.

—*Heil Hitler?*

Lewis sintió la apremiante necesidad de intervenir.

—Tonterías. Hay ochenta y ochos pintados en los muros y las ruinas de toda la

ciudad. Eso solo demuestra lo mal que están las cosas para que la gente esté dispuesta a volver a aquello.

—¿Es posible que algunos alemanes no hayan escarmentado? —sugirió Caine.

—Es necesario que se vea que se está haciendo justicia —dijo Shaw—. En nuestro país la gente exige justicia.

—Seguramente es preferible que se haga justicia a que solo se vea que se hace.

—Usted no es político, coronel. En mi mundo la percepción constituye el noventa por ciento de la verdad.

—No creo que perseguir a unos cuantos fanáticos sea nuestra prioridad —replicó Lewis sin poder contenerse.

Era consciente de que Ursula se había quedado callada mientras los hombres diseccionaban su país.

—Entonces, ¿cuáles diría usted que son nuestras prioridades? —le preguntó Shaw.

Lewis se irguió y apoyó las manos en la mesa.

—No es posible introducir la democracia en un pueblo muerto de hambre y fragmentado. Si les damos de comer, les proporcionamos un techo, reunimos a los seres queridos que están separados y creamos puestos de trabajo, entonces no tendremos nada que temer. Pero en estos momentos hay millones de alemanes capaces que no están trabajando debido al proceso de «limpieza». Las familias todavía están separadas. Sigue habiendo miles de personas en campos de internamiento.

—En efecto. —Shaw asintió pensativo.

Sin embargo, esa letanía sobre lo que era preciso hacer no resultaba tan atractiva como las historias del *Werwolf*.

—Usted siente verdadera compasión por los alemanes —observó el general Caine—. Por eso lo llaman Lawrence de Hamburgo, ¿verdad, coronel?

Seguramente se lo había dicho Burnham.

—Tal vez desee contar al ministro y al general el acuerdo especial que rige su hogar, coronel —señaló Burnham. Se volvió hacia Shaw y Caine—. El coronel Morgan está explorando un nuevo modo de abordar las relaciones anglo-alemanas.

Lewis siempre había envidiado la facilidad de los hombres del servicio de Inteligencia para codearse con generales y ministros, y decir todo lo que pensaban sin recurrir a la autoridad, pero Burnham solo estaba cuestionando la inclinación igualitaria de Lewis. Y conducía la conversación hacia donde él quería.

De mala gana, Lewis se vio a sí mismo contando a los presentes cómo había llegado a compartir una casa con una familia alemana. Cuando terminó se hizo un largo silencio estigmatizador. Lo que en el pasado habría sido un acto humanitario de pronto parecía casi escandaloso.

—Eso es confraternizar, coronel —señaló Caine.

—¿Y eso no agrava el resentimiento? —preguntó Burnham con un tono totalmente razonable—. Es decir, ¿no preferirían esos alemanes estar con sus compatriotas en los campos.

Los reunidos miraron a Lewis esperando una respuesta.

—¿En barracas prefabricadas? ¿Medio muertos de frío? —Sabía que estaba subvirtiendo la postura oficial pero era necesario que Shaw estuviera al corriente.

—Tengo entendido que están bastante confortables —dijo Shaw—. Tienen calefacción. Y comida. Eso es más de lo que puede decirse de media Inglaterra en estos momentos.

—Creo que si nos dieran a escoger, la mayoría de nosotros nos quedaríamos en nuestra casa —replicó Lewis.

—Bueno, esperemos que su amabilidad no se vuelva contra usted, coronel —concluyó Shaw.

Lewis había hablado demasiado y vio que al general De Billier le había inquietado que criticara los esfuerzos británicos delante del ministro. Dejaría que la visita le mostrara cuál era en realidad la situación en los campos.

Lubert estaba sentado en la sala de espera del Centro de Interrogación Directa, que olía a leche agria, tratando de recordar algo —cualquier cosa, aparte de que era alemán— que pudiera incriminarlo a los ojos de la Inteligencia británica.

El centro se había abierto en la vieja escuela de Bellas Artes, detrás del Binnenalster. La última vez que Lubert había estado allí fue con Claudia, en 1937 para ver la obra de Böcklin, uno de los pocos artistas alemanes buenos que el régimen no había tachado de degenerado. Al parecer Hitler había comprado ocho de sus cuadros. Luego Claudia y él habían discutido acaloradamente sobre Böcklin: a ella le gustaban los claros mensajes morales del artista, mientras que él sostenía que ese era precisamente su problema. Ella había llamado a Lubert «altanero», por ser incapaz de apreciar el arte por lo que era, y él la había calificado de populista; en el fondo, la discusión no era sobre arte o sobre gustos, sino sobre el régimen.

Lubert se dijo que no tenía nada que temer. Había hecho el ejercicio de memoria —*Besinnung*— que se instaba a todos los alemanes a hacer como parte del proceso para reconocer su participación en los grandes crímenes que su nación había cometido. Le horrorizaba la noción de una conciencia colectiva, pero él no era uno de aquellos hombres que acusaban a los Aliados de sus desgracias actuales, ni lamentaba en absoluto las ejecuciones de los condenados en Nuremberg. Había rellenado su *Fragebogen* —las 133 preguntas que determinarían su futuro profesional— con más facilidad de lo que esperaba. De hecho, le costó ver que pretendían identificar a los verdaderos culpables por medio de sus respuestas. Le parecía demasiado educado,

carente de trampas o de cualquier técnica interrogativa perspicaz. Un par de preguntas extrañas le habían hecho reír, pero en general había contestado lleno de confianza y con la conciencia limpia. Incluso había disfrutado con el ejercicio de «recordar quién era».

Lo llamaron por el nombre y se dirigió a la sala de interrogatorio. Mientras se acercaba a la puerta inspiró profundamente, recordándose que no debía mostrarse belicoso sino humilde, adoptando un tono educado. Corría el rumor de que los británicos se estaban mostrando más contundentes en sus entrevistas porque no descubrían a suficientes alemanes del «color equivocado».

Los dos interrogadores estaban sentados detrás de un escritorio de roble. Uno de ellos fumaba y ofreció asiento a Lubert por señas. El otro no levantó la vista, sino que siguió examinando los papeles que tenía ante sí; papeles que, según reconoció Lubert por la tinta verde y su propia letra horrible e historiada, era su cuestionario cumplimentado. El hombre pasó páginas, hacia delante y hacia atrás, como si le desconcertara alguna discrepancia. No cuadraba o faltaba algo. Si ese largo y teatral silencio tenía como objetivo poner nervioso al interrogado, funcionó. Lubert estaba irritado antes de que comenzaran siquiera.

—¿Herr Lubert? —preguntó el otro.

—Sí.

—Soy el capitán Donnell, y este es el comandante Burnham, jefe de Inteligencia. Realizaremos esta entrevista en inglés y en alemán, según nuestras necesidades. Tenemos entendido que habla usted inglés con fluidez.

—Así es.

El comandante, que todavía no había mirado a Lubert, seguía desconcertado por el cuestionario, o mejor dicho, por alguna de las respuestas. Cuando habló, lo hizo en voz baja y suave, en un alemán impecable.

—Es usted un hombre afortunado, herr Lubert.

Herr Lubert no lo contradijo. Esperó, sabiendo que su «buena fortuna» estaba a punto de ser desenvuelta y expuesta por ese hombre de pestañas peculiarmente largas.

—Ha sobrevivido a las dos guerras. Era demasiado joven para la primera y demasiado mayor para la segunda. Sigue viviendo en su casa, rodeado de sus pertenencias. Tiene un casero compasivo.

Lubert quiso aclarar la parte de sus pertenencias, pero guardó silencio.

Burnham alzó la cabeza y Lubert lo miró. Los ojos de ese hombre eran en realidad demasiado bonitos para pertenecer a los de un interrogador. Buscó compasión en ellos.

—Estoy agradecido —respondió cambiando de idioma, queriendo equilibrar las cosas.

—¿De veras? —replicó Burnham.

Bajó de nuevo la vista hacia el cuestionario y buscó la página que al parecer lo ofendía.

—En algunas de sus respuestas detecto cierta ingratitud. Incluso desdén.

Era una crítica bastante sincera. Nunca le había gustado responder preguntas, y menos oficiales. Le sacaban lo que había de obstinado y contumaz en él.

—Creo que había una pregunta sobre soldaditos de plomo. No... me ha parecido que viniera al caso.

—Se ha dedicado mucho tiempo y atención a la preparación de estos cuestionarios.

—Sí. Pero... no he conseguido ver la relación que guardaban los soldaditos.

—¿Ha jugado alguna vez con soldaditos de plomo?

Lubert no pudo contenerse.

—¿Van a arrestar a todos los hombres que jugaban con soldaditos de plomo?

—Herr Lubert, un tono desdeñoso podría dejarlo en una posición en la que no desearía estar. ¿Jugó o no con soldaditos de plomo?

—Sí. Era como cualquier otro niño.

—Bien. Eso era todo lo que necesitaba saber. —Burnham puso una cruz en la casilla vacía—. Y luego está... —Desplazó el dedo hasta una pregunta posterior, frunciendo el ceño con una expresión confusa—. La pregunta R.III. ¿Qué ha querido decir con su respuesta? Si puede llamarse a eso una respuesta. Parece... una forma jocosa de responder una pregunta tan seria.

Lubert sabía que Burnham era un hombre inteligente. Sabía que él no tenía ninguna duda de por qué había respondido como lo había hecho: porque era una pregunta ridícula. Para responderla había tenido que volver a leerla, pensando que debía de haber sido mal traducida o que solo la habían introducido para ponerlo a prueba. Al final había decidido que se trataba de una pregunta irreflexiva formulada por un funcionario inconsciente en algún lugar de Whitehall o Washington, y no merecía una respuesta seria.

—¿Y bien?

—Quien estimó que era una buena pregunta... no lo dijo en serio. O no tenía ni idea de lo que fue para...

—Es una pregunta totalmente seria, herr Lubert. «¿Afectaron los bombardeos a su salud o a la de algún miembro de su familia?» Si quiere recuperar su empleo completo como profesional necesitamos cerciorarnos de que no tiene problemas de salud mental. Responder con exclamaciones no puede decirse que sea la respuesta de una mente estable.

—Creo que los bombardeos afectaron a la salud de mi mujer, comandante. Falleció, junto con cuarenta mil personas más, en julio de mil novecientos cuarenta y tres. El día que los británicos destruyeron esta ciudad con la tormenta de fuego.

Burnham no se inmutó, pero pareció alegrarse de que Lubert tocara el tema.

—Háblenos de su mujer. Para ser un arquitecto, vive con gran esplendor. Tiene una cotizada colección de arte. Entre ellas obras de Léger y Nolde. Imagino que ella tenía dinero.

—Venía de una familia acomodada, sí.

—¿Y cómo habían hecho su fortuna?

—En el comercio.

—¿Comerciendo con qué? ¿Y con quién?

—Con todo. Eran dueños de varios astilleros.

—¿Los mismos astilleros que utilizaron los nazis para transportar armas?

—Desde mil novecientos treinta y tres comerciaron con los que ellos les decían.

—Lubert podría haber señalado cuántos de esos barcos habían ido y venido de Inglaterra, pero el comandante debía de estar al corriente de ello.

—Entonces se trata de una colección de arte pagada con actividades comerciales nazis.

Qué sencilla era esa matemática, una ecuación que siempre terminaba con «igual a culpable». Las cifras y las fracciones carecían de importancia.

Lubert hizo un gesto de negación.

—Hamburgo continuó con sus negocios, todo fue comercial. No tuvimos filiación con el partido. Solo el hermano de Claudia...

—Sí... —Burnham miró la página en cuestión—, Martin Fromm.

Lubert no había querido escribir siquiera el nombre de su cuñado ni su cargo, *Gauleiter*. No había espacio en la página para entrar en detalles sobre sus ambiciones de partido y la consternación que había causado a la familia al afiliarse a él.

—Centrémonos en otra cuestión. La pregunta F.III. «¿Esperó en algún momento una victoria alemana?» Ha respondido: «Quería que la guerra acabara cuanto antes».

—Por supuesto. Eso era lo que queríamos todos.

—¿Quería que ganara Alemania?

—Soy..., sigo siendo nacionalista, pero eso no me convierte en un nazi.

—Creo que eso es un sofisma. En mil novecientos treinta y nueve un nacionalista era un nazi.

—Yo no quería la guerra.

—Hábleme de su hija.

Ese hombre sabía cómo cambiar constantemente de posición. Lubert notó que perdía pie.

—¿Qué le pasa?

—Bueno, imagino que se vio afectada por los bombardeos. Por la pérdida de su madre.

—Todavía... está enfadada. —Por primera vez el tono de Lubert fue defensivo e

inseguro—. Y... le ha resultado muy difícil compartir la casa con una familia inglesa.

—¿Enfadada? ¿Por la ocupación?

—Enfadada por la pérdida de su madre.

—Ella se unió a las Mädel de las Juventudes Hitlerianas.

Lubert había estado a punto de no escribirlo, pero era un hecho.

—Era obligatorio..., desde mil novecientos treinta y seis.

—¿Y usted no la detuvo?

—Discutimos... sobre ello, mi mujer y yo. Yo no era partidario de que se apuntara..., pero en el fondo no teníamos alternativa. Y eso me remuerde la conciencia. Pero si nos hubiéramos negado se habría tomado como una traición y habría sido peor para nosotros.

—Sin embargo, un hombre de conciencia iría a la cárcel antes que obrar mal, ¿no?

—Parece resuelto a declararme culpable de algo, comandante.

—Su culpabilidad solo es una cuestión de grado para mí, herr Lubert. Mi tarea es determinar el color, la tonalidad. Así que dígame, pues me tiene intrigado: ¿cómo puede soportar vivir con su antiguo enemigo?

—Son corteses con nosotros.

—¿Cómo se siente su hija?

—Está... enfurruñada.

—¿Cómo se manifiesta ese sentimiento?

—Está..., bueno... No valora lo... privilegiados que somos por seguir viviendo en nuestra casa.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —replicó Burnham—. Después de lo que le pasó a su madre. ¿A qué se dedica su hija ahora que están cerradas las escuelas?

—Trabaja recogiendo escombros.

—Cuando ve usted todas esas ruinas debe de preguntarse qué sentido tiene la arquitectura, herr Lubert. ¿Está seguro de que quiere volver a ejercer esa profesión?

—No valgo para mucho más. Me gustaría... —trató de pensar en la palabra adecuada— participar en la reconstrucción. No sirvo como obrero de fábrica.

—¿Echa de menos los tiempos en que construía casas de veraneo para los oficiales del partido?

Era cierto que había habido un aumento en los encargos de villas en esa época, entre ellas un «pequeño palacio» para Harold Armfeld, el fabricante de armas. Pero las obras no militares habían escaseado.

—A partir de mil novecientos treinta y tres disminuyeron las oportunidades. No favoreció que el partido despreciara la escuela de arquitectura de la que yo provenía.

Burnham pasó a otra página del *Fragebogen*.

—¿Echa de menos el pasado?

—Lo único que echo de menos del pasado es a mi mujer, comandante.

—¿No echa de menos los buenos tiempos?

—No sé a qué tiempos se refiere. Después de mil novecientos treinta y tres Alemania se convirtió en una prisión para la mayoría de nosotros.

Burnham se echó hacia atrás, abrió un cajón y sacó un montón de fotografías. Las arrojó sobre el escritorio y las esparció como si fueran naipes.

—¿Una prisión como esta?

Cogió una fotografía de un prisionero judío esquelético. Luego otra. Y otra. Sin apartar ni un instante la mirada del rostro de Lubert, atento a su reacción. Lubert había visto esas fotos los primeros meses después de la guerra, las habían colgado de los muros para que todos los alemanes las conocieran. Las miró con cautela y desvió la vista.

—Sean cuales fueren las incomodidades que haya sufrido usted, herr Lubert, le aconsejo que nunca compare sus circunstancias con las de los hombres de las fotos. —Burnham cogió el cuestionario y lo abrió por la última pregunta de la última página. Era la pregunta Y—. Veo que ha dejado en blanco el apartado de observaciones. ¿Hay algo que quiera decir ahora?

Lubert miró al comandante con la expresión más contrita y educada de que fue capaz y respondió:

—Creo que no, comandante.

—¿Por qué lo ha colgado sin consultarme?

—El cuadro que había antes dejó una marca amarilla. Pensé que le gustaría...

—Bueno, pues no me gusta.

Rachael lo esperaba en el vestíbulo, dando vueltas. Se dirigió a él con una mirada dura y una actitud rígida, como si una institutriz severa la hubiera adiestrado para manejar a un alumno recalcitrante. Lubert acababa de entrar por la puerta. Tenía hambre y frío, y estaba de malhumor. Después del interrogatorio había ido a trabajar y le habían informado de que la fábrica había cerrado. Los británicos declararon que cerraba a causa del tiempo, pero era del dominio público que con su cierre se pretendía mantener bajo control la disidencia allí latente. Su colega Schorsch se había puesto en las puertas a repartir octavillas. Estaban organizando una gran manifestación, animando a todos los trabajadores de la zona británica a formar piquetes en las fábricas en protesta por su desmantelamiento.

—Recuerde en qué bando está, herr Lubert —había murmurado al entregarle la octavilla.

Lubert estaba harto de que le dijeran lo que tenía que hacer.

Levantó la vista hacia el cuadro que había pedido a Richard que colgara esa mañana. Se había esmerado en escogerlo, teniendo en cuenta la sensibilidad

provinciana de los Morgan: nada demasiado estrafalario ni demasiado abstracto. De entrada había seleccionado el encantador paisaje de Liebermann, pero no cubría la vieja marca dejada por el retrato. La «mujer semidesnuda» de Von Carolsfeld le pareció perfecta: elegante y sobria, cubría la mancha y animaba toda la habitación; era una obra maestra poco corriente que merecía colgar de la pared de cualquier vestíbulo de cualquier país. Solo un ignorante podría poner objeciones; un ignorante o quizá un mojigato.

—Es de uno de los grandes artistas alemanes del siglo diecinueve.

—Me trae sin cuidado de quién es —dijo Rachael, cruzándose de brazos y negándose a reconocer el delicado esplendor de la doncella que tenía a sus espaldas.

—¿No le gusta?

—No es eso.

¿Era la desnudez?, se preguntó Lubert. El cuadro quizá rayaba en lo erótico, aunque era algo demasiado contenido y exquisito para resultar ofensivo. De pronto le invadió un deseo incontenible de ponerle las cosas difíciles a Rachael, haciendo que se sonrojara y retorciera las manos, para ponerla en su lugar.

—¿Tal vez preferiría un tema campestre? ¿Una escena de caza? ¿O una figura vestida? —Mientras lo decía, se sintió como un hermano mayor desdeñoso que se muestra condescendiente con su hermanita presumida. Lo emocionante era que le traían sin cuidado las consecuencias.

Rachael notó que se sonrojaba y desvió la mirada. La señora Burnham tenía razón; los alemanes eran un pueblo altanero, y ella había permitido que este hombre se elevara muy por encima del lugar que le correspondía.

—Herr Lubert, no creo que su tono...

Pero Lubert no pudo detenerse.

—Me gustaría saber por qué no le gusta. Es un cuadro honesto. No es..., no sé cuál es la palabra en su idioma..., *unschicklich*, algo que solo pretende escandalizar. Mírelo. Es un cuadro hermoso. Pensé que usted era una mujer con gusto y lo apreciaría. —Guardó silencio para causar efecto y añadió—: Sin embargo, debo de haberme confundido.

Eso pareció avivar el fuego.

—¿Qué insinúa? Por supuesto que veo que es bueno. Pero no pienso tolerar sus insinuaciones. Usted no sabe nada de mis gustos ni de mis orígenes.

—Eso es cierto.

Después de un día largo y difícil eso era una buena distracción.

—¿Qué puede saber usted de mis preferencias? ¿O de lo que creo que es buen arte? No sabe nada de mí ni de dónde vengo.

—¡Ese es el problema! —Lubert se dejó llevar por un arranque de imprudencia—. ¿Cómo vamos a entendernos si cada uno de nosotros tiene un pasado que el otro

desconoce?

—Pero es su pasado lo que me preocupa, herr Lubert. —Eso sonó diferente. Ella miró el cuadro o, mejor dicho, el espacio habitado por el nuevo cuadro—. Era un cuadro de «él», ¿verdad?

Lubert enmudeció anonadado a causa del desdén y la incredulidad que esa pregunta le suscitó.

Ella respiró muy fuerte por la nariz mientras asentía con la cabeza.

—Lo era, ¿verdad? Un retrato del Führer —insistió, evitando pronunciar el terrible apellido.

Lubert soltó una carcajada que sonó más frívola de lo que pretendía.

—¿Y bien? —preguntó ella poniéndolo contra las cuerdas, segura de que lo tenía—. ¿Era un retrato del Führer o no? Sé que la mayoría de ustedes lo tenían. Solo quiero saberlo.

Él no podía dar crédito a esas sospechas. Parecían prestadas o aprendidas de memoria.

El inconformista que había en él no quiso responder, si bien la ignorancia de esa mujer era demasiado provocadora para resistirse.

—Mire alrededor, frau Morgan. Mire los muebles. Los libros. Eche un vistazo... a las partituras que hay dentro de la banqueta del piano. Piezas de Mendelssohn y Chopin..., dos compositores prohibidos por el partido. Mire en la biblioteca. En ella encontrará obras de Hesse, Marx, Fallada..., libros que debería haber quemado. Contemple las obras de arte. Se las enseñaría si le interesaran..., obras de arte que fueron prohibidas hace trece años. Arte degenerado. Incluso esa talla de madera de Nolde. —Señaló el grabado del barco pesquero que colgaba en la pared del primer tramo de escaleras—. Todo es bolchevique, judío, no alemán. De artistas que no pudieron trabajar ni vender su obra porque no era del gusto del Führer.

Lubert empezó a dar vueltas por el vestíbulo declamando hacia los artefactos y los accesorios.

—Sé que alguien ha de cargar con la culpa. Y debe de ser útil tener a alguien a quien culpar. Estoy seguro de que a usted le conviene... tener una cara. Pero ¿cree que yo le daría un lugar de honor a un hombre... cuyas estúpidas ideas llevaron a prohibir y quemar todo esto? Era un vándalo. Su único... credo era destruir, no solo las obras de arte, también las vidas, las familias, los pueblos. Ciudades, países..., ¡incluso a Dios! El único legado que dejó fueron muerte y ruinas. —Interrumpió su deambular y guardó silencio para recuperar el aliento.

Rachael necesitaba moverse. Bajó la vista del cuadro y la detuvo en la chimenea. Luego empezó a revolver las ascuas con el atizador; le temblaba la mano.

—Creo que ya ha dicho suficiente, herr Lubert.

—No, no he terminado. —En todo caso estaba encontrando su tema—. Tiene

razón. No sabemos nada el uno del otro. Usted no sabe nada de mí. Ni de mi pasado ni de mi presente ni de mi futuro. Sí, tengo esperanzas de futuro. ¡Hasta yo, que soy alemán!

Rachael dejó el atizador en el capazo. Se cruzó de brazos para ocultar la mano que le temblaba.

—Dice que le preocupa mi pasado, pero lo que le preocupa en realidad es el suyo. Sé poco de él, aparte de lo que me ha contado Edmund. Pero al menos he tratado de imaginarlo, de ver más allá de las apariencias.

—¿Qué le ha contado Edmund?

—Me ha hablado de su hijo Michael. De su... dolor. Dice que usted era más alegre, que hacía muchas bromas y cantaba. Dice que me habría resultado más simpática si la hubiera conocido antes. Que no es la misma.

Lubert percibió por sus profundas inspiraciones que a ella le dolían esas palabras.

—Y la compadezco; compadezco su pérdida, su desorientación, lo difícil que debe de ser vivir aquí con su antiguo enemigo y un marido a quien apenas ve. Me resultaría más fácil creer que solo es una mujer amargada y llena de prejuicios. Pero usted tiene su propio dolor. Lo he visto en sus ojos y lo he oído cuando toca. Sin embargo hay otros como usted. ¡Despierte! Usted no es la única.

Se había detenido justo frente a ella y la miraba con atención.

—Ya ha dicho suficiente, herr Lubert. No debe continuar.

—¿Qué hará? ¿Me echará? ¿No es eso lo que le gustaría? Bien, pues permítame facilitarle las cosas.

Lubert la sujetó por los hombros y la besó. Casi en las comisuras, y de un modo brusco y rápido. Luego se apartó esperando una reacción violenta de ella, con el rostro un poco inclinado hacia delante como si ofreciera un blanco.

—Ya está. Ya lo he hecho —dijo, sin estar muy seguro de qué había hecho.

Pero el esperado bofetón no llegó. Rachael se volvió, llevándose una mano al labio superior.

Él no pensaba con claridad. La adrenalina le recorría el cuerpo demasiado deprisa. Tenía que irse de allí antes de que hiciera algo peor. Levantó las manos y se alejó.

—Me marchó. Subiré a hacer las maletas. Estoy seguro de que eso es lo que quiere. —Dio media vuelta y se dirigió hacia la escalera.

—No, herr Lubert —dijo ella, con inesperada calma—. No será necesario.

Lubert tenía una mano en la barandilla y un pie en el escalón.

—No... debería haberlo acusado como lo he hecho. Lo he provocado. Ha sido un malentendido. Dejémoslo así.

Él no la miró, sino que, después de un largo silencio, dio unas palmaditas a la barandilla de la escalera para agradecer la tregua y siguió subiendo hacia sus

habitaciones.

Edmund conducía su nuevo coche Dinky por la carretera de la alfombra del rellano, yendo y viniendo de la casa de muñecas a la fuente de su suministro de tabaco. Oía los sonidos de las palabras que se elevaban del piso de abajo —«olvidar», «pasado», «cuadro»—, consciente a medias del tono incierto de la conversación, pero estaba demasiado concentrado en su cometido para darles sentido. A los ojos de una criada o de su madre estaba haciendo lo que haría cualquier niño normal con su nuevo coche de juguete; pero todo era un ardid para encubrir el juego mucho más importante al que jugaba.

Todavía se podía respirar el perfume de su madre en su dormitorio cuando giró el coche para entrar en él. Ella había armado mucho revuelo antes de darle el regalo: le pidió que se sentara en su regazo, le cogió una mano entre las suyas y le plantó un beso en la frente. Era un regalo de Navidad adelantado, le dijo, pero no repercutiría en lo que trajera Papá Noel. Parecía tan deseosa de complacerlo que él se quedó un poco intranquilo.

«Sé que no hemos pasado mucho tiempo juntos, pero quiero que sepas... que te quiero», le había dicho. Una declaración como esta ponía en tela de juicio su amor más que demostrarlo. Como la gravedad o el oxígeno, Edmund siempre lo había dado por sentado.

Sin embargo, se quedó satisfecho con el coche. Aunque ni el modelo ni la escala eran correctos, el Lagonda se había convertido en un destacado accesorio en su reproducción de la Villa Lubert. Si los fabricantes de coches Dinky se dignaran hacer un Mercedes 540K, la réplica sería perfecta. Hasta tenía un muñeco para representar al jardinero Richard, a quien se le reconocía por una pala de cartón de fabricación casera. En cuanto el coche se detuvo frente a la casa de muñecas, Richard se acercó para recoger las bolsas de la compra mientras el muñeco que hacía de Edmund cogía los cigarrillos de verdad. Después comprobó que la muñeca que encarnaba a su madre tocaba el piano en el salón mientras el muñeco Lubert la contemplaba, las muñecas Greta y Heike estaban en la cocina, la muñeca Frieda en el desván y el muñeco que representaba a su padre seguía al otro lado del césped de alfombra, salvando Alemania; entonces el muñeco que hacía de Edmund corrió con los dos paquetes de tabaco gigantes hasta la amplia habitación central. Volvió la vista hacia la puerta y se quedó escuchando, por si oía acercarse a alguien. Una vez se cercioró de que no, colocó los muebles contra las paredes de la habitación principal y levantó la diminuta alfombra persa. Debajo había ocho paquetes; con los dos nuevos, ya tenía los doscientos cigarrillos que Ozi le había pedido: la ración mensual de un soldado; una fortuna para un huérfano. Había llegado el momento de aerotransportar ese botín a través de la tundra del prado cubierta de nieve para entregárselo a los chicos sin

madre.

La nieve que cubría el prado estaba virgen y Edmund disfrutó dejando en ella las primeras huellas, deleitándose con el ruido que hacían sus botas al hundirse y con el hecho de que estas tuvieran la altura justa para que no le entrara la nieve. Más adelante vio una hoguera encendida cuyo humo negro señalaba el punto donde el cielo tocaba la tierra, una nube gris tan baja que se fundía con el suelo y borraba el horizonte. El negro remanente de un río interrumpía la omnipresencia del blanco, pero la devoradora fuerza del frío había mermado su anchura al congelarlo desde las orillas hacia el interior a lo largo de cientos de metros dejando riachuelos aquí y allá entre los archipiélagos de hielo. En un recodo en forma de herradura, ya completamente helado, se había quedado atrapado un velero con la proa levantada, la popa oculta, capturada en una fría y extinta ola. La fuerza del agua que todavía fluía había empujado hacia la superficie pedazos de hielo que sobresalían aquí y allá; a Edmund le recordaron las fotos de los extraños campos de hielo que había cruzado Scott en su funesta expedición. Por el centro del río, donde el agua seguía circulando, se deslizaban barcasas de hielo semejantes a coches fúnebres. Sobre una de ellas había una bandada de cuervos. La naturaleza no había previsto que nadie se compadeciera de un cuervo, pero a Edmund le conmovió la visión de esos pájaros. Demasiado helados para emprender el vuelo y gruesos de tanto erizar el plumaje, era como si hubieran renunciado a su vocación de carroñeros y se hubieran resignado a ir en su barco de hielo hasta el mar.

Edmund se acercó al campamento con la bolsa de papel marrón del economato militar bajo el brazo, convencido de que con su generosidad se ganaría el respeto y subiría de escalafón en el corazón de los salvajes. Ozi y compañía estaban apiñados alrededor de una hoguera, más cerca de las llamas de lo que parecía humanamente posible. Uno de los chicos avivaba el rugido con pedazos de un gallinero roto. Alrededor había aún menos edificaciones anexas, ya que el cobertizo de madera había desaparecido junto con el establo; los salvajes parecían haber quemado la mitad de su alojamiento. Ozi estaba sentado encima de su maleta como un anciano esperando un tren que lleva mucho retraso; permanecía tan inmóvil que parecía haberse quedado congelado en esa posición. Uno de los chicos lo devolvió a la vida de un codazo.

—Tommy bueno.

Ozi se levantó de un salto e hizo el saludo a alguien en el fuego, luego se volvió hacia Edmund, que se acercaba, y rodeó la hoguera pero sin alejarse de la circunferencia de su calor, torciendo el gesto en una sonrisa desbocada entre demencial y eufórica.

—Ed-mund —dijo, disfrutando con su pronunciación—. ¿Qué traes?

Edmund llegó al borde del lodoso cráter de la hoguera. El calor había hecho

retroceder la nieve y creado alrededor del fuego un círculo de mantillo marrón en un radio de un metro, dentro del cual los salvajes permanecían inmutables, como si se hubieran acostumbrado a resistir el calor intenso.

—¿Qué traes? —preguntó Ozi de nuevo—. ¿Qué traes? ¿Qué traes? —repitió, con los dientes castañeteándole después de cada «traes».

—Pitillos.

Edmund entregó la bolsa a Ozi, y se vio obligado a apartarse y proteger un lado del rostro del calor. El botín de contrabando transformó a Ozi de niño expectante a profesional forense. Introdujo una mano en la bolsa y sacó un paquete de Players, lo olió y observó si el sello estaba roto. Estupendo. Estaban frescos como huevos recién cogidos. El sello intacto le daría más margen para negociar. Sostuvo el paquete en alto y anunció:

—Players. Cigarrillos famosos. —Con el calor el celofán empezó a volverse marrón y se formaron ampollas.

—*Gut* pitillos —dijo Edmund—. Players.

—Pitillos tommies de puta madre —dijo Ozi.

Una ronda de palabrotas apreciativas secundó las de Ozi a medida que el paquete pasaba de mano en mano. El niño a quien Edmund había derribado tan fácilmente días atrás estaba un poco apartado, observando con indiferencia. Edmund quiso aprovechar ese momento de máxima aceptación para demostrar que no le guardaba rencor a su antiguo adversario y sacó un paquete de la bolsa que Ozi tenía en los brazos para ofrecérselo. El niño se resistió un segundo, pero la necesidad pudo más que el orgullo; dio un paso y lo cogió de las manos de Edmund.

La hoguera olía a algo más que a madera quemada. Estaban cocinando algo. Un animal se estaba asando ensartado en un espetón. Con la cabeza y los pies cortados, era difícil saber con exactitud qué era; parecía más grande que un cerdo pero más pequeño y más flaco que una vaca. Fuera lo que fuese, olía bien. Ozi cogió a Edmund por el brazo y lo condujo hasta el animal chisporroteante. Cortó un pedazo del muslo magro de la bestia que se asaba y se lo dio. La carne estaba ennegrecida y crujiente.

—*Was ist los?*

Hubo risas bobas que Edmund interpretó como una reacción ante lo mal que hablaba alemán.

—*Esel* —respondió Ozi.

Edmund sabía decir cerdo, perro, vaca y león en alemán, pero no reconoció esa palabra. Quizá era otra forma de referirse a la carne de vaca. Como no quería ofender a su anfitrión, se llevó el pedazo a la boca y masticó.

—¿Gusta a tommy?

Edmund siguió masticando, con todos los ojos atentos a su respuesta. La carne era dura y sabía a algo que no supo identificar. Era como carne de vaca pero más dulce;

aunque la habían asado tanto que podía ser cualquier cosa.

—*Ich liebe* —respondió por fin, no muy seguro de si eso era lo que quería decir.

Sin embargo, pareció que era la respuesta correcta.

—*Tommy liebt Esel!* —exclamó Ozi, y todos se rieron, vitorearon e hicieron gestos de aprobación, y, por alguna razón, rebuznos de burro.

Edmund tuvo la sensación de haber superado una especie de rito de iniciación. Luego recordó que tenía más cosas que compartir. Metió la mano en el bolsillo del abrigo, sacó un pañuelo atado en forma de bolsa y buscó algún sitio donde ponerlo. Ozi lo condujo hasta la maleta y la puso plana para utilizarla de mesa.

—*Muttis Haus* —dijo.

Edmund dejó el pañuelo encima de la maleta mientras los niños se apiñaban en círculo alrededor de él. Deshizo el nudo y abrió el pañuelo dejando ver una brillante montaña de terrones de azúcar. En el acto se elevó una inhalación colectiva, como si acabaran de contemplar un truco de magia. No muy seguro de si sabían siquiera qué era el azúcar, Edmund cogió un terrón de la cima y la sostuvo a la luz. Los granos brillaron.

—Azúcar —dijo.

Le dio el terrón a Ozi, quien se lo llevó inmediatamente a la boca y allí lo dejó, sin moverlo, antes de masticarlo con las muelas. De pronto hizo una mueca. Por un lado de la boca le cayó un chorro de saliva roja. Se llevó la mano a la mandíbula interior y buscó algo a tientas, y sacó el triángulo ensangrentado de un diente amarillo podrido. Hizo una mueca a la vista de todos, luego bajó la mirada hacia el diente cubierto de sangre que sostenía en su pezuña negra rosada. Cerró la mano alrededor de él y se lo guardó en el bolsillo. Edmund se preguntó qué haría con el diente. No tenía arreglo y ningún ratoncito Pérez visitaría el hediondo cuchitril de Ozi, si es que seguía yendo a la casa de algún niño alemán; estos seguramente ocupaban una posición inferior en la lista de los merecedores de premio, por debajo de los italianos y los japoneses, al final de la cola.

Ozi se agachó para recoger nieve del suelo y la apretó contra su encía todavía sangrante.

—*Mann auf dem Fluss!* —gritó alguien.

Todos se volvieron para mirar y vieron acercarse por el recodo a un hombre que a esa distancia parecía de edad indefinida, aunque era ligero y ágil, que se dirigía resuelto hacia ellos. El hombre caminaba sobre el agua helada del Elba con un propósito que pareció telegrafarse por sí solo y convertir el grupo en una manada nerviosa. Si bien no estaban seguros de quién era, todos parecían tener claro quién no querían que fuese.

—*Chist. Ist er es?*

—*Nein.*

—*Ich kann ihn nicht erkennen.*

El caminante siguió avanzando sobre el hielo y, por un instante, el intenso calor del fuego creó el efecto de que caminaba sobre el agua.

Solo Ozi permaneció impassible.

—Es Berti, amigos.

—No estará contento —dijo Siegfried—. Casi no hemos robado nada.

Al llegar al banco de nieve el hombre siguió andando más erguido, alargando las zancadas al pasar del hielo a la nieve; al cruzar el prado, todo él negro y gris, brillaba el resplandor rojo de un cigarrillo encendido en la capa anodina del aire invernal.

—Solo es Berti —repitió Ozi—. Tengo lo que quiere. —No obstante, era evidente que, por debajo de su bravata, intentaba cobrar ánimo.

Edmund sintió náuseas. Quería cruzar corriendo el prado hasta su casa para ponerse a salvo, pero era demasiado tarde.

—¡Ed-mund!

Ozi metió la cabeza dentro de su maleta, sin apenas levantar la tapa para proteger lo que había dentro. Sacó una gorra de cosaco ruso y se la lanzó a Edmund, señalándole la cabeza.

—No hables.

Edmund se encasquetó el gorro y se situó al final del grupo; se notaba los pies hinchados y entumecidos dentro de las botas; el gorro de cosaco olía a gasóleo y estaba congelado como un casco.

Visto de cerca, no parecía haber muchos motivos para temer al tal Berti —no era mucho mayor que el resto de los niños; tampoco era mucho más alto, pues su abrigo desmesuradamente grande restaba importancia a su estatura—, pero antes de que se adentrara en la órbita del fuego los niños se habían amontonado, mudos y temblorosos. Edmund se vio empujado hacia el fuego mientras el grupo retrocedía sin darse cuenta. Solo Ozi permaneció aparte, manteniendo su fingida indiferencia. Y hacia él caminó Berti, sin apenas reparar en la presencia de nadie más. Le preguntó algo a Ozi en voz tan baja que nadie más lo oyó. Ozi le entregó un pedazo de papel, y gruñó y gorjeó mientras Berti, que no pareció satisfecho ni lo contrario, lo inspeccionaba. Dobló con cuidado el papel y se lo guardó en el bolsillo.

—*Was hast du für mich?*

Esa pregunta provocó en Ozi un repertorio completo de encogimiento de hombros, gestos suplicantes con las manos y movimientos de cabeza, luego señaló con el pulgar por encima del hombro a un cómplice imaginario que le había fallado. Hacia la mitad de ese riff tan poco convincente, durante el cual hasta Edmund pensó que Ozi parecía un pequeño gusano que se retorció, Berti lo hizo callar agarrándole la cara con una mano como si fuera unas tenazas. Ese movimiento, con su violencia y su proximidad, llenaron de adrenalina y terror el organismo de Edmund, que creyó que

iba a vomitar.

Liberado de la garra que lo sujetaba y tras olvidar al parecer el maltrato, Ozi se convirtió de pronto en maître y condujo a Berti al asador como si se tratara de una mesa en el mejor rincón de un restaurante. Berti se acercó al animal y lo estudió unos minutos, luego se volvió hacia Ozi y los demás niños. Parecía aún más enfadado.

—*Wir essen Esel, während die Engländer Kuchen essen!*

Ahí estaba de nuevo esa palabra. *Esel*. Y algo sobre los británicos comiendo un bizcocho.

Ozi intentó distraer a Berti con su siguiente truco y agitó lo que parecía ser un tubo de pastillas. Era como un domador de leones haciendo restallar un látigo para que la bestia saltara de la silla a la escalera a través del aro de fuego, sin darle tiempo para recordar su esencial condición de «león».

—*Berti, schau mal, was wir für dich haben! Pervitin!*

Berti cogió el tubo y sacó inmediatamente dos pastillas. A continuación Ozi dio palmadas hacia los demás para que se vaciaran los bolsillos. Otto sacó un platillo para las colectas y lo dejó en el suelo. Los salvajes arrojaron en él todo lo que tenían, una ofrenda miserable pero ecléctica: un medicamento para las enfermedades venéreas, condones, terrones de azúcar. De mala gana Ozi añadió casi toda la contribución de Edmund, lo que llamó la atención de Berti.

—*Wo hast du den Zucker gefunden?*

Nadie respondió.

Ozi mencionó unos hoteles, pero Berti no quedó satisfecho. Agarró a Dietmar y lo inmovilizó con una llave de cabeza, luego sostuvo la punta naranja del cigarrillo a unos centímetros de su párpado. Dietmar gimió mientras el cigarrillo le quemaba las pestañas.

Edmund tragó el ácido que le subía por el esófago. La orina caliente le quemaba el muslo. Quería decirle a Berti que parara, pero aun sabiendo que en cierto modo él era el responsable de la tortura que se impartía, estaba demasiado aterrado para hablar. ¿Qué haría su padre en una situación como esta?

—¡Basta! Por favor..., basta. —Esas palabras interrumpieron de inmediato el asalto.

Berti soltó a Dietmar, y la multitud se abrió para dejar un pasillo entre Berti y Edmund.

—Es buen chico, Berti —dijo Ozi—. Nos trae pitillos y nos ha dado el azúcar. Es un buen tommy.

Un torrente de orina caliente inundó los pantalones de Edmund y le cayó por el interior de las perneras hasta las botas de agua. El calor fue momentáneamente agradable, pero se notaba las piernas inestables y débiles; no habría podido correr aunque hubiera querido. Volvió a pensar en su padre. Esa no era la muerte heroica

que él había imaginado. Si lo encontraran verían la mancha amarilla en la nieve. Los condecorados con medallas no se meaban encima. Edmund Morgan: Descansa en pis.

Pero por una u otra razón Berti no se movió. Se quedó donde estaba, calculando algo. Luego conferenció en voz baja con Ozi, mirando de vez en cuando a Edmund. Al final se volvió hacia él, receloso. Bajó la vista hacia el platillo y recogió un paquete de Players.

—Trae pitillos —dijo—. Aquí. Cada semana.

—Sí...

—O haré eso. —Se acercó el cigarrillo al ojo—. Pero a ti.

Ozi se volvió hacia Edmund.

—Tommy bueno. Trae pitillos... aquí... mañana *und*... —describió un arco con la mano para indicar el salto de una semana— la próxima.

Edmund asintió furioso.

Berti arrojó entonces sus terrones de azúcar al fuego. Cayeron sobre la tela metálica del gallinero que estaban quemando; Ozi soltó un chillido y saltó sobre ella para recuperarlos, pero el calor era demasiado intenso y, casi en el mismo movimiento, saltó hacia atrás como una rana y aterrizó en el suelo, con las colas del frac ardiendo. Los demás se rieron al verlo rodar por la nieve para apagar las llamas.

Berti aceptó el resto de las ofrendas de los salvajes y señaló a Edmund la Villa Lubert. A Edmund no le hizo falta entender exactamente el gesto, intuyó lo que quería de él y empezó a obedecer, retrocediendo del feroz peso de la mirada del joven, sus asustadas piernas se combaron y tropezaron cuando echó a correr.

Las barracas prefabricadas de Hammerbrook estaban cubiertas de nieve hasta los alerones, y la luz dorada que proyectaban las lámparas de petróleo de las ventanas creaba la imagen de un pueblo acogedor y satisfecho.

—«¡Oh, ven! ¡Oh, ven, Emmanuel!» —dijo el ministro Shaw al reconocer la melodía mientras Lewis lo conducía por el sendero abierto entre las barracas en dirección al punto de reparto.

Tal como había previsto Lewis, la ininterrumpida nevada de los dos últimos días había borrado todo indicio de discordia al obligar a la gente a encerrarse en sus casas y a los manifestantes a retirarse de las calles. Hasta entonces, todo lo que había visto el ministro durante su visita le había causado la impresión de que se estaba manejando brillantemente una situación difícil; incluso los manifestantes de las fábricas habían soltado las pancartas y en el campo de desplazados, donde Lewis había contado con mostrar a Shaw (y al fotógrafo del periódico *Die Welt* que lo acompañaba) algunas imágenes irrefutables de miseria, la presencia de las organizaciones benéficas era perceptible. Allí estaban la Cruz Roja, la Sociedad Cuáquera y el Ejército de la Salvación, cuya banda de metal tocaba villancicos

mientras sus colegas repartían platos de sopa y paquetes de comida a los desplazados que hacían cola.

—Me alegra ver que les están dando de comer, coronel.

—Este mes han muerto veinte personas de hambre, ministro. Y la cosa va de mal en peor. Sin los paquetes de comida esta gente se moriría de hambre. Alemania no puede alimentarse a sí misma.

—Pero alrededor hay tierras de cultivo fértiles.

El fotógrafo intentaba hacer posar a Shaw para la siguiente toma.

—Los rusos tienen el granero pero no quieren compartirlo —replicó Lewis, sabiendo que Shaw solo escuchaba a medias—. Las provisiones de la ciudad suelen llegar de tierras de cultivo que ahora se encuentran en la zona rusa, pero los rusos se niegan a darnos más grano hasta que desmantelamos más fábricas. Como consecuencia, el noventa por ciento de los alimentos de la zona británica es importado. Estamos hablando de dos millones de toneladas de comida al día, ministro. Y los barcos ya no pueden atravesar el hielo. Si desmantelamos las fábricas los alemanes perderán sus empleos. Por otra parte, muchos de ellos tampoco pueden trabajar hasta que los acrediten por medio del proceso de desnazificación. Es un círculo vicioso.

Shaw asintió pensativo, pero Lewis tenía la impresión de haberle dado más información de la cuenta, yéndose por las ramas en lugar de ir al grano. Y el fotógrafo interfería.

—Ministro, si pudiera colocarse detrás de la mesa de caballete. Me gustaría fotografiarlo entregando un paquete.

Para Leyland, el oficial supervisor del *Die Welt*, las instrucciones eran claras: presentar a la sociedad alemana una imagen favorable de los británicos, al compartir hombro con hombro las penalidades del pueblo. Ya tenía en el rollo unas cuantas fotografías que salvaban su reputación: Shaw sentado en un aula al lado de tres colegialas alemanas sonrientes que examinaban aplicadamente un libro de historia con una ilustración del Parlamento («Los niños alemanes aprenden las nociones básicas de la democracia»); Shaw de pie junto a un molde de imprenta del *Die Welt* («Los británicos disfrutaban una vez más de las ventajas de una prensa libre»). Pero sin duda la foto del día sería: «Ministro entrega paquetes de comida a alemanes agradecidos», pues proporcionaría el sincretismo que todo el mundo necesitaba, ya que mostraría a los alemanes que los británicos eran compasivos y competentes, aquietaría las críticas que se hacían al Consejo de Control y retrataría a Shaw como un hombre de acción. Shaw sabía qué tenía que hacer: preguntar algo, estrechar una mano, poner cara de preocupación.

Shaw saludó a una anciana en alemán y se agachó magnánimamente para darle el paquete. La mujer lo cogió con una mueca y se fue sin decir una palabra, impasible

frente a la estudiada compasión del ministro. El fotógrafo disparó, pero ¿dónde estaba el agradecimiento? Necesitaba captar la gratitud. A continuación se acercó a la mesa una madre con una niña colgada de la cadera. El fotógrafo la enfocó. Shaw bendijo instintivamente a la niña con una mano enguantada y le entregó el paquete de comida como un Papá Noel vestido con ropa de calle. El fotógrafo se agachó, enfocó y disparó.

Un joven desaliñado que había estado siguiéndolos desde que habían llegado al campo gritó a Shaw:

—*Tommy gibt uns mehr zu essen, sonst werden wir Hitler nicht vergessen!*

Esas palabras se las habían gritado a Lewis en dos ocasiones, la primera una mujer mientras robaba carbón en la estación Dammtor y la segunda un chico en el Goosemarket, el mercado de las ocas.

Leyland le dijo al joven que circulara y se disculpó a Shaw por la grosería que le había soltado.

—Pero ¿qué ha dicho? —preguntó Shaw mirando a Ursula.

—Ha dicho: «Tommy, danos más de comer o no olvidaremos a Hitler».

Shaw pareció más satisfecho que ofendido. El desafío le brindaba la oportunidad de demostrar algo.

—Pregúntele si lo dice en serio.

Ursula tradujo la pregunta de Shaw al hombre, cuya respuesta llegó con firmeza y un atrevido desdén.

—Dice que antes estábamos mejor que ahora. Las cosas nunca estuvieron tan mal..., ni siquiera en los últimos días de la guerra.

El fotógrafo, que seguramente temía por su atesorado empleo, le pidió al alborotador que bajara la voz. Pero Shaw parecía sinceramente interesado y se volvió de nuevo hacia Ursula.

—Pregúntele si no agradece su libertad.

En respuesta, el hombre señaló una de las barracas prefabricadas. Ursula tradujo de nuevo:

—«¿A eso le llama libertad? He estado en tres campos desde el final de la guerra, en Bélgica, en Colonia y ahora aquí. Hace nueve meses que no veo a mi mujer. ¿Por qué? ¿Porque luché por mi país?»

—¿Qué mejoraría la situación? —preguntó Shaw.

El hombre murmuró una respuesta.

Ursula contuvo una sonrisa y se miró el dorso de las manos.

—¿Qué ha dicho?

—Él... solo está irritado —replicó Ursula, intentando proteger al hombre de sí mismo antes que a Shaw de los insultos—. Es el estómago el que habla.

Shaw quiso demostrar que era un hombre duro en campaña electoral.

—Es libre de hablar. No me importa. Vamos, ¿qué ha dicho?

Ursula titubeó y miró a Lewis pidiéndole permiso.

—Creo que es importante que el ministro oiga lo que ha dicho el hombre —  
apuntó Lewis.

—Ha dicho: «Dejad de tratarnos como criminales. Y luego... volved a Inglaterra».

—Sospecho que ha sido más fuerte que eso...

Lewis trató de no sonreír e hizo un gesto a Ursula para que lo tradujera todo.

—Se traduciría más o menos como: «Volved a vuestra puta Inglaterra».

Lewis acompañó a Ursula a su casa en coche prestando poca atención a la carretera, con la cabeza llena de todo lo que había querido decir a Shaw.

—Gracias —le dijo ella.

—¿Por qué?

—Por intentar decir las cosas difíciles.

—No he dicho las suficientes. No me he explicado con claridad. Era una oportunidad para cambiar algo. Ahora regresará a Londres y nadie sabrá lo grave que es la situación aquí.

—Es duro con usted.

—Soy un imbécil. He desperdiciado la oportunidad.

—Usted no puede hacerlo todo.

Eso sonó a justificación. Más adelante en la carretera encontraron un camión que había derrapado debido al peso del remolque y se había subido a la acera; las huellas del accidente ya estaban cubiertas de nieve recién caída. Al pasar por delante, Lewis vio salir de la cabina una figura con algo en las manos. Fingió no verla.

—No tiene que acompañarme todo el camino.

—No voy a permitir que camine sola por aquí.

—Pero no le va de paso.

—Insisto en acompañarla.

La potente calefacción del coche expulsaba aire caliente a los pies de Lewis, y el calor empezó a ascender hasta envolverle el pecho; notó un hormigueo en las puntas de los dedos a medida que recuperaban la circulación. Al elevarse la temperatura, los olores a lana húmeda, tabaco y lencería se mezclaron en el interior del coche.

—¿Cómo han dicho que lo llamaban? ¿Lawrence de Hamburgo? ¿Es un insulto o un elogio?

—Depende de quién lo diga.

Era Barker quien le había puesto ese apodo y, en aquel momento, Lewis no se había opuesto a ello; satisfacía una vanidad secreta.

—Se refería a T. E. Lawrence. ¿Lawrence de Arabia?

Ursula no había oído hablar de él.

—Fue un teniente británico inadaptado que estuvo destinado en Egipto durante la Primera Guerra Mundial. Conocía y comprendía bien a los nativos..., los beduinos. Escribió un libro titulado *Los siete pilares de la sabiduría*. Es una especie de Biblia para mí. Lo llevo a todas partes. Barker a veces me llama Lawrence. Debió de oírlo alguien de la oficina.

—Me interesa conocer a ese personaje.

—Siempre desobedecía a las autoridades y tomaba partido por los lugareños. El ejército lo tenía por un insolente. Lo odiaban porque le gustaban más los nativos que sus compatriotas. Le prestaré mi ejemplar. Está dedicado. Conocí a Lawrence personalmente, en un acto del ejército.

—¿Cómo era?

—Daba la impresión de querer estar en otra parte.

—¿Usted prefiere a los nativos?

—Es una crítica que me hacen a menudo. Lo dice hasta mi mujer.

El ruido como de chapoteo que hacía el coche al deslizarse por la carretera pasó a ser un crujido encubierto y Lewis lo notó en las ligeras vibraciones del volante. El solo hecho de mencionar a Rachael le hizo aferrar el volante con más fuerza.

—Creo que ella ha sido muy valiente compartiendo la casa... con la familia alemana. No lo habría hecho mucha gente.

Lewis sabía que era cierto, aunque no se había parado a pensar en Rachael como en una mujer valiente.

—¿Se ha... adaptado?

Adaptado. Ahora había un término.

—Creo que... está en ello. No estaba..., no ha estado... muy bien. Le ha costado mucho superar la pérdida de nuestro hijo mayor.

Lewis solo le había dado a Ursula el dato de la muerte de Michael al enterarse de su propia pérdida. Le pareció un intercambio justo, un marido muerto por un hijo muerto, pero no había entrado en detalles. Ni tenía intención de hacerlo.

—Creo que a mí me costaría mucho. Me refiero a vivir con el viejo enemigo al que culpo de la muerte de mi hijo. Y luego tener un marido que se preocupa tanto por ese mismo enemigo. Debe de ser difícil.

Ella lo había deducido todo a partir de muy poca información. ¿Cómo había llegado tan deprisa a esas conclusiones?

—Sí. Pero tiene que... —Lewis se interrumpió. Estaba dando demasiada información.

—¿Tiene que?

—Hummm... Yo había esperado que con el tiempo... pasara página.

—¿Por qué? El tiempo no sirve para nada.

Lewis no tenía respuesta.

—La muerte de un hijo no se cura —continuó Ursula.

Lewis exhaló tan profunda y prolongadamente el aire que cubrió el parabrisas de vaho. Alargó una mano para limpiarlo con el guante.

—Este clima es extraordinario.

Ursula comprendió el mensaje.

—Lo siento. No es asunto mío.

—No, no. No se preocupe.

Se hizo un silencio.

—Tiene otro hijo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo es?

Pensar en Edmund le hizo sonreír. Le gustaba y quería conocerlo mejor; pero el hecho de no conocerlo bien lo inquietaba y le impedía expresarlo en palabras.

—Es... un buen chico...

De pronto le resbaló el volante de las manos, que giró en el sentido de las agujas del reloj y en el contrario como si lo moviera un chófer fantasma borracho. Cuando recuperó el control, el coche ya estaba patinando de lado, realizando un elegante y engañosamente tranquilo trompo; en lugar de oponer resistencia él dejó que se deslizara por la carretera hasta donde quisiera ir. En algún momento se oyó a sí mismo decir «Agárrese», al tiempo que alargaba el brazo derecho por delante del abdomen de Ursula, y lo dejó allí hasta que el coche, con suavidad y sin ruido, chocó contra un profundo montículo de nieve. No apartó el brazo ni siquiera cuando el coche se hubo detenido y durante una fracción de segundo desobedeció el instinto de retirarlo.

—No sé qué ha pasado —dijo—. Es... el volante que...

El brazo continuaba allí como una barrera, sin ofrecer ya protección. Lo miró con atención, esperando a ver qué hacía Ursula. Ella lo asió con la mano izquierda y lo levantó.

—Lo siento. No quería...

—No se preocupe, coronel. Ha sido un desliz.

El coche se había empotrado con tanta firmeza en el banco de nieve que Lewis decidió que acompañaría a Ursula andando y luego se dirigiría al Club de Oficiales de la calle Jungfernstieg, donde buscaría un medio transporte para volver a su casa y llamaría a la unidad de mecánicos para que rescataran el coche cuando pudieran. Se moría de ganas de fumar, pero hasta el alijo del apoyabrazos del coche estaba vacío.

—La acompañaré a casa andando.

—No es necesario, coronel.

—No me importa.

Echaron a andar por la desierta Neuer Steinweg de esa parte vieja e intacta de la ciudad y, empujado por la vergüenza de su indiscreción, Lewis apretó el paso.

Rachael siempre le había tomado el pelo por su inocencia con todo lo relacionado con el sexo opuesto. Era su mejor defensa cuando estaba lejos de casa; su fidelidad siempre le había permitido sobrevivir a situaciones que para otros eran demasiado tentadoras. Los líos entre sus compañeros del ejército eran bastante comunes y a menudo se hacía la vista gorda a sus frecuentes aventuras. Pero él nunca se había visto atormentado por la tentación que a menudo consumía y a veces destruía a hombres totalmente racionales. En una ocasión se había preguntado si tenía algún problema en ese sentido. Una noche, en Bremen, el que entonces era el segundo al mando, Blackmore, lo acusó de ser un «monje sin agallas». Ocurrió durante las primeras semanas de paz, cuando las celebraciones se habían vuelto orgiásticas, con pelotones enteros de hombres apareándose con las mujeres del lugar. Él había tenido que rescatar al recién casado capitán para impedir que renunciara a todo por una camarera. «Es usted un puto monje sin agallas, Morgan. Un monje sin agallas —le había dicho mientras Lewis esperaba en la puerta a que se vistiera—. ¡Vamos, mírela! ¿Cómo puede resistirse? ¿No la desea?» La agotada chica dormía profundamente con una pierna extendida sobre la sábana. Era pálida, suave e incitadora, pero no, no la había deseado. Y no por falta de glóbulos rojos o por un exceso de autocontrol, como lo había acusado Blackmore. Solo tenía esa clase de mirada para su mujer. Sin embargo, al observar a Ursula dando saltos de antílope para evitar hundirse en los tramos de nieve más profunda, se preguntó si podía confiar en esa protección. Había advertido cosas acerca de ella —movimientos casi imperceptibles, pequeñas miradas— que nunca había creído advertir en nadie aparte de Rachael; observaciones minuciosas, penetrantes y claras. Era como si le hubieran dado unas gafas que ponían al descubierto una miopía de muchos años. ¿Qué vería Rachael ahora si lo observara por un agujero? ¿Vería a un oficial británico comportándose de un modo decente o a un marido dando los primeros pasos indecisos hacia una aventura amorosa? Sabía qué pensaría Blackmore —o, de hecho, la mitad de los hombres del cuartel general—, pero ¿qué pensaba él? ¿Estaba acompañando simplemente a su intérprete a casa o su galante insistencia encubría intenciones poco caballerosas? Aquel frío lo estaba volviendo necio y bruto.

Llegaron a un edificio de seis plantas situado frente a una vieja casa de mercader. Ursula empezó a buscar las llaves en el bolso.

—Este es el apartamento de mi tía.

Por supuesto. Ella vivía con su tía. Por esa razón había intentado llegar a Hamburgo después de huir de los rusos.

—Le invitaría a tomar un café pero mi tía es una cotilla.

—No... se preocupe. No esperaba que me invitara.

—Gracias por acompañarme. Le veré mañana en la oficina.

—Sí. Si el tiempo lo permite.

Ya acostada, Rachael repasaba una y otra vez en su mente la discusión con Lubert, recordando vívidamente palabra por palabra hasta el momento en que él la había besado. Pese a lo estupefacta que la había dejado el beso, no se sentía ofendida. Había habido algo casi entrañable; el hecho de que apenas le hubiera rozado las comisuras o cómo había esperado de manera infantil que ella lo abofeteara después. Se había sorprendido a sí misma pidiendo enseguida una tregua, pero desde entonces no tenía paz. Quería preguntarle por qué había dicho ciertas cosas sobre ella, sobre su pasado, su pérdida, su matrimonio. Él había descrito con bastante exactitud su condición y eso la había desconcertado; era la sensación, que de entrada no había reconocido, de sentirse comprendida.

«Me habría resultado más simpática si la hubiera conocido antes..., no es la misma». «No es la misma». Lewis se lo había dicho varias veces desde la muerte de Michael y Edmund debía de habérselo oído decir. Lewis no lo decía como una crítica; si acaso, intentaba infundirle aliento. No obstante, llevaba implícito un deseo, la esperanza de que volviera a ser la persona que tan fácil le había resultado amar. La persona que había sido antes de la bomba, que no se paraba a pensar si era feliz o si quería hacer el amor. Sin embargo, ella ya no podía dar marcha atrás. Esa inocencia había desaparecido. La bomba la había destrozado y no veía el modo de volver a ser algún día esa persona. Y si Lewis no se daba cuenta de eso, nunca podría ayudarla. Cuando ella le había preguntado: «¿Qué amabas antes de mí, Lew?», él se había limitado a responder: «No sé explicarlo. Sencillamente te quiero, Rach». Si quería sanar algún día, necesitaba que alguien se lo aclarara.

Alargó un brazo hacia el espacio vacío que había a su lado. Estaba frío; aunque se había acostumbrado a tener la cama para ella sola, el cuerpo caliente de Lewis debería haber estado allí. Buscó a tientas su pijama doblado debajo de la almohada para confirmar su ausencia. Palpó la tela y la tira que servía para sujetarlo. Durante todo el primer año de su matrimonio se habían acostado desnudos incluso en invierno. Entre ellos no existían barreras ni vergüenza. Por supuesto, entonces tenían la energía de la juventud, y la seguridad y la libertad de un pasado sin tacha. Pero con los años habían ido cubriéndose bajo capa tras capa. Y desde que a raíz de la muerte de Michael se había puesto las rígidas ropas de luto, Rachael se preguntaba si algún día podría despojarse de ellas.

Se sentó. En alguna parte de la casa había una luz encendida que iluminaba una franja del suelo a través de un resquicio entre las cortinas. Encendió la lámpara de la mesilla de noche. Le entraron ganas de tomar un vaso de leche caliente, una costumbre que había adquirido durante la guerra, cuando Lewis estaba lejos.

Escuchó la noche. Era silenciosa salvo por los chasquidos y golpeteos metálicos de los radiadores. Al final se levantó de la cama y miró a través de la cortina. La luz del piso de abajo estaba encendida. Tal vez Lewis había vuelto y se estaba preparando una copa. Se puso las zapatillas y la bata, y fue a echar un vistazo.

En la chimenea del vestíbulo brillaba una sola brasa. Alzó la vista hacia el conflictivo cuadro de la doncella desnuda y se enfadó consigo misma por haber permitido que el espíritu controlador de la señora Burnham hablara por ella. A su manera, Rachael valoraba el cuadro; era de un gusto exquisito; hermoso e inofensivo, pintado con la más sutil delicadeza. Quizá hiciera un esfuerzo y le preguntara a herr Lubert sobre la historia que había detrás de él. Y a continuación le preguntaría sobre su propia historia.

La luz del salón estaba encendida y entró esperando encontrar a Lewis recostado en el Mies van der Rohe con un whisky. Pero no había nadie en la habitación.

Se acercó a la ventana salediza con vistas al césped trasero que descendía en suave pendiente hasta la orilla del río. Al otro lado del agua parpadeaban luces, y seguía nevando sin parar. Bajó la vista hacia el Elba; no lo veía aunque sabía que estaba allí, fluyendo hacia una Inglaterra que cada vez le resultaba más difícil imaginar.

De pronto se movió algo en el césped. Era del tamaño de un ciervo o un perro muy grande, pero demasiado bajo para ser uno de esos animales, y tenía una gruesa y curvada cola de la longitud de un brazo. Apagó la luz para ver mejor, y allí, cruzando el césped cubierto de nieve con aire imperturbable, había un gran gato negro lo bastante voluminoso para ser un leopardo o incluso un león pequeño, lánguido y despreocupado. No debería haber estado allí pero estaba, y parecía sentirse a sus anchas, en su hábitat natural.

—Espera —dijo ella—. Vuelve.

Quería que el gato se detuviera, para cerciorarse de que era la criatura que creía estar viendo. Quería que se parara a descansar y viera cómo lo observaba; que se volviera y clavara los ojos en ella, y le lanzara una mirada elocuente, llena de complicidad; pero el animal siguió andando sin mirar atrás y se esfumó en la noche.

Lubert y Frieda estaban cenando un huevo pasado por agua y pan moreno untado con margarina Petersen y Johannsen. A Lubert le maravillaba la capacidad que tenía la especie humana —en concreto, él— para adaptarse a circunstancias más modestas y recalibrar las expectativas en consecuencia. Incluso en los desesperados últimos años de la guerra, una cena de esas características habría sido tachada de mísera; no obstante, ahora él saboreaba cada bocado y hasta la viscosa margarina le parecía deliciosa.

—Frieda, ¿me pasas la margarina?

Frieda deslizó la tarrina de porcelana por la mesa y, encorvada en la silla, con la frente grasienta, un par de granos a punto de brotar, el pelo trenzado y las manos todavía sucias del polvo de los escombros, continuó mojando el pan en el extremo estrecho de su huevo pasado por agua. Los silencios durante las comidas se habían vuelto tan corrientes, que Lubert había empezado a leer, algo que Claudia habría deplorado y un indicio más de que la influencia de su difunta mujer se estaba desvaneciendo. «Stefan, ¿vas a comer con nosotras?», le preguntaba en mitad de una comida en la que él solo estaba presente físicamente, pues se había enfrascado en el periódico. «¿De verdad que el mundo de las discusiones entre hombres es más interesante que yo?»

Debajo del plato Lubert tenía el *Die Welt*, abierto por un reportaje sobre el número de alemanes que vivían en campos en la zona británica. Desde el imprudente beso que había dado a frau Morgan medio esperaba el aviso de desalojo. Aunque ella lo había perdonado enseguida, él notaba cómo las ramificaciones del acto se extendían por las habitaciones del piso de abajo. Quizá se parecía más a su hija de lo que quería admitir. Los dos eran obstinados y un poco imprudentes. Y él, como ella, sentía pocos remordimientos por sus acciones.

—La otra noche vi a alguien entrar en la casa de Petersen —comentó, impulsado a hacer un esfuerzo para hablar con su hija y dejar de pensar en Claudia—. Yo iba a detenerlo pero luego pensé no, también ellos pueden usarlas. Es escandaloso que todas esas casas estén vacías. No tiene sentido.

Frieda siguió comiendo, sin mirarlo.

—Pobre Petersen.

Lubert untó más margarina en el pan moreno. Si tener que comer en la vieja cocina de Greta suponía una degradación, pensar en su vecino viviendo en alguna barraca prefabricada lo ayudaba a ver las cosas en su justa medida. El magnate de la margarina había tenido en otro tiempo un Rolls-Royce, un caballo de carreras y un enorme velero con el que navegaba por el Elba como un doble de Von Spee. Su mansión de la Elbchaussee había sido la primera que habían requisado, junto con su

barco, su caballo y su orgullo; no solo había sufrido la humillación de que lo trasladaran a las barracas prefabricadas de Hamm, sino que nueve meses después su propiedad seguía vacía; los británicos no habían podido ocuparla o se habían olvidado de ella.

—¿Qué tal va la recogida de escombros?

—Hay mucho trabajo.

—Tu madre se sentiría orgullosa de ti.

—¿Lo has olvidado? Está muerta.

—No, no lo he olvidado, Freddie. ¿Cómo podría hacerlo? Sé cuánto la busqué todos esos meses porque no quería aceptarlo. Pero ahora lo he aceptado.

No podía ir más allá en sus intentos de llegar a su hija sin toparse con una piedra. Y esa era la veta que no podía perforar, los duros cimientos de toda la ira que había acumulado dentro de ella. Una llamada a la puerta le ahorró más excavaciones inútiles.

—Pase —dijo Lubert, esperando ver aparecer a Heike.

Era Rachael. Lubert se levantó, más por los repentinos nervios que por cortesía. Seguramente había llegado el momento. Por lo que él sabía, era la primera vez que Rachael entraba en sus habitaciones. Quizá el coronel lo esperaba en el piso de abajo para tener unas palabras con él. Hablarían del tiempo y luego lo desafiaría a batirse en duelo.

—Frau Morgan.

Rachael abarcó rápida y respetuosamente con la mirada su entorno, la humilde cocina, calculando los metros cuadrados que tenían en comparación con los suyos.

—He encontrado esto en un cajón y me ha parecido que debía devolvérselo. —Le tendió el collar de granates de Claudia.

Lubert lo cogió y, al sostenerlo en la mano y oír el tintineo de las cuentas, acudió a su mente una imagen. Se lo había comprado a Claudia cuando eran novios y a él le preocupaba que no estuviera a la altura de sus joyas heredadas. Pero el palpable entusiasmo de ella al verlo disipó su temor y confirmó lo que él esperaba, a saber, que en realidad no le preocupaba la riqueza.

—Gracias, frau Morgan. —Y, dando el collar a su hija, añadió—: Frieda, es para ti.

Frieda lo cogió y se lo metió en el bolsillo del vestido sin decir una palabra.

Rachael se dirigió directamente a Frieda.

—También quería saber si te gustaría que te arreglaran el pelo. Hemos..., mañana vendrá una peluquera.

Rachael miró a Lubert para que lo tradujera.

—Freddie —dijo él en alemán—. Frau Morgan está ofreciéndote amablemente una sesión de peluquería. ¿Te gustaría?

—¿Qué tiene de malo mi pelo?

—Nada. Pero... creo que es un detalle... para una joven. Es un... ofrecimiento amable.

Rachael pareció percibir la incomodidad de Frieda.

—Solo si quieres... —Se volvió hacia Lubert—. No tiene que responder ahora. Renate vendrá mañana. Si ella quiere, podría subir aquí a media tarde.

Lubert pensó que Rachael estaba distinta ese día. La coraza había desaparecido.

—Gracias. ¿Frieda?

—*Danke*.

Lo dijo en un murmullo, pero era un gracias de todos modos.

Esqueleto llevaba retraso. Quizá fuera por el tiempo, pero eso nunca lo había detenido. Tal vez se debiera a su frágil pecho —decía que la vulnerabilidad de sus pulmones le había impedido ingresar en la Wehrmacht—, aunque en las últimas semanas tenía buen aspecto: estaba menos cadavérico que de costumbre, con un color de tez más rosado; herr Koenig ya no era el hombre inmerso en la senectud que Edmund había conocido. El pastel y la leche que Heike le llevaba, y las chokolatinas que él mismo le proporcionaba, le daban un aspecto más lustroso. Ya empezaba a quitarse el abrigo durante las clases, y hablaba incluso de sus ilusiones.

Edmund observaba la entrada atento como un centinela, esperando ver cómo una figura oscura interrumpía la blanca escena. Estaba impaciente por que llegara su profesor. Aquel era el último día antes de Navidad y quería hacerle un regalo sorpresa: los cuatrocientos cigarrillos que le permitirían obtener un *Persilschein* y ser libre para empezar una nueva vida en Wisconsin con el hermano del Buick con un megáfono en el techo. Después de declinar la ayuda que Edmund le había ofrecido, herr Koenig había cambiado de opinión, diciendo que si el Robin Hood de Hamburgo podía echarle una mano para llegar a Estados Unidos se lo agradecería mucho (siempre que no dijera nada a nadie). El halago de que lo compararan con el gran héroe ladrón de Inglaterra impulsó a Edmund a ser un poco más osado en sus hurtos: conseguir cigarrillos para los salvajes había resultado bastante fácil, y solo había tenido que hacer dos incursiones para reunir los que necesitaba su profesor. Los cuatrocientos —escondidos en el piso de abajo, dentro del maletín de médico que utilizaba para guardar sus juguetes— se encontraban en ese momento a los pies de la silla vacía de Koenig.

Heike entró con un pedazo de bizcocho y un vaso de leche, pero herr Koenig seguía sin aparecer.

—Hola, Edmund.

—Hola, Heike.

Como el alemán de Edmund había mejorado mucho, los dos habían empezado a

tratarse con flirteante confianza adoptando un saludo inspirado en la original metedura de pata lingüística de Edmund.

—¿Cómo estás hoy?

—Hoy estoy muy bien.

—Eres una muchacha deliciosa.

—Y tú eres un niño delicioso.

Ella dejó la bandeja en la mesita de café.

—¿Dónde está herr Koenig?

Edmund se encogió de hombros.

Heike se acercó a la ventana para mirar, rozando peligrosamente con los pies el regalo con el que Edmund cambiaría la vida del profesor. Hizo una pequeña imitación de Koenig, levantando las manos como si fueran dos patas y frunciendo la boca y la nariz como un roedor.

—¡Tal vez... sigue bajo tierra! —La criada era cómica en cualquier idioma, y Edmund se rio, pese a sentirse un poco desleal con su profesor.

Heike curioseó por la habitación y su mirada se posó en el libro de Edmund.

—¿Qué es?

El niño bajó la vista hacia la traducción al alemán de *Los viajes de Gulliver* que Lubert le había prestado y que había empezado a leer en voz alta con herr Koenig. Le enseñó su ilustración a color preferida, Gulliver inmovilizado por los liliputienses.

Heike la miró asombrada.

—Léeme un poco... —ordenó.

Edmund abrió el libro por una página al azar y leyó con un alemán fluido y seguro:

—«Eso me hacía reflexionar acerca de los hermosos cutis de nuestras damas inglesas, que a nosotros nos parecen tan bellas solo porque son de nuestro mismo tamaño y sus defectos no se ven sino con lupa, aunque a base de experimentar hemos aprendido que los cutis más suaves y blancos son ásperos y toscos a la vista, y de un color feo».

—Las damas inglesas tienen el mejor cutis —dijo Heike—. Mira a tu madre. Tiene una piel preciosa.

Edmund asintió, aunque nunca había tenido motivos para pensar que la piel de su madre era bonita, ni había comparado a las mujeres alemanas con las inglesas para saberlo.

Heike empezó a examinarse el cutis en el espejo situado encima de la chimenea, moviendo el mentón a uno y otro lado, dándose color en las mejillas con pequeñas bofetadas y buscando imperfecciones.

—Muchos caballeros me elogian la piel. Dicen que es como la del melocotón. ¿Crees que es como la del melocotón, Edmund?

Edmund no estaba seguro del significado de la palabra «melocotón», aunque lo entendió bastante bien cuando Heike hizo el gesto de comer una fruta.

—¿Te gusta mi piel?

Edmund se encogió de hombros.

—Inglesito maleducado —dijo ella—. ¿Crees que no tengo admiradores?

Edmund tampoco reconoció la palabra «admiradores». Pero Heike continuó, compartiendo más confidencias.

—Mi Josef se fue al frente oriental y nunca volvió. Quizá tenga que buscarme un inglés. ¿Crees que me convendría casarme con un inglés? ¿Tú qué piensas, Edmund?

¿Le estaba pidiendo que se casara con ella? Él volvió a encogerse de hombros.

Heike levantó un dedo fingiendo que lo advertía.

—¡Ni se te ocurra tocar el bizcocho de herr Koenig! —Puso de nuevo cara de roedor y salió de la habitación.

Edmund se quedó mirando el pedazo de bizcocho y el vaso de leche, pero no lo tentaron. Solo le pusieron triste. Mientras herr Koenig se bebía la leche y se comía el bizcocho, él siempre desviaba la mirada o leía su libro. En parte por respeto, pues le parecía un momento íntimo que a él no le correspondía presenciar, aunque también porque esa rutina del profesor, con los ruiditos que hacía al masticar, los sonidos de succión o la recogida de las migas mientras se relamía los labios manchados de leche, le producía tanta grima como frotar un jersey de lana tosca contra una pared pintada.

El reloj hacía tictac, y el tictac se amplificó en un persistente «Koen-ig, Koen-ig, Koen-ig». Al cabo de unos minutos Edmund dejó el libro y se acercó a la ventana.

—Koen-ig, Koen-ig, Koen-ig..., ¿dónde está?

Todavía no había ni rastro de él, pero mientras observaba las verjas vio aparecer por el camino de entrada el Mercedes de su padre, como un barco negro dividiendo los témpanos de hielo de un mar antártico. Su padre nunca llegaba a casa de día; acostumbrado a irse antes de desayunar y volver ya de noche, podría haber sido fácilmente un ser nocturno. ¿Qué hacía tan temprano en casa? ¿Quizá había recogido a herr Koenig en la carretera?

No obstante, del coche solo se bajó su padre, quien se inclinó de nuevo para coger del asiento su maletín y una carpeta. Luego hizo algo un poco extraño; en lugar de subir directamente los escalones hasta la puerta, se quedó mirando la casa, como si sopesara algún asunto importante. Inspiró hondo, y la magnitud de la siguiente exhalación se hizo patente por la cantidad de vaho que emitió. Subió los escalones despacio y entró por la puerta principal, los tacones de acero se hicieron cada vez más audibles a medida que se acercaba al estudio. Edmund miró el maletín de doctor con su botín, pero era demasiado tarde para esconderlo. Su padre ya estaba en el umbral.

—Hola, Ed.

—Hola, papá.

Su padre esbozó una sonrisa que no le alcanzó los ojos. Cerró la puerta detrás de él y fue a sentarse en la silla de herr Koenig. Se inclinó hacia su hijo, encendió un cigarrillo y echó el humo. Sus movimientos eran precisos y concretos, aunque tan estudiados que no parecían suponerle ningún esfuerzo. Edmund no pasó nada por alto: cómo se mordía el labio superior al exhalar o se rascaba el dorso de la mano y no sostenía el cigarrillo con el pulgar. Su padre era un animal agradable de observar y resultaba más fácil emularlo a él que a su madre, que era más compleja y camaleónica. Pero ese día parecía más serio de lo habitual. ¿Sospechaba algo? Su padre casi nunca se enfadaba con él; sus largas ausencias y el hecho de que casi toda la disciplina la impusiera su madre significaban que no recordaba ninguna ocasión en que su padre lo hubiera reñido. Pese a todo, estaba seguro de que le esperaba una reprimenda.

—¿Estás bien? —le preguntó su padre.

Edmund asintió.

—Estupendo. Me alegro.

Su padre no parecía irritado, aunque a juzgar por la expresión de su rostro tenía algo muy difícil que decirle. De pronto Edmund recordó el día en que había hecho que se sentara para tener «una pequeña charla» tras la muerte de Michael. Una conversación que se desarrolló de la siguiente manera:

—¿Estás bien?

Un gesto de afirmación.

—Estupendo. Me alegro. Hummm, si quieres..., si necesitas hablar de... cualquier cosa..., dímelo.

Un encogimiento de hombros, un movimiento de la cabeza y eso fue todo.

Su padre lo miraba ahora casi del mismo modo.

—Me temo que herr Koenig no va a venir hoy —dijo—. No volverá. Tiene problemas.

—La culpa la tengo yo... —balbuceó Edmund.

—¿Cómo?

—Le dije que se marchara a Estados Unidos.

Su padre parecía confuso.

—Yo... quería ayudarlo. A empezar una nueva vida.

Los cuatrocientos cigarrillos estaban creando un fardo de culpa de tamaño brodingnagiano que iba a atravesar con fuego el maletín o volverlo transparente. Su padre siguió su mirada.

—¿Hay algo dentro de ese maletín? ¿Para herr Koenig?

Edmund asintió.

Lewis se inclinó hacia él con el cigarrillo en los labios y, entrecerrando los ojos a causa del humo, lo abrió.

—Mamá dijo que intentabas fumar menos. Pensé que no los necesitarías.

Lewis observó el botín.

—Me preguntaba adónde habían ido a parar.

—Herr Koenig necesitaba cuatrocientos para conseguir un *Persilschein*.

—¿Cuatrocientos?

—Son cuatrocientos por un *Persilschein*, doscientos por un visado y quinientos por una bicicleta.

—¿Cómo sabes todo eso, Ed? —Su padre parecía divertido..., casi impresionado.

—Por... mis amigos. Los que viven al otro lado del prado. Los chicos sin madre.

—¿Has estado... «ayudándolos» a ellos también?

Avergonzado, Edmund inclinó la cabeza y bajó la voz. Su «sí» fue casi inaudible. Debía de haber pasado un millar de cigarrillos a Ozi en los dos últimos meses a modo de estipendio fijo.

—Solo hacía lo que has estado haciendo tú.

Lewis apagó el cigarrillo en el cenicero de ónice del escritorio.

—Dar es una buena acción, Ed, pero robar no. Aunque intentes ayudar a la gente, esa no es la mejor manera. Deberías habérmelos pedido.

Edmund asintió. Sentía el gran peso de la decepción de su padre. Deslizó la uña de un pulgar arriba y abajo del dorso del otro, reprimiendo sus emociones. No podía mirar a su padre por miedo a echarse a llorar. No debía llorar.

—De todos modos, me alegro de que no se los dieras a herr Koenig. No era el hombre que parecía. Nunca fue maestro de escuela. Trabajaba para la policía especial nazi.

—Pero no pudo ir al frente. Tenía mal el pecho. Yo lo oía resollar a lo largo de toda la clase. Y a él no le gustaba Hitler. Ni siquiera hablaba de él.

—No.

—Pero... no lo entiendo. ¿Estás seguro? No parecía mala persona.

—No hay que fiarse de las apariencias, Ed. A veces... la maldad... está muy escondida.

Edmund se notó un nudo en el pecho. Fueran cuales fuesen los crímenes atroces que había cometido su profesor, le entristecía la idea de no volver a verlo, de que ya no pudiera empezar una nueva vida en Wisconsin. Eso era aún peor que haberse dejado engañar.

—¿Qué será de él?

Su padre se rascó el vello negro del dorso de la mano.

—Probablemente lo meterán en la cárcel.

El bizcocho y la leche parecían desamparados. Koenig nunca bebería esa leche ni se comería ese bizcocho. Edmund clavó la vista en la cubierta de *Los viajes de Gulliver*.

—Entonces, ¿eres partidario del extremo ancho o del extremo estrecho? —le preguntó su padre.

Edmund se encogió de hombros. Sabía que su padre se refería a la guerra que se libraba en el libro entre los que se comían el huevo pasado por agua por el extremo ancho y los que se lo comían por el extremo estrecho, pero no podía responder con ligereza.

—Estaba pensando que podríamos pedirle a herr Lubert que te ayude con tus clases..., al menos hasta que encontremos un profesor sustituto.

Edmund trataba de recordar todos los momentos que había estado con Koenig, buscando las pistas que había pasado por alto, para analizarlo a la luz de esa terrible revelación.

—No parecía mala persona —repitió.

—Yo también pensé que era un buen hombre. Le creí. Y me equivoqué. Pero eso no significa que no debemos fiarnos de la gente. A veces tienes que confiar en malas personas para ayudarlas, aunque ellas traicionen esa confianza.

—Siento haberte cogido los cigarrillos, papá.

Su padre asintió.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —le preguntó Edmund.

—Bueno, puede que me los fume.

Edmund miró fijamente el maletín.

—¿Podría dárselos... a mis amigos? Los necesitan para cambiarlos por algo de comer.

—Deberían conseguir comida en el campo. ¿Dónde viven tus amigos?

—No estoy seguro. Van cambiando.

—¿Son huérfanos?

Edmund asintió.

—¿Cuántos son? —Su padre parecía más intrigado que enfadado.

—Unos seis o siete.

Su padre miró largo rato el maletín, como solía hacer cuando reflexionaba, luego lo empujó con un pie hacia Edmund.

—Asegúrate de que no los cambian todos a la vez.

Rachael repasaba con tinta la última tarjeta cuando Lewis entró en el comedor. Escribió con su historiada caligrafía el nombre —comandante Burnham—, luego dobló la tarjeta y la dejó junto a su plato.

—¿Qué te parece? —le preguntó al verlo.

—Sensacional. Te sienta bien.

—Me refería a la mesa, pero gracias. —Ella se llevó una mano a sus rizos—. He hecho trabajar duro a Renate. Cuando ha acabado conmigo le he pedido que peinara a

Heike. Y luego ha seguido con Frieda, aunque a ella me ha costado un poco convencerla.

—Herr Lubert habrá quedado contento.

—Sí.

—Estas cosas ayudan. Estoy seguro de que Frieda lo recordará.

Rachael se había emocionado al ver cómo Renate apoyaba las manos en los hombros de Frieda y le hablaba con delicadeza para distraerla, antes de deshacerle las apretadas trenzas y dejarle caer el pelo sobre la espalda. «Caramba, ¿a quién tenemos aquí? —había exclamado—. Si se parece a Veronica Lake».

—Ya está —dijo Rachael apartándose de la mesa.

Lewis la abarcó con la mirada. Estaba puesta para ocho comensales y por todo lo alto: la vajilla Wedgwood verde salvia, cortesía de las Fuerzas Armadas de Su Majestad; los candelabros de plata que habían pertenecido a la madre de Rachael (la única plata de la familia que poseían); los individuales con ilustraciones de lugares famosos de Londres, y la cristalería de plomo de Lubert que embellecía todo el conjunto. ¿Qué brindis se habían hecho con esas copas? ¿Qué rostros se habían reflejado ilusionados en ellas? Era alentador que Rachael hubiera rescatado la vieja costumbre de indicar el lugar de cada comensal en la mesa con una tarjeta y dibujado debajo de cada nombre una flor distinta para los invitados femeninos y unas espadas o unos rifles cruzados para los masculinos.

—Está espléndida —dijo Lewis, reprimiendo el pensamiento de que había gente muriéndose de hambre a pocos kilómetros.

Además, esa cena había sido en parte idea de él; era un desafío que le había hecho a Rachael y ella se había mostrado a la altura. Con una tarea entre manos había cobrado vida y Lewis sentía una antigua emoción al contemplarla.

—Susan ha insistido en sentarse a tu lado, así que, por razones de simetría, yo me sentaré al lado del comandante Burnham. Pondré a la señora Eliot junto a tu capitán Thompson, al otro lado del comandante. ¿Crees que congeniarán?

—A las mil maravillas.

—No te pondrás a discutir con él, ¿verdad? Susan dijo que no estabais de acuerdo en nada.

—Mi comportamiento será intachable.

—Puedes hablar de cualquier cosa: de críquet, del tiempo, incluso de política. De todo menos de trabajo. No veo ningún barco..., ¿eh, Lew? ¿Lo harás por mí?

Algo en ella había cambiado; desde aquella tormenta de nieve había asumido el rol de señora de la casa. El personal la obedecía. Asistía a los cafés de «la tripulación», como se llamaban a sí mismas las esposas que se habían conocido a bordo del *Empire Halladale*. Y volvían a utilizar entre ellos los apodos afectuosos.

—¿La ves bien? Falla algo. —Rachael empezó a poner las tarjetas en los platitos,

pero se detuvo al llegar a la mitad—. ¿Pongo los nombres en los platitos o sobre los individuales?

—Nadie se fijará.

—Esta es la clase de cosas que debería saber la mujer de un gobernador. Seguro que Celia tendría algo que decir al respecto. ¿Con qué salió el otro día? Ah, sí. Le dije: «¿Qué?», y ella replicó: «No se dice “¿Qué?” sino “¿Cómo?”». —Rachael imitó el bramido estentóreo de la señora Thompson—. Y cuando dije algo de servir hortalizas para cenar, me corrigió: «No se llaman hortalizas sino verdura, querida».

Rachael volvió sobre sus pasos trasladando las tarjetas de los platitos a los individuales. Lewis hizo lo propio con la suya, y se fijó en que ella había escogido para él su ilustración favorita, la que describía las tropas en el Mall. Miró la tarjeta hecha a mano con los rifles primorosamente pintados.

—Me has dado armas.

—¿Preferirías una flor?

Con esa pregunta burlona y la mirada de tres cuartos que la acompañó, de pronto parecía coquetear.

—Ya está. ¿Qué te parece? Di la verdad.

—Creo que está... —Lewis buscó otra palabra más adecuada que «espléndida»— preciosa.

Le tocó el hombro y se sorprendió cuando ella le cogió la mano. Nunca lograría entender del todo a una mujer como Rachael, pero no hacía falta un cerebro como el de Bletchley Park para descifrar ese código.

—¿Vamos?

—Tendremos que darnos prisa.

—¿Qué hay de Ed?

—Está castigado.

—¿Por qué?

—Se ha quedado fuera hasta tarde jugando con los niños del barrio. No es grave, pero hemos tenido una pequeña charla. Se irá pronto a la cama durante una semana.

Heike entró en la habitación e hizo una reverencia sin levantar la vista del suelo, consciente de que interrumpía un momento de intimidad.

—*Bitte*. Teléfono, herr Morgan.

—Gracias, Heike. —Lewis esperó a que se marchara la criada.

—¿Quién será? —preguntó Rachael.

Lewis suspiró. Sabía que el teléfono, conectado a una extensión de la centralita militar, solo recibía llamadas de un lugar: el cuartel general. Y solo una clase de llamadas: las urgentes.

—¿No vas a atender la llamada?

Era como si tiraran de él dos caballos: la dura bestia de carga del deber y el

voluble semental árabe del deseo.

—Ve pasando que yo enseguida subo.

Unos minutos después Lewis encontró a Rachael de pie frente al espejo del cuarto de baño en bragas, probándose un collar sobre sus pechos desnudos.

—Será mejor que eches la llave.

Él cerró la puerta pero sin llave.

—¿Pasa algo? —preguntó ella mirándolo.

—Ha habido un motín en la fábrica.

—Oh.

—Ha habido disparos.

—Pero... no puedes irte ahora, Lewis. Los invitados llegarán en menos de una hora.

—Lo siento, cariño. Procuraré volver... antes de que acabe la velada.

Ella dejó caer el pesado collar en el lavabo y se tapó los pechos con el brazo derecho.

—Adelante entonces. Ve a salvar Alemania. —Lo dijo con un antiguo hastío, más resignada que enfadada.

Luego, sin dejar de taparse los pechos, lo despidió con un ademán indiferente y le dio la espalda.

Rachael abrió la puerta con el escotado traje de noche de lentejuelas azul pavo que ninguna mujer había igualado en las veladas de antes de la guerra. Llevaba el cabello recogido dejando a la vista el cuello y la mandíbula, y el collar de lapislázuli atraía la mirada hacia sus otros atractivos. Se había vestido para acallar las voces que oía en su cabeza y demostrar a sus invitados que aún estaba llena de vida y era perfectamente capaz de funcionar sin un marido al lado. Tenía treinta y nueve años. No estaba acabada.

Susan Burnham admitió la derrota antes de quitarse siquiera el abrigo.

—¡Rachael Morgan, te has superado a ti misma! —Le entregó un *trifle* en un pesado bol de vidrio tallado—. Hay suficiente jerez ahí para hacer una fiesta aparte. Recuérdame que me lleve el bol cuando me vaya.

—Estás... tolstoiana —comentó la señora Eliot.

—Me lo tomaré como un cumplido, Pamela. Tú también estás encantadora. Las dos lo estáis.

Mientras los invitados daban sus abrigos a Richard, ella anunció en voz baja:

—Ha habido una emergencia. Lewis os pide disculpas y espera estar de vuelta a tiempo para el postre. ¿O debería decir pudín, Celia?

—Siempre pudín. Postre es para otros rangos. —La señora Thompson estaba tan segura en su papel de ministra de la etiqueta que pasó por alto que era una broma.

Rachael estaba resuelta a evitar que la ausencia de Lewis ocupara más espacio que el estrictamente necesario. Les permitió una sola ronda de reacciones —«¡Qué lástima!» «¡Qué decepción! «¡Pobrecillo!»— y a continuación los condujo a la chimenea, donde Heike esperaba con las bebidas. Aun antes de que los Eliot, los Thompson y los Burnham estuvieran bebiendo a sorbos sus pink gins y brindando por el reencuentro de la «tripulación del *Halladale*», Lewis había sido olvidado.

—Bueno, aquí estamos todas de nuevo —dijo Rachael, alzando la copa—. Por la tripulación.

—Por la tripulación —repetieron las mujeres.

—Es curioso lo bonito que lo recuerdo todo ahora —observó la señora Eliot—. Entonces estaba mareada por completo.

—Es una suerte que no se encuentren hoy a bordo de ese barco —señaló el capitán Eliot—. El mar está helado.

—Según las noticias oficiales es el diciembre más frío desde que se tienen datos —declaró el capitán Thompson—. En Camberley todos dicen que no recuerdan nada igual. En Kent han alcanzado los tres metros de nieve. Y en Devon están a veinte bajo cero.

—Al menos ellos tienen calefacción. Y comida. —Siempre podían contar con que la señora Eliot, que era la conciencia intranquila de la tripulación, los hiciera regresar a través del mar del Norte al vetusto y duro suelo de Hamburgo—. Nos encontramos con que la tinta de los tinteros del colegio se había congelado. Y ayer vi a un chico junto a nuestros cubos de la basura tratando de lamer los restos de una lata de arroz con leche. Iba en bata y tenía los pies envueltos en bolsas de papel. Daba lástima verlo.

La señora Burnham suspiró.

—Pamela, ¿podemos pasar una velada sin pensar en el sufrimiento del mundo?

—Estoy segura de que podrás soportarlo, Susan —dijo Rachael lanzándole una mirada que decía: «Voy a ser yo quien marque el tono de la velada», antes de alentar a la señora Eliot a continuar—: ¿Qué tal te va con el grupo que llevas, Pamela? ¿El de debate?

La señora Eliot había encontrado una salida natural para su preocupación constante en uno de los grupos para mujeres al que Rachael había evitado escrupulosamente apuntarse: un grupo anglo-alemán fundado por el capellán del barrio, el coronel Hutton, en un intento por alentar a los alemanes a discutir con libertad.

—Se está haciendo muy popular. Aunque sospecho que la mayoría viene por las galletas gratis y la habitación caldeada. Se sientan, un poco rígidos al principio, pero con la ayuda del té enseguida se relajan. Hemos tenido varios debates fantásticos, con discusión incluso. Tuvimos uno fascinante sobre las diferencias entre el carácter

inglés y el alemán. Y el tema que se debatió la semana pasada fue «¿El lugar de la mujer debería ser el hogar?».

—Depende del hogar —la interrumpió Susan, sin molestarse en disimular su abierta impaciencia por toda esa «indulgencia humanitaria».

Pero Rachael se mostró interesada. La señora Eliot había encontrado algo práctico en que volcar su nerviosa seriedad y parecía vigorizada por ello.

—Continúa.

—No están acostumbrados a debatir nada o a mostrarse públicamente en desacuerdo con la mayoría, pero están pillándole el truco. Es más difícil con los más jóvenes. A ellos les van más los juegos. No obstante, las discusiones son un reto. Muchos de ellos están desilusionados y recelosos, y no parecen tener esperanzas.

Rachael pensó en Frieda.

—El coronel Hutton está tratando de mostrarles que tienen un futuro. Que la vida tiene un sentido y un propósito.

—¡Como comer y beber, y no dar la lata hablando sobre el sentido de la vida! —exclamó Susan, que mostraba una actitud realmente combativa esa noche.

—No le hagas caso, Pamela —dijo Rachael, antes de coger la jarra de cóctel de las manos de Heike y volverse hacia los hombres—: ¿Más ginebra, caballeros?

Lewis era casi clarividente a la hora de decidir cuándo volver a llenar una copa y Rachael se había propuesto mantenerlos bien surtidos en todo momento. Los capitanes estaban bien, absortos en una discusión sobre la temporada de críquet que acababa de terminar. Pero el comandante se encontraba un poco aparte, dando vueltas a su copa que ya estaba casi vacía. Rachael se acercó y se la llenó sin preguntárselo.

—Me alegro de conocerlo por fin, comandante. Susan me ha hablado mucho de usted.

En realidad no era el hombre que había imaginado: la imagen que tenía de él, construida a partir de los informes de Lewis y de las anécdotas de la señora Burnham, era la de un ideólogo frío y ambicioso cuya implacable determinación por erradicar el virus nazi de la zona lo había convertido en un pelmazo sin sentido del humor; no esperaba encontrar a ese hombre tímido, casi cohibido, de aspecto moreno y levantino. Su aparente modestia —podría haber sido un autodesdén calculado— minaba su reputación de hombre severo. Tal vez Lewis lo había malinterpretado.

—Veo que has tapado la mancha. —Como cabía esperar, los ojos de Susan Burnham se habían posado en el nuevo cuadro que colgaba sobre la repisa de la chimenea.

—Sí.

—Seguro que supone una mejora con respecto al antiguo.

—No era... lo que nos pensábamos.

—¿Se lo preguntaste?

—Se... ofendió mucho.

—¿Y tú le creíste?

—Sí.

Rachael no quería que se entretuvieran allí; dio unas palmadas para atraer la atención de los invitados.

—¿Entramos?

La señora Burnham entrecerró los ojos.

—Señora Morgan, esta noche estás desconocida.

Heike sirvió el primer plato, un consomé de cebolla con un toque especial que los llevó a todos a elogiar a la cocinera a partir de la tercera cucharada. Las conversaciones, siempre triviales, se entremezclaban de un lado a otro de la mesa hasta que llegó el plato principal y Rachael decidió prestar atención al comandante Burnham, a quien tenía sentado a su lado. Si él se había mostrado callado y ausente durante la conversación de grupo, en el *tête-à-tête* pareció concentrarse.

—Debe de tratarse de algo serio para que Lewis no haya podido dejarlo para mañana.

Rachael no estaba segura de si se suponía que ella tenía que saberlo ni de si debía decir algo al respecto. Como la mayoría de las esposas de militares, estaba tan acostumbrada a no hablar de maniobras y misiones, que era normal que fuera poco explícita.

—Se toma muy a pecho todo lo que ocurre en el distrito.

—¿Por nuestro futuro renuncia al presente? —Era una indirecta de lo más sutil pero dio pie para que ella replicara:

—Desde luego, está combatiendo en tiempos de paz como lo hizo en tiempos de guerra.

—En cierto sentido la paz es más difícil. Cuesta más avistar al enemigo.

—A Lewis no le gusta la palabra «enemigo». La ha prohibido. Pero él tarda menos en perdonar que yo.

—Quizá tenga menos que perdonar que usted.

Lewis había dicho en una ocasión que el perdón era el arma más poderosa de su arsenal. Y aunque Rachael creía que era cierto en sentido abstracto, Burnham acababa de verbalizar lo que ella pensaba pero no era capaz de decir: que era más fácil para Lewis perdonar porque no había experimentado la pérdida del mismo modo que ella. Para él todo había ocurrido en la distancia; ella en cambio había estado allí. «No estoy segura de que puedas medirla», le había dicho entonces. Aunque eso era ir justo en la dirección que quería evitar.

—Susan me advirtió que es usted un gran interrogador. ¿Cómo va todo el asunto de los cuestionarios? ¿Están descubriendo muchos criminales?

—Es muy fácil ofuscarse. Por eso me he propuesto interrogar al máximo número

de gente posible. Al final no hay nada como mirar a los ojos de un hombre.

—¿Puede saberlo solo mirando a alguien a los ojos?

Burnham la miró a los ojos. Los de él —de largas pestañas e iris amarillo tigre— eran de una belleza que desarmaba.

—Los que crees que podrían ser culpables, por su conducta o por su pasado, a menudo no lo son. Esta semana he interrogado a un antiguo coronel que intenta abrirse paso en los negocios. En persona, era el clásico prusiano: autoritario, beligerante, impenitente. Odiaba a los sureños y estaba acostumbrado a salirse con la suya, pero despreciaba profundamente a Hitler y al partido, como muchos militares prusianos. Las personas a las que en realidad quiero interrogar, que necesito interrogar, se ahorran el trámite de rellenar los formularios. El pez gordo suele tener contactos o recursos para no trabajar, de modo que no se toma la molestia de rellenar formularios.

—¿Ha capturado a muchos?

—No los suficientes. Hemos encarcelado a unos tres mil.

—Parecen muchos.

—No si se tiene en cuenta que se ha rellenado un millón de cuestionarios.

—¿Con cuántos se dará por satisfecho?

Burnham sostuvo la copa frente a la llama de la vela y contempló cómo se refractaba la luz.

—No es cuestión de cifras, señora Morgan.

Rachael sintió por un momento lo que debía de sentir cualquier interrogado bajo su escrutinio. Fuera lo que fuese lo que impulsaba a Burnham a actuar, parecía tener raíces más profundas. Pese al autodomínio, la brecha entre la emoción y el intelecto, había algo demasiado controlado en él. Rachael sospechaba que su motivación no era tan racional como él quería creer.

—¿Qué lo llevó a dedicarse a los interrogatorios?

Burnham dejó el cuchillo y el tenedor, y se limpió la boca con una servilleta.

—Ahora es usted quien me está interrogando, señora Morgan.

Rachael se rio.

—Lo siento. Solo... me intriga saber qué lo impulsó a escoger ese trabajo.

Burnham se sirvió más vino. Era el acto reflejo de un hombre acostumbrado a controlar el ritmo y el rumbo de una conversación, y con este gesto señalaba su final.

—Es un excelente blanco del Rin.

Rachael lo dejó ahí y siguieron hablando de los méritos de la comida alemana en comparación con la inglesa, tema que enseguida acaparó la señora Thompson. Mientras Heike retiraba los platos, la señora Eliot señaló que Lewis aún no había dado señales. Expresó su deseo de que estuviera bien y propuso un brindis.

—Por el gobernador de Pinneberg.

Rachael no se acordaba de que hubiera especificado a qué hora regresaría. Solo había mencionado que iría para protegerlo y tener contentos a sus invitados, pero ni por un momento creyó que aparecería. De hecho, cayó en la cuenta de que en toda la velada no había pensado ni un instante en él. Se había sentido en cierto modo liberada al manejar las cosas por sí misma, y hasta se le había pasado por la cabeza que si estaba en vena quizá se debía a su ausencia. ¿Se sentía mejor sin él? Cuando alzó su copa, no tuvo la impresión de brindar por su marido sino por algún oficial sin rostro que nunca había conocido.

—Y un brindis por la anfitriona —dijo el capitán Eliot—. Ha sido un banquete en toda regla, señora Morgan. Por Rachael.

—Por Rachael.

—Todo el mérito es de la cocinera, Greta.

—Hago extensivos mis cumplidos a la cocinera, entonces.

—Me encargaré de transmitirselos, aunque si los «recibe» o no es otro asunto. Mis intentos de ser amable no parecen surtir efecto.

—Nuestra cocinera es tremenda —dijo la señora Burnham—. Dice con mucha afectación: *Mina Farter waz unt Nopleman!* y luego resulta que no se lo inventa. No creí una palabra hasta que me enseñó sus joyas. ¡Cielos! —Se echó hacia atrás el chal para dejarles ver el broche que llevaba en el pecho. Era un topacio del tamaño de una nuez—. Trescientos cigarrillos y una botella de Gilbey.

La señora Thompson dio un gritito de aprobación.

—Dios mío, es precioso.

—Bueno, Keith ha dejado de fumar, así que podemos permitirnos gastar más. Y hemos de hacer lo que está en nuestras manos para ayudar. Creo que se quedó encantada.

Rachael dio un paso atrás al ver la piedra semipreciosa empañada y al pensar en la cocinera viéndose obligada a vender una joya de la familia. Esa noche había algo excesivamente presuntuoso en Susan. Parecía irritada por algo: ¿se debía a que, por una vez, no era el centro de ese pequeño sistema solar?

—*Nobleman* suele ser un término en clave para designar a un fabricante de armas, ¿verdad? —preguntó el capitán Eliot mirando al oficial de la desnazificación en busca de verificación.

Burnham bebió un sorbo de vino.

—Si fuera tan sencillo capturaríamos a todos los *von* de Alemania.

—¿Qué tal tu *Nopleman*, Rachael? —preguntó Susan—. ¿Se está comportando?

Habló lo bastante fuerte para que todos la oyeran y Rachael no tuviera más remedio que responder.

—Siempre hay momentos delicados. Pero creo que está funcionando bien dadas las circunstancias.

—Háblanos de esos momentos delicados.

—Son nimiedades, en realidad. Qué platos compartimos. Quién puede utilizar la puerta lateral. Esta clase de cosas.

—No me imagino cómo debe de ser vivir bajo el mismo techo —dijo la señora Thompson—. ¿Cómo lo haces? —Lo preguntó como si se dirigiera a un paciente que tiene una enfermedad terminal—. A mí me produciría un gran desasosiego.

—Nos las arreglamos. Como has dicho tú misma, Pamela, nosotros somos los afortunados. —Y agitando la servilleta en el aire, Rachael anunció la siguiente fase de la velada—: Creo que ha llegado el momento de disfrutar de un concierto improvisado.

El grupo se reunió alrededor del piano. El librito de villancicos ya estaba en el atril y Rachael, ocupando su lugar, se embarcó en una bulliciosa interpretación de «I Saw Three Ships» antes de aporrear «God Rest Ye Merry, Gentlemen». En cada estribillo el comandante Burnham expresaba la alegría de la buena nueva golpeando el lado del Bösendorfer con las palmas abiertas a un ritmo descoordinado y cantando a gritos. Probablemente su embriaguez no destacaba entre esa compañía relativamente ebria, pero Rachael se sintió incómoda; el alcohol había surtido efecto demasiado pronto. El hombre cortés y sutil con quien había hablado durante la comida se había convertido en un bruto. Estabilizó el barco con «In the Bleak Midwinter» e intentó calmar las aguas con «Silent Night», que Burnham se obstinó en que cantaran en alemán y que estropeó exagerando cínicamente la pronunciación para producir un efecto sarcástico.

—¿Qué os parece algo de Gilbert y Sullivan? —preguntó el capitán Thompson. Había encontrado encima del piano las ediciones completas encuadernadas en piel y abrió un tomo por *Los Piratas of Penzance*—. Aquí hay una para usted, comandante.

Burnham bajó la copa y se irguió. A Rachael le llegó su aliento a vino y reprimió la cólera. Él cantó afinando pero de forma agresiva y desinhibida:

*Yo soy el paradigma del moderno general de división,  
poseo vegetal, animal y mineral información,  
me sé los reyes de Inglaterra y las batallas de la historia,  
de Maratón a Waterloo, según su categoría...*

Rachael aminoró el tempo para que la siguiera, pero el ingenioso galope de la letra fue excesivo para él. Después de las primeras líneas continuó con un «la la la» que se prolongó hasta el final mientras golpeaba el piano cada vez con más fuerza. En torno a la mitad de la última estrofa el jarrón que había encima cayó al suelo debido a las vibraciones.

—¡Uy! —dijo Burnham.

Rachael dejó de tocar y se levantó para inspeccionar los daños: el jarrón se había roto limpiamente en cuatro pedazos.

—¡Keith! —exclamó Susan.

—Disculpen —repuso Burnham—. Estoy seguro de que se puede arreglar.

—No es mío, comandante. Pertenece a la casa.

—Ah, bueno. ¡Entonces no importa! —Burnham se rio y, según observó Rachael alarmada, los demás se rieron con él.

Mientras recogía los trozos rotos, la puerta se abrió. Por un momento pensó que había regresado Lewis, pero era herr Lubert.

Daba la impresión de que Lubert había hecho o estaba a punto de hacer algo horrible: tenía profundos cortes sobre una ceja, cubiertos de sangre todavía brillante, estaba agitado y respiraba con dificultad. Se quedó mirándolos como un profeta que irrumpe en una orgía.

—¿Herr Lubert? —dijo Rachael, aclarando su identidad ante los invitados y deteniendo a un tiempo el siguiente paso que él pudiera dar—. ¿Se encuentra bien? Está sangrando.

Lubert miró el jarrón y luego a Burnham. Tenía las fosas nasales ensanchadas, y sacudía tanto el pecho y los hombros al respirar que parecía que estuviera a punto de levantar el piano y aplastar con él al comandante.

—Siento lo del jarrón, amigo —dijo Burnham—. Estoy seguro de que con la ayuda de... todos los caballos del rey, como reza la canción, frau Morgan podrá recomponerlo...

Rachael miró a Susan Burnham ordenándole con la mirada una rápida intervención.

—Vamos, Keith —dijo Susan por fin—. Creo que ya es suficiente.

—¿Cómo? Cantemos otra canción. Quizá herr Lubert quiera unirse a nosotros. — Y empezó a marcar el ritmo de la melodía galopante que seguía sonando dentro de su cabeza.

—Le ruego que no golpee el piano de ese modo —dijo Lubert.

Miraba a Burnham con una expresión amenazadora mal disimulada, cerrando los puños como si fueran mazos. No había dejado de mirarlo desde que había entrado. Burnham estaba lo bastante sobrio para enfurecerse y aporrear con más fuerza el piano, haciendo vibrar las cuerdas.

—Sabrá usted que es un piano requisado, herr Lubert. Lo que significa que es propiedad del Consejo de Control británico, y eso significa que, a efectos prácticos, es mío.

Convencida de que Lubert iba a golpear al comandante, Rachael se levantó y, dejando los fragmentos del jarrón encima del piano, se colocó entre los dos hombres.

—Todos hemos tenido suficiente —dijo dirigiéndose a Lubert con suavidad.

Lubert la miró y aflojó los puños. Miró a Burnham una vez más, luego se volvió y salió de la habitación, murmurando:

—*Sie ekeln mich an!*

—¡Ja! —gritó Burnham—. ¿Lo habéis oído? «¡Me desagradan!» Ha dicho que le desagradamos. ¡Pues a nosotros nos desagrada él! —Se volvió hacia Rachael, exigiéndole una disculpa inmediata y la imposición de alguna clase de castigo.

—Creo que se refería a ti, Keith —dijo la señora Burnham, y esta vez cogió a su marido del brazo y lo condujo hacia la salida antes de que se produjeran más desperfectos—. Es hora de retirarse.

—«Pero si soy el paradigma del moderno general de división...» —protestó él.

La velada había concluido. No era el final que Rachael esperaba, ya que iban a saltarse la partida de cartas y el juego de las adivinanzas junto a la chimenea, pero quería que todos se fueran lo antes posible. En ese momento no pensaba más que en ir en busca de Lubert. Los invitados se retiraron con educación entre cumplidos, agradecimiento y disculpas. Diez minutos después ella cerró la puerta tras una consternada señora Eliot, que había esperado que todo fuera bien y que Rachael accediera a asistir a las reuniones del grupo anglo-alemán y llevara quizá a herr Lubert.

Rachael estaba a punto de subir las escaleras que conducían al apartamento del piso superior cuando oyó un gemido. Herr Lubert, sentado en el sillón frente a la chimenea, echado hacia delante con la cabeza baja y tapándose los ojos con las manos, respiraba entre dientes haciendo un ruido semejante al del oleaje sobre una playa de guijarros.

—¿Stefan?

Lubert abrió el ojo sano —el otro lo tenía cerrado— y miró a través de sus dedos entrelazados. Vio la forma de las caderas de Rachael y las lentejuelas de su vestido, brillantes a la luz del fuego.

—¿Está bien? —preguntó ella.

Él notó una mano en el hombro y dejó caer las suyas dejando a la vista su herida. Levantó la cara para que Rachael pudiera examinarla mejor. Ella hizo una mueca al ver el corte.

—¿Cómo se lo ha hecho?

Casi me matan junto a una pancarta que decía: «¡Dejad vivir a Alemania!», pensó él. Pero no sabía cómo decirlo y de todos modos hablar le resultaba doloroso, por lo que se limitó a gemir.

—Permítame que vaya a buscar algo para curarle la herida —dijo ella—. No tardo nada.

Al dirigirse al piso superior en busca del botiquín el vestido de lentejuelas tintineó.

Lubert apoyó los codos en los muslos y volvió a ocultar la cabeza entre las manos oliendo la herida en las palmas y probando el sabor metálico de la sangre. Lo ocurrido aquella tarde se reproducía en su mente en una vívida y vertiginosa sucesión. Recordaba las pancartas de protesta: «¡Queremos trabajar!», «¡Bevin, detén el desmantelamiento!», «¡Dejad vivir a Alemania!». Él se había mostrado reacio a asistir a la manifestación, pero sus colegas de trabajo lo habían presionado. Tenía miedo de poner en peligro el certificado de acreditación; además, no soportaba las multitudes. Su capacidad para la brutalidad y la irreflexión lo volvían temeroso y misántropo. Sin embargo, esa multitud le había parecido tranquilizadamente andrajosa y compacta, y tuvo la repentina convicción de que era mejor pasar frío con sus hermanos que quedarse en su confortable hogar. Habían escuchado el hábil discurso de Schorsch apelando al sentido de la justicia de los británicos así como a su sentido del humor, demostrando a los alemanes que no había nada malo en reír y que era posible reírse de la autoridad, algo que no habían hecho con confianza durante años. Incluso habían cantado el himno alemán, si bien con un tono estoico y no desafiante, sin el celo demencial de los últimos años. Era el sonido de un pueblo que buscaba un medio de expresarse. Y de pronto un bocinazo y el ruido de un motor revolucionado crearon una disonancia: un coche militar británico intentaba llegar a las puertas de la fábrica. La multitud trató de apartarse, pero un par de jóvenes empezaron a golpear el techo del coche para exteriorizar su descontento. Luego uno de ellos apoyó las manos en el lateral y lo empujó haciéndolo balancear. Otros se unieron a él, creyendo que era divertido. Lo balancearon con tanta fuerza que las ruedas abandonaron el suelo. Lubert alcanzó a ver en el interior del vehículo al oficial, cuya expresión pasó de la ira al pánico. Luego, como si no se percataran de la fuerza que tenían, los jóvenes volcaron el coche arrojando contra el techo al oficial, que acabó tumbado de lado, con la cara contra el cristal como un pececillo boqueando. Era casi cómico, pero Lubert intuyó que algo espantoso estaba a punto de ocurrir. Entonces se oyeron los disparos de rifle. Al primer disparo todos se encogieron de miedo. El segundo provocó una estampida arremolinadora, como si un rebaño de ovejas cambiara en bloque de dirección, conducido por balas invisibles. Lubert se movió con la multitud, tenía la sensación de que lo arrastraban; algo le había golpeado la frente, pero siguió andando; a lo largo de varios metros se desplazó sin utilizar las piernas. Luego vio chispas y oyó un zumbido al golpearle una rodilla en la sien. Estaba a cuatro patas y tardó un momento en comprender que los puntos rojos sobre fondo blanco eran su propia sangre que manchaba la nieve.

Rachael regresó al vestíbulo con gasa, vendas y yodo.

—Déjeme ver.

Se detuvo ante Lubert y le levantó la barbilla con suavidad.

—Puede que le haya entrado tierra en el corte. —Arrastró el taburete y se sentó

frente a él. A continuación humedeció la gasa con el yodo y el material blanco se volvió amarillo—. Le dolerá.

Lubert hizo una mueca y se estremeció por el escozor.

—¿Qué ha pasado?

Lubert todavía lo veía pero no era capaz de contarle. Le martilleaba la cabeza.

—Ellos..., ¡ay!

—Ya está. —Rachael sostuvo la gasa sobre el corte, inclinando el peso del cuerpo hacia delante para ayudarse.

Lubert gimió a causa del dolor intenso y le agarró el brazo buscando consuelo. Permanecieron un rato en esa postura y, pese al dolor —o debido a él—, él le sostuvo el brazo todo lo que pudo y a ella no le importó. Al cabo de un rato ella apartó la gasa para examinar de nuevo el corte.

—Parece limpio. Permítame que le ponga esto...

Desplegó la venda y envolvió con ella más gasa, que empapó en yodo, luego rodeó a Lubert para llegar a la parte posterior de la cabeza, rozándole la nariz con el vientre; completó el circuito y sujetó la venda con un imperdible.

—Ya está. ¡Aquí tiene a una *girl scout*! ¿Cómo se siente?

—Me escuece. Pero gracias.

—Siento lo del comandante. Estaba borracho.

—Gracias por intervenir. Creo que podría haber derivado en un incidente internacional.

Él tenía la cara a unos centímetros de la de ella. Rachael reparó en las arrugas que le rodeaban los ojos y percibió en ellos una tristeza que no había visto en anteriores encuentros. Se imaginó besándolo, y en ese instante supo que quería y que podía hacerlo. Mientras sujetaba la venda con una mano, le acarició la mejilla con la otra y sin pensárselo dos veces, lo besó con delicadeza en los labios. Los labios permanecieron unidos el tiempo suficiente para que sus alientos se mezclaran. Esperaba a que se accionaran las cercas electrificadas y las cuerdas de trampa, los timbres de alarma y los reflectores, pero nada de eso llegó. Se adentró en el nuevo territorio sin que nadie la detuviera. Así de fácil fue.

—Me quedo con este beso —dijo Lubert.

Rachael bajó la mirada, tomando conciencia de dónde estaba.

—¿Esto es... parte de algún plan para echarme de la casa? —preguntó él.

—Es un... gracias.

—¿Por qué?

—Por despertarme.

Los reflectores de la fábrica iluminaban un campo de nieve revuelta en el que se veían pancartas tiradas por doquier como cigüeñas muertas. El coche militar volcado había sido acordonado como el epicentro de la escena de un crimen. Había varios policías alemanes pululando en la oscuridad, sin saber muy bien cuál era su papel en todo ello. Al examinar los restos del altercado, Lewis se sentía abrumado; tenía la sensación de estar perdiendo el poco control de la situación.

El policía militar que había dado la orden de abrir fuego —un tal comandante Montagu— le contó lo sucedido, pero ni el cómo ni el porqué podía cambiar los hechos. Había ocurrido un desastre descomunal estando él de servicio.

—El oficial trataba de llegar a las puertas de la fábrica cuando se ha visto rodeado por una muchedumbre furiosa. Han empezado a golpear el coche. Hemos disparado tiros de advertencia, pero han seguido balanceando el coche hasta volcarlo. Por suerte no han agredido al oficial que se encontraba en el interior del coche.

Montagu dio el parte con mecánico distanciamiento. Lewis esperó a que terminara, pero el comandante se detuvo allí.

—Entonces ha ordenado abrir fuego sobre civiles desarmados —dijo Lewis.

—No teníamos elección, señor.

—Los que ahora no tienen elección son los muertos, comandante. ¡Tres, maldita sea!

Lewis rodeó el coche y se detuvo en un tramo de nieve cubierto de sangre. Tumbado de lado, el Volkswagen tenía aún más aspecto de escarabajo.

—Si les hubiéramos dejado lo habrían linchado.

—¿Lo sabe a ciencia cierta?

—Sin ninguna duda, señor. A esas alturas era... una turba descerebrada. Creemos que entre la multitud había elementos subversivos —continuó—. Individuos que solo buscaban crear problemas. Es posible que hubiera *Werwolf*, señor.

—¡Por el amor de Dios! ¿Ha arrestado a alguno?

Montagu hinchó el pecho y murmuró una respuesta cortante:

—Hemos detenido a media docena para interrogarlos.

—Son niños, ¿verdad?

La policía militar había sido muy criticada a raíz del arresto de un centenar de niños a los que habían sorprendido robando carbón. La prensa había conseguido la noticia pero había cambiado la edad de los niños.

Lewis recogió una de las pancartas del suelo. En ella se leía: «¡Dadnos las herramientas y nosotros haremos el resto!». La sostuvo en alto para que Montagu lo leyera.

—¿Sabe a quién están citando?

Montagu empezó a impacientarse con el aluvión de preguntas.

—Si hubiera estado allí, usted habría hecho lo mismo.

Lewis lanzó la pancarta lejos.

—Les ofrecemos la democracia y luego los castigamos por ejercerla.

Barker llevó a Lewis a una reunión urgente con su superior, el general De Billier.

—El comandante tenía razón —dijo Lewis—. Debería haber estado allí, o al menos haber mandado un destacamento más grande para defenderlos.

—Se suponía que era una manifestación pacífica, señor. El sindicato así nos lo aseguró. Las fuerzas armadas se dejaron llevar por el pánico. No tuvieron la culpa.

—Veo venir un despido.

—Lo dudo, señor.

—¿Por qué, si no, iba a llamarme De Billier para asistir a una reunión a medianoche?

—Probablemente quiere saber su opinión sobre un nuevo whisky de malta.

Lewis logró sonreír. El general era un gran aficionado al whisky y tenía fama de escoger a sus hombres por su aptitud para distinguir una marca de otra.

—No pueden echarle —continuó Barker—. Usted es una de las pocas personas que entiende lo que estamos haciendo aquí. Yo creo que tienen algo distinto en mente.

—Estoy lejos de ser tan imprescindible como usted cree, Barker.

Lewis aparentó sacudirse de encima el cumplido pero se lo guardó en su interior como un antídoto ante su creciente desconfianza de sí mismo. En el ejército las enhorabuenas sinceras no eran frecuentes. El elogio, cuando se daba, solía ser contrarrestado con un insulto. Esa reticencia a los cumplidos y los ánimos no era solo un defecto militar. En su opinión también había algo muy británico en ello. Era fruto de una mezcla de reserva y realismo que Lewis reconocía en sí mismo, así como del miedo a permitir que alguien se diera muchas ínfulas: una razón por la que —como les gustaba decir a los británicos— ellos nunca tendrían dictadores con tanta facilidad como sus vecinos continentales.

—Ya casi tengo el informe, señor —continuó Barker.

—¿Qué informe?

—El de las personas desaparecidas que me pidió.

Lewis oyó el ruido de loza al romperse: ¿cuántos platos más había lanzado al aire y luego se había olvidado de ellos? La idea de confeccionar una lista de «los muertos desaparecidos» —los que nadie había reclamado tras los bombardeos— y de compararla con la de los que todavía estaban ingresados en hospitales, enfermerías, conventos o clínicas de reposo de la región, figuraba entre las distintas propuestas que había promovido pero que habían caído en el olvido por el empuje de otros

asuntos más apremiantes.

—Me había olvidado por completo. Espero que no haya perdido muchas horas redactándolo.

—Ha absorbido mi vida, señor. Pero pronto empezaré a comparar los nombres del informe con los de la lista de los pacientes. Deme unas pocas semanas más.

—¿Cómo va el otro informe, el de los objetos de valor?

—Está agitando a unos cuantos oficiales. No les gusta. De momento no van a promocionarme.

—Estupendo.

Lewis hablaba en serio. En primer lugar, necesitaba a Barker. Pero además creía de verdad que, al llegar a la cumbre de su carrera, muchas personas perdían la motivación que las había conducido hasta allí y desempeñaban funciones que no estaban a la altura de sus aptitudes, de modo que estas se atrofiaran. Era mejor quedarse «en el lado equivocado del escritorio», ese había sido siempre su lema.

El general De Billier no estaba sentado detrás de su escritorio sino apoyado en él cuando Lewis entró en su oficina. Enseguida le ofreció asiento, un whisky y un cigarrillo, lo que no era precisamente el preámbulo de un rapapolvo. La presencia del comisario Berry en el despacho sugería que Barker quizá no se había equivocado: tenían en mente algo que no era despedirlo.

—¿Ya conoce al comisario?

—Sí, señor. Nos saludamos brevemente... durante la visita del ministro. —A Lewis le caía bien Berry; tenía un empleo insoportable e impopular, y lo desempeñaba con elegancia y dignidad.

Berry estrechó la mano de Lewis con efusión.

—Hola de nuevo, coronel. El hombre que comparte su casa.

—No es mi casa, señor. Pero así es.

—Los consejeros alemanes hablan muy bien de usted.

—Esta es precisamente la razón por la que... —De Billier se detuvo para encender el cigarrillo de Lewis— está usted aquí esta noche. Por su capacidad para ver el otro lado.

Lewis tomó asiento recordando que incluso a los prisioneros se les ofrecía un cigarrillo antes de ejecutarlos. Con tanta lisonja era evidente que le esperaba un cometido terrible. Desde donde estaba sentado veía la luna llena a través de la ventana situada detrás del general; alcanzaba a distinguir su superficie llena de huecos. Tal vez era allí adonde querían mandarlo.

—Todos mis intentos conciliadores se centran en la fábrica de Zeiss, señor.

—Lo que ha sucedido esta noche es una desgracia —empezó a decir De Billier—, pero forma parte de un problema mucho mayor. El desmantelamiento nos está

causando problemas en toda la zona. Ha habido manifestaciones de protesta en Colonia, Hannover, Bremen, el Ruhr. El desmantelamiento está en el origen de una gran tensión que las condiciones climáticas y la falta de alimentos no han hecho sino agravar. Los alemanes empiezan a odiarnos. Aún creen que queremos convertir el país en una gigantesca granja y que hemos destruido toda la industria del transporte marítimo para abrir la senda a Belfast y Clyde.

—Es cierto que volamos un astillero de prestigio mundial en pleno funcionamiento.

—Ahora todos sabemos que Blohm y Voss fue un error. Pero los objetivos y las metas están cambiando muy deprisa. Casi cada mes cambian. Hace un año pretendíamos desmilitarizar, luego desnazificar, después reducir la capacidad industrial y finalmente dar de comer a esa maldita gente. Ahora, quitando a los franceses y los rusos, todos tenemos claro que necesitamos una Alemania fuerte. Se ha acordado unir nuestra zona a la estadounidense. En torno a Año Nuevo nos habremos convertido en la Bizona. Y cuando los franceses tengan una idea más clara del lugar que ocupan en el universo, quizá en la Trizona. Lo que está claro es que los rusos parecen cada vez más reacios a devolver su zona. Y cuanto más tardemos en desmantelar la industria pesada de Alemania, menos probabilidades habrá de que lo hagan.

El general apenas había mencionado los trágicos incidentes de la noche y era evidente que no tenía ninguna intención de hacerlo. Para él, no era más que un temblor local, comparado con los movimientos tectónicos que se estaban produciendo entre los distintos países. Lewis casi se sintió decepcionado. La perspectiva del despido que se había permitido contemplar durante el trayecto no le había desagradado por completo.

—Todavía tenemos una posibilidad de evitar el fracaso total en nuestras relaciones con la Unión Soviética. El primer paso es cumplir el Tratado de Potsdam sobre las reparaciones si no queremos que ellos nos nieguen el pan. La Agencia Interaliada de Reparaciones impondrá sanciones que no podremos permitirnos a menos que llevemos a cabo el desmantelamiento de inmediato. Los estadounidenses tendrán que pagar para dar de comer a millones de personas y entonces ese Telón de Acero sobre el que Churchill ha empezado a dar la lata se convertirá en una realidad.

De Billier entregó a Lewis un expediente. Se titulaba: «Listado de desmantelamiento. Emplazamientos de Categoría 1. Confidencial».

—En esta región hay cuatro lugares de categoría uno. Los rusos van a enviar un equipo con la Agencia Interaliada para asegurarse de que los desmantelan. Necesitamos que usted sea nuestra persona clave. Y necesitamos que empiece de inmediato.

Lewis hojeó el documento y echó una vistazo a los emplazamientos.

—¿Heligoland?

Podría haber estado en la Luna.

—Van a reunir toda la munición en un solo lugar para volarlo. Necesitamos a alguien que goce de la simpatía de los alemanes y sea capaz de comunicarles esos imperativos, alguien que trasluzca su afinidad innata. Usted tiene fama de eso, coronel. El comandante habla muy bien de usted.

Para un observador foráneo eso quizá habría sonado a elogio, pero Lewis sabía que ese era el procedimiento para librarse de alguien discretamente. No querían que discursara ante ministros y la prensa. Él había criticado sus esfuerzos sobre el terreno delante de Shaw. Era preciso sancionarlo... de un modo constructivo.

—Eso no está dentro del... ámbito de mi competencia.

—Estamos hablando de gente, coronel —replicó Billier—. Usted tiene don de gentes.

—Quiere decir que buscan a alguien capaz de demoler edificaciones con sensibilidad.

De Billier se aclaró la voz soltando un gruñido de impaciencia. Había agotado sus dotes persuasivas; no iba a presentárselo más bonito.

—Coronel, desprecio a los rusos y detesto estas reparaciones. Pero si queremos evitar otra guerra tenemos que actuar. Y hacerlo antes de que termine el invierno.

El tanteo se convirtió en una orden.

—Acompañará a Kútov y a sus observadores. Viajará en todo momento con un observador francés y otro estadounidense. Tengo entendido que su intérprete habla ruso. Si todo va bien no estará fuera más de unas semanas. Pondremos a alguien en su distrito para que lo sustituya hasta que vuelva.

A lo largo de toda esa conversación Lewis se había imaginado que Rachael estaba con él en la habitación. ¿Cómo se tomaría ese último destino? ¿Sería la gota que colma el vaso?

—¿Puedo esperar hasta pasadas las fiestas?

—Los rusos ya no celebran la Navidad, coronel. Además, será el momento más idóneo para actuar —replicó De Billier—. Mientras todos cantamos villancicos usted podrá volar lo que se le antoje sin que nadie lo oiga.

El general no había llegado al otro lado del escritorio a base de sentimentalismo. Ni siquiera al morir Michael había concedido a Lewis —y él tampoco los había pedido— los días de permiso por motivos personales a los que tenía derecho después del funeral.

—Señor, solo llevo unos meses con mi familia..., hemos pasado muy poco tiempo juntos. Esto creará una gran tensión...

—Estoy dirigiendo un país, coronel, no una agencia matrimonial.

—Herr Morgan ha pedido verlo en el salón, señor.

—¿Parecía... enfadado?

Heike tuvo que reflexionar.

—Creo que no, señor.

No, por supuesto que no. El coronel nunca se irritaba. Aunque se hubiera enterado de que su mujer había besado a otro hombre, probablemente le hablaría del tiempo que hacía y luego le ofrecería su coche.

—Gracias, Heike. Ahora bajo.

Lubert dejó la pluma y tapó el tintero. Se pasó una mano por el pelo, luego se lo pensó mejor y se lo despeinó dejándolo en su estado natural.

Encontró a Lewis de pie junto al piano, mirando el río, pensativo. Llevaba el uniforme completo, con guantes y abrigo; se iba a alguna parte..., de nuevo. Lewis curvó la mitad de la boca formando una medio sonrisa.

—Herr Lubert. Pase, por favor. Siéntese.

Lubert se dirigió al asiento junto a la ventana.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Lewis llevándose una mano a la sien.

La ceja partida de Lubert tenía el feo color del caparazón de una tortuga, pero estaba cicatrizando bien.

—Se cura rápido.

—Parece ser que la velada de la otra noche fue movida.

Lubert había contado con que Lewis tocara el tema y se preguntó si esperaba que hablara primero él. Se suponía que los británicos sufrían de una especie de estreñimiento emocional. Quizá debería ponerle las cosas más fáciles ofreciéndole el laxante de una disculpa, diciéndole que no fue culpa de frau Morgan sino de él; había recibido un golpe en la cabeza y no era él, y luego una cosa llevó a la otra.

—Lamento el incidente.

Lewis lo miró socarronamente y alzó las manos para interrumpirlo.

—No es usted el que debe disculparse, herr Lubert. Me siento avergonzado. Por el jarrón. Por los daños causados a su propiedad. Y por la conducta de cierto invitado de esa noche. —Acarició el lateral del Bösendorfer en un gesto reparador tras los agresivos golpes que había recibido a manos de Burnham—. Rachael dice que usted se comportó con admirable comedimiento, habida cuenta de las circunstancias.

Lubert se volvió atrás de su precipitada confesión balbuceando:

—Bueno..., mmm..., no echo la culpa a nadie. Solo fue la euforia. El jarrón no tiene importancia. Ni siquiera me gustaba.

—Pero eso no justifica lo ocurrido, herr Lubert. Como usted mismo dijo, es suyo.

—Sí.

El coronel volvía a cubrirlo todo con un manto.

—Y también lamento que se viera envuelto en el asunto de Zeiss.

—No lo recuerdo muy bien. Estaba escuchando un discurso y de pronto empezaron los gritos.

A Lewis se le demudó el rostro.

—Lo ocurrido en la fábrica es inexcusable. Precisamente cuando creíamos que estábamos yendo a alguna parte, sucede algo así. Alguien pierde los nervios o se deja llevar por el pánico, y todo se desata. Nos hallamos en un momento muy delicado. Todo pende de un hilo muy fino. En fin, me alegro de que esté bien.

—Tiene un trabajo muy difícil, coronel. No le envidio.

—No debe envidiarme. De todos modos, no solo quería hablar con usted para disculparme por lo de la otra noche, sino también para pedirle un favor. Estamos buscando un nuevo profesor para Edmund. Sé que no podrá seguir trabajando en la fábrica por el momento, y me preguntaba si estaría dispuesto a ser el profesor de Edmund y de Rachael, y enseñarles alemán. No podré buscar un sustituto mientras estoy fuera. Y será una buena oportunidad para que Rachael aprenda un poco el idioma. Sé que ha sido frustrante para ella no hablarlo..., sobre todo con el servicio.

—Por supuesto —dijo Lubert—. ¿Se marcha usted?

—Varias semanas. Salgo para Heligoland mañana.

—Entonces... ¿no pasará la Navidad aquí?

—Por desgracia, el ejército actúa según su propia liturgia, herr Lubert. Le agradecería que se hiciera a cargo de todo en mi ausencia. Lo animaría a que se sintiera más a gusto en esta casa que hasta ahora. Sé que... las cosas no fueron fáciles al principio. Como quizá se habrá dado cuenta, mi mujer... no era ella cuando llegó, pero empiezo a ver indicios de la Rachael de siempre. Creo que quiere alternar más, quizá ir de compras con Frieda. Le sienta bien tener compañía. No es bueno para ella estar sola y menos en estas fechas. Y, como no me canso de decir, si queremos que aquí funcionen las cosas tenemos que empezar a confraternizar y a conocernos. Creo que lo que intento decir, herr Lubert, es que no se recluya. Por favor, tiene libertad para pasar más tiempo en la casa.

—Gracias, coronel.

A Lubert le caía bien Lewis. Respetaba su generosidad. Se sentía agradecido por ella. Y admiraba su ausencia de aires de superioridad. Pero al escuchar esas palabras no pudo evitar pensar que estaba ciego. O era un ingenuo o tenía la cabeza en otra parte. Fuera lo que fuese, las prioridades de ese hombre no eran las correctas.

—Tengo pésimas noticias, Rach.

Rachael estaba leyendo otra novela de Agatha Christie y parecía absorta en la exquisita trama, en un momento clave de la historia. Al dejar el libro dos pensamientos inoportunos rivalizaron en su mente: me pregunto quién es el asesino y espero que Lewis no me diga que Stefan tiene un pasado sucio como herr Koenig.

—¿De qué se trata?

Lewis tenía la expresión que solía adoptar al anunciar un nuevo destino. La más memorable fue cuando le comunicó que iba a regresar a la base inmediatamente después del funeral de Michael.

—Me han pedido que supervise el desmantelamiento. Quieren que empiece mañana mismo. Eso significa que estaré fuera varias semanas.

—Oh.

—Lo sé. Es la gota que colma el vaso —dijo malinterpretándola mientras iba a buscar la maleta al vestidor.

En alguna parte de su ser ella guardaba las perogrulladas de la esposa solícita, esas frases que las mujeres de militares tenían preparadas para pronunciarlas cuando un permiso se acortaba o se interrumpía. Pero ella no las sentía. Y le pareció que Lewis no esperaba que ella las desempolvara.

—Este es el ejército, señor Jones —se limitó a decir.

Lewis la miró y asintió.

—Lo siento, Rach.

Mientras empezaba a preparar el equipaje ella volvió a coger el libro. No quería ayudarlo, esta vez no. Quizá fuera su deber, pero estaba harta de él. Solo quería terminar ese maldito párrafo y averiguar quién era el asesino. Sin embargo, ver la ineptitud de Lewis cambió su actitud. Dejó el libro y lo ayudó a buscar calcetines en la cesta de la ropa limpia que Heike había dejado allí esa mañana.

—¿Cuántos?

—Con cinco o seis bastará.

Ella le lanzó los calcetines enrollados de uno en uno y él juntó las manos como un guardameta y los arrojó a la maleta en un solo movimiento. Al verlo todo colocado de cualquier manera Rachael le reordenó el equipaje.

—¿Se trata de un ascenso?

—Creo que es un castigo por no haber acatado las normas delante del ministro. Parece ser que hablé demasiado.

—No es propio de ti. ¿Quién se quedará a cargo del distrito?

—Barker. Le he pedido que se pase por aquí y traiga la correspondencia. Tú y Ed os las arreglaréis, ¿verdad?

—A ti qué te parece.

Él asintió. Era una pregunta estúpida.

—Cuando vuelva, he pensado que... quizá podríamos ir a alguna parte, los dos solos. Cuando haga un poco más de calor. A Travemünde, por ejemplo, o a uno de esos complejos turísticos del Báltico.

—Estaría muy bien.

—Aunque... falta un poco todavía.

—Sí...

Lewis no tenía palabras, pero ella no iba a proporcionárselas.

—Bueno, será mejor que me vaya. —Cerró la maleta y se volvió para decirle adiós.

Para evitar una escena, al despedirse ella le dio un beso en la mejilla, como si se tratara solo de un conocido o de un huésped de paso.

La carpeta marrón que llevaba sujeta a la barriga con la tira elástica de las medias se le clavaba en las costillas al andar. Frieda no estaba muy segura de qué contenía, pues los documentos estaban en inglés, pero el rótulo de «Confidencial», el reborde rojo y las fotografías de varias instalaciones militares e industriales la convencieron de que lo que había sustraído del maletín del coronel impresionaría a Albert. La idea de dárselo la embriagaba de orgullo.

De la verja del magnate de la margarina colgaba la «R» ribeteada en negro de la orden de requisa. Frieda miró a izquierda y derecha por si pasaba algún vehículo, y, una vez que se cercioró de que no había peligro, saltó el muro por el punto donde Albert había puesto un trineo de madera sobre los cristales rotos colocados por Petersen para disuadir a los ladrones. Pese a la nevada sobresalían aletas irregulares a través de la capa blanca. Antes de la guerra, las medidas de seguridad de Petersen habían consternado a sus vecinos. La madre de Frieda, que tenía a Petersen por un arribista, sostenía que ningún ladrón que se preciara robaría en esa casa de nuevo rico: su familia había amasado una fortuna alegremente, primero con el sisal de las colonias de África oriental y luego con su sucedáneo de la mantequilla, y «cuanto más rápido te llega el dinero más rápido se te va». Frieda era demasiado joven entonces para apreciar las sutiles jerarquías entre las fortunas ancestrales y las de nuevo rico, pero mientras caminaba hacia la casa más grande de la Elbchaussee comprobó que la profecía de su madre se había cumplido: la enorme mansión en forma de cubo de Petersen se alzaba triste, silenciosa y vacía.

Entró en la casa a través de la ventana más baja de la cocina, tal como le había indicado Albert. Al subir por la escalera trasera a la planta baja le llegó un olor a madera quemada y a cera de vela, y oyó las indómitas voces de unos niños. Siguió las voces hasta el salón de la parte trasera, donde se encontró con una disparatada escena: una habitación llena de velas y decorada con artefactos africanos: escudos, lanzas, pieles y máscaras. Había cuatro niños sentados escuchando a un quinto niño que se había subido a una mesa de billar con una caja llena de lo que parecían tenacillas para el azúcar; llevaba un salacot y una piel de cebra sobre los hombros, y gritaba como un pescadero de Sankt Pauli.

—¡Recién llegadas de Dammtor! —gritaba.

Sacudió la caja, luego cogió unas tenacillas y abrió y cerró sus mandíbulas en el aire. La luz de la vela proyectaba una sombra grotesca sobre la pared que tenía detrás, convirtiéndolo en un enano gigante y transformando las pinzas en una cigala de metal.

—¿Para qué sirven? Si ni siquiera tenemos azúcar —chilló con voz de pito uno de los niños.

—Mira y aprende, Otto. Puede que a ti te parezcan unas pinzas para el azúcar, pero no tienes por qué presentárselas de ese modo a una hermosa dama... —El chico dejó la caja a sus pies y, sosteniendo en alto unas tenacillas, hizo una demostración de cómo depilarse las cejas con ellas—. O... —Abrió la boca y, utilizando las tenacillas como alicates de dentista, simuló que se arrancaba una muela—. O... —Se pinchó la nariz con ellas y habló con voz gangosa—. O... —Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un cigarrillo. Luego sujetó un extremo con las tenacillas, se lo llevó a la boca y le dio una calada como un dandi—. Las damas se volverán locas por ellas.

Los salvajes parecían poco impresionados, y un niño con una lanza encabezó el coro de críticas:

—La gente no quiere pinzas para el azúcar. Quiere patatas.

—Has malgastado pitillos, Ozi.

—No estás haciendo buenos tratos.

El chico alzó las manos.

—Tranquilos. Tengo algo muy especial, gracias al niño tommy. Algo muy especial. —Introdujo una mano por debajo de la piel de cebra y sacó un tubo en forma de puro. Frieda reconoció la medicina que tomaba Albert: era Pervitin, la droga que habían administrado a los soldados jóvenes para «sostenerlos» en los últimos crudos días de la guerra.

—Una de estas pastillas te da fuerzas. Te hace entrar en calor. Y nunca tienes hambre. Berti se ha quedado con la caja, pero yo tengo un tubo para cada uno de nosotros. —El chico se detuvo y miró hacia la puerta—. Eh, mirad quién está ahí.

—No son para niños —dijo Frieda, con una mano en la puerta por si tenía que echar a correr.

El salvaje de la lanza la levantó hasta el hombro, la delgada asta temblaba.

—¿Quién es usted, señorita?

El niño del salacot bajó de un salto de la mesa de billar.

—Tranquilos, es la chica de Berti.

Su amigo bajó la lanza.

—¿Cómo sabes quién soy? —preguntó Frieda.

—Te he visto.

—¿Dónde?

—Te he visto... —El niño introdujo el índice de la mano derecha en el aro formado con el índice y el pulgar de la izquierda. Dentro y fuera, dentro y fuera. Sus amigos se rieron.

Ella debería darle una bofetada por su impertinencia. ¿Dónde los había visto? ¿En la casa de Blankenese?

—¿Dónde está él?

—En el piso de arriba con su amigo.

—¿Qué amigo?

El chico sostuvo en alto el tubo de Pervitin.

Albert se encontraba en el dormitorio principal, pero no estaba acostado; bailaba al ritmo de un disco que sonaba en un fonógrafo portátil, uno de esos burdos temas estadounidenses que Heike escuchaba por Radio Hamburgo: todo tambores de la selva, instrumentos de metal estridentes y caos. Ver a Albert bailar la desconcertó. Iba desnudo de cintura para arriba y se movía con los miembros sueltos como una marioneta accionada por un titiritero borracho, colocando los pies al azar como si aplastara hormigas en la alfombra. Estaba tan absorto en el baile que no la vio entrar. A ella le incomodó presenciar semejante escena; el joven que saltaba, se meneaba y se balanceaba no era el Albert pulcro, sereno y controlado que ella conocía; daba la impresión de estar momentáneamente poseído.

—¿Albert? ¿Qué estás haciendo?

Él se volvió pero no pareció sobresaltarse. Siguió bailando con la música.

—Mi auténtica dama alemana... —Dio un paso hacia ella con un movimiento exageradamente acechante, siguiendo los compases de la música, y le tendió una mano para que se uniera a él.

Le brillaba la piel y tenía los ojos demasiado abiertos y protuberantes para inspirar confianza.

Ella se sacó la carpeta robada de debajo de la falda y se la dio.

—Traigo algo importante.

—Benny Goodman —dijo él, sin dejar de bailar—. Es Benny Goodman. ¡Baila!  
—Le tendió la mano, insistente.

Estaba radiante y húmedo, y la cicatriz del ochenta y ocho que tenía en el bíceps se retorció. Ella quería complacerlo pero no sabía bailar.

—No sé.

—Sí que sabes, mi auténtica dama alemana.

Le puso una mano en la cadera y con la otra la guio. Frieda se apretó la carpeta contra el pecho y movió los pies de un lado para otro de forma mecánica, era incapaz de dejarse llevar. Esa música modulada era demasiado anárquica, demasiado compleja para entenderla. Y ella necesitaba que Albert estuviera... bien, y no de esa manera. Con todas esas sacudidas del cuerpo parecía un extraño.

—¡No sé!

Albert retrocedió, sin dejar de bailar, y se detuvo frente al fonógrafo. Levantó la aguja del disco.

—Bueno, bueno, bueno. La chica no quiere bailar. Un soldado tiene que saber cuándo divertirse. Vamos, amiga mía. Enséñame lo que tienes ahí.

Frieda le entregó la carpeta. Él había detenido la música, pero seguía bailando con

la melodía que sonaba dentro de su cabeza. Cogió la carpeta y la acarició.

—«Confidencial» —leyó en alto—. Eso está muy bien. —Retiró la goma y la abrió.

Leyó el texto con calma, moviendo los labios mientras lo traducía. Al cabo de unos segundos empezó a asentir en señal de apreciación.

—¿De dónde la has sacado?

—Del coronel.

Albert siguió leyendo, emitiendo murmullos de satisfacción.

—¿Te sirve? —le preguntó ella.

Él dejó la carpeta y la miró, esta vez vorazmente. Le puso las manos calientes sobre los bíceps. Ella vio el pulso en su cuello, firme y rápido, y sintió su erección contra ella. Recordando el poder que tuvo el otro día sobre él, empezó a desabrocharle el cinturón. Él repitió los murmullos y se apretó contra ella. Le levantó la falda y le bajó la ropa interior. Frieda se apoyó contra el extremo del bastidor de la cama. Él emitió ruidos de placer mientras la penetraba, y ella se sintió orgullosa y poderosa de nuevo. Empezó a imitar los ruidos para complacerlo, luego se encontró haciéndolos de manera involuntaria, para sí misma y también para él. Esta vez él tardó mucho más en llegar al final, lo que la llevó a experimentar nuevos goces. Cuando hubo terminado continuó apretándose contra ella, desplomado y flácido. Luego retrocedió y se abrochó los pantalones. A ella le pareció que lo podía ver y oír todo, dentro de la habitación y fuera de la casa.

—¿Me marcarás?

Él se rio mientras se tomaba otra Pervitin.

—De acuerdo. —Sacó un cigarrillo del paquete que había en la mesilla de noche. Lo encendió y, dando una calada, se acercó a ella—. Te dolerá.

—No me importa.

—¿Dónde quieres que lo haga?

—Aquí. —Ella le tendió su antebrazo blanco como la nieve y describió un círculo en la suave piel.

—Puedes tomarte una de estas..., así no te enterarás.

Frieda meneó la cabeza.

—Quiero enterarme.

Él la sujetó por la muñeca y le aplicó el cigarrillo contra el brazo, y lo sostuvo hasta que se apagó. Frieda se esforzó por no gritar, gemía entre dientes. Él encendió de nuevo el cigarrillo y dibujó otra «O» por encima de la ya existente para completar el ocho. Ella contempló la nueva marca, roja y en carne viva. Oía intensamente a piel quemada. Por un instante se imaginó a su madre envuelta en llamas, con todo el cuerpo marcado con hierro candente, luego asintió hacia Albert para que continuara. Él intentó encender de nuevo el cigarrillo, pero lo había apretado tanto que se había

quedado hecho un acordeón y no prendía. Encendió otro e hizo la siguiente «O»; el escozor del primer ocho neutralizó el dolor del segundo. Al dibujar él la última «O» ella se sorprendió emitiendo un ruido de placer no muy distinto de los gemidos que había emitido minutos antes. Cuando todo terminó, asió la cara de Albert con un gesto que le pareció de adulto —porque eso era ella ahora— y lo miró a los ojos. Estos temblaban y parpadeaban bajo el efecto de la droga, y ella quería que se concentraran. Volvió a rodearle la cara con las manos e hizo anteojeras con ellas.

—¿Por qué tomas esa droga?

—Tengo que estar despierto. Hay muchas cosas en las que pensar. Me ayuda en mis misiones.

—Nunca me hablas de tus misiones, ni de tus planes.

—Todo a su debido tiempo...

—Eso dices siempre. ¿No te fías de mí?

—Por supuesto. Pero... es mejor que no sepas nada. Has sido... útil.

Frieda quería ser algo más que eso.

—Dices que eres soldado. Pero... yo no te veo luchar. Solo te veo bailar y tomar esa droga. No haces nada.

Albert se puso rígido y apartó la cabeza.

—No te preocupes, mi auténtica dama alemana. Sé lo que llevo entre manos. — Sonrió con condescendencia.

—¿Sí? Hablas de un ejército, pero ¿dónde está? Yo solo veo a esos *Trümmerkinder*.

Albert la miró, tratando de fijar la vista.

—Mi auténtica dama alemana..., eres como una oleada de bombardeos tommies. Como el bum, bum, bum de un fuego antiaéreo. No te preocupes. Sé qué tengo que hacer. Ya lo he visto. Lo he visto todo. —Se dio unos golpecitos en la cabeza para enseñarle dónde lo había visto—. Y será sonado.

Mickey Mouse se encontraba en el cruce de carreteras con solo un paraguas para protegerse. Sin tener dónde guarecerse, se acercaba a la puerta de la casa y llamaba, pero el porche se derrumbaba dejando a la vista otra puerta que se abría sola. En el interior de la casa el viento soplaba a diestro y siniestro, casi la arrancaba de sus cimientos. Mickey entraba en ella, la puerta se cerraba de un portazo detrás de él y el candado se echaba solo. La habitación se llenaba de murciélagos y un Mickey aterrizado se metía de un salto en un bacín antes de salir a todo correr, gritando: «¡Mamá!».

Con la excepción de Greta, que había declinado la invitación de Rachael, todos estaban sentados alrededor del Ace Pathescope viendo el final de la película de esa noche: Mickey Mouse en *La casa encantada*. El proyector era el regalo que le había

hecho Lewis en su décimo aniversario de casados, las bodas de estaño, pero era como si se lo hubiera regalado a Edmund, pues era él quien más disfrutaba y mayor partido le sacaba. Y en ese momento estaba en su elemento, hacía de operador, vendedor de caramelos, diplomático e intérprete mientras pasaba una bandeja de piruletas y de galletas navideñas de jengibre y canela («Ahora viene lo mejor; os gustará»), se reía y miraba a su alrededor para asegurarse de que los demás también se reían. Bajo el hipnotizante resplandor de esas bobas películas cortas, los residentes de la casa habían alcanzado una armoniosa unidad: Heike se mostró tímida antes de prorrumpir en risitas; Richard se distrajo con la parte mecánica pero empezó a reírse a carcajadas cuando Popeye flexionó los músculos; la cara imperturbable de Frieda se descompuso en sorprendentes arrugas ante las proezas con que Buster Keaton desafiaba la muerte, y su risa, cuando por fin llegó, sonó como una versión joven de la de su padre.

Lubert se reía con abandono, un hombre de gustos sofisticados disfrutando de placeres sencillos. Rachael se preguntó si estaba realmente absorto en la película o solo fingía de cara a la galería. ¿Tenía, como ella, la sensación de que eso solo era un prelude de algo más interesante? Cuando la película dio paso a puntos y rayas, se cruzaron una mirada y ella creyó percibir en él la misma expectación.

—¡Fin! —exclamó herr Lubert con un ademán ostentoso, aplaudiendo con vigor.

Edmund encendió de nuevo la luz y todos parpadearon con el repentino brillo.

—Gracias, Edmund. Tienes futuro. Creo que algún día harás películas. ¿Qué opina usted, frau Morgan?

Edmund, que hasta entonces solo había considerado ser soldado como su padre, miró a su madre para ver si coincidía con la elección de tan estafalaria carrera.

—Creo que sí —respondió Rachael, y Edmund se hinchó de orgullo con el doble refrendo.

Richard dio las gracias a Edmund por el espectáculo.

—Popeye el marino soy —dijo, y flexionó los bíceps riendo para sí.

Heike estaba sin habla por todo lo que había visto, y se llevó una mano al pecho para expresar su gratitud haciendo pequeñas reverencias. Rachael estaba segura de que la había oído decirle a Edmund: «Delicioso».

Frieda, que volvía a llevar el pelo recogido —aunque en una sola trenza—, guardó silencio.

—Da las gracias a Edmund y a frau Morgan, Frieda.

—Gracias —dijo ella. Miró a Rachael y trató de sonreír—. Me gustaría irme a la cama ahora —añadió en su idioma.

—Por supuesto, Frieda —dijo Rachael—. *Frohe Weihnachten*.

—¿Podemos ver la de Mickey una vez más, mamá? —Edmund ya estaba rebobinando el carrete.

—Creo que es suficiente por hoy, Ed. ¡Cuanto antes te acuestes, antes verás los

regalos mañana!

—¿No vamos a abrirlos ahora, como hacen en Alemania?

—Creía que estábamos haciendo las cosas a la manera inglesa —dijo Lubert, guiñándole un ojo.

Edmund se debatió por un momento con la idea de posponer semejante gratificación en favor de una recompensa futura, pero viniendo de Lubert la aceptó.

—Está bien —dijo. Luego besó a su madre—. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, cariño.

Heike empezó a recoger los platos.

—No se moleste, Heike. Lo haré yo.

—Tómese la noche libre, Heike —dijo Lubert, asumiendo sin esfuerzo el antiguo papel de señor de la casa.

—Buenas noches entonces —dijo ella azorada mientras se inclinaba y retrocedía.

Rachael y Lubert esperaron a que todos se hubieran retirado a sus habitaciones. Él fingió inspeccionar las lentes del proyector mientras Rachael amontonaba los platos. Por fin dejaron de oírse los crujidos de las tablas del suelo y el crepitar del fuego se convirtió en el único ruido de la casa.

—Bueno, ha sido muy divertido —dijo ella—. Me ha encantado verlos a todos reír de ese modo.

—Ese es el milagro de Mickey Mouse. Quizá logre traernos la paz en el mundo.

—¿Le apetece una última?

Lubert no estaba seguro de qué quería decir ella.

—Me refiero a una copa antes de acostarse —aclaró Rachael—. Le ayudará a conciliar el sueño.

—Para los británicos, no hay una sin dos.

—¿Y bien?

—*Bitte*.

Rachael sirvió dos whiskies de tamaño militar y añadió un chorrito de agua en cada uno. Le ofreció uno a herr Lubert y acercó un taburete para sentarse frente al fuego, invitándolo a hacer lo mismo. Contemplaron las llamas en silencio, a apenas unos centímetros de distancia el uno del otro. Una chimenea era como un teatro, y esa era ruidosa y enérgica, llena de intrigantes tramas y subtramas. Rachael clavó la mirada en el carbón de la parte superior, que ya estaba tornándose naranja.

—Me gusta que aquí den más importancia a la Nochebuena —comentó—. Siempre he preferido el Adviento a la Navidad.

—¿Es usted religiosa?

Rachael meneó la cabeza despacio, con poca rotundidad.

—Siempre me ha atraído el boato.

—Pero ¿la cuestión en sí, cuando se despoja de todo?

—Creo que mi fe, si existió, me fue arrebatada.

—Quizá no deberíamos hablar de esos temas.

—No. Debemos hacerlo —replicó Rachael, sintiendo la necesidad de expresar una convicción más profunda—. Casi nunca hablamos de las cosas que importan. Más bien las soslayamos. Creo que es el signo de los tiempos. Un vestigio de la época victoriana, o de demasiadas guerras. No lo sé. Si pudiera elegir el futuro, desearía que la gente fuera capaz de hablar de lo que importa. —El reloj del estudio dio las doce de la noche—. Feliz Navidad.

—*Prost* —dijo Lubert, alzando la copa para entrechocarla con la de ella.

—*Prost*.

—Por una nueva era en la que hablemos de lo que importa —propuso Lubert. Pero lo que importaba aún quedaba por decir.

—¿Y usted, cree? —le preguntó ella, sin estar preparada para ponerle nombre.

Lubert sostuvo la copa a la luz del fuego, y el whisky se encendió y brilló.

—¿En un Dios que se hace niño? Me cuesta. —Ladeó el líquido de su copa, contemplando cómo el cristal refractaba el dorado—. Resulta más fácil creer en un hombre fuerte que en un Dios débil.

La conversación seguía siendo una danza, sin que ninguno de los dos tomara la iniciativa. Rachael se fijó en que el corte de la frente había cicatrizado con rapidez.

—El coronel me comentó que se iba a Heligoland —dijo Lubert—. La isla sagrada. Allí era donde solían ir los santos.

—Entonces se sentirá a sus anchas allí —dijo Rachael sin contenerse. Bajó de nuevo la vista hacia las llamas. El pedazo de carbón en el que había fijado la mirada había prendido los de su alrededor.

—Cuando el coronel me anunció que iba a estar fuera, me... alegré —dijo Lubert.

Rachael agitó el whisky de su copa. Era consciente de las sutiles y taimadas maniobras de su corazón.

—Yo también.

Líneas. Límites. Fronteras. Ella ya había cruzado unas cuantas, aunque le pareció que esas dos palabras eran el salto más grande que había dado hasta entonces.

Lubert le cogió la mano, que no estaba tan caliente como la suya, y se la besó con ternura. Rachael le apretó la mano a su vez y tiró de ella, y guiándole la boca hacia la suya inclinó la cabeza para que la besara. Él respondió de inmediato y la besó profundamente. Rachael se quedó de nuevo atónita ante la fácil y rápida intimidad. Cuando se separaron Lubert trató de decir algo, pero ella detuvo sus palabras con otro beso. Si hablaban de lo que iba a ocurrir, ella se vería obligada a pensar y eso tal vez la frenara. Cuando se separaron por segunda vez ella lo apremió para que continuara besándola; esta vez él se resistió y echó la cabeza hacia atrás como un pájaro, dejando que ella besara el aire.

—... Subiré a mi habitación. Espera a que encienda la luz..., la verás a través de la ventana principal. Dejaré la puerta abierta —dijo tuteándola por primera vez.

Las instrucciones eran tan precisas que debía de haberlo planeado todo con minuciosidad. Se levantó y le soltó la mano sin dejar de mirarla; se llevó un dedo a los labios, luego lo apuntó hacia arriba para indicar adónde iba y lo breve que sería la separación.

Rachael contó hasta sesenta como una niña que juega al escondite, con los ojos cerrados y atenta a los crujidos de las tablas del suelo. Esperó a que las voces —de la razón, el sentido común, la conciencia— le dijeran que no acudiera al encuentro de él. Pero guardaron silencio; todo lo que alcanzó a oír fue el aleteo de su deseo. Solo algo excepcional la detendría ahora: una intervención cósmica, un terremoto o algo tan singular como un gran gato cruzando el césped.

Al llegar a sesenta abrió los ojos y a través de la ventana principal vio cómo se proyectaba la luz de la habitación de Lubert. Se encaminó hacia la escalera y subió con cuidado, procurando no salirse de la alfombra que cubría los peldaños para evitar los ruidosos bordes de madera expuesta, atenta a los crujidos, a la criada espía, al niño despierto. Además de taimado y sigiloso, el adúltero parecía necesitar toda la inocente audacia e inventiva de un niño. ¿Eso era entonces? ¿Un adulterio? Ella no tenía la impresión de que lo fuera, pero ¿acaso la tenía algún adúltero? ¿Qué era lo que lo definía? ¿Un simple pensamiento? ¿Un beso? ¿O se convertiría oficialmente en adúltera cuando entregara a Lubert el resto de su ser?

Pasó por delante de la puerta abierta de su dormitorio. Al llegar al pie de la segunda escalera echó un vistazo a la habitación de Edmund. Apoyó un pie en el primer escalón del siguiente piso, atenta al menor ruido. Todo se hizo más intenso, más lento. Reparaba en nuevos detalles: las cabezas labradas de las varillas para sujetar la alfombra a la escalera, un agudo pitido en el oído, el aire más caliente en la parte superior de la casa. La puerta del dormitorio de Lubert estaba entreabierta, proyectando un triángulo de luz. Puso un pie en él. Vio su zapato, el mismo con que, libre de culpa, había entrado en toda clase de habitaciones para realizar tareas domésticas mecánicas; no parecía el zapato de una adúltera. Empujó la puerta, que por fortuna no crujió, y se adentró en el nuevo país.

Lubert estaba de pie junto a la ventana, de espaldas. Rachael cerró la puerta y se apoyó contra ella sin soltar el pomo, dejando atrás las preguntas. Notó la presión del pomo en la parte inferior de la espalda. Lubert se volvió, con el rostro desfigurado por la anticipación del placer..., ¿o era temor?; por un momento pareció titubear, como si fuera a echarse atrás. Luego se acercó de una zancada a ella y la besó; mientras se besaban empezaron a desnudarse. Lo hicieron sin orden ni concierto, arrancándose la ropa en un ballet absurdo. Ella tuvo que alargar el brazo hacia atrás para bajarse la cremallera; él se rasgó la camisa cuando se la quitó del revés y quedó

atrapada en los puños. Una vez desnudos él quiso detenerse para contemplarla, pero ella lo condujo a la cama.

Al principio Rachael apenas reparó en la diferencia, en su olor o su gusto; no le interesaba su particularidad, y evitó mirarlo a los ojos o abrir los suyos. No quería ternura. Al llegar al momento culmen gritó más fuerte de la cuenta, lo bastante para encubrir el éxtasis de él. Lo bastante para que él la hiciera callar tapándole la boca con una mano.

—Nos van a oír.

A ella le traía sin cuidado.

Permaneció allí tumbada, inhalando el olor del acto y sintiendo dentro de ella las pruebas, que brotaban de sus entrañas e irradiaban hacia sus extremidades.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí.

—Imaginaba que serías así de... feroz.

Ella no respondió; se quedó tumbada con los ojos abiertos. Cogidos de la mano, tenían los brazos y los muslos pegados. Ella era intensamente consciente de todos los detalles, de la habitación, de él: la marca de nacimiento del tamaño de una moneda que tenía en el costado, su propia respiración agitada visible en el movimiento de su estómago, las caderas huesudas de él, las pequeñas venas azules que se le veían alrededor del pecho. Desnudo, Lubert parecía más largo y delgado, y su piel era varios tonos más pálida que la de ella.

La cruda realidad de la habitación provisional empezó a emerger. Rachael abarcó con la mirada el mobiliario, retirado con prisas de las habitaciones del piso de abajo y amontonado allí para hacerle sitio a ella; la mesa de arquitecto y los utensilios de dibujo; los libros apilados en el suelo. Y apoyado contra la pared, descolgado y vuelto del revés, un gran cuadro. De las mismas dimensiones que la marca del vestíbulo.

Lubert empezó a acariciarle el hombro.

—¿Es ese el cuadro? —preguntó ella.

Lubert no respondió.

—¿Stefan?

—¿Sí?

—¿Me dejas verlo ahora?

La reticencia de él solo logró aumentar sus ganas de verlo.

—Adelante —dijo él por fin.

Rachael se sentó en el borde de la cama y se envolvió con la colcha, más para abrigarse que por pudor. Se arrodilló en el suelo y dio la vuelta al cuadro. Sin necesidad de preguntar, supo quién era. La imagen que se había formado no era muy distinta y el parecido de familia era demasiado pronunciado para que no lo fuera.

—Claudia.

Lubert asintió.

—Es impresionante. Veo a Frieda en ella. ¿Por qué lo descolgaste?

—Ya no quería seguir viéndola. Vuelve aquí, Rachael. —Dio unas palmadas en la cama, sin querer hablar más del tema.

Sin embargo, la curiosidad de ella pudo más que la incomodidad de él.

—¿Por qué no me dijiste que era de ella... cuando te acusé?

Lubert parecía estar en conflicto.

—Porque... he intentado olvidar. Y porque si te lo hubiera dicho quizá no te habría besado. Y tú me habrías compadecido. Además, creo que entonces todavía estaba enamorado de mi mujer.

—¿Lo estás?

—Por favor, dale la vuelta.

—Pero ¿lo estás?

—No puedo estar enamorado de un recuerdo. Quiero algo más.

Rachael miró el retrato de nuevo antes de volverlo hacia la pared y regresar a la cama de Lubert.

Lewis estaba agachado con Ursula y los tres delegados de la Agencia Interaliada de Reparaciones detrás del muro de protección, esperando la primera explosión controlada del programa de desmantelamiento. El delegado ruso, el coronel Kútov, gritaba algo, pero Lewis no oía nada. Se quitó los tapones de los oídos y se volvió hacia Ursula.

—¿Qué ha dicho?

—Algo sobre enviarles grano a ustedes.

Lewis volvió a taparse los oídos.

—El cabrón está disfrutando con esto.

Reflexionó sobre la absurda lógica de la ecuación: ellos volaban una fábrica de jabón que daba empleo a dos mil alemanes, que fabricaba algo que todos necesitaban y que no tenía ningún valor militar, y, a cambio, los rusos enviaban pan a los alemanes. Era como hacer cuadrar el libro mayor del infierno.

Una docena de policías alemanes de capa negra contenía sin problemas el puñado de manifestantes congregados en las puertas de la fábrica de jabón Henkel. El general tenía razón: la Navidad era el momento idóneo para el trabajo de demolición.

La agencia había calculado que la explosión se oiría a una distancia de entre cincuenta y ochenta kilómetros. Cuando llegó, la detonación fue poco violenta y extrañamente hermosa: el humo se elevó simétricamente de cada lado del edificio y luego, como un hombre que cae de rodillas pero permanece con la espalda erguida en un intento de mantener la dignidad, toda la estructura se desintegró y desapareció en un nimbo de humo de escombros que se extendió formando una coliflor de polvo,

que casi alcanzó el muro de protección y envolvió a los delegados. El ruido sordo de la mampostería al caer se oíría desde lejos, confundándose con un trueno estrepitoso o con el estruendo de un gran tren que pasara cerca. Tal vez alguien creyera que se trataba de la última oleada fantasmal de unos escuadrones perdidos que volvían para terminar lo que habían empezado.

El desmoronamiento de una chimenea alta proporcionó el *coup de grâce* después del cual Kútov se puso de pie y aplaudió como si se tratara de unos juegos artificiales privados. Tenía motivos para estar impresionado, ya que había sido magnífico desde el punto de vista técnico; los Ingenieros Reales se estaban volviendo expertos en esa clase de explosiones controladas. Jean Bolon, el miembro francés de la delegación, y el teniente coronel Ziegel, el estadounidense, también se levantaron y aplaudieron.

Cuando Lewis observaba cómo se disipaba el polvo, dejando a la vista un montón de mampostería y escombros, vio de pronto a Michael atrapado bajo las vigas, el barro y la arcilla de la casa de Narberth. Rachael le había descrito la escena, pero él nunca se había permitido imaginarla del todo; en su lugar construyó una imagen más llevadera que consistía en una pulcra pila de mampostería en ruinas, no muy distinta de las que tenía ante sí en ese momento, en la que no estaba el cuerpo de su hijo.

Kútov empezó a gritar algo más a los delegados; lo repitió una y otra vez mientras se señalaba el reloj de muñeca.

—¿Qué está diciendo?

—Es medianoche —respondió Ursula—. Dice «Feliz Navidad» en ruso.

Los delegados estaban alojados en un pequeño hotel de la carretera de Cuxhaven. Era la una de la madrugada cuando llegaron, pero Kútov estaba abordando ese viaje como si fueran unas vacaciones y no iba a permitir que se retiraran tan fácilmente a sus habitaciones. Los cinco se dirigieron al bar para brindar por la exitosa operación de la jornada y por el salvador de la humanidad. El delegado ruso sacó una botella de vodka.

—El trago que ganó la guerra —dijo, alzando el alcohol puro—. Ustedes los británicos tienen la ginebra —añadió volviéndose hacia Lewis, quien respondió:

—El trago que nos ayudó a olvidar la guerra.

—¿Y ustedes qué tienen, monsieur?

—El pastís —respondió Bolon—. El trago para los que evitaron la guerra.

—Pero nosotros tenemos el trago que ganará la paz —señaló Ziegel—. El martini, el más grande de todos los inventos estadounidenses. No lo subestimen. Puedo aguantar dos, pero con tres acabo debajo de la mesa, y con cuatro, debajo de la anfitriona. Aunque esto no está mal. —Sostuvo en alto el vaso de vodka—. No siento el efecto.

—¿Y ustedes, frau Paulus? —preguntó Kútov—. ¿Qué bebida puede ofrecer su país?

Ursula había observado callada; Lewis notó que tenía una especie de reacción alérgica al ruso.

—Diría que la cerveza, coronel, aunque ustedes se han quedado con nuestros campos de cereales y de lúpulo.

Miró a Kútov sin dar muestras de que se tratara de una broma. El ruso le sostuvo la mirada, con los ojos brillantes y amenazadores, pero ella continuó mirándolo fijamente hasta que logró que apartara la vista. Entonces Kútov golpeó la mesa con la mano y se rio como si fuera totalmente incapaz de ofenderse. Era un hombre corpulento, fuerte, sin cuello. Toda la mesa se sacudió con el golpe.

—Tiene sentido del humor, frau Paulus. Eso me gusta. Me ha recordado un juego que solíamos jugar en el Ejército Rojo.

El juego consistía en aguantar el máximo tiempo sin parpadear mientras alguien daba palmadas delante de los ojos. Kútov adoptó el papel de batidor de palmas principal, eliminó a Bolon a los diez segundos, y a Ziegel, a los treinta. Lewis casi superó el minuto, pero fue más por agotamiento que por destreza; el juego lo ganó sobradamente Ursula, quien parpadeó al cabo de tres minutos, y solo porque Kútov recurrió a gritar de pronto «ja» en su cara.

A continuación Kútov cantó una melancólica canción popular rusa; Lewis no logró decidir si era un alma sensible o un sentimental desagradable. Se disponía a retirarse cuando Ziegel propuso otro juego.

—Para matar el tiempo antes del desembarco solíamos jugar a un juego llamado «Si no fuera por la guerra». Nos ayudaba a conocer a los nuevos reclutas. ¿Les suena? Es fácil. Solo tienen que decir qué estarían haciendo ahora si no hubiera habido una guerra. Cosas buenas o malas, no importa siempre y cuando sean verdad. Los demás pueden interrumpirlos y desafiarlos si no los creen o quieren saber más.

Kútov golpeteó la mesa en señal de aprobación.

—Excelente. ¡No conozco este juego pero me gusta!

Lewis atrajo la mirada de Ursula y abrió mucho los ojos con fingida alarma. Quería retirarse, pero el sentido del deber y cierta curiosidad lo mantuvieron sentado en su silla.

Ziegel continuó.

—Tengo la botella delante para indicar que estoy hablando yo, y se la paso a la persona a mi izquierda. Empiezo yo, para que vean lo fácil que es. Bien. Si no fuera por la guerra, yo... seguiría vendiendo seguros de vida en Filadelfia. Si no fuera por la guerra, nunca habría visto la torre Eiffel. Si no fuera por la guerra, probablemente tendría cuatro hijos en lugar de dos. Si no fuera por la guerra pesaría unos cuantos kilos más. Ya está. Eso es todo por ahora. Pueden pasar la botella cuando quieran y no quemar todos los cartuchos.

Pasó la botella a Kútov.

El ruso la cogió con una mano. Tenía los dedos gruesos y llenos de cortes. Acarició la botella con la otra mano y la habitación se llenó de solemnidad.

—Si no fuera por la guerra —dijo con tono fúnebre, y guardó silencio unos segundos. Los demás se prepararon para oír una historia repleta de atrocidades que les recordara que los rusos habían soportado el mayor coste en vidas humanas—. Si no fuera por la guerra, esta noche estaría en Petrogrado con mi mujer. —Otro silencio. Nadie supo cómo tomárselo. Parecía triste, casi hundido; inhaló histriónicamente a través de sus fosas nasales ensanchadas.

—Lo siento, Vasili —dijo Ziegel, tocándole las toscas manos.

Kútov se animó inesperadamente y en su rostro apareció una gran sonrisa llena de complicidad.

—¡Y cada día doy gracias de no estar con esa bruja!

El alivio hizo más sonoras las carcajadas.

—Así que si no fuera por la guerra... —Kútov reflexionó un rato más—, si no fuera por la guerra seguiría con mi mujer y mis tres hijos: Masha, Sonya y Piotr. Sería un mal padre que chilla. Estaría trabajando en la Oficina de Comunicaciones y los fines de semana me encontrarían pescando en agujeros practicados en el hielo. Y, si no fuera por la guerra, no tendría excusa. —Se detuvo de nuevo.

—¿Excusa? —repitió Bolon.

Kútov apuró el vodka y llenó de nuevo el vaso. Luego se levantó con brusquedad.

—Si no fuera por la guerra... —Se levantó la camisa dejando ver un pecho fuerte y grueso: tenía el estómago cubierto de cicatrices negras—. Esto es por robar una vaca. A un granjero de Polzin.

—¿Y dónde está ahora el granjero? —preguntó Bolon.

Kútov señaló el suelo.

—¡Muuuu! —exclamó Ziegel—. ¡Muy bueno, general! Muy bueno.

Kútov pasó la botella a Bolon.

Lewis no lograba ubicar al francés. Era evidente que no era soldado. ¿Un funcionario? ¿Un académico quizá?

—Si no fuera por la guerra... no estaría disfrutando de esta experiencia de camaradería internacional... —empezó a decir.

Kútov aprobó la manera en que lo expresó, y exigió cuatro brindis y vítores de cada delegado.

—¡Camaradas!

—Si no fuera por la guerra —continuó Bolon— no estaría aquí, lógicamente. Todavía estaría trabajando en Beaune. Si no fuera por la guerra habría terminado mi doctorado. Si no fuera por la guerra... seguiría con Angèle. Si no fuera por la guerra nunca habría conocido a mi mujer.

—El Señor te lo dio y el Señor te lo quitó —terció Ziegel.

—¿Y qué fue de esa tal Angèle? —preguntó Kútov.

—Yo estaba en París cuando la tomaron los alemanes. No pude regresar a Beaune. Angèle era una secretaria del departamento. No tenía adónde ir...

—Nos hacemos una idea, Jean..., nos hacemos una idea —dijo Ziegel.

Ziegel era con diferencia el más borracho, pero Lewis empezaba a notarse algo bebido; estaba seguro de que si se movía se caería. A pesar de todo aceptó otro trago del ruso. Resultaba efectivo para mantener a raya la marea.

—¿Y dónde está Angèle ahora? —preguntó Kútov.

—La detuvieron. Mi profesor la delató a las autoridades alemanas. Era judía. Después yo dejé la universidad. Pero... conocí a mi mujer, Juliette. Y en fin. *Comme ça...*, es suficiente por el momento.

Bolon pasó la botella a Lewis.

—Coronel Morgan, veo en usted muchas historias.

En efecto, Lewis tenía muchas historias —su vida se había visto tan afectada por las consecuencias de la guerra como la de cualquiera—, pero él no estaba preparado para contarlas, ni ante esa mesa ni ante ninguna. No se sentía con fuerzas para comparar cicatrices. Durante la pasada hora había estado fumando casi en una fuga, intentando ocultarse detrás de la cortina de humo.

—¿Coronel?

Él le pasó la botella a Ursula.

—Lo siento, pero tengo la mente en blanco. Inténtelo usted, *fräulein*.

—Tiene que decir algo, coronel. Cualquier cosa.

—Luego —replicó él—. Hable usted primero.

Ursula puso una mano en la botella.

—Si no fuera por la guerra... todavía estaría casada. Quizá tendría hijos. Me habría gustado tener cuatro. Seguiría dando clases en Rügen. No habría perdido a un hermano contra... el régimen. Si no fuera por la guerra nunca habría cruzado un mar congelado.

—¿Escapaba de nosotros? —le preguntó Kútov interrumpiéndola.

Ursula asintió.

Él se rio.

—¡Creyó que los ingleses la tratarían mejor!

Ursula lo miró.

—Sí.

—Ellos no tuvieron que enfrentarse a lo que nosotros nos enfrentamos —replicó él. Se había contenido hasta entonces, pero por fin afloraba el orgullo del que ha sufrido más.

—Hay cosas que una guerra no puede justificar, coronel. Sea lo que fuere a lo que se han enfrentado.

—Continúe, señorita Paulus —le pidió Ziegel.

—Si no fuera por la guerra... no habría ido caminando desde Rügen hasta Hamburgo. Ni habría visto por el camino... lo cruel que puede ser el hombre. Y... lo bueno.

—¡Detalles, fräulein! ¡Detalles! —exigió Kútov.

Ursula lo miró con atención. Llevaba poniéndola a prueba todo el día y toda la noche. Parecía casi orgulloso de provocar su indignación.

—Si no fuera por la guerra no habría visto la crueldad de los soldados rusos violando a una anciana y luego matándola a golpes. Si no fuera por la guerra no habría visto la bondad de su superior persuadiéndoles para que me perdonaran la vida y me dejaran marchar.

Kútov hizo de inmediato un ademán desdeñoso.

—Considérese afortunada.

Echaron otro pulso de miradas que Kútov ganó sonriendo y a continuación riéndose con ganas. Pero esta vez los demás no se rieron con él. Lewis se alegró de haber recomendado a Ursula para el puesto de Londres y de que ella hubiera aceptado. Si Kútov y ella permanecían todo un mes en tan inmediata proximidad sin duda habría un incidente internacional.

Ziegel trató de acelerar las cosas.

—Bien, coronel, ahora tiene ventaja sobre nosotros. No sabemos nada de usted.

Lewis tamborileó con los dedos en la mesa.

—Me gustaría retirarme. Mañana hay que madrugar.

—Vamos, coronel. ¿Qué puede ser tan malo? —lo cameló Ziegel.

—No me va esta clase de juegos, caballeros.

Ursula estaba agitada tras el intercambio de Kútov y concentró esa agitación en Lewis.

—Nos ha escuchado a todos. Es justo que comparta algo con nosotros.

—Ella tiene razón —coincidió Ziegel, dando palmadas en la mesa—. Tiene que aportar algo, coronel. Todos hemos desnudado el alma. Juego limpio, ya sabe.

Ursula puso la botella delante de Lewis. Él la miró, pero no pudo cogerla. Ursula se la arrebató con impaciencia y la sostuvo frente a ella.

—De acuerdo. Puesto que soy su intérprete hablaré por usted. Creo que sé qué nos está diciendo el coronel. —Lo miró y él de pronto quiso quitarle la botella de las manos—. Si no fuera por la guerra, el coronel Morgan no habría estado aquí para ofrecerme un empleo y no me iría a Londres. De modo que gracias. Si no fuera por la guerra, el coronel Morgan estaría viviendo tranquilamente en alguna parte de Inglaterra o Gales, no lo sé. Si no fuera por la guerra el coronel Morgan habría pasado más tiempo con su familia. Si no fuera por la guerra no habría perdido un hijo, y luego no habría intentado mantenerse tan ocupado trabajando sin parar para

evitar enfrentarse a ello. Aunque la pérdida sigue ahí, en su corazón.

Con esas palabras Ursula dejó la botella en el centro de la mesa.

Kútov aplaudió. Ziegel asintió en señal de aprobación.

Lewis sintió como una marea dentro de él, elevándose hacia los senos nasales y el pecho. Se había esforzado mucho para mantener a raya ese fantasma, pero de pronto presionaba para salir y reclamar lo que era suyo. Estaba al borde del llanto y tuvo que tragar saliva para contener las lágrimas. Se levantó. El efecto entumecedor del vodka parecía haberse concentrado en la parte posterior de sus muslos e intentó recobrar el equilibrio. Puso una mano sobre la de Ursula con delicadeza y dio unas palmadas.

—Una buena traducción. —Hizo una inclinación—. Me voy a retirar. Caballeros, frau Paulus. Buenas noches. *Spokoynoy nochi. Bonne nuit. Gute Nacht.*

Richard redujo la velocidad del Austin para dejar a Rachael frente a la verja de los Burnham. Al hacerlo se le ahogó el motor y dio una sacudida; ella se vio obligada a poner una mano en el salpicadero.

—*Dieses englisches Auto ist Scheisse!* —murmuró él, y acto seguido se quedó profundamente avergonzado de su arrebato—. *Entschuldigung.*

Aun sin sus clases diarias de alemán ella habría entendido bastante bien esas palabras.

—No se preocupe, Richard. Es por el frío. Estoy de acuerdo con usted, no es el mejor coche del mundo. Gracias por traerme. Estaba mucho más cerca de lo que pensaba. —Acompañó la parrafada con gestos compensatorios: moviendo los dedos como si caminaran, indicando con una mano la pequeña distancia y dándole una palmadita tranquilizadora en el brazo.

—Usted es una buena persona —dijo él.

Mientras recorría el camino de entrada a la casa de los Burnham, Rachael se sintió tan halagada como intranquila con el cumplido. No creía ser una «buena persona». Los ilícitos acontecimientos de las últimas semanas sin duda la habían descalificado para recibir ese elogio.

Si alguien era capaz de calarla era Susan Burnham. Esa invitación a tomar el té de pronto le pareció más bien una emboscada. Sus sentimientos a flor de piel, y también su situación, eran precisamente la clase de carnaza de la que se alimentaba Susan. Mientras tomaban el té en el impresionante salón, Rachael decidió distraerla.

—Imagino que te habrás enterado de lo de herr Koenig, el profesor de Edmund.

—Sí, me lo dijo Keith. Policía secreto. Espero que lo fusilen.

Rachael asintió.

—¿No comprobasteis su pasado?

—Sí, pero es evidente que os engañó. Rellenó el formulario como todos los demás. Sencillamente eludió las casillas inculporatorias. Dijo que había sido maestro de escuela en Kiel. A Lewis le pareció que era de fiar.

—¿Cómo lo descubrieron?

—Alguien que lo conocía lo delató.

—Bueno. Las dotes selectivas de tu marido dejan mucho que desear.

En lugar de defender a Lewis, Rachael se llevó la taza a los labios y se los quemó. Sopló el té formando pequeñas ondas en la superficie y observó la taza. Sentía debilidad por las vajillas. Entendía de porcelana y ante sí tenía un asombroso juego decorado con el exquisito diseño de Blue Onion. Levantó la taza buscando en la base la marca del fabricante, y allí estaba el emblema de las dos espadas cruzadas de color azul que representaban la ciudad junto al Elba cercana a Dresde donde se fabricaba la

mejor porcelana del mundo. Era curioso que esa taza se hubiera fabricado junto al mismo río que corría a unos pocos metros de distancia de allí. En abril Lewis y ella celebrarían el vigésimo aniversario de su boda, y ella siempre le había hecho un regalo apropiado. Los veinte años de matrimonio se asociaban con la porcelana.

—Meissen —dijo.

—Venía con la casa. Está llena de porcelana.

La mansión de los Burnham era más suntuosa de lo que Susan había dado a entender. Había exagerado tanto acerca del esplendor de Villa Lubert que Rachael se la había imaginado viviendo de un modo mucho menos cómoda. Si bien no tenía las dimensiones de la casa de Lubert, era majestuosa a su manera y quizá demasiado elegante, demasiado refinada para una persona como Susan Burnham. Claro que Rachael no diría nada. Las dos eran cucos rústicos en los lujosos nidos de otras aves.

—Te habría invitado a pasar la Navidad con nosotros, pero no la celebramos con mucho entusiasmo... Keith no la soporta.

—Eres muy amable. Nosotros lo pasamos muy bien en casa.

—Tu maridito está muy ausente. Me parece que solo lo he visto una vez desde que estamos aquí.

—Creo que en parte se alegra de estar lejos. —Eso no era lo que Rachael había querido decir y Susan Burnham olió la sangre.

—¿Lo acompañaba su intérprete?

—No me lo dijo. Supongo que sí.

—Keith la vio el otro día en un almuerzo. Dijo que era «una auténtica diosa». Mi marido no suele fijarse en esas cosas, de modo que tiene que serlo. No lo comprobaste, ¿verdad?

—No.

—¿No te hace... recelar un poco? ¿Te has enterado de lo del capitán Jackson?

Rachael no se había enterado, ni quería enterarse, de lo del capitán Jackson, pero Susan se lo iba a contar de todos modos.

—Huyó a Suecia con su intérprete. Dejó tres hijos. Ni siquiera se molestó en escribir una nota.

—¿Por qué me lo dices, Susan?

—Porque os miro a los dos y me pregunto cómo os las arregláis. Estoy preocupada por ti.

Rachael no estaba segura de si creerla. ¿Era la preocupación o la morbosidad lo que motivaba a su amiga?

—¿Y tú? ¿Cómo está Keith? No he vuelto a verlo desde... aquella noche.

—Dios mío, no creo que se acuerde siquiera. —Susan se rio. Pero la sola mención del nombre de su marido hizo que guardara silencio unos minutos—. Se porta como una bestia cuando está borracho. Me preocupa que haya ido a más desde que

llegamos aquí.

—Parecía muy enfadado.

—Es su trabajo. Tiene un cometido. No quiere que salgan impunes.

—¿Quiénes?

—Los nazis.

—No, ninguno de nosotros lo queremos.

—Verás, le afectaron mucho las fotos de los campos de concentración. Pidió que lo trasladaran al programa de desnazificación la misma semana en que las publicaron. Se sintió llamado a erradicar ese mal.

La mirada de Rachael se clavó en una hilera de cajones de madera que había junto a la pared. Imaginó que acababan de llegar de Inglaterra.

—¿Sigues deshaciendo el equipaje?

—Vamos a mandarlas de vuelta.

—Pero aquí hay espacio de sobras...

—Estamos..., ya sabes, enviando objetos sueltos.

—¿Objetos sueltos?

—Vamos, Rachael. El botín de la guerra. De todos modos todo es robado. Los cuadros de tu casa, por ejemplo... ¿Acaso crees que herr Lubert no tiene las manos manchadas de sangre?

Rachael pensó que había sido muy necia.

—Jamás se me ocurriría hacer algo así.

—Para vosotros es muy fácil.

—¿Por qué?

—Venís de buenas familias, y tenéis antigüedades y reliquias heredadas. Nosotros en cambio empezamos de cero.

—Eso no es cierto. Ni Lewis ni yo nacimos en hogares privilegiados.

Entró una criada con una fuente de tartaletas inglesas de Navidad.

—*Nein!* ¡Santo cielo! —exclamó Susan mientras la reconducía hacia el aparador. De pronto estaba bastante desquiciada.

Rachael empezó a limpiarse los labios con una servilleta. Quería marcharse de esa casa.

—Te ha conquistado, ¿verdad? —dijo Susan.

—¿Quién?

—Tu atractivo arquitecto.

Rachael no fue capaz de detener el mecanismo que comunicaba su mente con el flujo de la sangre que afluía a sus mejillas.

—¿Qué quieres decir?

—Vi cómo saliste en su defensa cuando se rompió el jarrón.

—Era su casa, Susan. Estábamos rompiendo sus cosas. ¡Sus cosas!

—Ya sabes a qué me refiero.

—No, no sé a qué te refieres.

—Cuando te acercaste a él para impedir que golpeará a Keith..., la forma en que os mirasteis...

—¡Susan! Por favor.

—Ten cuidado. No son como nosotros. Son diferentes, muy diferentes. Claro que no me extraña.

—¿Qué?

—Que quiera aprovecharse.

—Por favor, Susan

—Eres una mujer atractiva. Y puede decirse que desatendida. Solo te lo estoy diciendo porque te envidio.

—¿A mí?

—Todo es más complicado —respondió Susan. De pronto la piel de alrededor de los ojos y la nariz se le cubrió de manchas rojas, un signo inconfundible de que afloraba la emoción—. No soporto estar aquí.

—Pensé que te gustaba.

—Al mal tiempo buena cara, ya sabes. Aprendes rápido cuando estás casada con un borracho. —Soltó una sonrisa nerviosa y frívola para quitar importancia a la palabra que había salido de su boca.

El ejército estaba lleno de borrachos clandestinos, pero Rachael jamás habría dicho que el comandante Burnham era uno de ellos.

—No me había dado cuenta de que era tan grave.

De pronto Susan Burnham puso una mano sobre la de Rachael.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad? Por favor, no se lo digas a nadie.

—No.

—Y lo otro tampoco.

Susan miró hacia los cajones de madera repletos que esperaban a ser enviados.

—Lo de la porcelana y demás.

Edmund esparció una baraja de cartas boca abajo en el suelo de su dormitorio mientras Frieda, tumbada de lado en la alfombra, con la falda subida sobre los muslos, examinaba las puntadas en el cuello de Cuthbert. Desde la proyección de Navidad ella había empezado a estar más simpática con Edmund, y él había tratado de dejar de lado su soldado de trapo y cualquier otro juego que ella pudiera considerar infantil. Ya no hacía correr coches por el rellano ni cazaba bestias imaginarias en el jardín. Ahora todo eran películas y juegos de cartas.

—El soldado inglés está mejor —le dijo Frieda, que hablaba su idioma mucho mejor de lo que Edmund creía—. ¿Es un soldado del rey?

—Pertenece a la Guardia de Granaderos.

Él quería continuar jugando al juego de la memoria, pero Frieda deslizó un dedo arriba y abajo de las puntadas de Cuthbert, sonriendo para sí. Quizá se disponía a hacer una confesión completa.

—Tu madre lo ha dejado mejor. Desde el *stummer Diener*.

Edmund se encogió de hombros con indiferencia para demostrar que había dejado atrás los soldados y los montaplatos. Le miraba las piernas desnudas; había cambiado de postura para verlas mejor. Se sentía atraído por Frieda de un modo que escapaba al sentido común o a su total comprensión. Por la noche, cuando no podía dormirse, no paraba de rebobinar mentalmente la exhibición atlética que había hecho ella, las bragas blancas al final de los muslos, y el penetrante olor a cítrico mezclado con amoníaco de la orina en el orinal. A partir de esos momentos era capaz de construir toda una secuencia de nuevas fantasías.

Fingiendo que colocaba mejor las cartas sobre la alfombra, le rozó la pierna con la mano y la dejó allí. En sus deliciosas aventuras mentales ya la había tocado. Pero hacerlo en la vida real... Esos eran los juegos que le interesaban a él. Quería acariciarle la piel, describir un círculo por encima de la rodilla y frotarlo como si limpiara el vaho de una ventana. Ese pensamiento pareció conectar con su entrepierna porque notó una sensación de tumescencia. Quería seguir deslizando la mano hacia la blancura imposible de esas bragas hasta llegar a la tela. ¿Y entonces qué? ¿Juntaría ella los muslos, atrapándole la mano entre ellos?

Frieda no dio muestras de haber notado el roce. Dejó a Cuthbert en el suelo y, poniéndose de rodillas, se concentró en la casa de muñecas y estudió la distribución de los muñecos. Señaló al niño que estaba en el dormitorio.

—Este eres tú. Esta... —señaló la muñeca sentada al piano— es frau Morgan. Y estos... —señalando los muñecos del tejado— somos mi padre y yo.

Edmund asintió. Quería volver al otro juego, pero Frieda parecía entusiasmada con su reconstrucción. Cambió la muñeca que representaba a Frieda por la de Rachael, y puso a Frieda con Edmund en el piso de abajo y a la madre de Edmund con herr Lubert arriba en el tejado. Luego colocó a los adultos juntos en el dormitorio principal. Parecía divertida con esa nueva distribución. Edmund también se rio, aunque no estaba seguro de que fuera tan gracioso. Ver al muñeco de Lubert y al de su madre juntos en el dormitorio le produjo una sensación extraña.

—¿Dónde está el padre de Edmund? —le preguntó ella.

Edmund señaló el coche colocado sobre una isla de ropa, junto al caballo de balancín.

—En Heligoland.

Ella se levantó, se acercó al caballo y le acarició el brillante lomo. Luego puso un pie sobre el coche y lo hizo rodar de un lado a otro por la alfombra.

—Puedes ordenar que vuelva —dijo Edmund.

—¿Ahora?

—Ahora.

Frieda empujó con el pie el coche por la alfombra, con suficiente fuerza para que se estrellara contra el lateral de la casa de muñecas y volcara.

Rachael vio que algo se movía en el bosque; alguien los seguía, eran dos y avanzaban en paralelo de un árbol a otro para ocultarse. Ella miró atrás y aminoró el paso al tiempo que cogía Lubert del brazo obligándolo a girar la cabeza a su vez.

—Creo que nos están siguiendo —dijo Rachael.

Lubert se volvió hacia los árboles.

—*Trümmerkinder*.

Las figuras se detuvieron y atisbaron desde detrás de un árbol. Una de ellas parecía llevar un palo largo parecido a una lanza. Debía de tener la misma edad que Edmund.

—No te preocupes por ellos. Creerán que somos refugiados, o dos amantes que están dando un paseo por el parque.

El término «amantes» era demasiado frívolo para Rachael, que había descubierto que ser amante requería más sigilo, astucia, maquinación y planificación de lo que los escritores de novelas románticas daban a entender. Habían pasado muchas noches delante de la chimenea hablando de temas profundos, pero la casa era todo oídos y ojos, y en los meses de frío en los que nadie salía de ella no había espacio para la intimidad. Incluso esa breve escapada había exigido que ella saliera primero y él la siguiera: ella «a tomar el aire»; él «para buscar leña». Lewis llevaba casi dos meses fuera, y sin embargo esa era la primera vez que estaban completamente solos desde la noche de Navidad.

Mientras paseaban por los jardines del Jenischpark ella pensó que el invierno era la estación del año más apropiada para tener una aventura. Era más fácil que unos cuerpos furtivos permanecieran en el anonimato si estaban envueltos en capas. De lejos todos parecían iguales, y ese día tanto ella como Lubert iban tan abrigados —ella con sus *galoshes* y su abrigo de lana negra; Lubert con un gorro de esquí y una mochila llena de carbón para la cabaña del guardabosques—, que fácilmente habrían pasado por dos desplazados dirigiéndose a un campo cercano.

El parque se encontraba apenas a quince minutos de la casa, pero parecía otro país. La nieve era virgen salvó por las huellas de los ciervos. De los arquitectos de la gran casa situada en el corazón del parque colgaban carámbanos. Lubert le contó la historia del parque mientras caminaban.

—Lo diseñó un tipo llamado Casper Beck. Un hombre con talento, aunque tenía algo de figura trágica. Intentó descubrir un lenguaje universal en su trabajo y fracasó.

Se sumió en la desesperación y se suicidó.

Mientras se acercaban a la casita del guardabosques le comentó que los contactos de la familia de Claudia le habían proporcionado una licencia para cazar en el parque, así como acceso privado a él. La casita era una especie de disparate, una imitación de una cabaña de madera al estilo de los primeros colonos americanos con vistas a un estanque que en verano se convertía en una piscina pública. Cubierta de nieve y rodeada de pinos, parecía una choza en una frontera solitaria. Lubert sacó una llave y, retirando la nieve y el hielo de la cerradura, abrió.

La cabaña estaba amueblada con sillas de madera tosca y alfombras; un estante para guardar los rifles y una cabeza de ciervo adornaban la pared sobre la chimenea, donde habían instalado una estufa. Lubert sacó de la mochila astillas —un cajón roto— y un ejemplar de *Die Welt*, y se dispuso a encenderla. El suelo estaba cubierto de bichos muertos que crujían bajo sus pies. Rachael los barrió con una rama de abeto y los tiró por debajo de la puerta, luego despejó un espacio frente a la chimenea en el que amontonó todas las alfombras para hacer una cama. Cuando terminó se sentó y observó cómo Lubert encendía el fuego. Él esperó a que las llamas disminuyeran para echar unos pedazos de carbón que colocó de uno en uno entre las ramitas ardiendo. Luego se reunió con ella en la cama hecha de alfombras y, sentados como exploradores en un campamento, contemplaron juntos cómo el fuego cumplía su cometido. Pese a la trascendencia de lo que ella, o ellos, estaban haciendo, Rachael no podía evitar tener la impresión de que la aventura todavía era un juego de niños.

La ropa que les cubría empezó a desprender vaho al derretirse la nieve. Lubert se quitó el gorro y la bufanda, y Rachael hizo lo propio. A continuación él la besó y, sosteniéndole la cabeza con una mano, la tendió de espaldas. Se besaron largo rato y luego empezaron a hacer el amor, esta vez sin quitarse la ropa. No fue como aquella primera noche. La baja temperatura los obligaba a moverse deprisa y con torpeza. Pero, a pesar de la ropa, Rachael se sintió más expuesta que cuando se había acostado con él desnuda. Estaba demasiado cohibida, era demasiado consciente de la presión del tiempo y de la vida. Cuando acabaron se quedaron allí tumbados, mirando las telarañas de las vigas del techo. Ella se preguntó cuánto tiempo serían capaces de mantener a raya la realidad.

—Cuando vuelva a ejercer mi profesión diseñaré cabañas al estilo del Oeste americano. —Lubert se levantó y empezó a dibujar con el índice en el cristal empañado—: Esto es todo lo que la gente necesita en realidad.

—¿Cuándo te darán el certificado?

—Pronto. Aunque el comandante parece resuelto a averiguar algo, cualquier cosa, que demuestre que no estoy limpio de culpa. Imagínate si nos viera ahora...

—Calla.

Ninguno de los dos estaba limpio de culpa, pero la idea de que Burnham

descubriera esa aventura le resultó particularmente sucia.

Lubert siguió dibujando en la ventana con el dedo.

—Una habitación pero con un balcón interior y un porche más amplio. Creo que eso es todo lo que necesitamos.

Ella lo observaba con auténtico placer. Cuando más atractivo le parecía era cuando daba rienda a su imaginación. Lo que al principio había tomado por insolencia altiva era en realidad entusiasmo creativo. Su capacidad para hablar y hacerle hablar a ella sobre cualquier tema, ya fuera religión, el matrimonio, el arte, el dolor, la pérdida o la muerte, era inagotable. Parecían haber compartido más en esas pocas semanas de lo que Lewis y ella habían compartido en casi veinte años de matrimonio.

—Se acabaron las mansiones para millonarios. Y los encargos para comerciantes hamburgueses sobrealimentados y desnaturalizados que no quieren ser menos que sus vecinos. En adelante diseñaré edificios concebidos para el bien común. —Cuando terminó, se apartó para que ella lo viera—. Aquí lo tienes. ¿Qué te parece? ¿Podrías vivir en él?

Rachael miró lo que había dibujado en el cristal empañado, toda una estructura sugerida por apenas unas cuantas líneas. Pero en realidad era un imposible bidimensional que no proporcionaba respuestas a las cuestiones prácticas e inminentes: sobre Edmund. Y sobre Lewis.

—Creo que sí.

—¿Conmigo? —Lubert se puso más serio.

De pronto apareció el casco de un soldado británico en medio de los planos dibujados en la ventana. Rachael se sentó, tapándose. La figura dio unos golpecitos y aplastó la cara contra el cristal. Era una cara de golfillo. Uno de los *Trümmerkinder*.

—Weg! —gritó Lubert, golpeando el cristal a su vez.

El chico hizo un gesto obsceno con el dedo y siguió mirándolos con una sonrisa maliciosa. Lubert se dirigió a la puerta para ahuyentarlo. Una ráfaga de aire frío atravesó el ambiente cargado y Rachael se puso el abrigo. Se levantó y se acercó a la ventana para mirar. Lubert lo persiguió unos cuantos metros y le tiró juguetonamente una bola de nieve. Pero el chico salió despavorido y desapareció entre los árboles gritando palabras que ella no supo traducir.

Lubert entró de nuevo, riéndose.

—Tunante. Al menos se ha perdido el espectáculo.

Rachael se abrochó el abrigo, inquieta ante la idea de que la intimidad entre ambos fuera un espectáculo.

—Bueno —dijo Lubert, secándose las manos—. Es la hora del picnic.

Metió la mano en la mochila y sacó un pedazo de queso, un bote de encurtidos, media barra de pan y un tarro de porcelana con mantequilla, junto con una pequeña

botella de licor de melocotón. También había llevado un mantel a cuadros, varios cubiertos y dos pequeños vasos de peltre. Lo colocó todo cuidadosamente, como si no fuera la primera vez.

—¿Venías aquí con Claudia?

En el rostro de Lubert se reflejó un atisbo de indignación.

—Por supuesto, ¿por qué?

—Perdona. Me intriga saber cómo era ella, eso es todo.

—¿Qué quieres que te diga? —replicó él, esta vez a la defensiva.

—No lo sé. Solo sé sincero.

Lubert suspiró. Recordar no parecía entrar en sus planes.

—Era altiva. Implacable ante cualquier estupidez. Elegante hasta lo ofensivo. Hábil para sacar lo mejor de la gente. Obstinada. Introversa pero sociable. Lectora aunque no muy leída. Amante de la música pero sin oído musical. Y mejor persona que yo.

—¿Por qué mejor?

—Habría demostrado... más autocontrol en una situación como la mía.

—¿Eso la hace mejor que yo?

—No. Me refiero a que ella jamás habría compartido la casa, para empezar.

—Sigues echándola de menos, ¿verdad? —No era una pregunta.

—Durante un tiempo, prácticamente hasta que tú llegaste, no pude pensar en nada más. Después de la tormenta de fuego pasé meses buscándola. Me olvidé de todos y de todo. Especialmente de Frieda. Frieda sufrió por ello. Creo que perdí el contacto con ella en ese momento, y todavía no lo he recuperado. Sin embargo cuando tú llegaste..., tu llegada lo cambió todo. —La miró, deseando que Rachael lo aceptara como la verdad—. Pero veo que estás pensando demasiado.

—Lo siento. Creo que ha sido la aparición de ese niño tan extraño.

El niño con cara de gárgola la había asustado, haciendo estallar la burbuja idílica.

Lubert sirvió el licor en una copa y se la ofreció.

—Estás pensando en esta situación, en lo que estamos haciendo.

Hasta ese día ella no se había permitido ver claramente lo que hacía, apenas se había hecho una ligera idea de ello, pero fue suficiente para que él lo advirtiera.

—Yo también he estado pensando. Tu marido ha sido amable. Y ha confiado en mí. —Le cogió la mano—. No obstante, lo que hay entre nosotros es precioso, ¿no? Nos comprendemos. Has conseguido que vuelva a sentir. Y quiero creer que yo he hecho lo mismo por ti.

Ella se inclinó hacia él y lo besó con ternura. Era más fácil pensar en su relación en esa cabaña. En el presente.

—Tengo la sensación de que debo irme lejos de aquí para pensar. Lejos de la casa y de todos sus fantasmas. Ir a alguna parte donde podamos hablar sin miedo a que

alguien nos vea o nos oiga.

—Entonces te llevaré a alguna parte. Te llevaré a la ciudad más hermosa de Alemania: Lübeck. La ciudad donde nací. Pasaremos unos días allí. Podemos ir en tren desde la Hauptbahnhof. Conozco un bonito hotel donde podemos alojarnos. Heike y Greta cuidarán de los chicos. Podemos hacerlo, Rachael. Podemos irnos mañana mismo o la semana que viene.

Ella no era capaz de imaginar nada con tanta antelación. Hacerlo significaba pensar en otras responsabilidades.

—¿Rachael?

—Sí, sí. Pero no hablemos de eso aún.

Ozi pagó a Hokker los mil cigarrillos y fue a recoger el arma al apartamento de un hombre llamado Grün que vivía en Altona. Grün era casi del color de su nombre; tenía la palidez de una taza barata, llevaba un traje cruzado y un sombrero como los de Hokker, y se esforzaba sobre todo por exhibir sus dos dientes de oro al encontrar muy gracioso todo lo que Ozi decía. El arma estaba envuelta en una manta, como un bebé, sobre un camastro de campaña en un rincón de su hediondo tugurio. Grün apartó la manta para enseñarle a Ozi la mercancía.

—Un Mosin-Nagant noventa y uno/treinta con una mira Carl Zeiss de cuatro aumentos. El sentido práctico ruso más la precisión alemana. Y viene con dos cajas de munición.

El arma era un objeto impresionante y de aspecto fiable; Ozi acarició el frío cañón y asintió con aire de experto, fingiendo ser un entendido en la materia.

—Parece bastante bueno.

Grün se rio de él.

—Ya lo creo que lo es. Es el fusil con que Rusia ganó la guerra. ¿Has traído mi propina?

Hokker le había dado instrucciones a Ozi de darle una propina en oro o joyas. Berti le había regalado un collar de granate, y él lo sacó del bolsillo y se lo entregó a Grün, que lo sostuvo bajo la bombilla desnuda.

—No son rubíes. —Mordió una piedra—. Pero servirá. —Satisfecho, se lo guardó en el bolsillo. Luego envolvió el arma con la manta y se la dio a Ozi—. ¿Qué piensas hacer con ella?

Ozi tenía órdenes expresas de Berti de responder que quería el arma para cazar.

—Cazar conejos. Puede que también pruebe con uno de esos gruesos cuervos que flotan por el río. ¿Por qué dejar vivir a esos cabrones cuando todos pasamos tanta hambre?

Grün miró a Ozi con escepticismo.

—¿No deberías estar en el colegio?

—Mi colegio es ahora un montón de ladrillos. Pero voy a las charlas de los tommies. Pregúntame cualquier cosa sobre el estilo de vida inglés. El rey de Vindsor. Lo sé todo.

—Sí, claro.

Ozi había llevado consigo su maleta. La abrió y puso el arma en diagonal en el compartimento superior. Luego metió las dos cajas de munición en la esquina y la cerró.

—Bueno, espero que caces unos bonitos faisanes con esa arma. No te vendría mal un poco de carne.

Ozi cogió el tranvía hasta lo alto de la Elbchaussee y luego echó a andar por la carretera hasta la casa de Petersen. Mientras caminaba empezó a preguntarse para qué era el arma en realidad, y cuanto más pensaba en ello más le pesaba la maleta. Tenía que detenerse cada cien pasos para cambiarla de mano y frotarse el surco rojo que le había dejado el asa. Berti estaba tramando algún ataque contra un tommy. No quería decírselo a nadie pero era algo serio. Ozi había tratado de explicarle que los tommies no eran tan malos, pero no era fácil lograr que cambiara de opinión. Tenía el corazón de piedra. ¿No era eso lo que había dicho su madre? Era lo que pasaba cuando no podías olvidar una atrocidad: te volvías de piedra. Berti no podía olvidar lo sucedido en las redadas nocturnas, cuando vio a su amigo Gerhardt cabeza abajo. No podía perdonar a los tommies por eso o por lo que le había ocurrido a su madre, sus primos y sus tíos, y a todos los demás en la gran tormenta de fuego. La medicina lo había ayudado, pero seguía teniendo pesadillas. Y no dormía lo suficiente. Quizá esa medicina más potente le sirviera.

Ozi cogió la maleta y siguió avanzando por la carretera, discutiendo en voz alta.

—Podría lanzar el arma al río y decirle a Berti que me han perseguido unos tommies.

*Berti se enterará.*

—Podría tirarla y largarme de Hamburgo.

*Irá a por ti.*

—Podría advertir a Edmund. Ir hasta las verjas de su casa cuando nadie mire.

*Demasiado peligroso. Si Berti se entera>...*

—¿Quién puede detenerlo?

*Solo hay una persona capaz de detenerlo.*

—¿Quién?

*Yo.*

—No te oírás. Sabes que yo soy el único que puede oírte, *Mutti*.

*Reconocerá mi voz. Si me ve se lo pensará mejor... Deja que hable con él.*

—Sí, a ti te escuchará. Para ti todavía es el pequeño Berti que lloraba por las noches y nos hacía reír cantando canciones bajo el agua. El Berti que se ponía tebeos dentro de los pantalones cuando sabía que iba a recibir una paliza. Y que tenía la sonrisa de Lew Ayres. Hace varios inviernos que no veo sonreír a mi hermano, pero por ti, *Mutti*, sonreirá.

Ozi encontró a Albert dormitando en un sillón que había empujado hasta la chimenea del comedor. A juzgar por la posición del brazo y la sonrisa remota, acababa de inyectarse la nueva medicina.

—Eh, Berti.

Albert no lo oyó entrar. Ozi prefería los tiempos en que tomaba la vieja medicina;

al menos lo había conectado con el mundo; la nueva medicina lo alejaba.

—No está preparado. Hagámoslo en otro momento.

*Tiene que ser ahora.*

—Pero míralo. Tiene esa mirada de dopado. Confía en mí, *Mutti*, no te interesa hablar con él cuando está en este estado.

*¡Tiene que ser ahora!*

Albert abrió un ojo y se irguió.

—¿La tienes?

—La tengo, Berti. Es un arma que reúne el sentido práctico ruso y la precisión alemana.

—¿Le has dicho que era para cazar?

—Le he dicho que era para cazar, tal como me has pedido.

—¿Dónde está?

Ozi abrió la maleta, levantó el arma envuelta en la manta y la puso a los pies de su hermano, quien se echó hacia delante en el sillón para examinarla. Le temblaban las manos y tenía la cara brillante. La desenvolvió, la cogió por la culata y se la llevó al hombro. Apuntó el cañón a la pared, el techo y por último a Ozi.

Ahora que tiene el arma no querrá hablar, pensó Ozi.

*Confía en mí.*

—¿Te ha visto venir alguien? —preguntó Albert.

—Ni siquiera me ha oído a mí, *Mutti*. ¿Cómo te va a oír a ti?

*Deja que me vea.*

—¿Con quién estás parlotando? —preguntó Albert.

—Con nadie.

—Sí. Estás hablando contigo mismo. ¿Sigues hablando con mamá?

—No.

—Sí. Te he oído llamarla.

*Deja que me vea ahora.*

Albert se levantó y se acercó a Ozi, apuntando todavía el arma mientras ajustaba la mira.

—Quiere hablar contigo, Berti. Dice que sigues siendo el mismo niño que sonreía y se reía, y recogía todas las botellas de Hammerbrook. Dice que sabe que viste algo feo..., pero cree que este plan de hacer daño a un tommy no está bien. Tiene que ser un ruski. O un francés. O un piojoso desplazado de Silesia.

—Eso cree ella, ¿eh?

—Sí. Vamos, Berti. —Ozi lo atrajo de nuevo hacia la maleta—. Ven a ver.

Albert se acercó a ella.

—Debajo de la parte superior.

Con el morro del arma, Albert levantó la tapa dejando ver lo que había en la parte

inferior de la maleta.

Ahí estaba la cabeza y el tórax de un cuerpo semiesquelético y semifosilizado, el cadáver momificado y encogido de una persona que se había visto sorprendida en una particular fase de la tormenta de fuego, con un faldón de bautizo de niña que se había vuelto amarillo por el tiempo y el confinamiento. Del cráneo gris marronáceo todavía colgaba algo de pelo negro, quemado y arrugado. Estaba encogido como el trofeo de un cazador.

—*Bombenbrandschrumpffleischen?* —le preguntó Albert—. ¿Por qué demonios cargas con esto?

—Es *Mutti*. Mírala, Berti. Es nuestra *Mutti*. La encontré en la puerta de la fábrica de café de Wendenstrasse tres días después de la gran bola de fuego. Tuve que ponerle ese faldón porque estaba desnuda y no me pareció bien. Y está rota. Las bombas de los tommies la empequeñecieron.

Albert se quedó mirando la muñeca de huesos.

—Solo es un viejo cadáver.

—Es ella. Mírala bien. Mira lo que tiene alrededor del cuello. —Ozi señaló la cadena de plata y la cruz fundidas—. Ella quiere verte, Berti. Y estoy seguro de que si la escuchas la oírás hablar... Puedes oírla. ¿Sabes lo que está diciendo ahora? La oigo. Dice: «Baja esa arma. ¡Olvida el pecado!». Como solía decir. ¿La oyes, Berti?

Albert miró el espantoso cadáver y empezó a temblarle la boca con furiosa repugnancia.

—¿Has oído eso? —le preguntó Ozi—. Ella habla de verdad.

—Loco estúpido —dijo Albert—. ¡Puto monstruo con el cerebro dañado por el fuego! —Sujetó a Ozi por las solapas del esmoquin y lo atrajo hacia sí en un cara a cara—. Has perdido la chaveta. ¡El calor te derritió los sesos! Está muerta. ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Muerta!

Ozi siguió protestando.

—Pero sabes que ella tiene razón.

—¡No! ¡No tiene razón porque está muerta! No sabe nada de todo esto porque está muerta. No habla porque está muerta. Se fue. Adiós. ¡Muerta!

—Pero ella diría..., ella diría esto.

—No, no lo diría. Ella querría que yo lo hiciera. Como también lo querrían Gerhardt, y todos mis amigos y nuestros primos y tíos. Ella me escucharía a mí, no a ti. Siempre me escuchaba a mí. Yo era el predilecto. Tú eras un monstruo. ¡Naciste dentro de un saco!

—Ella decía que eso daba buena suerte.

—¡Ni siquiera quiso tenerte! Se lo oí decir a papá. Fuiste un error. Un mal cálculo...

Albert lo apartó de la maleta catafalco. Luego sacó el cadáver —liviano y frágil

como una jaula de mimbre— y lo llevó hasta la chimenea. Una costilla se le cayó al suelo al levantarlo. Ozi se acercó dando traspiés, la recogió y se la metió dentro del cinturón.

—¿Qué estás haciendo, Berti? No la rompas.

Albert sostuvo el cadáver en alto y lo dejó caer sobre las llamas. La tela seca del faldón de bautizo era como la leña menuda de verano y enseguida ardió. Ozi trató de salvarlo de la pira, pero Albert lo empujó de nuevo hacia atrás y, plantándose como delante de la chimenea, observó la cremación hasta que los huesos se derrumbaron y su madre quedó reducida a cenizas.

—¿Estarás bien si te quedas aquí... y yo voy a Kiel, a casa de los Buckman?

—Sí, mamá. Me lo has preguntado tres veces esta mañana.

Rachael había descubierto que una aventura requería un andamio de mentiras, al menos hasta que la estructura era lo bastante firme para sostenerse por sí sola. Todos los días parecía necesario añadir otro tablón a la construcción. Y sus conversaciones con Edmund ponían a prueba más que cualquier otra cosa sus cimientos.

—Si no quieres no iré.

—Estaré bien.

—¿Serás bueno? No te alejes mucho de la casa. Y obedece a Greta y Heike, ¿de acuerdo?

—Sí, mamá.

Rachael no pudo contenerse de acariciarle la cara, el encantador vello suave que le cubría las mejillas y que algún día se convertiría en barba incipiente.

—¿Puedo volver a pasar las películas a Frieda? Me dijo que la que más le gustaba era la de Buster Keaton.

—Claro. Me alegro de que esté más simpática ahora.

—Antes tenía celos. Creo que es porque ella no tiene madre.

A Rachael le tranquilizó saber que Edmund todavía creía que merecía la pena tener madre.

—Mamá, ¿es cierto lo que dicen? ¿Va a haber otra guerra?

—Estoy segura de que no.

—¿Papá está intentando impedirlo?

—En cierto sentido, sí.

—¿Te importa que papá esté tanto tiempo fuera?

Lo preguntó de un modo bastante inocente, pero Rachael tuvo que pensar en el andamio.

—Sí. Mucho. —No sonó como una completa mentira—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Ya no estás triste.

Rachael estaba segura de que la asombrosa perspicacia de Edmund iba más allá de ese don que es común a todos los niños; era una especie de consecuencia aberrante de las distracciones y, los fallos de ella, un talento que él había adquirido por necesidad. Eso la llevó a preguntarse si su negligencia había resultado beneficiosa para él.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Crees que herr Lubert está fuera de sospecha?

—Sí, estoy segura.

—No como herr Koenig.

Sonó el timbre de la puerta principal.

—No, no como herr Koenig.

—¿Pasa algo si me gusta mucho herr Lubert?

—... Claro que no. Será mejor que vaya a abrir.

Rachael encontró en el umbral a un capitán de cara angelical que tenía en los brazos un archivador con un paquete y varias cartas amontonadas encima. Había dejado su Volkswagen todavía resoplando en el camino de entrada. Ella aún no lo conocía, pero se figuró quién era por las numerosas descripciones que Lewis le había dado de su ayudante.

—¿Señora Morgan?

—¿Sí?

—Soy el capitán Barker. —Le estrechó la mano—. El suplente de su marido. O el suplantador, según cómo se mire.

—Encantada de conocerle. Lewis me ha hablado muy bien de usted.

—Dejará de hacerlo cuando vea qué he hecho con su departamento. De todos modos me ha pedido que le dé este recado. —El capitán estaba demasiado alegre para ser portador de malas noticias, pero una oleada de adrenalina la recorrió mientras él leía en voz alta una tira de telegrama que había encima del montón—. Me lo ha dictado esta mañana en el almacén de la Marina Real. «Retraso en Heligoland. STOP. Logística exige quedarme. STOP. Espero regresar 1 marzo. STOP».

No hacía tanto tiempo el corazón de Rachael habría dado un brinco de alegría al oír el cariño cifrado en el 1 de marzo —la fiesta nacional galesa de San David—, un día en el que Lewis siempre había procurado regalarle narcisos, como era costumbre en su tierra; ahora solo oyó lo que se ocultaba entre líneas: STOP qué estás haciendo. STOP mientras todavía hay tiempo. STOP antes de que sea demasiado tarde.

¿Lewis estaría de vuelta en unos pocos días? Llevaba dos meses fuera, pero para ella había transcurrido mucho más tiempo. El telegrama la obligó a regresar bruscamente a una cronología más real.

—Gracias.

—Y debería haberle traído esto antes. Se lo entrego con dos meses de retraso, pero más vale tarde que nunca...

Barker le dio las cartas y el paquete de papel marrón, que iba dirigido a Edmund. Era de la hermana de Lewis, Kate, quien a juzgar por el peso y el tacto había tejido el jersey de críquet que le había prometido. Pensar en su cuñada la confortó y al mismo tiempo la llenó de remordimientos. Sentía por ella un cariño especial.

—Y esto es para que el coronel se lo mire cuando regrese. —Dio unos golpecitos en la tapa del archivador antes de dárselo—. Solo es otro magnífico proyecto que él ha puesto en marcha. No quisiera que se hiciese humo. —Dio un paso hacia delante para ayudarla a colocar de nuevo el paquete en lo alto del montón—. ¿Quiere que lo lleve yo?

—No, gracias. Yo puedo.

Rachael se preguntó si Barker podía ver a través de la apariencia —segura, leal, con un interés pasajero en el trabajo de su marido— de la esposa del modélico coronel el torbellino de su interior.

—Lamento no haber pasado antes, pero no hay descanso para los malvados. Imagino que todo está tranquilo por aquí. Parece que lo está llevando bien.

—Nos arreglamos. ¿Qué tal todo... en el departamento?

—Bromas aparte, convendría que su marido regresara antes de que todo este maldito asunto se venga abajo. Él es como una de esas piezas esenciales que solo echas a faltar cuando las quitas.

Era duro oír un elogio así, pero las palabras afectuosas de Barker le infundieron una inesperada oleada de orgullo.

—Bueno, debo irme. —Mientras bajaba los escalones hacia el coche, señaló con una mano el cielo—. ¡Por fin hace sol!

Rachael notó el calor en la piel al contemplar cómo se alejaba. Soplaban el viento del oeste, no del este, y levantó la tapadera gris que habían tenido sobre la cabeza durante semanas, dejando el cielo del azul de la porcelana de Meissen.

Entró en la casa y llevó la correspondencia al estudio. Dejó el archivador encima del escritorio de Lewis y abrió las cartas: dos felicitaciones de Navidad, una de la madre de Lewis y otra de la hermana. La de su suegra era típicamente sobria y directa al grano; Lewis había heredado de su madre la fobia a los adornos. La de su cuñada —describiendo un petirrojo posado en la rama de un árbol o las luces enfermizamente amarillas de un pueblo idílico que brillaban en las laderas de las colinas...— era de mal gusto a propósito.

Dentro había una nota garabateada que decía así:

Queridísima Rach. Estamos en las garras del más crudo invierno. ¡Alan y yo nos hemos quedado atrapados cuatro semanas en un hotel de Trust Houses en Ross-on-Wye! No sé si te llegará algún día esta carta. Aquí hay muchas quejas. La palabra es

austeridad. He oído decir que la vida allí es muy suntuosa. ¿Es cierto que tenéis criados? Nosotros nos morimos por ver el sol. ¡El hotel sirve comidas espantosas con una especie de triunfalismo sombrío que llega a ser odio a la humanidad y a las necesidades de la humanidad! De cualquier modo, y con mucho retraso, os deseo a todos feliz Navidad y próspero Año Nuevo. Al menos el tiempo invita a tricotar. ¡Espero que le quepa! Con cariño,

K. y A.

Kate era la única otra persona en el mundo que la llamaba Rach. Sentía un gran afecto por su hermano y eso le permitía salir impune cuando le tomaba cruelmente el pelo. El día que conoció a Rachael, miró a Lewis y exclamó: «¿Qué ha pasado, Lew? ¡Es la primera vez que traes a casa a una chica que no tiene dos cabezas y escamas!».

Rachael miró el archivador. ¿Qué había dicho Barker? «Otro magnífico proyecto que él ha puesto en marcha». Los afectuosos cumplidos del capitán parecían ir más allá de la mera admiración profesional. ¿Se lo había imaginado ella o había tratado de decirle algo Barker —algo que Lewis era demasiado modesto para enunciar—: que a su marido no se le valoraba debidamente?

Rachael abrió la tapa del archivador. El documento se titulaba: «Registro de personas desaparecidas. Hospicios y hospitales. Kreis Pinneberg», y sujeta a la primera hoja con un clip había una nota escrita a mano: «N.B. Véase expediente de paciente, pág. 27. ¿Algún parentesco? Quizá no sea nada. Barker».

Rachael sacó del archivador el documento, que tenía más de cien páginas, y buscó la página veintisiete.

Era el historial médico de un paciente. En la hoja mecanografiada había grapada una fotografía junto con unas notas: una toma granulada de una mujer sentada en una silla de ruedas, en un jardín tapiado, en verano, mirando de lado la cámara, como si posara para un retrato de una revista en lugar de para un historial médico. Aunque era más delgada e iba despeinada y sin maquillar, Rachael la reconoció inmediatamente como Claudia. La Claudia del retrato descolgado: las cejas pobladas, la resuelta inteligencia. Leyó las notas:

Ingresada en septiembre de 1944 después de ser dada de alta de un hospital en Buxtehude. Sufrió lesiones por onda explosiva. Inválida durante varios meses. Oído dañado. Empezó a hablar el año pasado. Sufre amnesia crónica pero está haciendo progresos de forma paulatina. La paciente recuerda algo de su vida. Da el apellido de Lubert. Dice que está casada. Tiene una hija. Y vivía junto a un río.

Rachael revisó de nuevo los datos, para cerciorarse y también para ganar un poco de tiempo, pero no llegó al final de la página; no le hizo falta. Se le había quedado grabada en la mente. Mientras miraba la fotografía, se sorprendió acariciando el rostro de Claudia.

—Eres tú.

Luego se hundió en la silla y lloró lágrimas agriadas por las señoras de la casa.

Rachael llevaba el sombrero ladeado y el cuello del abrigo levantado para reducir al mínimo las posibilidades de que la reconocieran. En la estación reconocía rasgos en el rostro de cada desconocido con que se cruzaba: el mozo podría haber sido Richard o su hermano gemelo, mientras que el corpulento empleado de la taquilla le recordó al capitán Barker.

—Dos billetes de ida y vuelta a Lübeck, por favor —dijo en alemán mientras enseñaba el pasaporte para sacar uno gratis.

Su alemán había mejorado mucho pero no era lo suficientemente bueno para impedir que el hombre se pasara a su idioma.

—¿Para quién es el otro billete?

—Para un amigo.

—¿Ya está aquí su amigo?

—Aún no. ¿Debo volver cuando llegue?

—¿Es inglés su amigo?

—Alemán.

El hombre examinó la documentación.

—¿Cuál es el motivo del viaje? ¿Negocios o placer?

—El motivo...

—Sí, el motivo.

—De placer.

—No hay ningún vagón para el personal de ocupación en este tren, de modo que lo compartirán con alemanes.

—De acuerdo.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Sí..., solo es... un resfriado.

—Aquí tiene. El billete para su amigo.

Rachael se sonó y fue a esperar, tal como habían acordado, bajo el reloj sin manecillas. Se puso la maleta entre las piernas, apretando las rodillas para sujetarla, pero al cabo de unos minutos le pareció que no estaba segura allí. La levantó y, deslizando el brazo a través del asa, la sostuvo en alto.

Encendió un cigarrillo. Los pájaros revoloteaban a un lado y otro del techo sin cristal de la estación. Fumar no la relajó en absoluto, de modo que tras apenas dos caladas tiró el cigarrillo al suelo del andén. Un hombre se agachó para recogerlo y ella se sintió tan mal por el despilfarro que le dio el resto del paquete con aire de culpabilidad.

Un grupo de personal militar británico pasó por su lado y ella retrocedió, bajándose el ala del sombrero. Le llegaron retazos de su conversación: algo sobre que

«Brighton era más elegante que Travemünde». Ella no tenía relación ni sentía nostalgia alguna por esa turística ciudad inglesa, pero oír su nombre la llenó de añoranza.

Lubert apareció en la puerta abovedada, estaba a unos diez metros de distancia pero aun así ella percibió su emoción al verla. Él levantó un periódico, y el brazo lo guio hacia ella como un periscopio a través del mar de gente. Al llegar a su lado la besó en los labios sin inhibirse.

—Stefan... —Ella tenía que contenerlo—. Tu billete. Hemos de tomar asiento.

Todo Hamburgo parecía estar cogiendo un tren a Lübeck, y muchos de los pasajeros eran *Hamsterer*, cargados con cestas y bolsas para hacer acopio de toda la comida con la que pudieran hacerse en el campo. En el andén ya había tres o cuatro hileras de gente, y cuando llegó el tren la multitud se abalanzó a la vez hacia las puertas para encontrar asiento; varios jóvenes sin billete saltaron en el espacio entre vagones, pero unos guardias con silbatos los obligaron a bajar. El tren se hallaba en un estado lamentable: los costados de los vagones habían sido acribillados a balazos y los asientos eran rudimentarios. Rachael se acomodó en el duro banco entre dos mujeres; se quedó con la maleta en el regazo en lugar de ponerla en la rejilla. Lubert se sentó en el banco de enfrente e hizo que otros pasajeros se movieran más para estar cerca de ella. El vagón apestaba a sucedáneo de tabaco y a olor corporal, y él olfateó el aire dando a entender maliciosamente que la peste provenía de las dos mujeres que Rachael tenía a cada lado.

Una de ellas cambió de postura en el banco para expresar su disgusto. Rachael ordenó a Lubert con la mirada que parara. Él se inclinó hacia ella.

—Tengo una pregunta para ti. La pregunta 134 del *Fragebogen*: ¿Está permitido sentirse tan feliz?

Ella tuvo que mirar por la ventana del tren para evitar responder.

El cielo llevaba tres días despejado, y el sol hacía su trabajo: derretir la nieve en un paisaje sutilmente ondulado y ancestral que podría haber sido Sussex o Kent en lugar de Schleswig-Holstein. Rachael vio a un bracero partir con un hacha el hielo de un abrevadero. En otro campo, un arado tirado por caballos surcaba un suelo que llevaba meses cubierto de nieve. Cuando aparecieron las famosas agujas verdes de Lübeck en el horizonte, Lubert se levantó del asiento para verlas mejor.

—La ciudad donde nací —dijo con orgullo—. ¿Ves esas agujas...?

Rachael las veía: unas agujas verde bronce que perforaban el cielo.

—Falta la de la Marienkirche —dijo él—. Pero aun así es la iglesia más hermosa de Alemania. Pronto la verás.

En la estación Lubert se ofreció a llevarle la maleta, y mientras se encaminaban resueltamente hacia las antiguas puertas de la ciudad, ella lo cogió del brazo.

—¿Quieres que vayamos primero al hotel o vemos la ciudad? —preguntó él.

—Aprovechemos la luz.

Lubert era un guía turístico erudito y sentimental, y le enseñó la casa donde él había nacido y donde sus padres habían vivido, justo fuera de las puertas de la ciudad.

—Las afueras han sufrido muchos desperfectos. La RAF probó aquí las bombas que luego lanzó sobre Hamburgo. Las viejas casas de madera ardían enseguida. —Mientras las abarcaba con la mirada se puso más sombrío. Acudieron a su mente recuerdos de su vida pasada—. Mi querido amigo Kosse vivía justo aquí. —Señaló el esqueleto de una casa—. Estaba obsesionado con el cine. Habría vendido a su abuela por una entrada.

»Ahora te enseñaré el edificio que más me gusta de toda Alemania. —Lubert siguió andando, ansioso por compartir con ella otra parte esencial de sí mismo.

Pasaron por debajo del Holstentor —la puerta fortificada medieval de la ciudad—, cruzaron el canal y subieron hacia la Marienkirche, de ladrillo rojo. Era una estructura grandiosa aunque contenida que había sufrido daños durante los bombardeos y quizá por eso resultaba aún más impresionante. La torre principal había quedado destruida por el fuego y se hallaba expuesta a los elementos, un gran crucero que dividía un techo de aire. En cuanto Lubert entró en la nave se puso a reconstruirla mentalmente y a dibujar planos con las manos.

—¿No es bonita? Aun en este estado, las ruinas son preciosas. Quizá reconstruyan la torre... de madera.

Rachael se sintió atraída por las dos campanas resquebrajadas que habían caído de la torre y que descansaban sobre el agrietado y picado suelo de piedra de la capilla sur. Habían acordonado la zona y dejado las campanas allí a modo de monumento conmemorativo, o tal vez de disculpa en nombre de los británicos. Qué impresionante debía de haber sido: la silenciosa gravedad de una caída de cien metros, seguida del poderoso estruendo al hacerse añicos —por la corona, la cabeza y la cintura— y partirse el anillo sonoro. Las dos campanas se hallaban una al lado de la otra. Habían sufrido una caída descomunal pero seguían juntas.

Lubert malinterpretó sus lágrimas.

—Te has emocionado, y con razón. Es algo extraordinario. Extraordinario. —La asió del codo para que continuara la ruta—. Hay mucho más que ver. Las calles donde jugaba de niño, mi viejo colegio, la tienda de mazapán más grande del mundo.

La visita personalizada continuó, y cuantos más recuerdos compartía él más consciente era ella de los suyos. El día que se casó con Lewis, el sacerdote dijo que sus dos biografías se habían convertido en una sola historia. ¿Había terminado su historia? A pesar de todo lo que había conspirado, seguía conspirando y podía conspirar aún para ponerle fin, ella no quería que se terminara.

En el hotel Alter Speicher se registraron como el «señor y la señora Weiss», adelantándose al *Persilschein* que él pronto recibiría. La habitación era sencilla y

estaba decorada de forma acogedora. Sobre la cama colgaba un cuadro de una sentimental escena rural en Baviera.

—Es malo —comentó él—, pero va con la habitación.

Rachael se quitó el sombrero y lo dejó en la mesa junto a la ventana mientras se sacudía el cabello. Fuera seguía viéndose el sol color sangre. Lubert se acercó a ella y le escudriñó el rostro mientras ella escudriñaba las vistas. Él le recorrió la línea de la mandíbula con dos dedos.

—Ahora me conoces un poco mejor.

La besó, pero ella apartó los labios y, apretando la mejilla contra su abrigo, lo rodeó con los brazos en un gesto más de amigo que de amante. Así abrazada, buscó las palabras con que empezar.

—Este largo invierno está llegando a su fin.

—¡Ahora hablas del tiempo! —Él le levantó la barbilla con un dedo para explorar mejor sus pensamientos—. ¿Es un código? ¿En qué estás pensando en este preciso momento?

—Estoy pensando que me alegro por ti, Stefan. Me alegro de que tengas un futuro.

Él trató de besarla de nuevo, pero ella se apartó de nuevo. Necesitaba que él bajara de las alturas de aquel día. Le cogió la mano y le estudió las líneas de la palma. Vio un mapa de carreteras que se bifurcaban y se cruzaban, terminaciones bruscas y finales borrosos.

—Creo que te espera un buen futuro, Stefan. Tienes planes, grandes planes. Reconstruir tu vida, tu ciudad. Debes llevarlos a cabo.

En la frente de él apareció una arruga.

Ella se acercó a la maleta que había traído consigo, la abrió y sacó el archivador de debajo de su única muda de ropa. Nunca había hecho tan mal una maleta. Había olvidado el neceser y metido un libro que estaba segura de que no iba a leer. Abrió el documento. La nota escrita a mano de Barker seguía sujeta con un clip en la parte superior.

Lo abrió en la página relevante y se lo tendió a Lubert.

Él lo cogió y miró la fotografía de Claudia. La miró durante tanto tiempo sin delatar ninguna emoción, que de pronto Rachael dudó de su autenticidad. Él se quedó largo rato de pie, sin moverse. Luego meneó la cabeza, muy despacio, y sus facciones adoptaron una expresión de dolorosa incompreensión. Retiró la fotografía del clip y, sosteniéndola con el brazo extendido, la miró con recelo. Trató de devolvérsela a Rachael.

—No puede ser. La busqué durante meses. Está muerta.

Rachael se negó a coger la fotografía.

—Stefan, es ella...

Lubert la miró de nuevo sin dejar de menear la cabeza, intentando que a fuerza de voluntad desapareciera la verdad. Al final deslizó un dedo por el contorno de la cara de Claudia. Todavía no había leído los crudos hechos contenidos en la nota, hechos que Rachael solo había captado de una ojeada.

—Léela, Stefan. Lee la nota. Se encuentra en el hospicio franciscano de Buxtehude. Hace poco que ha empezado a hablar. Perdió la memoria, pero está mejorando de forma paulatina, Stefan. De forma paulatina.

Él todavía estaba demasiado aturdido para leer nada, de modo que ella continuó:

—«Da el apellido de Lubert». Tu apellido, Stefan. Recuerda tu apellido. «La paciente dice que vivía junto a un río». Es ella. Tu mujer. Está viva.

Él la miró.

—Pero... tú y yo estábamos empezando algo. —Ya hablaba en pretérito.

—Tú me despertaste, Stefan. Me despertaste a algo que había olvidado. Pero... —Rachael se interrumpió; no quería aumentar el sufrimiento de él pero necesitaba decir la verdad. Puso las manos sobre las suyas, que seguían asiendo la fotografía—. Fue la pérdida lo que nos unió. Y tú has encontrado lo que perdiste.

Al oír esas palabras Lubert se echó a llorar, y Rachael le sostuvo las manos mientras él se doblaba sobre sí mismo y se derrumbaba.

Lewis se despertó con la cara apoyada contra la ventanilla del asiento del copiloto y vio un hilo de saliva en el cristal. Sentado al volante del Mercedes, Barker lo miró entre divertido y preocupado.

—¿Se encuentra bien, señor?

—He tenido una pesadilla —respondió él, secándose la boca e irguiéndose—. ¿He dicho algo?

—Ha gritado un par de veces.

—Espero no haber revelado ningún secreto de Estado.

—Llamaba a su mujer.

En cuanto Barker lo había recogido en el cuartel general, Lewis se había quedado dormido, arrullado por el oceánico movimiento del coche. En sus ensoñaciones la Villa Lubert se alzaba ante él, inmersa en una estación del año en la que nunca la había visto: el césped de un verde exuberante y todo en flor; los parterres llenos de narcisos. Pero la escena era demasiado vívida, había algo misterioso en el modo en que los narcisos dominaban el cuadro.

—¿Cuánto rato he dormido?

—Diez minutos.

Lewis se frotó la cara y se dio unas bofetadas.

—Me han parecido horas.

Durante la guerra, una cabezada así lo habría reanimado y le habría permitido aguantar varias noches sin dormir, pero ahora se sentía profundamente agotado. En Heligoland había empezado a experimentar una fatiga desconocida. Al principio la atribuyó a la desagradable humedad del aire y al hastío que le producía la inútil misión de supervisar los preparativos para la mayor explosión no nuclear de la historia. Pero desde que se habían marchado de la isla las cosas habían ido de mal en peor. Solo podía describirlo como un dolor sordo y continuo en la médula ósea, semejante a aquel del que se había quejado Rachael tras la muerte de Michael.

—¿Todo en orden?

—Más o menos como lo dejó, señor.

—Entonces vamos mal.

—De pena, señor. —Barker sonrió.

A Lewis no le habría importado estar con Barker en Heligoland. Cuando Ursula se marchó a Londres, y Kútov, Ziegel y Bolon vieron todo lo que necesitaban ver, los días empezaron a transcurrir muy lentamente.

—El Consejo de Control ya no es tan estricto con la confraternización. Están revisando el *Fragebogen*, ahora que los chicos de Inteligencia van a tener que concentrarse en el este. La gran noticia es la dotación de ayuda que los

estadounidenses están proponiendo. No recuerdo la cifra de lo elevada que era. A los rusos no les gusta. Parece ser que nos encaminamos hacia dos Alemanias. Aún no me ha dicho qué quería el general, señor.

Lewis seguía asimilando las implicaciones de lo que había querido el general.

—Ofrecerme un empleo.

—¿Lo ve? Recibe más elogios por destruir cosas que por reconstruirlas. ¿En Berlín?

—En Berlín.

Barker parecía un poco triste.

—Caray. El próximo frente. ¿Ha aceptado?

—Con dos condiciones: que no me hagan vivir con un ruso, un francés o un estadounidense.

—Tranquilo. Está lleno de pisos. —Barker bromeaba, pero no podía ocultar su decepción ante la perspectiva del traslado de su jefe—. ¿Y la otra condición?

—Que usted se venga conmigo.

Barker echó un vistazo a Lewis.

—Caray.

—No tiene que responderme ahora. Le doy cinco minutos.

—Caray.

Lewis vio en el asiento trasero un considerable montón de papeleo «pendiente» que Barker le había llevado para que lo revisara.

—¿Más expedientes para que los pierda?

—Lo siento. Pero hay un informe sobre la exportación ilegal de bienes que es urgente. Aparecen nombres conocidos. Es un asunto... desagradable. De todos modos, es algo que puede mirar en el cuarto de baño.

Un cuarto de baño era lo que Lewis necesitaba. En unos minutos habrían llegado; el Mercedes ya estaba pasando por delante de las mansiones patricias de Klopstockstrasse. Volvió a abofetearse las mejillas para darles color y miró en el retrovisor si iba bien peinado. Le pareció que tenía muy mal aspecto. Llevaba el pelo más largo de lo que establecía el reglamento y hacía varios días que no se afeitaba. Además, la más mínima falta de sueño le dejaba unos ojos radiantes, grandes y redondos. Nunca le había gustado su aspecto —le parecía que tenía la nariz un poco larga y la cara demasiado delgada— y siempre le había sorprendido que Rachael lo elogiara. Aunque nunca había necesitado que ella lo hiciera, mirando ahora su cara cansada en el espejo se descubrió a sí mismo deseándolo.

El coche se adentró en la Elbchaussee y a su izquierda Lewis alcanzó a ver el río a través de los árboles. El Elba había permanecido congelado durante cien días —un récord que, según decían, nunca se superaría—, pero ya empezaba a correr algo el agua; había comenzado el deshielo.

—Debe de haber lamentado perder a frau Paulus.

—Whitehall me preguntó si conocía a una intérprete que estuviera dispuesta a trabajar en Londres y la recomendé.

—Lástima. No creo que las chicas de Berlín estén a su altura.

Lewis vio azafranes y campanillas de invierno en el suelo de un bosquecillo.

—¿Hay narcisos en Alemania?

—Yo no he visto.

—Párese si ve alguno.

En el parabrisas apareció una grieta que se extendió como una telaraña. Lewis se imaginó que un guijarro o una piedra había golpeado el cristal; solo cuando el coche empezó a virar por la carretera advirtió que Barker estaba desplomado, con la cabeza echada hacia atrás y un orificio negro rojizo en la frente. Lewis agarró el volante, levantó la pierna de Barker del acelerador y puso el freno de mano; el coche se detuvo dando una sacudida, rozando un plátano y casi saliéndose de la carretera.

El asiento trasero y la ventana que había justo detrás de Barker estaban salpicados de sangre y tejido. Aun antes de buscarle el pulso en el cuello Lewis supo que estaba muerto. Se sentó de nuevo en el asiento e introdujo una mano en la guantera para coger su pistola. Al examinar la recámara se fijó en que tenía las manos manchadas de sangre, roja brillante y caliente. No se veía nada a través del parabrisas hecho añicos, de modo que miró hacia el otro lado de la carretera a través de la ventana lateral. Detrás de él, la Elbchaussee describía una curva y se perdía la visibilidad; por delante se extendía en línea recta, con árboles a cada lado, y unos metros más allá viraba a la derecha y se apartaba del río. El disparo debía de haber salido de una de las grandes casas de la orilla. A un centenar de metros vio una sombra cruzaba a todo correr la carretera y se dirigía hacia el río.

Se bajó del coche, se quitó el abrigo, lo arrojó sobre el asiento y salió tras ella. Corrió con todas sus fuerzas, dejando que la adrenalina encubriera el agotamiento y la falta de forma física, hasta que llegó al suave recodo que se alejaba de la carretera. Siguió la pendiente natural del terreno hacia el río, adonde la figura seguía dirigiéndose. Al llegar a la orilla, la figura empezó a cruzar andando el Elba congelado, hasta que una de sus piernas partió el hielo. Regresó a la orilla y continuó bordeando el río, buscando una zona donde el hielo estuviera más sólido. Cuando la encontró se dispuso a cruzar de nuevo el río, y, al mirar hacia atrás, vio quizá por primera vez que Lewis lo seguía. Apretó el paso y empezó a deslizarse sobre el hielo. De la delgadez de su cuerpo y la agilidad de sus movimientos, Lewis dedujo que se trataba de un muchacho. No debía de tener más de diecisiete años.

Lewis había dejado de correr y caminaba a buen ritmo. Tenía un dolor intenso en el hombro y se notaba el pulso en el cuello. Cuando llegó a la orilla el joven ya había dado un centenar de pasos sobre el río. Lewis se inclinó y, apoyando las manos en las

rodillas, trató de recuperar el aliento. Ya había examinado la recámara del arma pero volvió a hacerlo. Todavía tenía seis balas. Seis oportunidades de matar a quien había matado a Barker.

El joven se había detenido en mitad del río y miraba con cautela la superficie que tenía ante sí, tanteando con una bota. El hielo cedió de nuevo y él saltó hacia atrás. Luego se oyó el ruido de más hielo partiéndose por el centro del cauce, que crujió como una vieja puerta. Lewis observó cómo el joven buscaba otra forma de cruzarlo. Ante él se resquebrajó otra sección de hielo. No había modo de seguir avanzando.

Lewis notó que se le enfriaba el sudor sobre la piel. Se sentía incorpóreo y se sentó en el tronco de un árbol talado. El joven no podía ir a ninguna parte y, por lo que Lewis vio, no iba armado. Esperó a ver qué hacía. El joven empezó a dar vueltas sobre el hielo, lleno de energía nerviosa. Luego se puso a gritar en alemán:

—*Guten Morgen, Morgan!* —gritó, riéndose de su propia broma y repitiéndola varias veces hasta que Lewis entendió lo que implicaba. ¿Cómo sabía su nombre?—. ¡Estoy aquí!

El joven extendió los brazos, ofreciendo un blanco más amplio. Se había detenido al límite del alcance de un arma. Desde allí Lewis podría haberlo alcanzado, pero si realmente quería asegurarse debía apostarse sobre el espigón de hielo sólido que se adentraba en el río y disparar desde allí. Sin embargo, se quedó donde estaba mientras su respiración volvía a la normalidad. Tenía la sensación de ser un espectador en un acontecimiento deportivo de invierno.

—¡Vamos, coronel!

Lewis no quería dispararle. Pero quería que muriese.

—Esa bala era para usted, coronel. Pero no importa. Sus amigos son mis enemigos.

Llegó otro crujido, esta vez procedente del hielo sobre el que se encontraba el joven.

—Se está fundiendo el hielo. ¡Ya es hora de que se vayan de Alemania! ¡Esta es mi tierra! ¡Y este es mi río! ¡Y este es mi cielo!

El joven daba vueltas por la plataforma de hielo, hablando atropelladamente. Era todo un espectáculo. No paraba de reírse y hacer gestos como un loco, y de soltar gallos de adolescente a causa de la emoción. Pero cuanto más parloteaba, más le frustraba e irritaba el silencio de Lewis. A este le pareció percibir miedo en su voz y continuó sin pronunciar palabra, dejando que el miedo hiciera mella en él. Era una sensación agradable.

—Venga a arrestarme.

De distintas partes del río llegaron ruidos semejantes a pulsos de sónar. El agua a sus pies y el sol sobre su cabeza conspiraban para partir el hielo. Lewis cerró los ojos por un instante. El sol le había dejado improntas en la retina y parpadeó hasta que

desaparecieron. Durante unos segundos resaltó la silueta del joven, que de pronto empezó a dar pequeños brincos a medida que la plataforma de hielo que tenía debajo se fragmentaba en una docena de pedestales. Saltó al que le pareció más grande, un témpano del tamaño de una puerta, y cayó de pie con los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo para recuperar el equilibrio. Pero el témpano no soportó su peso y lo arrojó al agua helada; el joven trató de asir el aire con las manos hasta que se hundió. Gritó a causa del impacto del agua fría e intentó en vano aferrarse al pedestal. Luchó durante unos segundos para mantenerse a flote y luego nadó hacia el borde del siguiente témpano. Trató de subirse al pequeño bloque pero este no paraba de inclinarse. Lo intentó una y otra vez, y tras el tercer intento se rindió y se quedó flotando en el agua negra.

—¡Socorro! —Ya no había bravuconería, solo miedo—. Coja una rama. ¡Árbol!  
—Y esa última palabra la dijo en inglés.

Pese a la distancia Lewis percibió el temblor en su voz. Mientras lo observaba le embargó una vaga tristeza ante su indiferencia hacia el joven.

—¡Por favor..., coronel!

En menos de un minuto el tono había pasado del desdén desafiante al pánico y la súplica.

—¡Árbol! —gritó de nuevo en inglés.

El joven ya estaba a unos veinticinco metros del embarcadero. Si Lewis quería salvarlo tenía que coger la rama inmediatamente. Pero había quedado paralizado por una antigua justificación; una justificación que se había esforzado en rebatir toda su vida. Ojo por ojo. Joven por joven. Así era como todavía funcionaba el mundo.

Sin apenas aliento, las palabras del joven llegaron una a una.

—¡Frieda! La. Conoce. ¡Frieda!

El nombre fue asimilado poco a poco.

—Frieda... Mi... auténtica... dama... inglesa...

Lewis observó contando los segundos. Pronto acabaría. El joven se había mantenido a flote durante mucho más tiempo del que parecía posible con aquel frío, y empezaba a desplazarse muy despacio con la corriente, alejándose hacia el centro del gran río. Lewis oyó jadeos de impotencia. El joven emitió un último gemido —la palabra sonó como *Mutti*— y se hundió.

Lewis se quedó mirando la superficie del agua. Observó el río y oyó el estrépito que acompañaba la formación de estrías, el gran movimiento del deshielo a medida que se recuperaba de la glacial ocupación. Mientras lo observaba pensó que había cosas que hacer pero que para él habían terminado. Notó que algo se rompía en su interior. Siguió contemplando el horizonte, consciente de su propia desintegración. Él era como el parabrisas rajado por un tiro. Si lograba llegar a casa antes de que nadie lo tocara quizá podría evitar que se hiciera añicos.

El dolor en el hombro de Lewis se hizo más intenso. Era la punzada que siempre notaba después de correr mucho, agravada por la edad y el exceso de tabaco. Se lo frotó e hizo movimientos rotatorios con el brazo para aflojarlo, pero el dolor agudo persistió. Ya falta poco, se dijo. Ya falta poco.

Hasta ese momento se había mantenido entero. Incluso cuando examinó el cuerpo sin vida de Baker, que tenía los capilares de los ojos rotos, y mientras daba el parte al policía militar que había encontrado al regresar al lugar de los hechos. De algún modo había evitado vincular ese cuerpo desplomado con el de Barker, por quien tanto afecto había sentido. Sin embargo, al llegar a las puertas de Villa Lubert ya no sabía qué pretendía exactamente mantener intacto.

Se había ido hacía dos meses dejando la casa blanca inmaculada y de ensueño, pero la cruda transición del invierno a la primavera había formado claros de césped en la nieve, y un mantillo de marrones, grises y negros en medio de la blancura. Entró por la puerta lateral y se alegró de que no hubiera nadie para recibirlo. Se quitó el abrigo y se frotó la cara sin saber muy bien qué hacer a continuación: quería sentarse, quería prepararse una taza de té, quería fumar, quería tomarse una copa, quería ver a Edmund y a Rachael..., pero aún no. Se sirvió un whisky, se lo bebió de un trago y dejó que el ardor del alcohol lo reanimara un poco. Se sirvió otro y subió las escaleras.

Encontró a Edmund de pie frente al tocador de su dormitorio, admirándose en el espejo. Llevaba un jersey de críquet como el de Michael excepto por el ribete del cuello en pico, que era de color turquesa. En solo dos meses su único hijo había crecido. Lewis quería abrazarlo.

—Ed.

—Papá. —Edmund sonrió, pero parecía avergonzado de que lo hubiera sorprendido mirándose al espejo.

—Qué jersey más bonito.

—Es un regalo de la tía Kate. Lo ha tejido ella.

Lewis se dio cuenta de que se estaba apoyando en el marco de la puerta. Las escaleras le habían dejado las piernas doloridas. Nunca se había desmayado, pero de pronto se preguntó si la sensación de ligereza que notaba en los brazos era un indicio de que iba a hacerlo.

—¿No está mamá?

—Creo que vuelve hoy de Kiel.

—¿Ha ido a ver a los Buckman?

—Sí.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Muy bien. —Su hijo lo miraba con cierta alarma—. ¿Estás bien, papá? ¿Te has

cortado?

—He tenido... un accidente... No es nada. —Lewis se miró la sangre de las manos. Tenía peor aspecto de lo que pensaba. Le urgía sentarse. Ya.

—¿Entonces te has hecho cargo de todo en mi ausencia? —le preguntó, sentándose en el sillón.

—Sí.

—¿Y los Lubert están bien?

—Sí. Pero herr Lubert no está aquí... Creo que se ha marchado. Algo relacionado con sus credenciales. No estoy seguro.

—Entonces... ¿estás solo?

Edmund asintió.

—Siento... haber estado fuera tanto tiempo. He vuelto a perderme la Navidad.

—No te preocupes. ¿Volasteis muchas cosas?

—Unas cuantas fábricas. Y búnkeres para submarinos. Pero la mayor explosión está por venir. Quieren reunir toda la munición que tenía Alemania después de la guerra y hacerla estallar. El impacto llegará hasta Londres. Puede que hasta la tía Kate la note en Berkshire.

Lewis sacó la pitillera del bolsillo de su abrigo. Era el primero del día y se mareó con la primera calada.

—¿Mamá te regaló esa pitillera?

—Sí.

Lewis se la tendió. Edmund la abrió y miró la fotografía de Michael. Llevaba el jersey de críquet.

—¿Por qué no llevas una foto mía? —preguntó sin rodeos.

Lewis no estaba seguro de saber siquiera la razón, pero se dio cuenta de que estaba a punto de mentir para arreglarlo.

—¿Es porque Michael murió? —le preguntó Edmund, acudiendo en su auxilio—. ¿Y necesitabas recordarlo?

—Sí... Eso es. No necesitaba una foto tuya, Ed. A ti tengo.

Edmund pareció aceptarlo.

Lewis empezó a fijarse en que la ropa esparcida por el suelo no había sido arrojada al azar sino que obedecía a una topografía intencionada. Siguió el bulevar de calcetines que comunicaba la casa de muñecas con el jersey isla, y vio el coche Lagonda en la carretera que había entre medias.

—¿Qué está pasando aquí?

Edmund pareció cohibido.

—Solo es un juego estúpido.

—Parece divertido.

—El coche se supone que es tu Mercedes. La casa Dinky no los fabrica, de modo

que es un Lagonda. Y eso de allí es Heligoland. —Edmund señaló el montón de jerséis y camisas, con un solitario soldadito de plomo en la cima.

—¿Ese soy yo?

Edmund asintió.

Lewis miró de nuevo la casa de muñecas. Vio a los dos muñecos niños en el dormitorio, y a los dos muñecos adultos, un hombre y una mujer, inclinados sobre el piano del piso de abajo.

—¿Entonces estos son mamá y herr Lubert... tocando el piano?

—No los he puesto yo allí sino Frieda..., ella los cambió de sitio. —Edmund se ruborizó y luego se enfadó consigo mismo por señalarlo siquiera.

Lewis miró los muñecos que representaban a Rachael y a Lubert, y asintió.

—Parece un hogar feliz. Todos parecen llevarse bien, que es lo importante.

Ya era de noche cuando Rachael llegó a casa. Había tres luces encendidas: en el salón, en el cuarto de Frieda del piso de arriba y en el suyo. Tenía la impresión de que la casa la miraba con los ojos entrecerrados. La oscuridad convertía en una mueca sonriente las rendijas del balcón. El Mercedes de Lewis no estaba en el camino, pero la perspectiva de volver a verlo la llenó de nerviosismo.

Heike salió a recibirla al vestíbulo y se inclinó para llevarle la maleta. Se la veía aún más alterada que de costumbre, mirando nerviosa hacia el salón. A Rachael le pareció oír a alguien tocar la obertura de una sola nota en staccato de «El rey de los elfos».

—¿Todo bien, Heike?

—El coronel... —respondió ella, y miró de nuevo hacia el salón.

Rachael le dio el abrigo.

—¿Está bien Edmund?

—Sí. Ya se ha acostado.

Rachael entró en el salón y encontró a Lewis inclinado sobre el teclado, con la frente apoyada en un brazo. No alzó la vista cuando ella se acercó; se limitó a seguir aporreando las teclas, intentando sin éxito tocar el arpegio que seguía.

—¿Lewis?

Él siguió sin alzar la vista, pulsando insistentemente la misma nota.

—¿Lew? ¿Por qué estás tocando eso?

Lewis dejó de tocar pero siguió apoyando la frente en el brazo. Estaba pálido, y Rachael se fijó en que tenía las mangas de la chaqueta manchadas de sangre.

—La primera parte es fácil. Pero la siguiente... No sé cómo lo haces.

Lo primero que pensó Rachael fue que de algún modo lo sabía... todo. Se acercó a él.

—¿Lew...? —Se sentó a su lado en la banqueta doble.

En el atril estaba la partitura de *Warum*? A Lewis le goteaba la nariz. Quería levantarle la cabeza y ver qué había en sus ojos, pero él mantuvo la cara vuelta hacia las teclas de marfil, dejando que los mocos cayeran sobre ellas.

—¿Qué ha pasado? Ha pasado algo...

Lewis se secó la nariz con la manga y Rachael vio la sangre seca en el dorso de su mano. La cogió entre las suyas; estaba helada.

—Tus manos. Tienes sangre...

—No es mía.

—¿De quién es? ¿Lew? Me estás asustando.

—De Barker... Ha insistido en conducir él... No debería haberlo dejado... La bala iba dirigida a mí.

—¿Qué bala?

—La del chico al que he dejado morir.

—¿Le has dejado morir? ¿A qué chico?

—Al chico que ha disparado a Barker. El chico... que conocía a Frieda...

Rachael no podía seguirlo.

—No vi el peligro. Pero estaba allí, justo delante de mis ojos. En mi misma casa.

Rachael le volvió la cara, obligándolo a mirarla. Ese Lewis sincero y destrozado era inquietante e hipnotizante.

—Lo he perseguido... Podría haberlo salvado. Pero lo he dejado morir... Quería que muriera... No por Barker..., sino por Michael..., por todo. —Lewis alargó las manos; la sangre de Barker era una constelación marrón rojiza en el dorso de ambas —. Me he equivocado, Rach. He perseguido una causa equivocada. Burnham tenía razón... Si confías en todo el mundo alguien paga por ello.

Rachael le rodeó la cara con las manos.

—No digas eso...

—Pero sabes que es cierto. Dímelo..., Rach. Dime: ¿He confiado demasiado? — La miró a los ojos.

—Sí... —Rachael le deslizó los dedos por la mejilla y le echó el pelo hacia atrás —. Pero... necesito que... confíes de nuevo. Necesito que lo hagas, Lew... —Lo besó en la frente, y dejó allí los labios y la nariz, inhalándole la piel.

—Perdóname.

—Soy yo la que debería pedirte perdón. Lo lamento mucho.

—Somos una pareja lamentable.

Rachael le atrajo la cabeza hacia su pecho.

—Descansa.

Lewis la dejó allí y ella la meció muy despacio. Casi nunca había visto llorar a Lewis. En una ocasión dijo que ella lloraba por los dos. Mientras lo mecía él emitió un gemido silencioso pero continuado: un sonido que ella no creía que él tuviera

dentro, pero que reconoció enseguida, el sonido de quien llora la muerte de un hijo.

Lewis no podía levantarse de la cama pero tampoco podía dormir. El shock y el cansancio lo habían dejado paralizado; el odio a sí mismo y una especie de placentera desesperación lo mantenían despierto. Si era cierto que el ocioso y el diligente encontraban la muerte del mismo modo, ¿para qué molestarse? Lograría exactamente lo mismo allí tumbado que corriendo de aquí para allá. De hecho, teniendo en cuenta sus recientes esfuerzos, parecía razonable pensar que era más beneficioso para el mundo que nunca más se levantara. Recomponer las cosas y a las personas requería una energía y una paciencia que él ya no tenía, y unas creencias en las que ya no creía. Era mucho más fácil derribar que construir: una ciudad levantada durante más de un milenio podía ser arrasada en un solo día; la vida de un hombre terminaba en menos de un segundo. En los años venideros Edmund y sus hijos sabrían los nombres de los aviones y de los tanques, de las batallas y de las invasiones, y recordarían con facilidad las atrocidades de aquella época y las personas que las cometieron. Pero ¿alguno sería capaz de nombrar a un restaurador de brechas o a un reparador de muros derruidos?

Allí tumbado, Lewis se permitió entregarse a ese solipsismo. Resultaba casi satisfactorio. Tal vez se había equivocado de vocación. Debería haber sido poeta o filósofo, o quizá nihilista.

Olía a jabón de brea. Levantó la mano y vio que Rachael le había limpiado la sangre de los dedos. También le había quitado las botas y desabrochado los primeros botones de la camisa. En algún momento debía de haber descorrido las cortinas. En la luz que entraba por la ventana danzaban motas de polvo. Debía de haber dormido un poco, porque no recordaba nada de todo eso. Recordaba a Rachael sosteniéndolo en el piano, acariciándole el rostro y examinándolo como un tesoro reencontrado. ¿Qué lo había vuelto tan atractivo ypreciado de pronto a sus ojos? ¿El hecho de que hubiera estado a punto de morir? Ella le dijo que había cometido un error terrible. También le dijo que habían encontrado a la mujer de herr Lubert. Luego, sin recurrir a códigos o al arropamiento de una palabra cariñosa, le dijo que lo quería, un verbo que ella no utilizaba a la ligera; de hecho, no lo había utilizado desde... ya no se acordaba.

Se abrió la puerta y Edmund entró con la bandeja del desayuno: un huevo pasado por agua en una huevera de plata, una rebanada de pan cortada en forma de soldados y una taza de té. Cruzó despacio la habitación, concentrando todos sus esfuerzos en no derramar una gota. Lewis se incorporó y dobló las rodillas para hacer sitio a la bandeja. Le dolía la parte inferior de la espalda y tenía agujetas en las piernas a causa de la persecución.

—Mamá me ha dicho que te despierte al mediodía. Para recordarte que tienes que

ir al cuartel general.

—¿Ya son las doce?, caramba.

Edmund esperó, observándolo.

—¿No vas a comerte el huevo? Lo he preparado yo. Greta me ha enseñado.

Lewis cogió un cuchillo y estaba a punto de golpear el extremo estrecho cuando se acordó y le dio la vuelta.

—Mamá también es del bando del extremo ancho. Todos lo somos.

Lewis rompió la cáscara y hundió la cabeza del soldado de pan en la yema, que estaba en su punto.

—Perfecta. Exactamente como me gusta.

—Herr Lubert es del bando del extremo estrecho. Y Frieda también. Me pregunto si la señora Lubert también lo será.

—Pronto lo averiguaremos.

Lewis hundió los soldados en la yema y se los fue comiendo, luego tomó con la cuchara la clara cocida.

—¿Papá? ¿Es lo mismo pensar algo malo que hacerlo?

A Lewis le pareció una de esas preguntas que merecía una buena respuesta.

—Depende. A ver, ponme un ejemplo.

—Bueno, cuando contaste que ayer casi te mataron, pensé... que me alegraba... de que hubiera muerto el capitán Barker y no tú. Aunque fuera triste.

Lewis dejó la bandeja a un lado y le hizo señas para que se sentara. Su hijo se acercó, y Lewis le rodeó su cara ovalada y cubierta de vello con las manos y lo besó, pero no lo hizo en la frente sino en el puente de su nariz y Edmund se escabulló avergonzado.

—¿Eso es malo?

—No es malo, Ed. Lo malo es que... te vieras en la situación de pensar algo así.

—¿Tú tienes malos pensamientos?

—Sí, tengo malos pensamientos. Hoy ya he tenido varios.

—¿Muy malos?

—Bueno, se me ha pasado por la cabeza no levantarme de la cama, porque todo seguiría igual aunque no me levantara. Ya no quería seguir ayudando a la gente. He empezado a pensar que no íbamos a ninguna parte, ni yo ni nadie. No quería ayudar a Alemania. Ni a los británicos. Ni a herr Lubert. Ni a Frieda. Ni a mamá. Ni a ti. Ni a mí mismo. Quería tirar la toalla. Ahora ya lo sabes. ¿Crees que es malo?

Edmund no parecía seguro.

—No vas a hacerlo, ¿verdad?

—Quizá durante unos minutos.

—No serías tú.

—No.

—¿Sabías que han arrestado a Frieda?

—No, no lo sabía.

—¿Tienes idea de qué le harán?

—¿Qué crees que deberían hacer?

Edmund pensó.

—Si supieran que su madre está viva..., quizá la pondrían en libertad.

Al cuerpo de Inteligencia no les iría mal un chico como ese, pensó Lewis. Les ahorraría meses de trabajo y montañas de papeleo. Le entraron ganas de besarlos de nuevo, de abrazarlos como hacía cuando era pequeño. Pero dos besos en un día le pareció demasiado.

—¿Has decidido qué vas a hacer? —le preguntó Edmund.

—Creo que sí. Pero tendrás que darme la mano.

Lewis alargó una mano. Edmund la cogió entre las suyas y tiró de su padre para ayudarlo a ponerse de pie.

Ella estaba sentada en una butaca, bordando un tapete. Tenía un nuevo mechón blanco en el cabello, y la cara más llena, pero le sentaba bien. Parecía serena..., más serena de como Lubert recordaba haberla visto nunca, y en su sano juicio, tal y como la había descrito la enfermera: con una expresión alerta y meditabunda, parpadeando deprisa y sonriendo de esa forma sutil pero familiar.

La hermana había accedido a dejarle «verla antes de que ella lo viera» y se quedó a su lado mientras él la observaba a través de la ventanilla de la antesala.

—Se pasa el día bordando —dijo—. Ha sido muy prolífica. Tenemos muchos bordados que enmarcar y colgar de las paredes. Cuando no está bordando escribe, para ejercitar la memoria.

—Tenía una mente tan despierta... —dijo Lubert, más bien para sí—. ¿Ha recuperado sus facultades?

—Sabe lo que quiere, aunque todavía hay ciertas partes de su mente que están en proceso de recuperación. Es una mujer sumamente inteligente. Ingeniosa. Creativa. Vivaz.

Cómo discutían, pensó Lubert. ¡Y era él quien solía perder!

—¿Recuerda algo?

—Fragmentos de recuerdos..., algunos muy detallados, pero luego los vuelve a perder. Pero está construyendo poco a poco un cuadro. Y cada fragmento que descubre puede llevarle a otro. En los últimos meses ha hecho verdaderos avances. La hemos animado a que lo ponga todo por escrito. Mire, lo está haciendo ahora: recordar.

Claudia dejó el bordado en su regazo, y cogió un cuaderno y un lápiz de la mesa que había junto a la butaca.

—Eso ocurre cada vez más a menudo. Todos los días escribe algo. Y también dibuja.

Claudia escribía deprisa, sin pararse a descansar.

¿Qué escribía?, se preguntó Lubert. ¿Qué recordaba? ¿Tenía él un lugar en sus recuerdos? ¿Se acordaría de él? ¿De lo mejor de él? ¿De lo peor? ¿Estaría él a la altura de sus recuerdos?

—¿Recuerda lo que le ocurrió? Me refiero a la noche de la tormenta de fuego.

—No ha hablado ni ha escrito sobre eso; creo que aún no está preparada para recordarlo. Hasta ahora solo ha recordado cosas buenas, todo relacionado con personas. Familiares, amigos o su casa. Es lo habitual en casos así. La mente solo recuerda lo que el alma puede soportar. Pero todo se andará.

Él la envidió; empezar de nuevo y construir solo sobre buena tierra. Había en ello una especie de pureza. Ella parecía contenta. Tal vez debería dejarla en ese estado. En

esa tabla rasa. En esa *Stunde Null* del alma. ¿Por qué mancillarlo todo con sus complicadas explicaciones?

—Yo no soy el mismo. No he sido... fiel a su recuerdo.

La hermana le escudriñó el rostro. Él quiso apartar la vista de su benevolencia, pues no se sentía digno de ella, pero su bondad lo impulsó a continuar.

—Pensé que había muerto. Traté de empezar de nuevo, con otra persona. Una persona a la que creía amar.

Ella le cogió las manos, bastante impertérrita ante su confesión.

—Usted todavía ama a su mujer, herr Lubert. Empezee de nuevo con ella. —Le dio un apretón para transmitirle sus certezas—. Vamos, permítame que le enseñe algo.

Lo condujo a una mesa donde había tres tapetes acabados. Uno era abstracto, todo zigzags y motivos florales; el segundo era un alfabeto en punto de cruz para un aula de colegio, y el tercero era figurativo.

—Cuando podamos los enmarcaremos —dijo. Luego cogió el figurativo y lo dejó en las manos de Lubert—. Este es el primero que bordó.

El tapete representaba una casa con columnas, un largo camino bordeado de árboles y un jardín que llevaba a un río con un velero. Frente a la casa había tres figuras: un hombre vestido con el tradicional traje alemán y con una regla de arquitecto en la mano, una mujer con un gorro y unas faldas anticuadas, y, de pie entre ambos, una niña con trenzas.

—Dijo que era una copia de un cuadro que había bordado antes. No estaba segura de si era su casa o su familia. Solo podía decirnos que el barco simbolizaba la esperanza. Pero usted lo reconoce...

Lubert nunca había prestado mucha atención al original. Y, después de ridiculizar sin piedad a Claudia por su «hobby popular», había perdido el derecho a hacer ningún comentario. Pero lo reconoció. Era una réplica exacta del bordado que ahora colgaba en el nuevo dormitorio de Frieda.

—¿Es su casa?

Lubert asintió.

—¿Y ese hombre es usted?

—Sí.

—¿Y la niña? ¿Es su hija?

—Frieda.

—Y su mujer.

Él asintió.

—¿Falta algo?

Él hizo un gesto de negación.

—No. Está... todo allí.

—Siéntese, coronel.

Lewis ocupó la única silla que había al otro lado del escritorio de Donnell y Burnham. Todavía estaba caliente del anterior ocupante. Los dos hombres se hallaban de pie; al parecer necesitaban estirar las piernas y tomar el aire tras una larga jornada de interrogatorios. Era evidente que, en ese tándem interrogador, el papel de Donnell era el de proporcionar un preámbulo y realizar las formalidades mientras que el de Burnham era observar y esperar.

—Sentimos lo de Barker —empezó Donnell—. Estamos haciendo todo lo posible para dar con su asesino. Tenemos algunas pistas. Hemos arrestado a varios insurgentes, entre ellos a Frieda Lubert.

—¿La han interrogado?

—Hemos empezado —respondió Donnell—, pero hemos tenido que interrumpir la sesión. Se ha quejado de retortijones. El médico está ahora con ella.

Debían de haberle tendido una encerrona, pensó Lewis. Burnham tenía sus instrumentos de tortura esparcidos sobre la mesa: las fotografías de las atrocidades nazis. Campos de concentración, linchamientos, experimentos. Lewis reparó en una de las fotos: una chica desnuda y aterrada, de la edad de Frieda, mirando a un asaltante oculto cuya invisibilidad lo hacía aún más espeluznante.

—La encontramos en una de las casas requisadas de Elbchaussee. Los insurgentes la utilizaban como centro de operaciones.

—¿La han declarado culpable? —preguntó Lewis.

—¿Culpable? —preguntó Donnell.

—De todo esto. —Lewis señaló con la cabeza todo el grotesco collage.

Esas palabras dieron entrada a Burnham.

—Usted cree que es burdo, coronel, pero sigue siendo una prueba de fuego simple y efectiva: algunos no pueden mirar; otros miran y desvían la mirada, y otros se quedan mirando. Unos miran y lloran, otros miran y disfrutan, y otros, miran y se rien. Y entre medias hay todo un abanico de reacciones. Me he fijado en que usted ha mirado y ha apartado rápidamente la vista, una reacción que sugiere un comprensible cansancio hacia el tema, pero también cierta apatía a la hora de enfrentarse con el mal que se le presenta..., o una inclinación a fingir que no existe.

Burnham echó la parrafada con un tono neutral, como si fuera un hecho empírico. El capitán Donnell, que seguramente la había oído antes, asintió con sumisión.

—¿Y cuál ha sido la reacción de fräulein Lubert? —preguntó Lewis, buscando la pitillera. Estaba más nervioso de la cuenta, y un poco asustado ante el enfrentamiento inminente.

—No las ha mirado. Se ha obstinado en sostenerme la mirada.

—¿Quién ha parpadeado antes?

—¿Cómo dice?

—Olvídelo. ¿Cree entonces que está relacionada con este asunto?

—Sabemos que lo está —respondió Donnell—. Tome. Lo encontraron en la casa. —Donnell sacó el expediente sobre el desmantelamiento que Lewis creía haber extraviado y se lo pasó deslizándolo por la mesa—. Junto con otras muchas pruebas incriminatorias. —Miró sus notas—. Era como un pequeño drugstore. Tarjetas de racionamiento, chicle, penicilina, quinina, sacarina, sal, cerillas, piedras de mechero, condones. Tenían de todo, hasta una maleta llena de terrones de azúcar.

Lewis miró el expediente pero no lo tocó. Abrió la pitillera, sacó un cigarrillo y lo encendió.

—¿Y qué demuestra eso?

—Ella confesó que lo había robado —respondió Burnham—. Y mucho más todavía.

El modo de proceder de Burnham era interesante. Como un jugador de cartas, la impasibilidad de su expresión aumentaba con la certeza de llevar ventaja.

—Frieda Lubert pertenecía a un grupo encabezado por el que aspiraba a ser su asesino. A juzgar por el modo en que ha hablado de él, estaban muy unidos. Afirma no saber nada de los planes que tenía él de asesinarlo, pero es poco probable. Se llama Albert Leitman. —Donnell le tendió una fotografía a Lewis—. Frieda la llevaba en la billetera cuando la detuvieron. Al final de la guerra fue destinado con la batería antiaérea de Alster en Schwanenwik.

Lewis miró la fotografía y se sintió fatal. Luciendo el uniforme de artillero antiaéreo con el pelo engominado, Albert sonreía orgulloso sobre una plataforma de tiro. Un joven atractivo y orgulloso, dispuesto a defender a su país.

—Parece reconocerlo, coronel —observó Burnham—. ¿Conoce a este hombre?

—A mí me parece más bien un niño.

—Hombre o niño, disparó a su asistente. Y creemos que él y su grupo son culpables de los secuestros de camiones y de los robos de las propiedades del Consejo de Control. Coinciden con el perfil de otros grupos de insurgentes inspirados en el *Werwolf* que hay por la zona.

—¿Y cuál es ese perfil, comandante? ¿Malnutridos? ¿Huérfanos? ¿Menores de dieciséis años? Ella solo era una cría que estaba resentida. Alguien más fuerte que ella la manipuló, alguien que también estaba resentido.

—La historia de toda una nación: «Nos manipularon, su Señoría» —bromeó Donnell.

—Para tratarse de quien ha sido objeto de tanta amabilidad, da muestras de una singular falta de gratitud —dijo Burnham—. Nos acusa de haber destruido su país, su ciudad y a su madre. De haberle robado la casa. Se queja de todo..., hasta de su esposa.

—Rachael ha hecho un gran esfuerzo por ser amable.

—Quizá demasiado amable, según ella. Veamos. —Burnham consultó las notas que había tomado durante el interrogatorio—. «Frau Morgan trató de robarme a mi padre».

Lewis clavó la mirada en Burnham esperando averiguar si sabía algo más de lo que él sabía.

—Es evidente que está furiosa y desilusionada, y no hay que tomar demasiado en serio sus opiniones —continuó Burnham—. Pero parece ser que usted y su esposa no han sabido ganársela, coronel.

—Tiene quince años.

—Tanto usted como yo sabemos que la edad no da lugar a defensa. La marca que tiene en el brazo es suficiente para que la fusilen. —Burnham volvió a mirar sus notas—. «No puedo decirles dónde está. ¡Aunque me tuvieran aquí un millar de años no podría decírselo!» ¿Se ha fijado en que los fanáticos siempre piensan en bloques de mil años?

A Lewis le palpitaba con fuerza el corazón.

—¿Debo deducir de su silencio que no le interesa que capturemos a Leitman, coronel? ¿No quiere ver cómo lo llevamos ante los tribunales?

—Dígame, comandante. Si lo capturaran, ¿cuál sería la sentencia?

—La ley lo condenaría a muerte.

—¿Y eso lo complacería?

—En cuanto lo capturemos lo ejecutarán.

—Albert Leitman ya ha sido ejecutado.

La tranquila apariencia de Burnham por fin se alteró: un entrecejo fruncido, una extraña mirada de reojo a Donnell, un suspiro cansino.

—Lo perseguí hasta el Elba. Trató de cruzarlo pero el hielo empezó a romperse y cayó al agua. Lo vi morir.

—¿Le disparó?

—Se ahogó.

Donnell dejó de garabatear.

—A ver si lo entendido, coronel: ¿usted lo vio morir? ¿Está seguro? ¿No es posible que escapara o nadara hasta la otra orilla?

—Le dejé morir. Nunca lo olvidaré.

—Olvidó decirlo cuando denunció el incidente a la policía.

—Estaba... en estado de shock.

La mueca desdeñosa con que Burnham reaccionó ante sus palabras le pareció extrañamente tranquilizadora. Lo presionó.

—Comandante, recuerdo que en cierta ocasión usted mencionó que quería reconstruir la psique de esta gente brutalizada. ¿No es eso lo que dijo? ¿En el

discurso a Shaw? «Doce años de ignorancia y analfabetismo los han convertido en animales».

Burnham no respondió. Fingió un aburrimiento que Lewis no se creyó.

—Doy por sentado que lo sigue pensando firmemente.

—En el caso de fräulein Lubert no habrá tiempo.

—Ya lo creo que habrá.

—No sea ridículo, coronel —protestó Donnell—. Ella ayudó al asesino. Tenemos pruebas.

—¿Va a hacer que la fusilen por robar un expediente? Mire, me gustaría proponerle un trato. Si la deja en libertad yo reconstruiré su psique en un solo día. —Lewis no esperó una respuesta—. Tengo aquí dos informes que he de presentar a De Billier. Barker estaba trabajando en ambos. Tratan de otros asuntos pero están relacionados. El primero es una lista de los pacientes desaparecidos de todos los hospitales y hospicios que aún no se han reunido con sus familias. Se ha realizado una labor ingente de la que solo me atribuyo el mérito de haberla promovido. Gracias a ella herr Lubert ha descubierto que su mujer está viva en un hospicio franciscano de Buxtehude. Una información que estoy seguro de que no querrá ocultar a una niña que cree que su madre ha muerto y que ha actuado movida por esa convicción. Me gustaría enseñarle esto a Frieda y llevarla a ver a su madre.

—Todo esto es muy interesante, coronel —replicó Burnham—. Pero no cambia el hecho de que fräulein Lubert es cómplice de un asesinato.

Había llegado el momento de jugar toda la mano.

—El otro informe tiene un interés más directo.

Lewis sacó de su maletín una carpeta azul y la deslizó por el escritorio. Burnham leyó el título: «Exportación no autorizada de objetos de valor procedentes de las propiedades alemanas». Abrió el informe sin exteriorizar ninguna reacción. Empezó a revisar las páginas pertinentes que habían sido solícitamente subrayadas por Barker. Lewis se había quedado anonadado con las cifras. Los Burnham no habían distraído una discreta cantidad de bienes; lo habían saqueado todo. Esperó a que Burnham dijera algo.

El comandante mantuvo la mirada baja mientras cerraba el informe y, aunque su expresión apenas reveló nada, Lewis notó cómo la balanza del poder se inclinaba hacia su lado del escritorio. Después de un largo silencio, el comandante parpadeó. Luego miró a Lewis. Era una mirada interrogante, llena de genuina curiosidad y perplejidad. Sostuvo el informe en la palma de la mano como si tratara de calcular lo que pesaba.

—Su capacidad para... dejar pasar las malas acciones de los demás no tiene límites. Es usted un auténtico... misterio para mí, coronel.

Quince minutos después Lewis se detuvo frente a la pesada puerta de la celda del centro de detención y miró a través de la rejilla. Frieda estaba acurrucada en un banco, con las rodillas dobladas contra el pecho. Parecía ilesa pero totalmente doblegada; una niña de quince años más que una insurgente peligrosa. El oficial médico que la había examinado no encontró ningún síntoma de malnutrición, edema, tifus o cualquier otra de las enfermedades que acosaban a sus compatriotas, pero pudo explicar los retortijones.

—No hay por qué preocuparse, señor, aunque sus padres tal vez piensen de otro modo. Está embarazada.

Cuando Lewis entró en la celda, Frieda se estremeció y se encogió. Para tranquilizarla, él se quedó en el umbral y le tendió una mano. Ella se arrimó a la pared y se sujetó las rodillas con más fuerza. La actitud desafiante y el resentimiento se habían desvanecido dando paso a un profundo miedo animal.

—Yo no lo sabía..., no sabía qué estaba tramando.

—Está bien. Ven conmigo.

—¿Adónde?

—A casa.

—¿Por qué?

—Bueno, porque es donde debes estar.

—Ya no es mi casa.

—Es mejor que esta.

—Pero ese hombre dijo que iban a meterme en la cárcel.

—He dejado el coche en Ballindamm. Te espero fuera.

Lewis dejó a Frieda mirando fijamente la puerta abierta. Le dijo al guardia que la dejara salir cuando quisiera y se fue. En las escaleras del centro de detención encendió un cigarrillo y mientras esperaba observó cómo dos jóvenes botaban un velero en las recién derretidas aguas del Binnenalster. La Jungfernstieg estaba llena de transeúntes y todos iban a alguna parte, se movían con determinación. Cien vidas tomando decisiones, cometiendo errores, cerrando tratos, llegando a acuerdos, concertando citas, haciendo promesas.

Al cabo de un cigarrillo Frieda apareció en la entrada. Se detuvo a unos metros de él. Lewis pisó la colilla, le indicó por señas adónde iba y echó a andar. Caminó unos pasos por delante, comprobando si ella lo seguía pero dejando que guardara las distancias, jugando a fingir que no iban juntos para que ella no se sintiera más avergonzada de la cuenta.

Al final de la Jungfernstieg había una flamante tienda de madera pintada de blanco con el techo de hierro ondulado que vendía caramelos y tabaco. Lewis se detuvo y compró una bolsa de caramelos de menta para el viaje y un ejemplar de *Die Welt*. En la portada había una toma aérea de Heligoland bajo el titular: «La isla se

prepara para la gran explosión». Leyó el primer párrafo: «Los restos de la maquinaria bélica nazi serán destruidos en una sola explosión potente».

Frieda se había parado a unos metros de distancia. Lewis se guardó los caramelos en el bolsillo sabiendo que ella los rechazaría si se los ofrecía abiertamente. Un gran convoy de camiones cargados de escombros cruzó la calle. Se oía el repiqueteo de la grava y la tierra al caer al suelo. Esperaron a que los camiones pasaran y cruzaron la calle hacia el Volkswagen cubierto de barro de Lewis. Él sostuvo la puerta abierta a Frieda y le dio los caramelos.

—Son para ti.

Ella los cogió y se subió.

Condujeron hacia el sur y luego hacia el este, pasando por los enormes almacenes de HafenCity, y siguieron las aguas del Elba del norte hasta que llegaron a las tierras baldías de Hammerbrook.

Frieda guardó silencio, acurrucada en su asiento y dando la espalda a Lewis. Cuando enfilaron la *Autobahn* a Buxtehude, ella se irguió.

—No es por aquí.

—Lo sé.

—Está yendo en sentido contrario. Mi casa está por allá.

—Lo sé —repitió Lewis—, pero vamos a ir por otro camino.

—Pero no se va por aquí. Es más largo.

—Confía en mí. Este camino es mejor.

Al dirigirse a la oficina de acreditaciones Lubert pasó por delante de la única pared del viejo museo de arte que quedaba en pie, la pared de avisos, todavía atestada de letreros, muchos superpuestos a otros anteriores, pidiendo información relacionada con seres queridos. Habían añadido una sección de fotografías, que comprendía a los niños perdidos que buscaban a sus padres. Un hombre y una mujer estaban inclinados sobre ella, mirando detenidamente foto por foto. En los meses que siguieron a la Catástrofe, cuando se permitió a la gente regresar por fin a la ciudad, Lubert había ido allí casi todos los días. Aunque entonces era otoño había algo extraño en la vegetación: los árboles y los matorrales que se habían quemado en los bombardeos de verano florecieron de nuevo, y las lilas y los castaños dieron flores, totalmente fuera de estación. La nueva tolerancia al calor de la tierra expuesta dio lugar a una caprichosa colonización de las ruinas por plantas y flores: en todas partes había ranúnculos bulbosos, pamplinas, malvas enanas y adelfas brotando de las cenizas de los seres queridos. Lubert se había negado a creer a la compañera de Claudia, Trudi, cuando afirmó que había fallecido en el huracán de fuego, y había insistido en añadir un aviso al collage formado por un millar de notas similares. Aquel era el primer día que caminaba por delante del muro sin sentir la necesidad de mirar.

—Espero que encuentren a la persona que buscan —dijo a la pareja que miraba, luego se dirigió a la oficina del final de Steindamm.

En ese momento las esperanzas de Lubert estaban puestas en obtener el certificado de acreditación para ejercer de nuevo su profesión. Hizo un gran esfuerzo por contener sus expectativas. No todos los que acudían a recoger certificados salían contentos de la oficina; a muchos los despedían con las manos vacías y les decían que regresaran para someterse a nuevos interrogatorios, a menudo sin ofrecerles ninguna explicación. Sin embargo, desde que Claudia había vuelto él había empezado a tener visiones completamente desarrolladas de edificios que surgían de los escombros: un nuevo Rathaus, un puente sobre el Elba, una sala de conciertos en el puerto. Eran ideas rocambolescas y demasiado ambiciosas, probablemente los lamentos visuales de un arquitecto fracasado y frustrado, pero no cesaban de acudir a su mente. Claudia le había pedido que sacara sus viejos planos. No los había mirado desde antes de la guerra, y sus obras de juventud le hicieron sonreír y ruborizarse a la vez. El idealismo y la arrogancia de su época de estudiante..., era como leer una vieja carta de amor. Encontró los planos de su «Casa sin Historia», el pueblo de los trabajadores con jardines y canales, fuentes y espacios recreativos. El nombre era fruto de la vanidad juvenil: ¿quién había diseñado, y no digamos construido, una casa sin ninguna referencia al pasado? El profesor Kramer, su tutor en la facultad, había rechazado los planos por considerarlos demasiado burgueses e ideológicamente corrompidos.

Lubert era demasiado inexperto entonces para discutir con un entendido, pero veinte años después creyó ver en los planos algo apremiantemente relevante.

En la sala de espera había dos personas: una mujer que se mordía las uñas y un hombre enfrascado en una novela. Se sentó en el banco de enfrente y, allí sentado, trató de adivinar cuál de ellos obtendría el certificado. Supuso que la mujer, que no paraba de mirarse los pies para asegurarse de que estaban totalmente paralelos, era, pese a sus nervios, de un aceptable tono gris; mientras que el hombre que leía el libro pasando las páginas con manos enguantadas estaba demasiado relajado para ser inocente. Lubert no tuvo dificultad en imaginárselo con el impecable brazalete de las SS, sacando brillo a su calavera cada mañana. Sin duda ahora iba vestido de manera más informal que en su antigua vida. ¿Qué hacía él en la misma habitación que ese hombre?

—¿Cuánto hace que espera? —preguntó Lubert, buscando algo en su biografía que pudiera confirmar sus sospechas.

—No me acuerdo.

El hombre ni siquiera levantó la cabeza de su libro.

—¿Y usted? —le preguntó Lubert a la mujer.

—Es la tercera vez que vengo —dijo ella sin responder la pregunta—. Cada vez les digo lo que ya saben. No estábamos casados. ¡Ni siquiera éramos amantes! Solo fui al teatro con él un par de veces. Y ahora quieren mandarme a un campo de internamiento.

Lubert dedujo por sí solo los detalles: el hombre debía de haber sido un alto cargo del partido y ella había sido su inocente putilla. Era una historia muy corriente.

—Cálmese, mujer —dijo Calavera—. Cuanto más insiste menos le creo. Reserve la energía y manténgase firme en su versión de los hechos. No tiene nada que temer si lo hace. —Volvió a concentrarse en su novela.

Lubert no tenía ninguna duda: ese tipo era tan negro como sus zapatos.

La espera se alargó mucho. Tal vez formaba parte de la estratagema: darles suficiente tiempo para que afloren las dudas; hacerlos sentar en esa fétida habitación con otros que están corrompidos y esperar a que empiecen a acusarse unos a otros.

—¿Rosa Turnweg?

La mujer se apresuró a acercarse al mostrador, que parecía una ventanilla de banco, con una abertura en la parte inferior a través de la cual pasaban las buenas o las malas noticias. Lubert trató de entender lo que decían pero apenas los oía. Deslizaron algo por el mostrador.

—¿Qué es esto? —preguntó la mujer.

De pronto soltó un grito agudo y golpeó el cristal con una mano.

—¡No! ¡Basta de interrogatorios! ¡Por Dios! No hay nada más. Les he dicho todo lo que sé. ¡Necesito el certificado! ¡Déjenme seguir con mi vida!

No obtuvo consuelo del oficial del otro lado del cristal. Solo silencio. Como la mujer continuó protestando, el guardia que estaba de servicio se acercó y se la llevó de allí antes de que las cosas se desmadraran. Pese al triple rechazo, Lubert estaba seguro de que la mujer había sido tratada injustamente.

Al cabo de unos minutos el oficial oculto llamó a Calavera.

—Herr Brück.

Un apellido del partido donde los hubiera. Herr Brück parecía tan seguro de sí mismo... El cabrón iba a llevarse un buen susto.

Calavera se acercó al mostrador. De detrás del cristal llegó la misma voz amortiguada y deslizaron algo por el mostrador. Herr Brück lo miró y lo sostuvo en alto. Era un certificado: un precioso certificado de color blanco.

Claudia tenía razón; era demasiado impulsivo. Siempre se precipitaba a tomar decisiones. Como Kramer solía decir, eso lo convertía en un arquitecto bueno y malo a la vez.

Lubert no había contemplado la posibilidad de que lo rechazaran —creía en su inocencia e incluso en un concepto vago de la justicia británica—, pero de repente las dudas afloraron. Quizá habían descubierto algo de lo que él no estaba al corriente, lo habían relacionado con algún pariente lejano, habían localizado a un primo emparentado con Bormann o a un tío con Himmler. Tal vez habían descubierto su adulterio con Rachael.

—¿Stefan Lubert?

Un mal comienzo. El oficial británico pronunció su apellido como si fuera francés, con la *t* silenciosa. Cuando se levantó Lubert sintió que le flaqueaban las piernas a causa de los nervios. El oficial que había detrás del cristal llevaba un uniforme del Consejo de Control azul marino y tenía uno de esos bigotes de cepillo que se habían convertido en un rasgo distintivo del Fürher. A Lubert nunca le habían gustado y en su fuero interno lo había considerado una boba afectación del Fürher. Era extraño que tantos soldados británicos adoptaran todavía ese estilo. ¿No veían a quién se parecían? ¡Y pensar que un doble de Hitler inglés podía negarle la libertad!

—Su certificado.

Por el mostrador se deslizó una tarjeta blanca en la que se leía: «Certificado de Acreditación, Consejo de Control de Alemania». Lubert se quedó mirándola. Apenas había texto. La mitad la ocupaban un timbre del CCA y la firma del oficial de Inteligencia. Esta era precisa y contenida, exceptuando la primera letra extravagantemente floreteada del apellido. Burnham.

Lubert acarició el certificado, lo olió y hasta se lo llevó al pecho como si fuera una carta de amor. ¡Tenía un *Persilschein*! Le entraron ganas de besar al doble de Hitler y de agitar el certificado en el aire mientras gritaba a todo Hamburgo: «¡Estoy fuera de sospecha! ¡Puedo trabajar! ¡Puedo viajar! ¡Puedo vivir!».

Salió del edificio y echó a andar. Respiró hondo antes de cruzar la calle y se detuvo al borde de las ruinas. Steindamm señalaba el límite exterior del radio de alcance de la tormenta de fuego, y cuatro años después este todavía se veía claramente: a un lado de la calle había edificios de seis plantas; al otro, un área de ruinas aplanadas que se extendían hasta Hammerbrook, como una gran llanura que se funde con un acantilado pronunciado y abrupto. No había rastro de vida salvo la de los negros colirrojos reales que buscaban comida en la nieve derretida y cobijo entre los escombros.

Observó los pájaros y empezó a soñar: habían recogido todos los cascotes y excavado los cimientos de los nuevos edificios, y las raíces de los futuros edificios brotaban del suelo. Una biblioteca con una galería exterior que daba a un patio, un hospital con una arcada, un colegio... ¡con talladuras ovales y almohadillados! Un nuevo cine con las galerías de trovadores que eran su sello distintivo para las proyecciones al aire libre. Carreteras para los coches. Senderos para las bicicletas. Aceras para los transeúntes. Árboles plantados en bonitos bulevares. Cobertizos para botes junto al lago. Trenes sobre vías que se extendían sobre los tejados de las casas. Fuentes que lanzaban agua en diseños semejantes a flores. Parques y jardines en los que pensar, hablar, jugar, discutir y compartir. Veía toda una ciudad brotando de la devastación. Una hermosa ciudad hecha a la medida de los niños, los padres y los abuelos, los amantes y los buscadores, los destrozados y los recompuestos, los desaparecidos y los añorados, los perdidos y los encontrados.

## Epílogo

Ozi y Ernst echaron a andar por la orilla del Elba, tomando la ruta trasera que llevaba a la casa del tommy bueno.

—¿Por qué no la has matado? —preguntó Ernst—. Has tenido oportunidad de hacerlo.

Era cierto. Ozi había tenido a la Bestia en su mira de cuatro aumentos, con la culata del Mosin-Nagant sobre el hombro y el dedo en el gatillo, tal como Berti le había enseñado. Habían estado caminando por el parque como cazadores, con los pies hacia fuera y las rodillas dobladas, buscando un faisán para cazarlo, cuando delante de ellos habían descubierto una pantera negra con la cabeza hundida en las entrañas de un ciervo, los músculos del cuello retorciéndose al arrancar la carne de los huesos. Ozi vio los dientes como teclas de piano, el pelaje negro como un elegante abrigo de señora, los ojos como esmeraldas.

—¡Vamos! —le susurró Ernst—. ¿A qué estás esperando?

Ozi podría haber disparado allí mismo, pero no pudo, y en ese instante de incertidumbre el gran felino alzó la vista, guiñó un ojo esmeralda y se escabulló.

Ozi hizo un gesto de indiferencia.

—No lo sé. No te lo puedo explicar.

Mientras caminaba apartaba a manotazos el escuadrón de moscas que rodeaba su cabeza.

—Te juro que nos esperan mil años de moscas. Estas canallas han tomado la ciudad. No tienen manías. Una mosca requisaría una cagada, invitaría a toda su familia y a todos sus primos a quedarse, y lo llamaría hogar.

—Echo de menos la nieve —comentó Ernst—. Al menos disimulaba el tufo.

Llegaron al recodo del río donde Ozi había esparcido las cenizas de su madre desde el extremo del embarcadero. Se preguntó dónde estaba ella ahora. No había manera de saber adónde te llevaba un río si seguías la corriente. Ella podría estar en Cuxhaven. En Heligoland. En Sylt. Siempre que no hubiera encallado en los bancos de lodo de Grünendeich solo para que esos cuervos con cara de cabrón se la zamparan para desayunar. Hubo un momento en que un golpe de viento le arrojó las cenizas sobre las botas y dentro de la boca, y pensó que debería haberlas diseminado por las ruinas de Hammerbrook o esparcido sobre los céspedes del Jenisch Park. Pero luego recordó lo que siempre había dicho ella: «Me gustaría vivir junto al río». De modo que esperó a que amainara el viento y, cogiéndola de la lata de galletas en un solo puñado, lanzó sus cenizas, y esta vez se posaron como copos de nieve sobre las aguas del Elba y flotaron hacia el oeste en dirección al mar.

A medida que se acercaban a la casa, Ernst empezó a ponerse nervioso.

—No tengo claro que esté bien lo que estamos haciendo. ¿Estás seguro?

—Edmund es amigo nuestro. Siempre nos daba pitillos.

—Puede que nos esté buscando la policía.

—Nos moveremos entre los árboles, ágiles como la misma Bestia.

Se apartaron del río, y atravesaron los jardines y cruzaron la carretera corriendo de un árbol a otro hasta que se detuvieron frente a las verjas de la casa. Treparon a un árbol para ver por encima de los muros del jardín. Ozi se había llevado la mira Zeiss del Mosin. La sacó del bolsillo y empezó a escudriñar.

—¿Lo ves? —preguntó Ernst.

El viejo coche del coronel ya no estaba en el camino de entrada y en el asta del tejado ya no ondeaba la bandera tommy. No había ni rastro de Edmund ni del coronel ni de la mujer del coronel. Nada.

—No veo a los tommies.

—Puede que hayan regresado a su país —ofreció Ernst—. Probablemente estarán ahora sentados junto a los acantilados blancos de Windsor, contando chistes sobre los huevos de Hitler.

Ozi sintió una gran tristeza al pensarlo, y no solo porque necesitaba cigarrillos. Siguió explorando la casa y los terrenos con la esperanza de avistar a su amigo..., o a cualquiera de los tommies buenos.

A través de una ventana del piso inferior vio moverse algo. Concentró la mira y distinguió las piernas de un hombre subido a una escalera de mano. El padre de la novia de Berti estaba arreglando algo: colgaba un cuadro en la pared. Ozi lo observó durante un rato, luego siguió explorando: ventana, pared, ventana, jardín. Vio a una señora sentada en una silla, contemplando el río. Bordaba algo con aguja e hilo pero él no veía qué era.

—¿Y ahora qué ves?

—A una señora. Pero no es la *Mutti* de Edmund. No la había visto nunca. Parece agradable pero no es Marlene D.

—Alguien cruza el jardín —dijo Ernst—. Una niña gorda.

Ozi se quitó la mira de los ojos y vio a una niña caminando por el jardín en dirección a la señora sentada.

—Es la chica de Berti. La chica de Berti va a ser *Mutti*. —Pasó la mira a Ernst y siguió observando la escena. Pensó en su hermano. Debería de estar al corriente de algo así.

—Viene un hombre —dijo Ernst.

Ozi vio al padre de la novia de Berti cruzar el jardín llevando una bandeja con café y bizcocho. La dejó en la mesa y acercó una silla a la señora. Le dijo algo y le cogió la mano.

—¿Volvemos más tarde? —preguntó Ernst—. ¿Ozi? ¿Qué quieres hacer?

—Mirar un rato más. Quiero ver qué pasa.

## Agradecimientos

A mi padre, por contarme que, en 1946, mi abuelo Walter Brook confiscó una casa en Hamburgo para instalarse en ella con su familia y sentó un precedente insólito al permitir que los dueños siguieran viviendo en la propiedad, lo que dio pie a que una familia británica y una alemana convivieran durante cinco años bajo un mismo techo cuando solo había transcurrido uno desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Una situación que me sirvió de fuente de inspiración para escribir esta novela.

A mi tío Colin Brook, quien, junto con mi padre, me proporcionó información esencial sobre el ámbito histórico, así como recuerdos y sensaciones (fotografías) de aquella época. Sin su ayuda no habría podido construir mi propia visión o narración.

A mi agente Caroline Wood, quien durante años me acosó para que escribiera la historia, insistiendo en que era material para una novela (así como para un guión cinematográfico), y no paró hasta que escribí lo suficiente para ir en busca de un editor interesado.

A Jack Arbuthnot, productor de cine de Scott Free, quien al enterarse de mi proyecto me encargó un guión, lo que llevó a mi agente a acosarme aún más para que escribiera la novela.

A mis editores, Will Hammond de Penguin y Diana Coglianese de Knopf, por poner toda su fe en un libro del que solo había escrito una sexta parte, y luego por ayudarme a moldear la arcilla que finalmente entregué, convertida en algo digno de ser leído.

A los amigos que a lo largo de los años me han animado a escribir otra novela cuando yo no tenía claro si quería, debía o podía hacerlo. Ya sabéis quiénes sois.

A mi mujer y jefa de redacción, Nicola, por aguantar mis intentos de escribir cuando se ha pasado los últimos veinte años impartiendo clases de literatura verdaderamente grande.

Al Autor de Todas las Cosas.



RIDHIAN BROOK (1964) publicó su primer cuento en 1991 en *Time Out*, y desde entonces se ha convertido en un autor y guionista de éxito. Su primera novela, titulada *The Testimony of Taliesin Jones*, ganó numerosos premios, entre ellos el Somerset Maugham Award. A esta novela siguió *Jesus and the Adman*, y sus relatos se han ido publicando en revistas como *Paris Review* y *New Statesman*.

En 2011 pensó en volcar las experiencias de su abuelo en una obra de ficción, y así nació *El día que vendrá*, su tercera novela, que ya es un éxito en Estados Unidos e Inglaterra y se traducirá a dieciocho lenguas. El director Ridley Scott será el encargado de llevarla al cine.